Un trato con mi Arrogante Cliente



SERIE JEFES MALVADOS Y MILLONARIOS

KYRA PARSI

Montena

Un trato con mi Arrogante Cliente

KYRA PARSI

Traducción de Amaia Zorriqueta Ruiz

MONTENA

AVISO SOBRE EL CONTENIDO

Para ver la lista completa de avisos sobre el contenido de este libro, consulta
https://kyraparsi.com/content-warnings/

1

—Sesenta y siete citas sin éxito. Sesenta y siete.

Sabía que iba a pasar. Pese a ello, me estremecí cuando la carpeta de piel dio un golpe en la mesa de reuniones de madera de roble.

Cualquiera diría que a esas alturas debería estar acostumbrada. Parecía que tanto Alice como Mitch lo estaban.

—¿Cómo es posible que no hayáis sido capaces de encontrar una sola persona apropiada para el único cliente que de verdad nos importa, joder? ¿Cómo? ¿Para qué cojones os pago a vosotros tres?

Era una trampa. No tenías que responderle.

—Que alguno me responda. Ya.

Clavé la mirada en el regazo, todo un error. Lo único que Vivian Hale odiaba más que un empleado incompetente era uno cobarde.

En efecto, en cuanto me encogí de miedo, su atención apuntó hacia mí y tiró del cuello hacia atrás como una víbora preparada para el ataque.

—Jamie —soltó—, hoy estás muy calladita. ¿Te gustaría aportar algo?

Ni lo más mínimo, para nada. ¿Qué sentido tenía si ella no estaba dispuesta a escuchar?

Aun así, levanté la barbilla y me puse recta. Para entonces ya me

sabía de memoria lo que iba a responder. Solo tenía que decirlo de carrerilla.

Ahí estaba el problema: en realidad, Vivian no quería que le explicáramos por qué nuestro equipo no había conseguido resultados en los últimos ocho meses. En realidad, no quería escuchar por qué nos estaba costando tanto encontrar una pareja adecuada para el soltero más codiciado (algo discutible) de Norteamérica y su cliente más importante (algo indiscutible).

Si Vivian hubiera querido respuestas de verdad, nos habría hecho caso hacía medio año, cuando la avisamos de que eso podía llegar a pasar.

Lo único que la CEO de Charmed Elite quería escuchar era otra mentira sobre el Riguroso Plan de Acción que teníamos preparado para abordar El Problema y que estábamos muy cerca de obtener resultados. Porque, al fin y al cabo, no lograr encontrar pareja para Jackson Sinclair perjudicaría de forma irreparable la reputación que se había labrado durante veintitantos años, la que la había llevado a ser considerada la mejor especialista en búsqueda de parejas del mundo.

El sector era reducido y los Sinclair eran…, bueno, eran los Sinclair. Una de las familias más ricas y con mayor influencia del país. El dinero manda y el boca a boca lo era todo en ese negocio. Si fracasábamos, se extendería el rumor de que Vivian había perdido su toque y nuestros competidores empezarían a acechar como buitres a nuestros clientes, a la espera del inevitable éxodo que sin duda llegaría si Minerva Sinclair decidiera buscar los servicios de otra empresa.

¿Y lo más divertido de todo? Vivian, simple y llanamente, no quería verlo. No quería aceptar que ya habíamos fracasado, que era por lo que Alice, Mitch y yo nos habíamos pasado los últimos días

actualizando nuestros currículos en vez de trabajando. Porque cuando toda esa historia acabara estallando, Vivian buscaría a alguien a quien culpar. Que nos despidiera era algo inevitable.

Me aclaré la garganta, le dediqué una sonrisa tranquilizadora y…

—No es culpa nuestra.

Cerré la boca de golpe y abrí los ojos de par en par para mirar a Alice.

Vivian giró el cuello muy deeespacio en su dirección, con una mirada asesina.

—¿Qué?

—No es culpa nuestra, Vivian —repitió Alice con calma. Demasiada calma. Casi parecía aburrida—. Es él.

Mitch y yo intercambiamos una mirada inquisitiva mientras Vivian se quedaba en silencio, retándola a seguir hablando.

Pero Alice no se achicó. En vez de cerrar el pico, levantó un hombro sin rubor y lo dejó caer. No era la primera vez que pensaba que ella no sentía el miedo como el resto de nosotros. Quizá por su educación.

Yo también me sentiría invencible si tuviera esa red de seguridad financiera.

—Es imposible. —Le aguantó a Vivian la mirada con una despreocupación absoluta—. Jamie trató de avisarte de que ocurriría esto hace seis meses, pero no quisiste escucharla.

Mitch se movió incómodo a mi lado y, por lo que noté, le dio una patada a Alice por debajo de la mesa. Ella lo ignoró.

Alentada por la actitud de «me importa una mierda» de Alice, me senté un poco más recta. Puede que hubiera llegado el día. Puede que entonces Vivian nos escuchara.

—Viv, hay menos de cien mujeres solteras en toda Norteamérica que cumplan sus requisitos y, hasta ayer, ha rechazado a sesenta y

siete.

—¿Y?

Creí que había quedado bastante claro, pero, vale, de acuerdo, podía explicárselo.

—No sé qué más quieres que hagamos. Mitch y Alice han estado trabajando noches y fines de semana para encontrar parejas compatibles para las citas periódicas y yo me he quedado hasta tarde para solucionar el caos de lágrimas de rabia y egos resentidos que ha ido sembrando a su paso. Estamos agotados.

—Es bastante probable que nos quedemos sin candidatas antes de encontrarle pareja. No somos nosotros, es él —repitió Alice—. Jackson Sinclair no necesita una experta en parejas, necesita un milagro. Y un buen psicólogo, para ser franca.

Mitch se encogió un poco en la silla.

—¿Y? —presionó Vivian—. ¿Qué plan tenemos? ¿Cómo vamos a esquivar estos obstáculos…?

—No lo hacemos. Lo despedimos —replicó Alice sin más.

Entonces Mitch dio un respingo y esa vez sí que consiguió darle una patadita con la fuerza suficiente como para ganarse una mirada irritada de Alice.

Vivian crispó los labios con una mueca de desprecio y se acercó a la mesa. Se me revolvió el estómago.

—¿Lo que propones es que despidamos a Jackson Sinclair como cliente? ¿Te haces una idea de lo que supondría para nuestra reputación? La mitad de nuestras cuentas activas llegaron después de que Minerva anunciara el acuerdo en una comida que organizó. ¿Qué crees que ocurrirá si contrata los servicios de otro?

Que se encontraría con los mismos problemas que habíamos tenido nosotros. Me mordí la lengua, Alice no.

—Como te he dicho, ya te avisamos de que pasaría esto, justo

después de que enviara a uno de sus ayudantes para hacer la entrevista inicial en su nombre —dijo—. Ni siquiera lo hemos conocido en persona todavía.

Vivian hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y se puso a caminar de un lado a otro de la sala otra vez.

—No aceptarlo como cliente no era una opción. Y despedirlo ahora está descartado. Lo que necesito de vosotros tres es una solución.

—Ahí está el problema, que no la tenemos —dije—. Lo hemos intentado todo excepto el Inmersivo, y solo porque él no lo ha aceptado.

Aunque, en mi opinión, menos mal. No es que tuviera la experiencia necesaria como para que me consideraran para ese tipo de servicio, pero no me podía ni imaginar estar pegada a Jackson Sinclair de ese modo durante todo un mes, sabiendo lo que sabía por su expediente.

El paquete de Asesoramiento Inmersivo se solía reservar para nuestros clientes más complicados. Se les asignaba un consultor de relaciones y citas a tiempo completo que se pasaba cuatro semanas estudiando su día a día, rutinas, comportamientos y hábitos, y luego utilizaba todos los datos recabados para encontrarles una pareja adecuada. Era todo muy intenso.

El consultor encargado tenía incluso que asistir a las citas y observarlos desde la distancia para poder «asesorar» al cliente después en caso de ser necesario (lo que, nueve de cada diez veces, si la situación del cliente era tan crítica como para justificar el Inmersivo, entonces, sin lugar a dudas, dicho asesoramiento era más que necesario).

—Opino como Jamie —dijo Alice—. A menos que esté dispuesto a ceder en alguno de sus criterios y a dedicarnos un poco de su

tiempo, nos hemos quedado sin ideas.

Vivian se cruzó de brazos, pero, en lugar de replicar, nos dedicó un movimiento firme con la cabeza.

—De acuerdo. Admito que su estricta agenda y los requisitos que busca en una pareja complican más este trabajo de lo que nos gustaría, pero no es imposible. No lograrlo no es una opción, para nada. Tenemos que encontrar la forma de resolverlo.

Y ahí estaba de nuevo, la negación.

Me desplomé otra vez en la silla, pero Alice se mantuvo firme. La renuencia de Vivian a ver las cosas tal y como eran solo la encendió aún más.

—Hemos hecho todo lo posible con la información que se nos ha dado. Sesenta y siete mujeres cumplían de forma milagrosa sus requisitos y ni una de ellas fue capaz de conseguir una segunda cita. Ni una. Debemos tener mal los datos para que ocurra eso, pero, de nuevo, se niega a participar en persona en nuestras evaluaciones, así que no podemos hacer nada más que trabajar con lo que tenemos. Todas las pruebas, cuestionarios y entrevistas las completó alguien de su equipo y simplemente no está funcionando. Hay un motivo por el que no hubiéramos permitido esas excepciones con cualquiera que no llevara su apellido, Viv.

Estaba casi segura de que Jackson, en realidad, no quería encontrar pareja, pero no me entraba en la cabeza por qué entonces malgastaba el tiempo y los recursos de todos, incluidos los suyos.

La cuota inicial de Charmed era una cantidad considerable que alcanzaba las siete cifras, por no mencionar el nivel de compromiso inicial que requerían nuestros programas. La empresa atendía a la *crème de la crème*, y si había una cosa que nuestros clientes tenían en común (aparte de su absurda riqueza) era que no les gustaba malgastar su propio tiempo. Justo por eso nos contrataban, para

hacer todo el trabajo duro y de selección por ellos.

—¿Por qué? —preguntó Vivian, recorriéndonos con esa mirada afilada a los tres—. ¿Por qué no han conseguido una segunda cita con él?

—Sabemos lo mismo que tú —dije.

—¿Qué quieres decir?

Me incliné hacia delante en la silla.

—La información que nos ha facilitado su equipo ha sido vaga y confusa, así que en realidad solo contamos con la versión de las mujeres. Pero eso no nos sirve, porque necesitamos saber por qué cree él que las citas no funcionaron.

Sus parejas nunca se quejaron de nada sobre la cita, y a la mayoría no les sentó bien cuando les dijimos que Jackson no quería volver a quedar con ellas.

¿Otra cosa que compartía gran parte de nuestra clientela? No estaban acostumbrados al rechazo y algunos no sabían cómo gestionarlo.

Vivian asintió de nuevo y, por primera vez desde que nos había asignado esa pesadilla infernal, me pareció como si tal vez nos estuviera haciendo caso.

—Vale —dijo—. Entonces, ahí lo tenéis. Ese es vuestro siguiente paso.

Fruncí el ceño.

—¿Cuál?

—Tenéis que descubrir lo que pasa en realidad en esas citas.

Solo se me ocurría una forma de hacerlo, pero no le iba a parecer bien.

—Tal vez podríamos asistir a una de tus reuniones con Minerva y ver si ella tiene alguna idea de…

—Descartado.

Entonces me había quedado sin ideas.

Mitch se empujó las gafas de montura de metal, por fin decidido a intervenir.

—Vivian, de verdad que no exageramos. Ni siquiera acepta una llamada de cinco minutos con nosotros. Y como no ha autorizado el Inmersivo, no es que podamos enviar a alguien para que analice las citas… —Se calló cuando Vivian empezó a menear la cabeza.

—No —dijo—. Volvedlo a intentar. No va a ceder en lo de su agenda. Pensad en otra cosa. Os hacen falta datos. ¿Cómo los conseguiréis sin su cooperación?

—Llevamos ocho meses intentándolo. No… —Alice se calló de golpe, con la mirada perdida, y soltó un breve suspiro—. Oh.

«¿Oh?».

«Oh, ¿qué?».

Pero antes de que pudiera preguntar, Vivian carraspeó y se alisó el vestido plisado que llevaba.

—Resolvedlo, y pronto. No me importa lo que tengáis que hacer para obtener resultados. A Minerva se le está acabando la paciencia, y si decide contratar a otra agencia, la mitad de nuestros clientes se irá con ella y eso supondrá despidos. Punto final.

Le lanzó una última miradita cargada de intención a Alice al salir, deslizando la puerta de cristal esmerilado tras ella.

—Joder —soltó Mitch, desplomándose sobre la mesa—. Vaya par de huevos que tienes, Alice.

Lo fulminó con la mirada.

—La próxima vez que decidas masacrarme a pataditas por debajo de la mesa, no lo hagas. Casi me rompes las medias con la última.

—Trataba de salvarte de ti misma. Parecía que Vivian estaba dispuesta a despedirte en el acto cuando has empezado a replicarle.

Alice puso los ojos en blanco.

—Nos va a despedir a los tres de todas formas. Sabía muy bien el caos imposible que iba a ser todo esto desde el principio. ¿Por qué si no nos asignaría a tres consultores júnior un cliente tan importante en vez de encargarse ella misma?

—¿Porque somos jóvenes, ambiciosos y estamos dispuestos a dedicarle todas las horas que el caso requiere? —probó a decir Mitch.

—No. Porque somos jóvenes, inocentes y prescindibles.

—Eso es muy deprimente —dije.

—Es la realidad.

Me repantingué en la silla con un suspiro. La verdad es que no quería perder ese empleo, no después de haber trabajado tanto y durante tanto tiempo para conseguirlo. Charmed era la élite de las empresas de búsqueda de pareja, así que a cualquier sitio al que fuera después de allí sería como retroceder diez pasos en mi carrera. Digamos que no era lo mejor que me podía pasar.

Antes de Jackson Sinclair, mi vida profesional era perfecta. Me encantaba el trabajo, la gente, el equilibrio con mi vida personal, e incluso Vivian no era tan mala cuando no la decepcionábamos todo el rato.

Me giré en la silla.

—¿Sabéis…? Si nos despiden y tenemos que buscar otro trabajo, vamos a tener que explicar por qué no fuimos capaces de encontrar pareja para un Sinclair. —El sector era reducido y la gente hablaba. Era inevitable que se supiera—. Todo el mundo va a preguntar.

Mitch se pasó su áspera mano por el pelo.

—Me preocupa mucho más lo de mañana por la noche. No tenemos a nadie para la cita fija de Jackson y dudo de que seamos capaces de encontrarle a alguien en menos de treinta horas. Si

tenemos que pasar otra noche en vela y dormir aquí, me voy a volver loco. No puedo más.

—Además, ¿cómo espera que consigamos información fiable sobre las citas? —Los miré a los dos—. ¿Con drones? ¿Hackeando las cámaras de seguridad?

—Tengo una idea para resolver ambos problemas —dijo Alice—. Pero creo que no te va a gustar.



—No. Ni de puta coña. —Ni hablar. De ninguna manera iba a hacer eso.

Alice se inclinó, apoyando los brazos en la mesa.

—Vengaaa. No será tan horrible.

¿Iba en serio?

—¿Quieres que vaya a una cita con el puto Jack el Destripador y crees que no será tan horrible?

—No es como si fueras a ir de ti misma —razonó—. Irás de infiltrada.

—¿Cómo es que eso no te parece mil veces peor?

No era solo una malísima idea que sin lugar a dudas nos acabaría estallando a todos en la cara, es que además yo era la peor opción posible para ese trabajo. Odiaba mentir. Me revolvía por dentro, y mantener la mentira me estresaba demasiado como para que mereciera la pena.

—No le des vueltas —dijo—. Te pondremos un equipo de vigilancia discreto y te prepararemos un perfil falso sólido. No pasará nada.

—De verdad que no sabes lo que estás diciendo —le comenté.

—Estoy de acuerdo. —Mitch golpeó con los nudillos en la mesa

—. Podrían salir mal demasiadas cosas. Además, nos meteríamos en un problema muy serio si Jackson se entera.

Eso. Justo eso.

—Por no mencionar que no cumplo ninguno de sus requisitos sobre el físico.

Era rubia, uno setenta de altura y veintiocho años.

Jackson Sinclair solo salía con morenas de entre treinta y treinta y seis años, y que midieran como mínimo uno setenta y siete de altura. Su última cita (la sesenta y siete) había ganado Miss Mundo y actualmente era la CEO de una importante empresa de relaciones públicas. Me echaría un vistazo, se daría la vuelta y se marcharía. Igual que ocurrió con Allison Park (la número veintinueve), que luego se pasó una hora gritándome por teléfono como si hubiera sido de algún modo culpa mía.

Después de aquello, Vivian había llamado a Minerva para que le pidiera a Jackson que al menos respetara la condición de Charmed de dedicar mínimo una hora en todas las primeras citas, cuyo objetivo era garantizar que todos nuestros clientes dieran a sus posibles parejas una oportunidad de verdad.

Alice se encogió de hombros.

—Te pondremos una peluca y tacones con plataforma, y un vestido que te cubra los pies. Además, llegarás pronto para estar sentada cuando él aparezca. No se dará ni cuenta.

—Si es así de fácil, ¿por qué no lo haces tú? —la provoqué.

—Soy cinco años más joven que tú y mido cinco centímetros menos, Jamie. Incluso aunque me pusiera unos tacones lo bastante altos como para llegar a su estúpido requisito de altura, no sería capaz de andar con ellos. Además, tú llevas mucho más tiempo que yo haciendo esto, tienes muchísima más experiencia en el trato con los clientes y se te da de maravilla leer a las personas.

Chorradas.

—Te recuerdo que Ria era mi amiga desde hacía diez años antes de que conociera a tu hermano y no me había dado cuenta de que se le hinchaba la nariz cuando mentía hasta que él lo advirtió.

Ahora estaban casados, su hermano y mi mejor amiga. Así es como conocí a Alice. Era culpa mía. Yo le había conseguido ese trabajo desastroso.

—Ria y tú estabais demasiado unidas. Ese es tu punto débil, pero no se aplica con Jackson.

—Puedo ver su cara igual de bien en la pantalla si llevas una cámara —dije—. Y seguro que él no se da ni cuenta de lo de la altura si estás sentada…

—No —soltó Mitch de golpe—. No, eh, eso no… Debería hacerlo Jamie. Voto por Jamie.

Alice le frunció el ceño.

—¿Qué es lo que te pasa?

—El tronco —respondió.

—¿Perdona?

—Tu… eh, está relacionado con lo de la altura. Incluso aunque estés sentada, se dará cuenta… por la parte superior de tu cuerpo. Es… corta —explicó con gran elocuencia.

Alice lo fulminó con la mirada durante todo un minuto en el que se mantuvo impávida y en silencio antes de dirigirse de nuevo a mí.

—Ahí lo tienes. No puedo ser yo, tengo el tronco corto.

A Mitch se le enrojeció todo el cuello.

—No me importa. No voy a hacerlo —dije—. Ni hablar.

—Vale. —Alice soltó un largo suspiro—. Entonces supongo que tenemos que volver a la pizarra.

Sí. Bien. Genial.

Ya se nos ocurriría algo. Como siempre.

—No es que sea malo. Solo que es compacto.

Le volvió a lanzar otra miradita como preguntándole «a ti qué coño te pasa» antes de ponerse en pie.

—Voy a por café. Nos va a hacer falta.

Mitch se desplomó en cuanto se fue, golpeando la mesa con la frente con un triste bum.

—Muy sutil —dije.

—Cierra el pico.

2

—No me puedo creer que os haya dejado convencerme para hacer esto.

Sudaba, me picaban el cuello, las rodillas y la cabeza, y era muy probable que fuera a vomitar antes de llegar a la mesa.

—*Tranquila* —me dijo Mitch por el pinganillo—. *Va a salir todo bien. Solo cíñete al plan.*

—Tengo un mal presentimiento con todo esto, chicos. —Tragué saliva y examiné la azotea del altísimo edificio de apartamentos.

Estaba decorada con buen gusto, había que reconocérselo. La piscina de mosaico y líneas curvas estaba bordeada de farolillos, en cada esquina que miraras se podían ver jarrones ornamentales repletos de rosas y en medio de todo habían preparado una mesa con velas. Si a eso le añadías el despejado cielo nocturno y las extraordinarias vistas al perfil de la ciudad, el conjunto era de un romántico abrumador.

—*Buena o mala, es la única idea que tenemos* —señaló Alice—*. Lo vas a hacer genial. Te conoces el perfil al dedillo, sabes qué información nos hace falta y qué preguntas hacer para conseguirla, y estaremos contigo en todo momento. Solo cíñete al plan, como ha dicho Mitch, y no le des más vueltas.*

Eso no me hacía sentir mejor. Y no solo porque estuviera

demasiado ocupada tratando de no pisarme la larguísima falda del vestido (que en esencia era un vestido de gala) como para prestar atención a lo que estaba diciendo. Los tacones eran altos hasta rozar el absurdo, y no me hagas hablar del calor y de lo que me picaba la peluca…

—*Llegando*.

Me quedé paralizada con el corazón a mil en la garganta mientras echaba un vistazo a mi alrededor.

Llegaba pronto.

¿Por qué llegaba tan pronto?

Según lo que nos habían contado sus citas, nunca se presentaba antes de tiempo. Siempre llegaba a las ocho en punto y daba la cena por finalizada a las nueve en punto.

Todo lo demás que nos habían contado se había cumplido: alguien del personal me había recibido abajo y acompañado hasta la azotea mientras me daba charla trivial y luego me había informado de que el señor Sinclair llegaría enseguida antes de excusarse y salir de allí.

¿Por qué narices llegaba pronto esa noche? ¿Sabía que pasaba algo raro? ¿Ya la habíamos cagado de algún modo?

—No veo a nadie —susurré después de girar sobre mí misma tres veces.

—*Mierda. Lo siento. Solo era tu reflejo en la piscina* —dijo Mitch —. *Estoy tan concentrado o lo que sea, que tu vestido negro me ha parecido un traje…* —Se calló con un suspiro de dolor antes de que se cortara el audio.

—¿Hola? —Me dejé llevar por el pánico cuando no respondió nadie—. ¿Alice? ¿Mitch?

—*Lo siento. Mitch ha perdido el privilegio de utilizar el micro, de momento. Son las 7.57 y todavía te quedan tres minutos hasta que*

llegue. Vas bien.

—Vale. Gracias.

—Pero deberías sentarte. Aparte de lo de la altura, podría parecer un poco raro si te pilla de pie junto a la piscina mirando de un lado a otro como si alguien te persiguiera.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo sabes que estoy mirando de un lado a otro?

—Se te siguen moviendo las tetas.

Vale. Habíamos cosido la cámara al vestido, disimulándola bien entre todas las cuentas cosidas a mano. Entre las cuentas y las múltiples capas de tela, esa cosa pesaba casi tanto como yo. También era de alquiler y costaba más que mi coche.

Pero, ya sabes, tenía que cumplir con las apariencias para meterme en el papel. Ninguna de las posibles parejas de Jackson aparecería en esas citas con un vestido de serie de cincuenta dólares.

Inspiré hondo y apreté las uñas recién arregladas en mi bolso de mano mientras tomaba asiento en la mesa.

—Menos de un minuto, Jamie —dijo Alice en bajo—. *Deberías dejar de respondernos ya, solo por si acaso. Y nosotros hablaremos solo lo necesario para que te puedas concentrar.*

Asentí, aunque no podían verme.

—Quince segundos.

Me alisé el vestido y me armé de valor para lo que se avecinaba mientras se me volvía a acelerar el pulso. Mi instinto me decía, me gritaba, que huyera.

—Tres.

Me mordí el labio inferior, respirando de forma cada vez más irregular y entrecortada. Debería haberme tomado ese chupito de tequila que me había ofrecido Mitch antes de montarme en el Uber.

—*Dos.*

No debería haber sugerido lo de la cuenta atrás. No me estaba ayudando.

—*Uno.*

Contuve el aliento.

Un poco más.

Y un… poco… más.

Se me escapó el aire de los pulmones con un zumbido cuando me di la vuelta en la silla para mirar hacia la puerta doble por la que había llegado.

—*¡Qué raro! Todas dijeron que siempre llegaba a en punto.*

Me encogí de hombros por inercia.

—Solo han pasado quince segundos, puede que…

Solté un grito y casi se me sale el corazón del pecho cuando me giré y vi a un gigante, tal cual, alzándose imponente sobre la mesa.

—*¡Mierda, lo siento! Has tapado la cámara con el brazo cuando te has girado. No lo he visto entrar.*

Y yo no lo había oído llegar.

Había aparecido de la nada.

—Hola —resollé, pestañeando hacia el fornido, malhumorado y enorme hombre al tiempo que me presionaba el pecho agitado con la mano—. Lo siento. No, eh, no le he oído llegar.

Arrugó aún más el ceño y entrecerró con recelo esos ojos fríos de un azul pálido.

—¿Con quién hablaba?

Su voz era, para mi sorpresa, grave y agradable. Me recordaba al whisky inglés ahumado con miel.

¿Sabíamos que Jackson Sinclair tenía un leve acento británico? Porque no aparecía en mis notas. Me hubiera acordado.

—¿Disculpe? —pregunté como una tonta.

—Hablaba con alguien cuando he llegado.

—Hummm… aquí no hay nadie.

Entrecerró los ojos todavía más.

—Ya lo veo.

Me aclaré la garganta y pestañeé para evitar la intensidad de su mirada mientras me apartaba la mano del pecho y la frotaba con discreción en el vestido. Luego se la tendí.

—Soy Grace —dije, obligándome a sonreír con timidez—. Grace Lambton. Y usted debe de ser Jackson Sinclair.

Echó un vistazo a mi mano tendida, buscando… no sé qué, la verdad. Era solo una mano. Cuando por fin la estrechó, curvó la boca en una mueca de disgusto obvio.

Fue tan descarado y asqueroso que al momento sentí la tentación de retirar la mano. En vez de eso, apreté los dientes y aguanté la sonrisa mientras esa enorme y suave mano me envolvía ligeramente la mía. Durante menos de un segundo.

Luego se sacó un pañuelo blanco del bolsillo y se limpió los dedos, uno a uno, como si se los hubiera llenado de mugre.

Abrí la boca y mi sonrisa forzada palideció al tiempo que Alice soltaba un ruido ahogado en mi oído.

—¿Acaba de… ?

Tal cual.

Y lo hizo mientras clavaba los ojos en los míos, casi como si esperara que yo me ofendiera y le echara en cara su comportamiento. Levantó la mirada hacia el cielo nocturno cuando me quedé callada.

¿Iba en serio? ¿O se estaba riendo de mí en mi puta cara?

Un camarero trajeado apareció de pronto tras de mí y empezó a llenar las copas tipo flauta con agua con gas.

—¿Quiere algo de beber, madame?

—Un martini —dije justo cuando Jackson se sentaba—. Por favor.

—Sí. Te va a hacer falta. ¿Por qué te mira así? ¿Qué narices le pasa?

No tenía ni idea. Me estaba esforzando por evitar fijar la vista en la mirada penetrante que me dedicaba desde la otra punta de la mesa.

Yo tenía razón. Ir ahí había sido una idea terrible.

El plan era esperar a que Jackson hablara primero para que yo pudiera ver cómo solía romper el hielo, qué preguntas hacía y cuánto interés demostraba al principio en su cita. ¿La única posibilidad que no habíamos contemplado? Que no dijera nada. Ni una sola palabra.

Me quedé ahí sentada, jugueteando sin parar con los delicados anillos de mi dedo corazón, esperando.

Y esperando.

Y esperando.

Hasta que consideré que el silencio era asfixiante.

—Bueno —solté de golpe—, háble me un poco de usted, Jackson.

Me dio vergüenza en cuanto lo dije. Incluso el tono parecía sacado de una entrevista de trabajo.

Entonces cometí el error de mirarlo a los ojos, que ahora mostraban mucho menos enfado y muchísimo más aburrimiento. Echó un vistazo a su reloj, soltó aire por la nariz con impaciencia y dijo:

—¿Qué es lo que aún no sabe?

Pestañeé.

—¿Disculpe?

Inclinó un poquito la cabeza hacia un lado, burlándose.

—¿Es dura de oído, señorita Pennington, o solo le gusta malgastar el tiempo de la gente?

El único motivo por el que me percaté de que se me había abierto la boca fue porque posó sus fríos ojos en ella antes de volverlos a entrecerrar. Incluso Alice se quedó sin palabras.

—Eh, es Lambton. Grace Lambton —lo corregí con delicadeza—. No Pennington.

No le dio vergüenza. Ni se disculpó por el error.

Me moví en la silla.

—Perdone, ¿he hecho algo que lo haya ofendido?

El calor me inundó las mejillas cuando volvió a mirar el reloj. Y de pronto me di cuenta de la realidad, que me cayó ardiente e incómoda directa en el estómago.

¿Ese era el hombre por el que llevaba los últimos ocho meses consolando a mujeres? ¿Por ese hombre habían estado llorando? ¿Por él?

Nunca en mi vida me había abalanzado tan rápido a por una copa. Ya tenía el martini en la mano incluso antes de que el desprevenido camarero lo hubiera posado en la mesa. Se lo quité de la mano enguantada con un breve «gracias» y me lo bebí de un trago.

—¿Podría traerme otro, por favor? —le pedí a Henry, como comprobé en su placa identificativa.

Si a Henry le sorprendió, lo disimuló muy bien.

—Por supuesto.

—*Jamie* —me avisó Alice en bajito. Habíamos quedado en una copa para calmar los nervios. No más.

Crucé las manos en el regazo mientras me apoyaba en el respaldo de la silla. Había una larga lista de preguntas que se suponía que tenía que hacerle a Jackson. Nos habíamos pasado medio día preparándolas, elaborándolas de tal manera que nos permitieran obtener el máximo de información posible en la hora con

la que contábamos.

Información que necesitábamos no solo para ayudarnos a nosotros, sino para ayudarlo a él.

Eso era antes.

—¿Qué haces? ¿Por qué no dices nada?

Ocho meses.

En los últimos ocho meses me habían gritado, me habían llorado y había servido como desahogo emocional por culpa de ese hombre. ¿Y así se comportaba en las citas? ¿Así trataba todo nuestro duro trabajo? ¿Nuestras ochenta horas semanales de trabajo?

¿Por qué narices ninguna mujer había dicho nada?

La rabia me atravesó el pecho mientras le dedicaba a Jackson una sonrisita sarcástica.

—Entonces, ¿en cuántas de estas ha participado?

Enarcó una ceja.

—¿Perdone?

—De estas citas —dije en tono seco y cortante—. Yo llevo con Charmed seis meses y todavía no he tenido suerte. Parece que no aciertan, ¿no?

Volvió a entornar los ojos. ¿Podían hacer algo más que eso o, por así decirlo, esa era toda su personalidad?

—¿Qué? ¿No está de acuerdo? —dije cuando no respondió.

—¿Qué estás haciendo?

Jackson abrió un poco la boca como si estuviera a punto de decir algo, pero la volvió a cerrar cuando apareció Henry otra vez acompañado de otro camarero.

—Ostras belón con una delicada salsa *mignonette* para empezar. —Colocó dos platos bien presentados frente a nosotros, además de mi martini—. El chef Russo recomienda acompañarlas de una copa de Domaine Raveneau Blanchot Chablis de 1996 para apreciar todos

los sabores del plato.

Jackson asintió a modo de aprobación y el segundo camarero descorchó la botella.

—*Bon appétit.*

Apenas presté atención a nada. Tenía la mirada clavada en el hombre sentado en la otra punta de la mesa.

A su cita, Grace Lambton, le gustaba casi todo. Porque de no ser así, a Jamie Paquin le hubiera costado muchísimo memorizar sus gustos. Sin embargo, había una sola cosa apuntada en la lista «Comida que detesto» de su expediente: el marisco.

Grace Lambton odiaba el marisco.

A Jamie le encantaban las ostras, pero a Grace le provocaban ganas de vomitar.

Así que, o bien nadie de su equipo se había leído la información que les habíamos enviado, o bien…

—Joder. El muy… hijo de puta está saboteando la cita a propósito, ¿no?

Estábamos a punto de descubrirlo.

—¿Algún problema? —preguntó Jackson con soltura, mientras una sonrisita de satisfacción se le iba abriendo paso por la comisura de los labios.

—En absoluto.

No pareció sorprendido cuando estiré la mano para coger la primera ostra. De hecho, parecía que lo estaba esperando, haciendo girar el vino con delicadeza mientras me observaba. El cabronazo arrogante estaba acostumbrado a que la gente hiciera todo lo posible por impresionarlo, ¿verdad?

Lo que le mudó el gesto, sin embargo, fue que me lancé directa a por la segunda ostra después de la primera. Se habría esperado al menos un poco de vacilación, tal vez algo de resistencia.

—Madre mía, están increíbles —dije, tirando por la borda todos los buenos modales en la mesa cuando fui a por la tercera.

Frunció el ceño y entreabrió la boca despacio, mientras detenía la copa de vino a medio giro.

No podía saborear una mierda por la rabia amarga que me revolvía las tripas. Si por mis papilas gustativas fuera, podría haber estado metiéndome cucharadas de arena húmeda en la boca.

Cuando acabé con las ostras, me terminé el martini. Y luego la copa de vino.

Ya notaba un ligero cosquilleo bajo la piel que avivaba el fuego que me recorría las venas.

—¿No va a comer? —le pregunté a Jackson. Lo único que había hecho en los últimos cinco minutos era mirarme fijamente—. Cuanto antes terminemos de comer, antes se acabará la noche. La verdad es que no quiero quedarme la hora entera si podemos evitarlo.

—*Jamie, rebaja el tono.*

Jackson parpadeó despacio y me repasó el rostro con esos ojos claros tan extraños, como si le estuviera costando interpretar mis gestos. Algo bastante raro, ya que yo no estaba haciendo nada por ocultar el desprecio absoluto que sentía hacia él. Debía de llevarlo escrito por toda la cara.

—¿Quiere acabar la cita antes de tiempo? —preguntó con cautela.

Madre mía, esa voz grave me fascinaba. Y ese leve acento acariciaba cada palabra lo justo para dotarla de un encanto sutil.

Qué rabia.

—Sí —respondí—. La verdad es que sí.

Ya teníamos toda la información que nos hacía falta. Si Jackson estaba intentando sabotear las citas a propósito, no había nada que pudiéramos hacer. En resumen, había malgastado ocho meses de

nuestra vida y estaba a punto de costarnos nuestro empleo.

A esas alturas, pasarme los siguientes cuarenta minutos con ese hombre me apetecía tanto como que me depilaran las pestañas con cera con sonidos ASMR de gente masticando de fondo.

Ni siquiera nos hubiera servido que confesara a cámara que estaba saboteando las citas porque, de todas formas, nos despedirían por engañar al cliente y traicionar su confianza. No teníamos escapatoria.

—¿No quiere acabar cuanto antes? —le pregunté, cruzándome de brazos.

Me estudió durante un buen rato y luego levantó una mano, seguro que para evitar que el personal de sala sirviera el siguiente plato.

—A ver, está yendo bastante mal, ¿no está de acuerdo? —insistí cuando no respondió—. Sé que Charmed tiene esa regla de que la primera cita dure una hora, pero no diré nada si usted tampoco lo hace.

Lo que me estaba confundiendo es que él parecía confundido. ¿Le parecía que estaba yendo bien? ¿O era solo que no esperaba que lo dijera en voz alta?

En serio, ¿cómo es que ni una sola persona había mencionado ese terrible comportamiento en las reuniones de seguimiento que teníamos después de las citas? ¿Y cómo es que ese hombre había conseguido pasar por sesenta y siete cenas sin que al menos una persona lo dejara plantado?

Tenía ganas de hacerlo yo.

Muchísimas ganas.

Ya había movido los pies, ya había agarrado el bolso de mano de mi regazo con los dedos y con cada segundo de silencio que pasaba, la necesidad se hacía más imperiosa. Hasta que no pude aguantarlo

más.

—Destripador —dije.

Jackson pestañeó.

—¿Qué?

—*Vale* —me susurró Alice—. *Sí, márchate. Supongo que ya tenemos la respuesta. Podemos empezar a buscar trabajo mañana mismo.*

Me puse de pie antes siquiera de que hubiera terminado la frase, sin tener en cuenta cuánto alcohol había consumido en tan solo quince minutos. De pronto me pareció que se movía el suelo y empecé a tambalearme.

Jackson se levantó deprisa y me intentó coger del brazo, pero resultó contraproducente de una forma catastrófica.

No tenía claro cómo había ocurrido exactamente. En un instante me aparté por instinto de su mano y al siguiente los tacones se me habían enredado con el vestido, y cuanto más intentaba recuperar el equilibro, peor se ponía la cosa.

—*Eh, ¿qué coño está pas…?*

No escuché el resto de la frase por culpa del atronador sonido del agua golpeándome en los oídos.

3

Era una pesadilla. Una pesadilla terrible de lo real que parecía, pero una pesadilla al fin y al cabo. Tenía mucho más sentido.

Lo positivo era que ahora que me había dado cuenta de que estaba soñando, estaba un paso más cerca de despertarme.

Lo más probable, justo después de que me hubiera ahogado.

Podía ver la cálida luz de los farolillos propagándose por la superficie de la piscina, pero no parecía capaz de llegar hasta ellos por mucho que me impulsara con las piernas o los brazos. De hecho, en vez de acercarme, parecía que cada vez me hundía más y más. Casi como si algo me estuviera arrastrando hasta el fondo.

Me di cuenta en cuanto toqué con los tacones el fondo de la piscina.

Entré en pánico.

El vestido.

No solo tenía un montón de capas de tela que me impedían darme impulso; además, pesaban como cincuenta kilos más porque estaban mojadas. Era como tener un ancla en torno al cuerpo.

No era un sueño. Estaba a punto de ahogarme de verdad.

Solté el bolso y me busqué la espalda con las manos. Pero por mucho que me revolviera y buscara a tientas, mis dedos no parecían encontrar el pequeño tirador de la cremallera.

Ria me iba a asesinar cuando descubriera que me había muerto mientras ella estaba de luna de miel. Iba a cabrearse un montón. Me lo recordaría eternamente, sobre todo si lo del más allá resultaba ser cierto. Me perseguiría en cuanto llegara allí.

Hacía ocho años habíamos hecho un pacto para morir mientras dormíamos, juntas, de la mano, en la residencia de ancianos en la que habríamos pasado toda una década liándola parda. Como una versión caótica y con mejores amigas de *El diario de Noa*.

Y Tobigote se iba a pensar que lo había abandonado. Aunque, para ser justos, lo más probable es que lo superara bastante rápido. Ria lo adoptaría, y como el muy mimoso no se podía resistir a los arrumacos de su marido, seguro que se olvidaría enseguida de mí…

El triste hilo de mis pensamientos se detuvo de golpe cuando un par de manos me rodeó la cintura desde atrás. Lo siguiente que supe fue que me levantaban más y más y más…

Solo para volver a hundirme de nuevo. Tenía los pulmones ardiendo.

¿De qué coño estaba hecho ese estúpido vestido? ¿De hormigón?

Me di la vuelta (con muchísimo esfuerzo) cuando volví a tocar el fondo con los pies, solo para encontrarme cara a cara con un Jackson Sinclair cabreadísimo. El hombre había perfeccionado el arte de fruncir el ceño con gesto furioso.

Meneé la cabeza en su dirección, haciendo gestos hacia el vestido. Pero antes de que pudiera señalar la cremallera de la espalda, enganchó los dedos por debajo del escote corazón de esa estúpida trampa mortal y lo rasgó por completo hasta la mitad. Como si fuera una puñetera hoja de papel.

Mostró los dientes y apretó los músculos bajo su camisa blanca mientras rasgaba la tela, antes de ayudarme a salir de ella. Me

hubiera quedado bastante impresionada si no tuviera los pulmones en llamas.

Salí disparada hacia la superficie, con el pecho chillando, gritando, suplicando socorro. Y casi lo consigo. Estaba tan tan cerca, a escasos centímetros de las luces ondulantes, cuando me cedieron los pulmones con un espasmo. Inhalé y me atraganté, y mi cuerpo intentaba expulsar el agua cuando algo me agarró de la cintura y me levantó hacia las luces.

Salí a la superficie con un grito ahogado. Casi no veía, y mis pulmones se esforzaban por hacer acopio de tanto oxígeno como fuera posible a pesar del violento ataque de tos. Me sacudí, pataleé, tratando de encontrar algo a lo que sujetarme a través de la cegadora neblina provocada por las lágrimas, el agua de la piscina y el miedo. Fui ligeramente consciente de que una fuerza externa me giraba justo antes de poder agarrarme con los dedos a algo cálido y sólido.

Me colgué de ese algo temblando con desesperación mientras no dejaba de toser y atragantarme y, antes de darme cuenta, rozaba de nuevo el fondo de la piscina con los tacones. Pero esa vez, tenía la cabeza y los hombros por encima del agua.

—¡Bensen!

Ese algo cálido y sólido al que ahora me aferraba con fuerza vibró cuando la voz grave y ronca rugió la orden.

—Ya nos hemos ocupado, señor. El personal está de camino y he enviado a alguien a avisar a las señoritas Harrison. Estarán esperándolo.

—Llame al doctor Santos. Ha tragado un montón de agua.

—Ahora mismo, señor.

Quería secarme con la mano la humedad de los ojos, pero mis dedos se negaban a abrirse. Mis puños agarraban la camisa de

Jackson como si mi vida dependiera de ello. Porque de verdad que me parecía que mi vida dependía de ello. Mi cerebro, preso del pánico, estaba convencido de que si lo soltaba, caería en picado hasta el fondo de la piscina de nuevo.

No sé cuánto tiempo permanecimos allí, pero fue suficiente como para que se me empezara a aclarar la vista, disminuyera la tos y comenzara a tranquilizarme bastante como para asimilar el hecho de que estaba casi desnuda. El vestido llevaba copas integradas, así que ahora mismo no llevaba puesto nada más que un par de zapatos y las bragas. Ah, y seguía pegada al pecho de Jackson Sinclair.

Me obligué a abrir los dedos, me separé y me agaché hasta que el agua me cubrió hasta el cuello, rodeándome de forma protectora con los brazos el pecho desnudo.

No es que importara demasiado. Jackson dirigía la mirada hacia el cielo, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo. Me había soltado en cuanto llegamos a la zona menos profunda de la piscina. Era yo la que lo sujetaba a él.

—¿Puede salir sola del agua? —le preguntó a las estrellas con los dientes apretados.

—Sí. Claro. Gracias.

—Bensen.

—Ya está, señor.

Volví la cabeza hacia la voz. Un hombre con lo que parecía el típico uniforme de mayordomo estaba de pie junto a la piscina, con las manos enguantadas cruzadas con cuidado en la espalda, girada en ese momento hacia mí.

—Madame, cuando esté lista, encontrará un juego de toallas limpias en un perchero a su izquierda. Hay dos mujeres del personal esperando por si necesita más ayuda.

—Eeeh, de acuerdo. —El color me tiñó las mejillas mientras

subía con torpeza por las escaleras, con los brazos aún rodeándome el pecho. Casi corrí hacia las toallas, chapoteando y claqueteando con los tacones.

—Ya estoy bien, gracias —dije en cuanto me envolví en una toalla.

Bensen no se volvió, pero Jackson se movió y salió con esfuerzo del agua con pasos largos y furiosos. En vez de acercarse a por la otra toalla, me lanzó una mirada asesina.

—Sígame.

En primer lugar, no entendía por qué estaba tan cabreado. No era como si me hubiera caído a la piscina a propósito. En segundo lugar, no me iba a ir a ningún lado con él. Tenía que sacar mis cosas del fondo de la piscina y marcharme antes de que la noche empeorara todavía más.

—No, gracias. —Fui chapoteando y haciendo ruido con los tacones hasta el otro extremo de la piscina. Por mí, el vestido se podía pudrir ahí abajo, pero tenía que recuperar el bolso, donde estaba mi móvil (aunque lo más probable es que se hubiera muerto) y el carnet…

Se me paró el corazón cuando lo vi: un destello de castaño caoba asomando por debajo de un gran charco de tela negra.

La peluca.

La peluca estaba en el fondo de la piscina.

«Joder».

«Joder joder joder joder joder».

Me quedé paralizada, con los ojos clavados en el agua y el cerebro frito. Contemplé mi reflejo en el agua: los rizos rubios recogidos en un moño en la nuca y el maquillaje todo corrido.

Era el karma. Había ido a por mí.

—El personal recuperará sus pertenencias —dijo Jackson.

Al menos ya sabía por qué estaba tan furioso.

—No hace falta —dije, sin valor para mirarlo—. Puedo, eh, recuperarlas yo misma.

Hubo un segundo de silencio antes de que dijera:

—¿Cree que le voy a permitir que se meta otra vez en el agua?

Qué pena que no dependiera de él.

—¿Se puede dar la vuelta? —No quería saltar al agua con la toalla y de verdad que no quería soltarla mientras él siguiera mirando.

Seguía notando el calor de su mirada fulminante sobre la piel, lo que significaba que todavía no se había dado la vuelta. Y algo me decía que no iba a hacerlo.

—Madame, si me permite —dijo Bensen con calma—. Personal cualificado ya viene de camino con el equipo adecuado para recuperar sus pertenencias y le puedo garantizar personalmente que se las devolverán enseguida. Si sigue al señor Sinclair, la acompañará hasta su ático, donde las responsables del servicio doméstico, la señorita Harrison y la señorita Harrison, están esperándola con ropa limpia. A menos que prefiera que la lleven a casa en su estado actual, lo que, de ser así, puedo organizar.

Bensen tenía razón.

Por mucho que no quisiera entrar en la guarida de Jackson Sinclair, era imposible que me dejaran meterme en un taxi solo con zapatos, una toalla y en ropa interior.

—¿Madame?

Un amargo pesar me subió por la garganta y el corazón me empezó a latir con fuerza en el pecho.

—De acuerdo —murmuré—. Gracias.

Jackson seguía con las manos apretadas cuando me acerqué a él haciendo un ruido molesto con los tacones con cada paso.

—No sabía que hacían tacones así de altos —señaló con amargura mientras me clavaba la mirada en los ojos, juzgándome.

Abrí la boca como para responderle, pero me quedé bloqueada. Cuando no dije nada, Jackson puso los ojos en blanco, se dio la vuelta y se puso a andar con fuertes pisadas.

Tuve que trotar incómoda para mantenerle el ritmo y los tobillos se me doblaban y torcían cada dos pasos. Tenía las piernas demasiado largas.

Uno noventa y ocho era más de lo que había creído. Su requisito de altura mínima tenía cierto sentido. No estaba justificando su comportamiento ni nada parecido, pero entendía que tal vez ese requisito era un poco más razonable que el resto.

Eso y lo de la edad. Tenía treinta y cinco años, así que supongo que era normal que no quisiera salir con veinteañeras.

Pero el resto de su lista era ridícula e inaceptable.

Nos guio hacia un rincón escondido detrás de un enorme montón de helechos, donde dos hombres en uniforme nos saludaron al unísono con un movimiento de la barbilla y una medio sonrisa amable antes de abrir la doble puerta.

Me fui mordiendo el interior de la mejilla mientras cruzábamos un elegante pasillo, tratando con desesperación de inventar una excusa para lo del pelo.

—Las colecciono —dije al final—. Las pelucas, quiero decir. Las colecciono y las utilizo todo el rato.

No respondió.

Solo siguió caminando con firmeza.

—Soy consciente de que es un *hobby* bastante peculiar, pero todo el mundo tiene sus rarezas. A algunos les gusta coleccionar animales muertos y disecarlos, a mí me gusta coleccionar pelo muerto y… usarlo.

Nop. No debería haberlo enfocado así. Esa decisión me provocó un nudo en la garganta como si quisiera regurgitar las palabras en otro orden. Todavía podía arreglarlo. Podía…

Jackson se detuvo tan de golpe que casi me di con la nariz contra él, lo que hubiera sido una desgracia para mí, porque el hombre era tan blando como una pared de ladrillo.

Cinco breves pitidos después, una puerta maciza de caoba se abrió con gran teatralidad y Jackson entró hecho una furia y desapareció de inmediato como si se muriera de ganas de alejarse de mí.

Vale, bien, no era como si a mí me encantara su compañía. Solo porque me había salvado un poco la vida no significaba que lo hubiera perdonado por arruinármela.

Jackson gruñó algo ininteligible desde las profundidades de su guarida, y antes de que pudiera cambiar de opinión y decidir volver a casa andando medio desnuda, dos mujeres corpulentas idénticas, con caras idénticas, cabello encrespado idéntico y uniformes negros idénticos con delantales blancos idénticos aparecieron por una esquina. Abrieron los ojos de par en par cuando me vieron.

—Ay, querida. Ay, no, no, no, no —insistió la de la izquierda, meneando la cabeza en señal de desaprobación.

—De verdad, niña, va a pillar un resfriado —dijo su gemela con el ceño fruncido. Una mano suave y cálida me rodeó el brazo enseguida y me metió en la estancia antes de que pudiera pronunciar siquiera un breve «hola».

Debían de ser las responsables del servicio doméstico que había mencionado Bensen.

—Sabía que esto iba a pasar —dijo una de las señoritas Harrison mientras me guiaba por el elegante apartamento. Había mucho gris. Todo de un aspecto muy caro y muy muy gris.

—Le hemos dicho a ese chico, se lo hemos dicho en no pocas ocasiones, lo peligrosa que es esa piscina —afirmó la otra señorita Harrison.

—Son las malditas curvas. Lo mínimo que podía hacer es cubrirla cuando recibe visitas. Pero no es de los que escuchan, ¿verdad?

—Le cuesta muchísimo escuchar lo que no quiere, al señorito Sinclair. Desde siempre. Incluso cuando era chiquitín.

—Aunque «chiquitín» tal vez no sea la palabra adecuada, ¿no? Es más alto que nosotras desde que se le cayó el último diente de leche. Aunque la verdad es que tardó bastante. No quería caerse. Cabezota hasta los dientes, el señorito Sinclair.

—Creo que no se dice así, Mabel.

—¿Ah, no?

—No.

—Ella sabe a lo que me refiero, ¿a que sí? Incluso sus dientes son tercos, querida. Eso es lo que trato de decir.

No se me dio la oportunidad de responder.

—Al final tuvimos que encargarnos nosotras de darle un empujoncito.

—La señora Sinclair nos habría matado si se hubiera enterado, pero él nunca se lo contó. Leal hasta lo indecible, el señorito. Una vez que te ganas su confianza, no te abandona nunca, ¿no es así?

—Es preocupante, eso es lo que es. Hay gente que se aprovecharía de eso, ya sabes.

—Una manzana podrida puede echar ciento a perder.

—Aunque al señorito no es fácil engañarlo, ¿verdad?

—Bueno, no podría ser de otra forma. No tal y como lo educaron.

—Uno aprende rápido cuando tanta gente lo decepciona a esa edad.

—Nació en una cuna de diamantes el pobrecito.

—Creo que tampoco se dice así, Mabel.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y cómo es, entonces?

—Cuna de oro. No de diamantes.

—Bueno, supongo que, si cambias la expresión, no tiene el mismo impacto, ¿verdad? Aunque no tengo muy claro adónde quería llegar con esto, de todas formas. He vuelto a irme por las ramas un poco, ¿no, Molly?

—Las dos, me temo.

—¿Por qué no dice nada, querida?

Me miraron las dos, expectantes, esperando a que respondiera. Parpadeé con la boca abierta.

Me había quedado sin palabras.

Había estado tan absorta (y confundida e impresionada) por su fluido diálogo que no me había fijado por dónde habíamos girado para llegar al gran dormitorio en el que ahora nos encontrábamos. Todavía tenía una mano sujetando la toalla alrededor de mi cuerpo y la otra sosteniendo un montón de cosas que me habían ido dando: más toallas, ropa limpia, sandalias, artículos de aseo.

Mabel (si me había enterado bien) se puso las manos en sus rollizas caderas y le frunció el ceño a su hermana.

—Míranos, Molly. Ni siquiera le hemos ofrecido una taza de té en todo este rato, ¿verdad? ¡Y sigue empapada!

—¿Le apetece un té, querida? Tenemos una tetera de té oolong preparada. Bueno, en realidad es una mezcla de oolong y pu erh. El señorito Sinclair se queja cuando ponemos el pu erh solo.

—Afirma que huele a establo sucio.

—Desde luego que a nosotras también nos llevó un tiempo

acostumbrarnos al olor. Pero sienta de maravilla, ¿a que sí?

—Y él no se queja demasiado, nunca lo ha hecho.

—Así que, cuando lo hace, prestamos atención.

—Tampoco se lo bebe nunca. Por mucho que le intentemos explicar todos sus beneficios, las palabras siempre caen en saco sordo.

—No se dice así, Mabel.

Madre mía, no, por favor. No podía volver a entrar en ese bucle.

—Lamento interrumpirlas —dije justo cuando Mabel iba a responder—. ¿Podría tener un poco de privacidad mientras me cambio? Gracias por la ropa, por cierto. Han sido muy amables.

Me sonrieron a la vez, todo hoyuelos y mejillas sonrosadas.

—No hay de qué, querida.

—La esperaremos fuera, entonces. Avísenos si necesita algo. Y el doctor llegará…

A Molly la interrumpió un fuerte bam cuando la puerta del dormitorio se abrió de golpe y chocó contra la pared.

—¡Por todos los santos, Jackson! ¡No puedes irrumpir en un cuarto ocupado a tu antojo! —se quejó Molly, apretándose el pecho con la mano.

Pero él no le estaba prestando atención. Esos ojos de un extraño azul pálido estaban clavados en mí y parecían… letales. Esa era la palabra. Parecía como si lo único que quisiera hacer Jackson Sinclair fuera estrangularme allí mismo.

—¿Me estaba grabando? —rugió, lanzando un montón de cosas a la cama.

Me dio un vuelco el corazón cuando me di cuenta de lo que eran. El auricular y la cámara que habíamos cosido al vestido. Supongo que tendría que haberlo visto venir. Por algún motivo, pensaba que no encontraría la cámara. Era pequeña y estaba bien escondida.

Molly y Mabel soltaron un grito ahogado, con aspecto de estar bastante escandalizadas mientras nos miraban con esos ojos redondos e incrédulos primero a mí, luego a Jackson y luego de nuevo a mí.

—Oh, querida.

—Oh, no.

Lo de la peluca era una cosa. El pinganillo era una cosa. Por separado, podía llegar a explicarlo. Pero si le añadías la cámara y lo juntabas todo, no tenía excusa. Todo era muy inculpatorio y no se me ocurría una sola mentira razonable que pudiera arreglar las cosas.

—No es lo que parece —probé a decir. Quizá creyó que era un cliente que… bueno, no lo tenía muy claro. Tenía el corazón a mil, los nervios a flor de piel y se me estaba ofuscando el cerebro, lo que significaba que estaba a unos segundos de empeorarlo todo. Eso es lo que solía pasar cuando entraba en pánico.

Pero antes incluso de tener la oportunidad, Jackson lanzó el resto de las cosas que sujetaba a la cama: el bolso, el móvil y mi tarjeta de acceso. Del trabajo.

Esa en la que aparecía mi nombre completo, una foto y el logo de Charmed Elite. Me la había llevado conmigo porque se suponía que iba a ir directa a la oficina después de nuestra «cita». También porque era una idiota. Claramente.

—Salga. De mi puta. Casa —dijo con rencor—. Ahora mismo, señorita Paquin.

—Está… está desnuda, querido.

—Al menos permítele… ¡Oh!

Agarré mis cosas, agaché un poco la cabeza y salí corriendo de allí vestida solo con una toalla y nada más.

4

Parecía como si Vivian quisiera arrancarse el pelo y estrangularme con él.

Y lo cierto es que no podía culparla, pero no hacía falta. Ya me estaba asfixiando.

Los tres estábamos de pie en su despacho, con la cabeza gacha como si fuéramos una panda de niños a los que reprendían. Bueno, excepto Alice. Mientras que yo me había encogido para adoptar una postura defensiva, ella seguía recta como siempre, y juro que empezaba a desconectar de puro aburrimiento. Lo más probable, porque ya llevábamos allí media hora escuchando a Vivian gritar y tirar cosas sobre su escritorio.

Para ser del todo honesta, la reacción de Vivian no me parecía justa. A ver, nos había dicho que no le importaba cómo consiguiéramos resultados, siempre y cuando los consiguiéramos. Esas habían sido sus instrucciones.

Empezaba a creer que Alice estaba en lo cierto con sus observaciones. Cada vez era más evidente que, para Vivian, nosotros tres no éramos nada más que chivos expiatorios.

Si triunfábamos, ella se atribuiría encantada todo el mérito. Si fracasábamos… bueno, eso. Lo estábamos viviendo en ese momento. Nos había presionado para hacer algo arriesgado hasta el

extremo de pura desesperación y ahora estaba a punto de despedirnos por ello. Después de que aquello saliera a la luz, Alice, Mitch y yo no seríamos capaces de encontrar otro empleo en el sector en la vida, pero eso no le importaba a Vivian. Mientras la culpa se la llevaran otros, el daño para su reputación profesional no sería demasiado grave.

Al fin y al cabo, la mayoría de nuestros clientes estaban con nosotros para trabajar con ella directamente. Seguro que lo tergiversaba todo para parecer la víctima. Se le daba bien hacer eso. Las relaciones públicas eran su punto fuerte.

Aun así, la persona complaciente que había en mí, la que buscaba con desesperación la aprobación de su jefa, estaba llorando. Y no sabía cómo pararlo.

—¿En qué cojones estabais pensando? —Seguía caminando de un lado a otro sin parar. Había formulado la pregunta para que pareciera que se dirigía al grupo, pero me estaba taladrando el cerebro con los ojos—. ¡Jamie! ¡Te he hecho una pregunta!

Por norma general, me habría obligado a mirarla a los ojos y responderle, pero en ese momento no me veía con fuerzas. No había dormido en toda la noche, me dolían los pies y tenía ampollas por haber vuelto renqueando hasta casa en esos malditos tacones, y ocupaba gran parte del cerebro en tratar de resolver cómo íbamos a conseguir catorce mil dólares en una semana nosotros tres.

Porque eso era lo que costaba el vestido hecho trizas y los zapatos mojados y ensangrentados: 13.921,32 dólares. La factura vencía el viernes siguiente.

Ah, y ahora solo podía recibir llamadas en el móvil con el altavoz puesto, así que también tendría que comprarme otro. Pero al menos había logrado encenderlo. Dejarlo metido en arroz toda la noche había servido de algo.

Alice se había ofrecido a pedirles el dinero a sus padres, pero yo sabía lo muchísimo que quería evitarlo. El objetivo de mudarse aquí había sido empezar a valerse por sí misma.

Vivian se mofó cuando me quedé callada.

—¿Nada? ¿No tienes nada que decir después de haber arruinado la reputación de esta empresa? ¿Después de echar a perder todo el trabajo duro, la sangre, el sudor y las putas lágrimas que he dedicado a levantar esta marca desde cero? —Se detuvo un instante, se colocó las manos en las estrechas caderas y abrió la boca para atacarme de nuevo. Pero la interrumpió una serie de golpecitos suaves en la puerta.

—¿Qué? —gritó.

Laury asomó la cabeza con cautela.

—Lamento mucho interrumpir, pero han llegado los Sinclair. Su coche acaba de parar frente al edificio.

Miré a mi izquierda, con el pulso acelerado. Mitch y Alice estaban tan sorprendidos como yo.

¿Los Sinclair estaban ahí? ¿En plural? Había supuesto que Jackson enviaría a alguien de su equipo (tal vez un abogado) para hablar con Vivian en su nombre.

El semblante de Vivian mudó por completo. Dejó caer las manos de las caderas, las cerró en un puño y subió un poco la cabeza al tiempo que tragaba saliva. Nervios. Vivian Hale estaba nerviosa.

—Bien —dijo con voz cortante—. Me reuniré con ellos en la sala Rosé ahora mismo.

Lo que significaba que podíamos retirarnos por fin. Necesitaba con urgencia un café y llorar a gusto en el baño. Pero en cuanto empecé a darme la vuelta con los pies doloridos, Vivian chasqueó los dedos y me señaló con uno.

—Tú —dijo—. Tú vienes conmigo.

Me puse tensa y se me revolvieron las tripas.

Alice fue alternando la mirada entre Vivian y yo, frunciendo el ceño.

—¿También tenemos que ir nosotros?

—No. Vosotros dos vais directos a la sala White y esperáis. Jamie y yo iremos allí después de la reunión.

—Pero…

—Ahora, Alice. Antes de que llame a seguridad y les pida que os escolten hasta allí.

Alice me lanzó una miradita antes de obedecer, aunque no tenía muy claro lo que me quería transmitir. El estrés y la falta de sueño habían destrozado mi capacidad de comprensión. Casi no era capaz de pensar y ahora me tenía que enfrentar a los Sinclair y volver a repetir todo ese infierno de reproches.

En ese momento, que me despidieran habría sido un alivio.



La tía de Jackson era, por decirlo de alguna manera, todo un torbellino.

Minerva Sinclair era una mujer alta y esbelta, con el pelo del todo cano y rasgos afilados, y su look característico consistía en un traje pantalón rojo cereza, gafas de sol *cat-eye* retro y zapatos de tacón de aguja. Según la documentación que teníamos de ella como cliente, tenía el número de su tarotista personal (Imogen) en marcación rápida y llevaba contra su huesudo pecho a su arrugado gato egipcio (Harry) allá donde fuera, siguiendo las indicaciones de su consejera espiritual (Velma).

La verdad, si su sobrino no fuera tal grano en el culo, me habría parecido bastante increíble. Tenía ese rollo de la gente con pasta y

sin filtros a la que era imposible no admirar. Además, había llamado a su gato sin pelo «Harry», que sonaba como «peludo» en inglés, y no creía que lo hubiera hecho a propósito.

Pero, a pesar de todo, me fijé de inmediato en la figura que se alzaba tras ella.

Entró en la habitación como si le perteneciera todo el edificio y la gente que había en él. Su presencia acaparaba toda mi atención, con esa imponente altura y el traje negro a medida impecable.

Me sacaba de quicio, más de lo que cabría esperar. Me hirvió la sangre cuando esos ojos fríos se cruzaron con los míos, entornándose.

¿Ves? Lo sabía. Esa era toda su personalidad.

Puse los ojos en blanco antes de poder evitarlo y quedó bastante claro que Minerva me había pillado, por cómo enarcó las cejas canosas por encima de la montura de las gafas de sol.

—Minerva. —Vivian dio dos rápidos besos al aire, sin rozar las mejillas de su clienta, que no aceptó el peloteo y no respondió al gesto—. Qué bien volverte a ver. Adelante. Sentaos, sentaos. Ya viene Laury con el té. Y, señor Sinclair, es un honor poder conocerle al fin…

—¿Es ella? —la interrumpió Minerva. Su voz sonaba tajante con un acento no identificable, una mezcla de francés, alemán e inglés británico, quizá.

Vivian se puso recta y le palideció un poco la sonrisa.

—Esta es Jamie Paquin, la empleada sobre la que hemos estado hablando por teléfono esta mañana. Así es.

—Jack.

Jackson Sinclair ladeó la cabeza, mofándose.

—No estoy seguro —dijo despacio—, no es que tuviera unos rasgos memorables.

Me invadió la rabia y noté un calor intenso por todo el cuerpo.

—Dice el hombre con la personalidad de un huevo duro.

Se hizo un silencio sepulcral.

Para que conste, no había querido decirlo en alto.

Vale, era mentira. Claro que había querido decirlo en alto.

—¿Disculpe? —Entornó los ojos hasta convertirlos en carámbanos de hielo. Ya no lucía esa sonrisita de superioridad.

Me pregunté hasta dónde tendría que llegar para lograr que los cerrara del todo. Seguro que no me costaba demasiado.

—Vaya, lo siento, ¿es duro de oído, señor Sinclair, o solo le gusta malgastar el tiempo de la gente? —le contesté con rabia.

OK.

Vale.

Igual con eso había ido demasiado lejos. Tenía que recular. Se lo merecía, en mi opinión, pero Vivian me miraba boquiabierta como si le hubiera estampado una rata de cloaca en la cara. Así no era como se suponía que debía comportarme. Me había llevado allí para servir de cabeza de turco. De las que no replicaban.

Quizá fuera eso lo que trataba de decirme Alice con su miradita. Me había intentado avisar.

Me recorrió una oleada de irritación que acabó por enconarse en mi garganta. Era una sensación muy vívida y nueva. No estaba acostumbrada a ese nivel de frustración. Quería lanzar algo por los aires. Mandar a la mierda a todos los de esa sala. Llorar.

Minerva Sinclair se quitó las gafas de sol despacio y me observó con atención con esos ojos penetrantes.

—Lo siento —murmuré hacia ella, y solo a ella, mientras apretaba los dedos—. Me dijo eso mismo anoche. Fue del todo innecesario y bastante grosero.

Enarcó la ceja derecha.

—¿Antes o después de que se enterara de su verdadera identidad?

—Antes —dije, aunque Vivian me miraba como diciéndome «cierra la puta boca».

¿Qué es lo que iba a hacer? ¿Despedirme?

Jackson estiró la cabeza hacia delante como si no se pudiera creer mi osadía.

—¿Esa es su puta versión de una disculpa?

Apreté los dientes y me clavé las uñas en las palmas de las manos con tanta fuerza como para hacerme sangre.

—Perdió la oportunidad de recibir algún tipo de disculpa en cuanto me echó de su apartamento en medio de la noche sin ropa y sin móvil.

Fue como si a Vivian le arrancaran el alma del cuerpo. Se quedó lívida tan de golpe que creí que iba a desmayarse. No sabía lo del incidente de la piscina. La noche anterior, Minerva le había contado una versión resumida de la historia por teléfono, nos había convocado en su despacho bien temprano esa mañana y se había negado a escucharnos cuando tratamos de explicarnos.

No tenía contexto como para entender por qué estaba en el apartamento de Jackson Sinclair desnuda. ¿Y sabes qué?, tal vez no se mereciera ninguna explicación.

A Minerva se le descompuso la cara antes de recomponerse, y entonces se dio la vuelta sobre esos afilados tacones y le lanzó una mirada asesina a su sobrino.

—¿Que tú qué?

A Jackson se le marcó un músculo de la mandíbula, dejando patente su irritación. Levantó los ojos al techo como si de allí pudiera sacar la paciencia necesaria para lidiar con todas mis tonterías.

—No fue así. Estaba implícito que se marchara después de vestirse, pero salió corriendo antes de poder aclararlo.

—Venga, por favor —bufé—, si va a ser mezquino, al menos tenga los huevos de admitirlo.

—¿Así que fui yo el mezquino? —masculló con incredulidad mientras se acercaba despacio—. Señorita Paquin, quizá deba recordarle que entró sin permiso y con engaños en mi propiedad, disfrazada como un posible interés romántico y procedió a grabar nuestro encuentro sin mi conocimiento ni mi consentimiento. Hágame el favor de explicarme por qué yo soy el malo por echarla de mi casa por hacer eso.

—Vale, de acuerdo —dije—. Eso sí que lo lamento. Reconozco que estuvo mal. Pero solo lo hice porque se ha pasado los últimos ocho meses negándose a reunirse con nosotros. No ha hecho una sola de nuestras evaluaciones ni ha respondido en persona a ninguno de nuestros cuestionarios. Fue uno de sus becarios el que respondió en su nombre a la evaluación del estilo de vida, por Dios santo. ¿Cómo va a tener eso algún sentido cuando trata de encontrar literalmente a su compañera de vida?

—Mi falta de participación en sus vanos intentos no excusa las diversas acciones ilegales que…

—¿No has hecho tú mismo las evaluaciones? —Ahora Minerva enarcaba ambas cejas.

Jackson apretó los labios con tanta fuerza que palidecieron.

—No… no directamente —consiguió decir entre dientes—. No había ninguna necesidad. Se les ha provisto de suficiente información como para encontrarme una pareja adecuada.

—Con todo el respeto, la información que nos ha proporcionado su equipo es tan escasa que hay…

—Jamie. Ya basta.

La queja quedó sepultada bajo la frialdad del tono de Vivian y empecé a pensar en una disculpa. Pero me mordí la lengua. Ella sabía que Jackson no había participado en persona en ninguno de los cuestionarios ni pruebas. Lo mencionamos en las innumerables reuniones que tuvimos. Entonces, ¿cómo es que Minerva se acababa de enterar?

Habían tenido dos reuniones fijas al mes para hablar de nuestro progreso, ¿cómo es que no se le había ocurrido mencionarle algo tan importante durante las dieciséis reuniones que habían mantenido hasta la fecha? Tal vez Minerva hubiera podido ayudarnos. Tal vez podría haber convencido a Jackson para que al menos se sentara un rato con nosotros.

No habíamos dejado de trabajar durante ocho puñeteros meses seguidos ¿y ella no había sido capaz de hacer una sola cosa para ayudarnos?

Mi frustración fue en aumento hasta que me llegó a los ojos. Pero no iba, de ninguna manera, a llorar delante de esas personas.

—Te puedes retirar —dijo Vivian.

«Con mucho gusto».

Pero no pensaba esperarla en la sala White. Iba a marcharme directamente, meterme en la cama con una botella de pinot y medio litro de helado de chocolate y volver a ver todos los episodios de la séptima temporada de *Guerra de chefs - Edición internacional* (el hoyuelo de la barbilla de Daniel Omori y la golden retriever de tres patas eran como un bálsamo para mi alma marchita).

A la mañana siguiente enviaría a Vivian mi renuncia sin preaviso y empezaría a buscar otro trabajo.

No sabía qué narices iba a hacer con lo del dinero que debía por el vestido y los zapatos, pero ya se me ocurriría algo.

—En realidad, no —dijo Minerva justo cuando empecé a

renquear hacia la puerta del despacho de Vivian. Jackson se fijó durante un instante en mis pies, tensando la mandíbula.

No solo eran sus extraños ojos incapaces de ofrecer más de una sola mirada, el hombre en sí solo era capaz de experimentar una única emoción.

Lo que yo decía. Con la personalidad de un huevo duro. Con, por ejemplo, salsa picante o algo. Pero no en el buen sentido.

—¿Disculpa? —Vivian hizo lo imposible por mantener un tono despreocupado aunque por dentro hervía de rabia. ¿Cómo me atrevía a no comportarme como la cabeza de turco emocional que quería que fuera cuando me llevó a la reunión? ¿Para qué otra cosa si no le servía yo, la empleada prescindible de la que se había estado aprovechando la mayor parte del año anterior?

—Me gustaría que se quedara —dijo Minerva, que seguía mirándome mientras acariciaba distraída a su gato sin pelo Harry. Era monísimo. Feo hasta decir basta, pero adorable. Y el collar de diamantes que le colgaba flojo alrededor de ese cuellito arrugado probablemente costaba más de lo que yo iba a ganar en todo el año.

Vivía a cuerpo de rey y era consciente de ello, a juzgar por cómo me miraba parpadeando despacio con total indiferencia y aburrimiento.

—No creo que sea buena idea, Minerva —probó a decir Vivian.

Minerva apenas se dignó mirarla.

—¿No me habías ofrecido un té? ¿Por qué no vas a buscarlo mientras esta jovencita y yo charlamos un poco? ¿Qué té suele tomar, señorita… Paquin?

—Jamie.

En el cuello y el rostro de Vivian empezaron a aparecer un montón de peligrosas manchas rojizas.

—Mi asistente ya está preparando…

—¿Sabes cómo le gusta el té a Jamie? —preguntó Minerva despacio, rascando con cariño con esas uñas de color vivo el largo cuello de Harry.

—No creo que haga falta que se quede a la reunión —se metió Jackson.

Me mordí la lengua.

—Tonterías. La reunión va sobre ella, se merece que la escuchen. Vivian, trae a la pobre chica una manzanilla o algo. No quiero tener que volver a pedírtelo. Es evidente que está angustiada y, por lo poco que la he escuchado decir, no me extraña.

Vaya, qué amable.

Jackson no parecía estar de acuerdo. Se puso un poco más recto, tratando de tragarse una réplica que sabía con toda seguridad que no le hubiera servido para ganar la discusión.

Vivian salió de la sala sin decir nada más.

—Sentaos —nos ordenó Minerva.

Yo la obedecí, Jackson no. Se quedó de pie, alzándose imponente sobre nosotras como una de esas terroríficas gárgolas que adornaban las fachadas de las catedrales medievales. Pero solo hasta que su tía le dirigió una mirada afilada que le hizo apretar la mandíbula. Se sentó en la silla junto a su tía.

—Bien —empezó a decir Minerva—, cuéntame lo que ocurrió anoche.

Jackson repiqueteó con los pies en el suelo.

—Esto es una pérdida de tiempo. Ya te he explicado…

—Chitón. Ya he escuchado tu versión de los hechos. Te has pasado toda una hora dándome la lata con eso esta mañana. Le toca a ella.

Se puso tenso.

—Es una mentirosa y un fraude, Minerva. ¿Cómo puedes creer

una sola palabra…?

—O te callas, Jackson, o le vas a ayudar a Vivian con el té.

«Chúpate esa».

Una sensación de placer triunfal se me clavó en el pecho, relajándome los hombros. Decidí justo en ese preciso momento que, a pesar de sus desafortunados lazos de sangre con el hombre más frío y malhumorado del planeta, me caía bien Minerva Sinclair. Y le iba a contar la verdad.

Al fin y al cabo, ya no tenía nada que perder.

—Lo llamamos Jack el Destripador —le dije.

Ese era, sin lugar a dudas, un buen punto de partida.

5

Lo solté todo sin dejarme nada.

Le dije cómo se había ganado el apodo. Cuántos corazones había pisoteado sin piedad para que mis colegas y yo lo llamáramos el Destripador.

Le hablé de sus criterios inflexibles y prácticamente imposibles y de lo difícil que nos había resultado encontrar una sola mujer que cumpliera todos sus requisitos, ya no digamos las sesenta y siete que había rechazado.

Le hablé de la línea de control de daños y de la inmensa cantidad de horas que nosotros, como equipo, habíamos dedicado a su expediente.

Y por fin, le expliqué por qué había tenido que ir de infiltrada. Cómo su negativa a reunirse con nosotros combinada con todo lo demás nos había llevado a ese punto. Necesitábamos información precisa y no se nos había ocurrido otra forma de conseguirla.

Traté de mantener el tono y el discurso lo más profesionales posible, presentándole todos los hechos. Luego me disculpé por lo que había hecho porque, a pesar de los motivos que tuviera, seguía estando mal.

Y todo mientras Vivian permanecía sentada a mi lado en el sofá, en silencio y tiesa como un tablón de madera.

—No estoy segura de que Jackson quiera una pareja —dije para finalizar casi una hora después—. Todo, desde sus criterios inflexibles hasta su comportamiento en nuestra cita, indica que no podría estar menos interesado en encontrar a alguien por medio de nuestros servicios.

Cuando por fin me callé, mi té estaba frío e intacto, el cojín de mi regazo había perdido su forma para siempre y yo estaba casi sin aliento.

Pero, la hostia, qué bien me sentía.

Me sentía de puta madre.

Me hubiera gustado que Alice y Mitch estuvieran allí. Traté de contarlo todo, pero hubiera estado bien que también los hubieran escuchado a ellos. Por fin alguien nos prestaba atención.

Tras un largo silencio, Minerva asintió por última vez.

—Vale, entonces, ¿qué recomiendas?

—¿Para qué? —pregunté.

—Si tuvierais que empezar de cero con Jackson, ¿cómo sugerirías que abordáramos el tema?

—Vivian tendría que… —Dejé la frase sin terminar al ver que negaba con la cabeza.

—Me gustaría escuchar tu opinión profesional, señorita Paquin —dijo con calma—. Si pudieras rebobinar el expediente de Jackson, volver al primer día, ¿cómo lo gestionarías? ¿Qué es lo que harías de forma diferente? Asumiendo, por supuesto, que en esta ocasión contarais con su completa colaboración.

Jackson había permanecido en silencio mientras yo hablaba, igual que Vivian. Aunque no se me había pasado por alto la intensidad con la que me había estado observando todo el rato.

Carraspeé y me centré en Minerva.

—De acuerdo. Mi opinión profesional es que a menos que

Jackson esté dispuesto a participar en nuestro programa Inmersivo y ponerse a trabajar con un consultor sénior, no le recomendaría seguir con Charmed. Creo que llegados a este punto hemos hecho todo lo posible por él.

Para que conste, ella me había preguntado.

Vivian había sufrido un millón de microinfartos en la última hora y este último comentario le arrancó un leve lamento de sufrimiento. De acuerdo con su criterio profesional, yo era un gasto inútil en sueldo y beneficios, y cualquiera que me contratara después de aquello era un idiota.

Nada importaba que hubiera tenido una racha impecable hasta que me llegó el expediente de Jackson. Nada importaba que me hubiera considerado una «candidata prometedora» para el próximo puesto de consultora sénior disponible antes de que apareciera él. Nada importaba que solo hubiera recibido alabanzas de los clientes anteriores o que me hubiera machacado tanto hasta el punto de llegar a quemarme.

Para ella, nada de eso importaba.

Minerva torció los labios con un gesto divertido.

—¿Crees que es tan malo? ¿Que le hace falta un consultor de citas y niñera a tiempo completo?

—Para serte sincera, lo más probable es que necesite dos.

Minerva se rio, Jackson apretó los dientes con tanta fuerza que seguro que para cuando acabara la reunión tendría al menos tres muelas rotas, y Vivian, sin duda, estaba prometiéndose en silencio que mis tatara tatara tataranietos pagarían por los pecados que mi insolente boca había cometido ese día en esa misma sala.

El esbelto dedo de Minerva dio unos golpecitos en el reposabrazos.

—¿Por qué crees que es mejor ese enfoque que simplemente

obligarlo a sentarse y participar en la evaluación en persona?

Muy fácil.

—Porque no estoy segura de que Jackson sepa lo que quiere en realidad. Su equipo nos ha informado de lo que él cree que quiere, pero cada vez que le hemos presentado justo eso, lo ha rechazado. No una vez, ni dos: sesenta y siete veces.

—Tiene sentido —dijo—. Está decidido entonces. Contrataremos el paquete.

Jackson se giró hacia ella, frunciendo esas cejas gruesas.

—Ni hablar. Ahí es donde marco la línea, Minerva. No permitiré que un extraño se mude a mi casa y me siga a todas partes como si fuera un perrito faldero durante un mes solo para que tenga que volver a pasar por más de esas ridículas citas. Teníamos un trato.

—Teníamos —le replicó ella con un tono seco—. Y ya no es una opción. Te pedí que lo intentaras, Jackson.

Él apretó la mandíbula.

—Lo he intentado. He facilitado casi todos los datos que me han pedido, he asistido puntual a cada cita y me he tragado horas y horas de conversaciones insufribles. Si tan solo supieras…

—No soy idiota y no me gusta que me traten como tal. Si lo intentaras de veras, no acusarías a la mujer con la que estás cenando de ser dura de oído. Si esto es… si de verdad consideras que esto es un comportamiento apropiado, entonces no te mereces lo que tienes, y ya no digamos algo más.

Jackson cerró la boca de golpe. Habría sido divertido si su discusión no hubiera sido tan intensa.

—Aceptarás el asesoramiento y esta vez te esforzarás de verdad. Hablaremos después sobre los términos de nuestro nuevo trato, que serán mucho más estrictos.

A Jackson se le agarrotó todo el cuerpo. Parecía a punto de

estallar.

—Minerva, si me permites… —interrumpió Vivian.

—No, no te lo permito. Hemos tenido dos reuniones al mes durante gran parte del año y no me has mencionado nada de esto ni una sola vez. Me permitiste creer que todo iba bien y justificaste el largo proceso diciendo que Jackson era un poco exigente y que tenía todo el derecho a serlo. De haberlo sabido, habría abordado el problema antes. Te dije desde el primer momento que quería transparencia.

Vivian bajó la cabeza.

—Me disculpo si crees que no he sido transparente contigo. No obstante, Jackson no necesita asesoramiento. Con volver a repasar algunas de sus evaluaciones debería bastar, sobre todo si acepta… relajar algunos de sus criterios.

—¿Cómo puedes tú saberlo? —replicó Minerva—. Por lo que parece, no has debido ni tocar su expediente desde que llegó a tu mesa junto con el abultado cheque que cubría tu desorbitada tarifa.

—Yo… Minerva, te garantizo que he estado trabajando con tanto empeño como el resto del equipo para encontrarle a tu sobrino una pareja adecuada.

«Perdona, ¡¿QUÉ?!».

Se me abrió la boca de golpe antes de poder evitarlo. Todo el mundo lo vio.

—Hemos intentado hacer las cosas a tu manera, Vivian, y hemos obtenido resultados más que decepcionantes.

Casi podía oír cómo le hervía la sangre a Vivian tras esa forzada sonrisa amable.

—Bien —aceptó al fin—. Veré qué consultores sénior están disponibles. O mejor, lo haré yo misma.

—No es necesario. —Minerva hizo un gesto con la mano—. Se

ocupará Jamie.

Jackson le lanzó una mirada a Minerva que decía a gritos «no puedes hablar en serio» y yo estaba de acuerdo con él. Porque de verdad que no podía estar hablando en serio.

—Me temo que es imposible —dijo Vivian—. A Jamie le faltan experiencia y pericia para llevar a cabo las evaluaciones necesarias, y desde luego que no está capacitada para hacer el asesoramiento.

—Estoy de acuerdo —dijo Jackson, como si tuviera alguna idea de lo que estaba hablando. Capullo—. Y desde luego que no creo que fuera apropiado dado lo que ocurrió anoche.

—Jamie, ¿tú qué opinas?

Todas las cabezas se giraron hacia mí. Pero, una vez más, decidí centrar mi atención en Minerva.

—Opino que hay muchos otros consultores que serían más adecuados que yo para hacer este trabajo. —Además, en cuanto terminara la reunión, me pensaba marchar directa del edificio y no volver a mirar atrás jamás. Ni loca iba a aceptar hacer un Inmersivo con Jackson, incluso a pesar del bonus…

«El bonus».

Cuarenta mil dólares además de mi salario mensual. Incluso después de impuestos, tendría suficiente para pagar los zapatos, el vestido y un móvil nuevo. Con el resto podría cubrir gastos hasta encontrar otro trabajo.

Aun así, no estaba segura del todo de si merecía la pena.

—Pero ¿estarías dispuesta a hacerlo? —preguntó Minerva.

Me moví incómoda en el sofá.

—Vivian tiene razón. No tengo la formación ni la experiencia necesarias.

—Minerva, ¿hay algún motivo por el que estés empeñada en que sea Jamie? —preguntó Vivian—. Dejando la experiencia a un lado,

cuento con un buen número de consultores sénior cuya personalidad sería mucho más adecuada para lidiar con las exigencias de una experiencia Inmersiva.

¿Qué quería decir con eso?

—Explícate —le ordenó Minerva.

—Jamie es… joven —dijo Vivian—. Y estas experiencias duran todo un mes y pueden ser bastante intensas. Además, también tengo que asegurarme de que mis empleados se sientan cómodos con sus funciones.

«Menuda sandez».

En primer lugar, yo tenía veintiocho años, no era tan joven. En segundo lugar, ¿dónde estaba toda esa preocupación por nuestro confort cuando nos había obligado a dormir en los sofás de la sala de conferencias para cumplir con los plazos de Jackson? ¿Dónde narices estaba cuando le habíamos intentado decir, una y otra vez, que no estaba funcionando?

Me lo tragué todo, desviando la mirada.

Minerva volvió a dirigirse a mí.

—Todavía no me has respondido. ¿Estarías dispuesta a hacerlo?

No. Ni hablar.

O puede que tal vez. No lo sabía. Cuarenta mil dólares era mucho dinero como para rechazarlo. Sobre todo cuando estaba a punto de quedarme en el paro.

—Necesito algo de tiempo para pensármelo —dije, ignorando las dos miradas penetrantes que me había ganado con la respuesta.

Minerva esbozó una leve sonrisa enigmática.

—¿Qué te parecen veinticuatro horas?

Fui cojeando directa hasta la sala White cuando por fin pude retirarme, mientras Vivian se quedaba para terminar la reunión.

—Quieren que haga un Inmersivo —solté antes de que Alice o Mitch pudieran abrir la boca—. Con Jackson. Quieren que haga un Inmersivo con Jackson Sinclair.

Ambos levantaron la mirada desde las sillas que rodeaban una pequeña mesa, con la boca abierta de par en par.

Alice fue la primera en recuperarse de la sorpresa.

—¿Qué? ¿Por qué?

Gran pregunta.

Me hundí en la silla que había frente a ella.

—La reunión no ha ido para nada como esperaba. Minerva me ha escuchado de verdad. Bueno, primero ha preguntado y luego ha escuchado. Y cuando he acabado de contarle todo, me ha preguntado que qué es lo que haría diferente si empezara de cero con el expediente de Jackson y… ¿sabéis qué?, da igual. ¿Qué haríais vosotros? ¿Aceptaríais?

Los dos respondieron a la vez.

—Desde luego.

—Ni de puta coña.

Mitch se apoyó en el respaldo, parpadeando hacia Alice.

—Un momento, ¿has dicho que lo harías?

Ella se encogió de hombros.

—Son cuarenta mil en un mes.

—Sí —dije—. Y tenemos que pagar la ropa que destrocé.

Mitch se empujó el puente de sus gafas metálicas.

—No fue todo culpa tuya.

Salvo que en realidad sí. Alice me había avisado de forma explícita que tuviera cuidado con el vestido. No era su culpa si me había metido en el cuerpo un montón de alcohol con el estómago

vacío y me había tropezado con mis propios pies. Alice incluso trató de evitar que bebiera tanto mientras lo hacía, pero yo no le hice caso.

—Va a convertir tu vida en un infierno si lo haces —dijo—. Después de lo que vimos anoche, no va a ser una experiencia para nada agradable. Sobre todo para ser tu primer Inmersivo… —Se calló cuando se abrió la puerta de golpe y apareció una tensísima y mosqueada Vivian Hale. La cerró de un portazo tras ella.

Vale, entonces los Sinclair ya se habían marchado. Qué rápido.

Me clavó esos ojos oscuros.

—Tienes muchas explicaciones que dar. ¿En qué cabeza cabe pensar que sería apropiado insultar a nuestro cliente más importante a la cara?

No dije nada. Sabía que solo estaba empezando y que interrumpirla no haría más que alargar lo que ya iba a ser de por sí una perorata interminable.

Pero, en vez de volver a empezar a despotricar contra mí de nuevo, Vivian apoyó los puños en las caderas, me miró directa a los ojos y me dijo:

—Vas a hacerlo. El Inmersivo.

Pestañeé. Ella era la que había dicho que no tenía ni la experiencia ni la pericia necesarias para hacerlo, entonces, ¿por qué cambiaba de opinión de pronto?

—Minerva no va a aceptar un no por respuesta —dijo—. Y tampoco aceptará que te acompañe un consultor sénior. Ya lo he intentado.

—Pero yo podría decir que no —señalé, frunciendo el ceño.

Se movió un poco en el sitio, con aspecto de estar incómoda, algo poco habitual en ella. Alice y Mitch también se dieron cuenta, a juzgar por la mirada que intercambiaron.

—Podrías. —Le costó pronunciar la palabra, casi como si le doliera admitirlo—. Pero entonces los Sinclair nos despedirían.

Eso no era mi problema.

—He hecho un trato con Minerva —continuó Vivian—. Si haces el Inmersivo y aun así sigues sin ser capaz de encontrar una pareja adecuada para Jackson, no se irán a la competencia. Dejarán de intentarlo, lo que es el mejor escenario posible. Limitará los rumores, minimizará el daño a nuestra reputación y evitará el éxodo de clientes. Tienes que hacerlo.

¿De qué iba? ¿Esperaba que aceptara con una sonrisa? ¿Después de todo lo que había pasado?

Sopesé mis opciones. Podría decir que no y mandar a Vivian a la mierda. O podría aceptar, vivir un infierno durante un mes por cuarenta mil dólares y después mandar a Vivian a la mierda.

—¿Cuándo tienen previsto que empiece? —pregunté.

—El lunes día 5. Antes vas a pasar por un programa de formación intensivo de dos semanas con Tammi y conmigo. Tendrás que estar aquí todos los días a las seis, excepto el domingo. Lo más probable es que no acabemos hasta las ocho o nueve de la noche para poder prepararte a tiempo.

Lo dijo sin inmutarse.

—¿Se me pagarán?

—¿Pagarte el qué?

—Todas las horas extra que esperas que haga las próximas dos semanas. ¿Se me pagarán?

Alice se llevó con disimulo la mano a la boca para esconder la sonrisa mientras enarcaba las cejas con sincera sorpresa.

Vivian me estudió durante unos segundos.

—Eres una empleada asalariada. Se espera que hagas algunas horas extra de vez en cuando, si es necesario.

—Tienes razón. Pero he, hemos trabajado horas extra sin parar durante ocho meses seguidos. Así que, a menos que vaya a cobrar las horas adicionales, vendré de ocho a cinco, de lunes a viernes.

En cualquier caso, iba a ganar lo mismo.

Hubo un instante de silencio mientras a Vivian se le enrojecía la frente.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó.

Estaba agotada, eso era lo que me pasaba. Y enfadada. Y hasta las narices de que se aprovecharan de mí. Me había quedado vacía. La noche anterior se había agotado la última pizca de energía y paciencia que me quedaba y esa mañana la había sustituido por un ácido amargo.

—Vivian —dije, pronunciando su nombre con la misma falta de entusiasmo con la que ella solía pronunciar el mío—, llevas meses aprovechándote de nosotros. Sabías desde el primer momento que los requisitos que pedía Jackson en una pareja no eran para nada razonables y que su falta de participación directa acabaría ocasionándonos problemas. Por ese motivo le asignaste tres consultores júnior. Necesitabas a alguien a quien culpar cuando toda esta historia saltara por los aires y no querías perder a ninguno de los que considerabas valiosos. Así que disculpa si no me entusiasma la idea de regalarte más horas de trabajo.

Solté las palabras sin esfuerzo, con tranquilidad. No tartamudeé, no aparté la mirada ni me encogí de miedo. Qué curioso lo que eres capaz de hacer cuando no tienes una puta mierda que perder.

El rojo que teñía el rostro de Vivian se extendió hacia su cuello y desapareció bajo el profundo escote en «v» de su camisa de seda. Pero antes de que pudiera abrir la boca y cargar de nuevo contra mí, dije:

—Lo haré con tres condiciones. Una: Alice y Mitch tendrán

inmunidad laboral mientras hago el Inmersivo. No podrás despedirlos.

Se echó a reír.

Era un sonido seco y ronco que ni siquiera se acercó a reflejarse en sus ojos.

—Venga, por favor. No sé quién te crees que eres ahora mismo en esta sala, pero no te estoy «pidiendo» que lo hagas, Jamie. No te creas…

—Entonces no. —Así de fácil.

Se calló, clavando la mirada en Mitch y Alice antes de entornar los ojos. Una cosa era que cuestionaran su autoridad en privado y otra muy diferente que se hiciera delante de otras personas.

—Tengo tres condiciones —repetí—. O se cumplen las tres o no lo hago.

—Te despediré si no lo haces —me soltó con rotundidad.

Bueno, ese había sido su gran error. Era tan consciente de que iba a perder mi trabajo por ese cliente que había acabado por aceptarlo. Su amenaza ya no me impactaba ni me provocaba temor.

Me encogí de hombros.

—Si me despides, despedirán a Charmed.

La tenía pillada. Lo supe en cuanto se cruzó de brazos y levantó la barbilla, mirándome por encima del hombro.

—¿Cuáles son las otras dos condiciones?

Tuve que contener la sonrisa.

—Quiero la mitad del bonus por adelantado. —La factura de la ropa vencía al cabo de siete días y quedaba muy claro en sus condiciones que no concedían prórrogas—. Y también quiero que nos prepares tres cartas de recomendación muy positivas para nuestros futuros jefes y que cuando te llamen para pedir referencias, confirmes lo dicho en ellas.

Porque incluso si los acontecimientos de la noche anterior llegaban hasta la hiperactiva fábrica de rumores del sector, una carta de recomendación elogiosa del puño y letra de Vivian Hale podría llegar a compensarlo. Era nuestra mejor opción.

En la sala se contuvo el aliento mientras Vivian consideraba sus opciones. Al final, se rindió.

—De acuerdo. Te espero en mi despacho mañana a primera hora. Los tres tenéis el resto del día libre.

Era la respuesta que había esperado. Sabía que iba a aceptar porque no le quedaba más opción. Aun así, en cuanto se fue, me invadió una sensación de alivio, orgullo y satisfacción.

—Tía —soltó Mitch, abriendo los ojos de puro asombro—, ha sido increíble. La hostia.

—¿Quién es la que tiene ahora los huevos de acero? —dijo Alice mientras asentía en señal de admiración—. Así se hace, Paquin.

Era una pasada devolverle a Vivian una pizca de su propia medicina. Ser la que defendiera al equipo.

Me pregunté lo que sentiría si le hiciera lo mismo a Jackson.

Me había hecho pasar ocho meses de auténtico infierno y el karma me ofrecía la oportunidad perfecta para devolvérselo. Pagarle con la misma moneda.

Y tenía dos semanas enteras para planear mi venganza.

6

—¿Qué cojones es eso?

Esas fueron las primeras palabras que me dijo Jackson Sinclair cuando entré en su casa, dos semanas después de nuestra reunión.

—Es un gato —respondí tajante. Qué pregunta tan estúpida—. Esta es la pinta que tienen con pelo.

Entornó los ojos. No le gustaba cuando insinuaba que era idiota, entendido.

—¿Qué cojones está haciendo aquí?

Me abracé con más fuerza a Tobigote, plantándole un besito detrás de la oreja que no dejaba de sacudir nervioso mientras contemplaba su nuevo entorno, tomando nota de los mejores rincones para lamerse el culo. Lo había sacado del trasportín en cuanto salimos del taxi. Odiaba aquel cacharro con todo su ser.

—¿Dónde si no se iba a quedar todo este mes? —pregunté.

—Parece que esa cosa no hace más que soltar pelo —contraatacó Jackson.

Asentí con un murmullo.

No le faltaba razón.

—Sáquelo afuera —me ordenó con rudeza—. No quiero que se acerque a mis muebles.

Para sorpresa de nadie, dado el estado de su casa.

Eché un vistazo al salón, manteniéndome del todo indiferente. Cada metro cuadrado de esa enorme estancia era de un gris, un negro o un blanco impolutos. Todo tenía un aspecto muy aséptico. Como si se retiraran las motas de polvo del aire antes de que pudieran llegar a pensar en posarse sobre algo.

Ni siquiera parecía que allí viviera alguien. Solo tenía pinta de ser un muestrario de artículos carísimos. Era muy elegante y de buen gusto, pero… a ver, por ejemplo, ¿qué sentido tenía tener un sofá que te hiciera sentir mal si lo utilizabas? Esa cosa era tan angular y blanca que hasta cegaba, y me daría miedo sentarme en el sitio equivocado.

Los heladores ojos azules de Jackson y su pelo castaño claro eran los únicos toques de color de toda la habitación. Incluso su ropa era blanca y negra. (Por cierto, ¿qué trastornado vestía con un traje de tres piezas en casa?).

Le ofrecí mi mejor y más falsa sonrisa. No me la devolvió.

—Lo bueno es que tiene el pelo del mismo tono de gris que casi todos sus muebles, así que lo más seguro es que no se note mucho.

Le tembló la mandíbula.

—Señorita Paquin, ¿no cree que hubiera sido apropiado pedirme permiso antes de traer esa cosa…?

—Esa cosa es un gato —lo corregí. Se me empezaba a agotar la paciencia—. Se llama Tobigote Maguire y sí que pedí permiso. Se lo consulté a su tía antes de aceptar venir aquí a hacer esto.

La única persona de la que me fiaba para que cuidara a Tobigote durante todo un mes era Ria, que en esos momentos disfrutaba de su luna de miel de diez semanas con el hermano de Alice, así que ahí estábamos los dos.

Jackson apretó la mandíbula en señal de descontento, pero no lo discutió. Daba la impresión de que se moría de ganas de hacerlo,

pero se obligó a contenerse.

No entendía muy bien la relación que tenía con Minerva, pero por lo que había visto hasta entonces, ella tenía la sartén por el mango. Su palabra era definitiva, algo que, cómo no, Jackson detestaba.

—Bien —logró decir mientras se le tensaba el cuello en señal de protesta por aceptarlo—. Tan solo asegúrese de que se quede en su suite. Le diré a Bensen que…

Cometió el error de acercarse demasiado.

Tobigote siseó, mostrando sus diminutos colmillos a la amenaza que se aproximaba mientras sacudía la cola con indignación. Fue lo bastante agresivo como para que Jackson reculara, arrugando la frente.

—Mírelo. —Sonreí—. Lo odia.

A Tobigote no le gustaba la mayoría de los extraños, los hombres en particular. Pero quería que Jackson se sintiera especial.

—Qué cosa más rara —añadí—. Por norma general, le gusta todo el mundo.

—Yo tampoco le he caído muy bien, señor. —Bensen entró en la habitación justo a tiempo para estropearme la diversión. En su voz se notaba un ligero tono divertido y me dedicó una rápida sonrisa antes de volver a centrarse en el señorito Satanclair—. Yo no me lo tomaría como algo personal.

A mí, en cambio, me gustaría que Jackson se lo tomara como algo personal.

Bensen se volvió hacia mí y me dijo:

—Ya he llevado sus pertenencias a sus habitaciones. La acompañaré hasta allí cuando esté lista.

—Llévesela ya —gruñó Jackson, clavando los ojos en la enorme bola peluda y monísima acurrucada en mis brazos como si fuera una

bomba de relojería—. Continuaremos con nuestra reunión cuando deje al felino.

Bensen agachó la cabeza con educación.

—Como quiera, señor. Señorita Paquin, si usted y el señor Maguire fueran tan amables de acompañarme…

El señor Maguire.

Me gustaba cómo sonaba.

Nos guio por dos pasillos distintos, bajamos unas escaleras y entramos en… ah, claro, cómo no, ese lugar tenía una zona independiente para el personal interno. Las «dependencias del servicio», como se las solía llamar.

Reprimí una sonrisa. Si se suponía que era un insulto, no me lo tomé como tal. Esa zona ya era mucho más cálida y acogedora que la zona de Jackson.

—Tendrá que excusar el malhumor del señorito Sinclair —dijo Bensen en un momento dado—. Todo este proceso no ha sido lo que se dice fácil para él.

Claro. Porque para mí había sido un camino de rosas.

—No entiende que lo defienda —siguió diciendo, mirándome con una sonrisa reveladora.

Me encogí de hombros.

—Estoy segura de que tiene sus motivos.

También estaba segura de que tenía algo que ver con el hecho de que Jackson firmara sus pagas. De lo contrario, no comprendería por qué lo defendía.

Movió la mandíbula como si fuera a decir algo más, pero pareció arrepentirse y decidió quedarse callado hasta que por fin llegamos hasta unas puertas blancas.

—Ya estamos. —Me tendió una gran llave de bronce—. Esto es para usted. Verá que las encantadoras señoritas Harrison ya han

preparado la suite con todo lo que podría necesitar durante su estancia con nosotros. No obstante, avísenos si necesita cualquier otra cosa. Estamos, por petición expresa de Minerva Sinclair, a su entera disposición.

Tomé la llave, que brillaba tanto como para distraer a Tobigote, y le di las gracias antes de girar la manilla de la puerta.

Bensen agachó la barbilla.

—Estaré aquí para acompañarla de nuevo cuando esté lista.

—Oh, no hace falta. Me acuerdo del camino de vuelta. No tiene que esperarme.

—Como quiera, madame. —Otra reverencia con la cabeza.

—En realidad, ¿podría llamarme tan solo por mi nombre? —dije.

—Como quiera. —Y juro que empezó a formar la letra «m» con los labios, pero se contuvo.

—Gracias. —Le ofrecí una sonrisa antes de entrar en la suite, que resultó ser más grande que mi apartamento.

A ver, sí, claro, me había ido a un estudio cuando Ria se mudó, pero aun así.

Solté a Tobigote en el suelo para que pudiera olisquear y fisgar por la estancia mientras yo hacía lo mismo. Había más color del que esperaba, aunque eran todos tonos suaves, mucho rosa empolvado y marfil claro. Me gustaba. Me recordaba un poco a mi cuarto de pequeña.

Era mucho más bonito y no estaba adornado con todas esas pegatinas en las paredes, pero, bueno, me daba esa misma sensación reconfortante y de calidez.

—Vale, sí —le dije a Tobigote, que estaba eligiendo con cuidado qué parte central de la mullida cama iba a monopolizar. Tenía que asegurarse de que mi espalda estuviera lo más torcida posible cuando dormía. De no ser así, ¿qué sentido tendría?—. No me

importaría quedarme aquí encerrada todo un mes. No está mal, ¿eh, chiquitín?

Había un vestidor, un balcón enorme, una zona de cocina pequeña e incluso un minibar. Además, el baño era muy glamuroso. Tenía una ducha con efecto lluvia, un inodoro que hablaba y un banco de almacenamiento de terciopelo colocado con gusto bajo una gran ventana con vistas al perfil urbano de Toronto.

Para cuando salí de la habitación, Tobigote ya se había puesto cómodo encima de un cojín decorativo que había tirado del sofá. Odiaba a la gente desconocida, pero no tenía ningún problema en absoluto en adaptarse a nuevos entornos.

—¿Estarás bien si te dejo un ratito solo, chiquitín?

Bostezó, meneando la cola con suavidad.

Estaría bien. Estaba casi segura.

Me había perdido.

Pero perdido de verdad.

Ese lugar era un puto laberinto y cuanto más intentaba salir, más me confundían los giros y vueltas. Estaba bastante convencida de que había pasado por el mismo pasillo por lo menos cuatro veces, pero cada vez me había llevado a una habitación o zona diferente. Y como todo era la hostia de elegante y moderno y monótono, no había suficientes señales visuales como para que me orientara.

¿Cómo narices había salido de ahí con tanta facilidad cuando me fui huyendo solo con una estúpida toalla? ¿Tendría algo que ver la adrenalina?

Creí que ya lo tenía. Por lo que recordaba, Bensen había girado dos veces a la izquierda antes de que llegáramos a las escaleras.

Una vez, donde el enorme cuadro minimalista negro mate, y la otra, donde el bonsái con el tronco blanco retorcido. Conseguí llegar hasta el cuadro, pero era incapaz de dar con el bonsái.

Solo había más pasillos con más cuadros minimalistas y puertas que daban a más pasillos con más cuadros minimalistas y más puertas. Tal vez solo habían pasado unos quince minutos desde que salí de mi suite, pero me parecía toda una eternidad. Tenía sed, me sudaban las muñecas y… ¡ahí! ¡Sí! ¡Un bonsái con el tronco blanco!

Lo único es que habría jurado que por el que había pasado antes tenía el tronco retorcido. Me acordé porque me recordó muchísimo a un helado y me dio hambre. Suspiré y eché un vistazo a mi alrededor. Tal vez si pudiera encontrar a alguien del personal o algo así, podría preguntar…

—¿Qué está haciendo?

Solté un grito ahogado y me di la vuelta de golpe con la mano en el pecho.

—Madre mía —exclamé—. No hace falta que me dé esos sustos.

Para alguien con la altura de un rascacielos, Jackson era muy sigiloso al andar.

—¿Por qué está husmeando por mi casa?

—No estoy husmeando. Me he perdido.

Entornó los ojos como si no me creyera. Aunque la verdad es que no hacían mucho más, así que puede que sí me creyera y esa fuera su forma de demostrármelo.

—En cualquier caso, ¿cómo sabía dónde estaba? —Me estiré el dobladillo de la blusa y me puse recta.

Señaló con la barbilla algo por encima de mi cabeza. Una cámara de seguridad.

—Están por todas partes. —Era más un aviso que cualquier otra cosa.

Lo miré con intención.

—Defina «todas partes».

—Su suite es uno de los pocos lugares donde no hay. Eso es todo lo que le hace falta saber.

—Bien. —De todos modos, era lo único que me importaba.

Y entonces nos quedamos ahí plantados, mirándonos incómodos.

O, bueno, yo por lo menos estaba incómoda. Esos ojos claros y siniestros me miraban como si estuvieran convencidos de que tramaba algo.

Carraspeé.

—¿Me va a llevar de vuelta para que podamos sentarnos y comenzar con la introducción o…?

Mantuvo la mirada un par de segundos más antes de retirarla, darse la vuelta y marcharse airado sin pronunciar una palabra más. Me puse a su lado sin inmutarme. No fue difícil. No era lo que se dice impredecible.

—Bueno —dije, intentando mantener el tono amable y cordial—, cuando intentaba encontrar el camino de vuelta, me he cruzado con dos pianos de cola. ¿Toca el piano? Porque no figura en ninguno de los formularios que rellenó su personal.

No dijo nada.

Apreté los labios al tiempo que él aceleraba y daba pasos más grandes. No parecía que fuera a seguirme el rollo de la charla trivial.

—Yo siempre he querido aprender —le dije, casi trotando para seguir el ritmo que ahora marcaba—. Pero cuando era pequeña, mis padres no se podían permitir pagarme las clases. Ni el piano. En realidad, ni siquiera las partituras.

Esperé.

Nada.

Así que seguí hablando:

—No es que sea demasiado tarde. Podría empezar ahora. Si conoce algún buen profesor que no sea muy caro…

Se detuvo de golpe y se dio la vuelta para fulminarme con la mirada. Predecible.

—Permítame aclararle aún más algo que ya debería estar claro: tengo cero interés en ser agradable con usted de algún modo durante el próximo mes. Así que, a no ser que el tema a tratar esté directamente relacionado con lo que… ¿Qué está haciendo?

Había sacado el móvil, abierto el documento pertinente y estaba deslizando hacia abajo hasta la sección apropiada. Y como no quería ser maleducada, empecé a pronunciar las palabras al tiempo que las escribía:

—Habili… dades… inter… personales… muy deficientes.

Entrecerró (como era de esperar) los ojos y tensó (como era de esperar) los hombros.

—¿Qué? —soltó, una vez más, como era de esperar.

—Mi evaluación. —Me volví a meter el teléfono en el bolsillo—. Forma parte del proceso. Hablaremos de ello a fondo durante la introducción.

—La evaluación no empieza hasta mañana, por no hablar de que se supone que nuestras interacciones no se puntúan.

Error.

—Hemos empezado en cuanto he entrado en su casa, señor Sinclair, y desde luego que nuestras interacciones cuentan.

Arrugó el entrecejo.

—En el paquete se indica claramente…

Moví la mano con desdén hacia él, justo como le había visto hacer a Minerva otras veces. Le empezó a temblar la piel bajo el ojo izquierdo.

—Min me animó a tomar el control creativo del proceso —lo

informé, tratando con todas mis fuerzas de contener la alegría que se iba apoderando de mi pecho. Era todavía más divertido que cuando se lo dije a Vivian.

—¿Min?

Ah. Sí. Claro.

—Ella insistió —le expliqué con una sonrisa—. Es encantadora y tiene un gusto impecable a la hora de elegir pastelerías. Hemos conectado bastante estas dos últimas semanas.

Un destello de sorpresa le atravesó el rostro.

—¿Han estado quedando?

—Sí. Unas cuantas veces. Ah, y se supone que debo informarla a ella directamente de las conclusiones y opiniones que saque durante el próximo mes. No tengo claro si el equipo de su tía se lo ha comunicado al suyo.

Había grandes posibilidades de que le fuera a dar un soponcio.

—Sobre todo le preocupa que ni lo intente —añadí—. Pero sospecho que ya lo sabe.

Apretó la mandíbula y los dientes.

—Entonces ¿juzgará usted eso? ¿Será la que decida si me esfuerzo o no?

—Justamente. —Y hasta ese momento lo estaba haciendo fatal.

Jackson cerró los ojos durante un instante y se frotó el puente de la nariz con un nudillo. Entonces, sin decir una sola palabra, se dio la vuelta y se puso a caminar de nuevo.

Ni siquiera estaba dispuesto a fingir que lo intentaba.

Como era de esperar.

7

Si sufriera algún tipo de alucinación durante la parálisis del sueño, tendría los ojos de Jackson Sinclair.

Eso es lo que se me pasaba por la cabeza mientras me miraba con furia desde la otra punta del salón, con la mandíbula tensa como si se estuviera esforzando por contenerse y no decirme que me fuera de su puta casa.

«Lenguaje corporal en entorno laboral: pésimo».

—Eso es, a grandes rasgos, lo que debería esperar de la semana uno —seguí con decisión. No es que nada de todo aquello me sorprendiera. No podía tener menos expectativas con él, y se estaban cumpliendo—. Seré como su sombra e iré recopilando datos que se utilizarán para encontrar a alguien cuyos hábitos y modo de vida sean compatibles con los suyos. Le aconsejo que haga justo lo que haría normalmente, como si yo no estuviera aquí.

Cuanto más hablaba, más tenso y amargado parecía Jackson. Hasta que se le marcaron dos venas en la frente y varios músculos en la mandíbula.

Era una vista maravillosa. De verdad.

No me había sentido tan realizada y satisfecha en el trabajo desde hacía meses, ocho y medio para ser exactos.

—Eso nos lleva a la semana dos —mi tono reflejaba con descaro

el placer que me provocaba su rabia, y los dos lo sabíamos—, que es cuando empezará el asesoramiento.

Tenía los puños blancos.

—No necesito asesoramiento.

—Oh, sí, desde luego que lo necesita —dije sin vacilar—. Puedo decir con total confianza que si hay alguien que necesite asesoramiento ese es usted, señor Sinclair. Esa es mi opinión profesional, basada en mi experiencia.

Su mirada era letal, pero no me importaba.

Él me había preguntado si era dura de oído y había dicho mal mi nombre en la misma frase, la hostia. Y la cita solo había ido a peor. A ver, estaba bastante segura de que había tratado de sabotearla, pero aun así. Como rezaba el sabio dicho kármico: «Sigue jodiéndome y ya verás lo que pasa».

—El asesoramiento será personalizado para sus necesidades concretas. Cubrirá todas sus debilidades principales, que señalaré en mis evaluaciones. —Lo que, en el caso de Jackson, iba a ser casi todo, salvo su forma de vestir y su apariencia física—. No obstante, si hay algún área específica en la que quiera que nos centremos más, hágamelo saber.

Jackson echó un vistazo a su reloj y dio un golpecito con el pie. Por desgracia para él, todavía nos quedaban diecisiete minutos de reunión y yo no tenía previsto acabarla ni un minuto antes.

Al fin y al cabo, sabía lo mucho que valoraba la puntualidad el señor Sinclair. Siempre llegaba a sus citas a la hora exacta y las terminaba en cuanto pasaba una hora, ni un segundo más tarde. Y no tenía nada que ver con el hecho de que Charmed exigiera que la primera cita durara toda una hora, algo que se había establecido para asegurarnos de que las parejas que habíamos seleccionado con tanto esmero se dieran una oportunidad.

—Las semanas tres y cuatro dependerán de cómo vayan las primeras dos. Seguiré recopilando datos, aunque lo más probable es que a menor escala en esa fase, sobre todo porque ya no lo acompañaré al trabajo. Si el asesoramiento ha ido bien, podemos pasar a citas supervisadas con discreción. Esta vez, sin embargo, seleccionaremos a las parejas según mis datos además de según lo que hablemos durante nuestras reuniones en persona. Ya le hemos enviado el programa a su equipo. Las reuniones en persona se llevarán a cabo fuera del horario laboral normal para que no se solapen con ninguna de las reuniones que pueda tener, y se espera que asista a todas usted mismo. No acepto sustitutos.

Eso era todo, en esencia. Había cubierto todos los puntos principales. Qué bien que no me faltaran temas relevantes de los que tratar con él hasta que se acabó la hora y me interrumpió.

Así que eso es justo lo que hice: malgastar su tiempo como él había malgastado el mío.

Hablé y hablé hasta que empezó a tener un tic en el ojo. Podía ver cómo contaba en silencio los segundos hasta tres, dos… Se puso en pie medio segundo antes de que la manecilla grande llegara a las doce y salió de la habitación dejándome con la palabra en la boca.

Apreté los dientes, conteniendo una sonrisa mientras volvía a coger el móvil.

«Pésimo».

Modales. Actitud. Lenguaje corporal.

Todo ello.

Todo él.

«Pésimo».

—¿Qué? ¿Que estabas dónde? ¿Haciendo qué?

Me moví entre el montón de almohadones apoyados contra el cabecero de la cama y casi ronroneo. Como si me abrazara una enorme nube esponjosa.

—Ni se te ocurra quedarte dormida ahora, Jamie —soltó Ria, fulminándome con la mirada desde el otro lado de la brillantísima pantalla de mi móvil. Menudo sol hacía donde estaba, en alguna isla de la costa de… un país, de Europa o de África. De verdad, es que ya no era capaz de saberlo y no solo porque estuviera todo el rato agotada. Solo sabía que era la primera vez que tenían conexión a internet en casi dos semanas.

—Lo siento. —Me lloraban los ojos del esfuerzo que hacía por reprimir un bostezo—. Esta cama es comodísima y no dormí muy bien anoche. Por los nervios y todo eso.

También me quedé despierta hasta tarde, repasando las notas subrayadas que había tomado durante las dos semanas de formación con Vivian. No era difícil, solo que había un montón de contenido.

—Podrás dormir cuando me cuentes lo que ha pasado —insistió Ria—. Porque la última vez que hablamos, estabas la hostia de quemada y al borde de una crisis emocional en toda regla por culpa de las chorradas de ese hombre. ¿No es así?

—Así es —le confirmé. Había amenazado con volver a Toronto en medio de esa conversación. Tardé casi una hora en convencerla de que cancelar lo que le quedaba de luna de miel era una reacción exagerada y del todo innecesaria. Aunque, siendo egoísta, la echaba tanto de menos que casi se lo permito. Casi.

Pero no le podía hacer eso a ella ni a su marido. El pobre Adrien ya había sido demasiado comprensivo. El día que se mudó Ria, lloramos tanto que él sintió la necesidad de comprobarlo hasta tres

veces y asegurarse de que de verdad era lo que ella quería. Luego me había ofrecido una habitación permanente en su ático, donde podría dejar todas mis cosas y quedarme siempre que me apeteciera.

Eso fue lo que por fin consiguió tranquilizarnos. Y pude ver el alivio en su lenguaje corporal cuando Ria empezó a dejar de llorar. Estaba tan enamorado de ella que, a veces, verlos interactuar era como mirar directamente al sol.

Me recordaban a mis padres.

Y eso es todo lo que yo siempre había querido. Desde que era pequeña. Esa felicidad pura y deslumbrante que aparece cuando conoces a tu alma gemela. Si lo pensaba bien, lo más probable es que ese fuera el motivo por el que había empezado a trabajar en el negocio de buscar parejas. Adoraba el amor, ¿y qué podría ser más gratificante que ayudar… a gente… a encontrar…?

—¡Jamie!

—¿Hummm?

—¡Te estás quedando frita!

Me obligué a abrir los ojos. No fue fácil.

—Perdona. ¿Qué me decías?

—Jackson Sinclair. El Inmersivo. Cuéntamelo.

Uf. Es que era una historia muy larga. Y tenía demasiado sueño. Ya eran las once y media y Tobigote se había hecho un ovillo a mi lado y roncaba en bajito.

Solté un fuerte suspiro.

—¿No podemos esperar hasta estar en la misma zona horaria para poderlo hablar con una botella de vino? Me estoy muriendo de sueño y Satanclair empieza el día como a las cinco de la madrugada.

Estaba decepcionada. Y lo sabía porque apartó los ojos de inmediato y curvó un poco hacia abajo una de las comisuras de la

boca.

No podía culparla. Yo había estado tan ocupada con ese estúpido expediente y ella había tenido una conexión a internet tan terrible que solo habíamos podido mantener una o dos conversaciones de más de quince minutos en el último mes. ¿Lo peor de todo? Casi solo hablábamos de mis problemas. Hasta ese punto había permitido que mi trabajo y un estúpido cliente ocuparan mi vida.

La rabia y el resentimiento anidados en lo más hondo de mi ser se reavivaron y me dejaron un regusto amargo en la boca.

—Lo siento, Ree. —Me tragué el nudo de emoción de la garganta —. Ya sé que se suponía que hoy nos íbamos a poner al día, es solo que…

—No pasa nada —dijo con un suspiro—. Lo de la zona horaria es una putada y en ninguna de estas estúpidas islas hay un wifi decente. Se supone que es a propósito, para que los huéspedes desconecten y blablablá, salud mental. No es culpa tuya.

Moví los pies bajo el edredón, poniendo uno detrás del otro.

—Ya, pero es que también he estado tan agotada que… a ver, incluso en tu boda…

—Olvídate de eso —dijo—. No quiero escuchar una disculpa más. Ya te dije que no era nada.

Pero ¿de verdad no era nada? Porque me parecía que quedarte dormida en el banquete de boda de tu mejor amiga sí que se podía considerar como que era algo.

Solo fue un minuto y mientras la esperaba en el sofá que había fuera del baño, pero aun así… A mí me parecía que sí que era algo, y bastante importante además.

Casi lloré cuando me despertó con un golpecito con delicadeza y se ofreció a llevarme a mi habitación del hotel para que pudiera descansar. Incluso recordarlo ahora me hace sentir como una

mierda.

—Te lo compensaré —le prometí—. Cuando vuelvas, te compensaré todo lo que…, por cómo he estado en estos últimos ocho meses.

El Inmersivo se habría terminado antes de que Ria y Adrien volvieran, y yo iba a dejar el trabajo en Charmed en cuanto me pagaran lo que me faltaba de bonus. Y luego se lo compensaría.

Y a mis padres.

Y a mí misma.

Ria apretó los labios y meneó la cabeza una vez.

—Lo hablaremos cuando vuelva a casa. Estás haciendo esa cosa irracional de ser superdura contigo misma y tengo mucho que decir al respecto.

Solté una risita ahogada. Cómo no. Si algo tenía Ria, eran opiniones. Siempre y sobre todas las cosas. Y me moría de putas ganas de escucharla. Justo después de que me hubiera vengado de Jackson Sinclair.

Iba a estar orgullosísima de mí, con lo que le gustaba hacer sangre.

8

Era bastante peor de lo que me esperaba. Y eso teniendo en cuenta que mis expectativas no podían haber sido más bajas.

Jackson Sinclair era el epítome de alguien que tenía demasiado dinero y muy poca autosuficiencia. Lo había estado acompañando a todas partes durante menos de tres horas y de verdad que no me podía creer cómo alguien podía vivir así. Tenía a «una persona» para casi todo. Era un exceso absoluto.

Su chef privado le preparó el desayuno.

Su entrenador personal le indicó y supervisó el entrenamiento.

Sus asistentes domésticas personales le prepararon la ropa que había sido seleccionada antes por su asistente de compras.

Su peluquero privado lo peinó y también le afeitó la barba incipiente. (Eso sí que me dejó loca del todo).

Y por último, su chófer privado nos llevó hasta su despacho, donde su asistente personal, Savannah, lo esperaba con su café y una presentación impecable de su agenda del día.

Todo muy fluido. Su equipo estaba más organizado que, yo qué sé, ciertas divisiones del ejército, di por hecho sin tener ni puñetera idea del tema.

—Y esta es su mesa —me dijo Savannah en cuanto terminó de presentarle la agenda a Jackson—. Con el botón AP del teléfono se

pondrá en contacto directo conmigo, en caso de que lo necesite. Minerva lo solicitó específicamente.

Dijo esa última parte en voz baja, agachando la cabeza como si fuera nuestro secretito. La sonrisa y el guiño que siguieron me lo confirmaron.

¿Minerva tenía topos en la oficina? No sabía si me parecía extraño o impresionante. Tal vez un poco de ambas cosas. Jackson se percató de nuestro intercambio a media voz, y cuando Savannah se fue, posó sus espectrales ojos en mí, entornándolos. Como si todo fuera culpa mía.

Sonreí.

Me lanzó una mirada asesina.

Me senté.

Se quedó de pie.

Lo imité al instante.

—¿Adónde vamos?

¿Sabes cuando te das cuenta de que alguien quiere mandarte a tomar viento fresco porque está hasta las narices de tus chorradas?

—Tengo que ir al baño —dijo entre dientes—. ¿O también se supone que debe seguirme allí?

—Nop. En absoluto. Diviértase.

La irritación le trepó hasta el cuello y sintió la necesidad de ajustarse la corbata antes de salir del despacho con un portazo. Había un baño integrado a menos de tres metros de su mesa.

Me iba a aborrecer para cuando acabaran los treinta días.

Solo pensarlo me producía una alegría desmedida.



Por norma general, en esas circunstancias concretas, estaría muerta

de aburrimiento. Di por hecho que ese era su plan: aburrirme hasta que me rindiera y me fuera a casa. Pero, ay, amigo, cómo subestimaba el resentimiento acumulado que alimentaba mi fuerza de voluntad.

Era un juego de niños.

Lo que había hecho era cambiar sus reuniones presenciales por virtuales y ponerse un par de auriculares para que no pudiera enterarme de lo que pasaba. Ah, y supongo que había restringido el acceso a toda la planta al resto de sus empleados, excepto a Savannah. Sin más excepciones.

La verdad es que esto último lo entendía. Muchos de nuestros clientes del paquete Inmersivo elegían que no los acompañáramos a la oficina y, en vez de eso, la mayoría trabajaba desde casa, con la intención de que su vida privada siguiera siendo privada. Pero Minerva no le había permitido esa opción a Jackson. Podía improvisar cuando el personal preguntara por mí (se había decidido por una «consultora empresarial») y nada más.

No sabía qué zanahoria estaba utilizando Minerva para que él aceptara pasar por tantas complicaciones, pero, fuera la que fuera, tenía que ser muy buena.

—Entonces ¿es esto lo que debo esperar el próximo mes? —preguntó Jackson mientras yo trataba de decidir dónde comer—. ¿Se va a sentar ahí a observarme mientras trato de trabajar?

Se me seguía olvidando lo de su acento. Bueno, no «olvidando», es solo que no recordaba cómo… tenía la voz como… da igual. No sabía adónde quería llegar mi cerebro con eso.

En cualquier caso, era la primera vez que me había prestado atención en cinco horas y media, según mi reloj. Bastante impresionante. Pero ya sabía que no aguantaría hasta que acabara el día. Necesitaba que abandonara, y hacerme el vacío no iba a ser

una forma eficaz de conseguirlo.

—Estoy observando, no mirándolo fijamente —le aseguré—. Y el plan es seguir haciéndolo, sí. Es, en esencia, la razón por la que estoy aquí.

Me sostuvo la mirada mientras se reclinaba en la silla, ladeando la cabeza.

—¿Tiene alguna otra pregunta? —pregunté con educación. Parecía que la tuviera.

—Estoy tratando de adivinar si se da o no se da cuenta de lo absurdo y sin sentido que es todo esto.

Grosero.

—Agradecería que no se refiriera a mi trabajo como absurdo y sin sentido, señor Sinclair.

Un destello de hostilidad le brilló en esos ojos siniestros.

—Me estaba refiriendo más al programa, pero tiene razón, se puede decir lo mismo de su profesión.

Mantuve una sonrisa serena y amable mientras entrelazaba los dedos sobre la mesa.

—Déjeme adivinar: cree que mi profesión no tiene sentido porque no cree en ello.

—¿En qué, exactamente?

—En lo que trato de venderle. O no cree en el amor o no cree que pueda ayudarle a encontrarlo. —Había algún tipo de problema en ese sentido. Lo sabría para cuando terminara el mes.

Enarcó una ceja, estudiándome.

—¿Saca todo eso de una sola mañana conmigo?

No. Lo sacaba de ocho meses de trabajar como una mula, de romperme la cabeza para intentar encontrarle pareja a un hombre que estaba haciendo lo imposible para que no pudiera hacer mi trabajo.

—¿No tengo razón? —pregunté.

Hizo una pequeña mueca con la boca como si lo divirtiera.

—Sí. Tiene razón.

Lo sabía. De verdad que ese hombre no podría ser más cliché ni aunque lo intentara.

—Estupendo. ¿Me recomienda algún sitio decente por aquí cerca para comer *sushi*? —Me moría de hambre.

Ignoró mi pregunta.

—Entonces ¿por qué está aquí? Si es consciente de que pienso que todo esto es una tontería, ¿por qué malgastar su tiempo?

—Un poke también estaría bien. Lo que esté más cerca.

—¿Es por el dinero? —me provocó—. ¿La experiencia? ¿Una estrellita en su currículo?

—Eso para empezar. ¿Por qué?

Quería hacer un trato. Me pagaría para que me inventara los datos y aun así siguiera pudiendo poner esa estrellita en el currículo. En su cabeza salíamos los dos ganando.

—Si está dispuesta, me gustaría ofrecerle un acuerdo alternativo —dijo, analizándome en busca de pistas visuales de cómo me había tomado su propuesta—. Un acuerdo que nos vaya bien a los dos.

—No.

Una pausa. Estaba claro que no estaba acostumbrado a escuchar esa palabra.

—Ni siquiera sabe cuál es la oferta todavía.

Ah, ¿así que elegía el camino largo? Eché un vistazo al reloj. Le daría… otros seis minutos.

—De acuerdo. ¿Cuál es su oferta?

—Doscientos mil —dijo impasible—. Pero se acaba todo. Nada de acompañarme, ni asesoramiento, ni pruebas, ni entrevistas. Aunque, en lo que respecta a Minerva, habremos hecho todo eso y más.

—Ah —dije—, entonces la respuesta sigue siendo no.

De verdad que no le gustaba escuchar esa palabra.

—Quinientos.

—No.

—Un millón.

—No.

Ahora clavaba los codos en la mesa y la mirada en mis ojos desde el otro extremo de la sala.

—Señorita Paquin, le estoy ofreciendo un millón de dólares por pasarse un mes sin trabajar —me explicó despacio. Por si mi diminuto cerebro no fuera capaz de comprender la complejidad de su propuesta, supongo.

—No, señor Sinclair —dije, imitando su voz—. Me está ofreciendo un millón de dólares para que sacrifique mi integridad y arriesgue aún más mi carrera.

—Venga, por favor. —Se volvió a reclinar, ajustándose la corbata —. Dígame, ¿dónde estaba su integridad cuando se puso una peluca y me mintió sobre su identidad?

Me ardió la piel de pura irritación.

—No tengo ninguna intención de alcanzar ningún tipo de acuerdo con usted ni de traicionar a mi jefa. Y, a menos que quiera que incluya todo esto en mi próximo informe para su tía, le sugiero que se olvide de ello.

Me giré hacia el portátil.

«Integridad: inexistente. Prepotencia: prácticamente el cliente se inventó y patentó la palabra».

—Veinte.

Detuve los dedos sobre el teclado. Volví a mirarlo.

—¿Disculpe?

Abrió un cajón de su mesa, sacó un cuadernillo rectangular,

garabateó algo en la primera hoja, tiró de ella para rasgarla y se puso de pie.

Unos cinco atronadores segundos después, tenía la mirada clavada en un cheque firmado por Jackson Sinclair. Por valor de veinte millones de dólares.

Se metió las manos en los bolsillos mientras se alzaba imponente sobre mi mesa, observándome.

—Un pequeño cambio de planes —dijo cuando no fui capaz de que mi lengua obedeciera las órdenes de mi cerebro, que se había quedado frito. Hasta que sonó la voz de Savannah por el altavoz no me percaté de que no hablaba conmigo—. Hoy comeré en Umu. Retrasa la cita de la una al jueves.

—Ahora mismo. Les llamo para que preparen su mesa. ¿Lo acompañará la señorita Paquin?

—No. —Podía notar ese tonito engreído y petulante, era más que evidente—. No creo que lo haga.

Y luego se marchó.

9

Uno no entiende cuánto son veinte millones de dólares hasta que te miran a la cara, amenazándote con arreglarte la vida. Puede que creas que lo sabes, pero no. En realidad no.

Toda mi existencia pasó ante mis ojos. Pasado, presente y futuro.

¿Mis préstamos universitarios? Liquidados.

¿Mis padres? Jubilados y con la hipoteca y la línea de crédito canceladas.

Con tanto dinero podría comprarme una casa donde quisiera. Podría viajar, mudarme a un lugar más cálido, adoptar un poni, dar clases de surf y vela y piano y de todo lo que me apeteciera.

Nunca más tendría que preocuparme por vivir al día. Ese trocito de papel lo cambiaría todo.

Tenía que aceptarlo. De verdad, tenía que aceptarlo. Aunque no fuera por mí, por mis padres. Sería muy egoísta y estúpida si no aceptara ese trato. Trataba de convencerme por todos los medios a mi alcance de aquello. Porque entre la pura sorpresa, la emoción y los nervios, había algo más. Algo escurridizo, sinuoso y del todo desagradable.

Me chocaba que por mucho que esa cantidad de dinero pudiera cambiarme la vida, para Jackson era algo insignificante. Le estaba

permitiendo que me comprara con lo que él consideraba que era calderilla, y eso hizo que se me revolviera el estómago.

Aunque dejar que mi orgullo y mi ego me impidieran aceptar seguridad financiera para toda una vida sería una estupidez. Tenía que aceptarlo.

«Pero ¿podrías dormir por las noches? ¿Sabiendo que Jackson Sinclair te compra de esta manera?».

«A ver, si me pudiera permitir comprar un colchón realmente bueno, entonces sí. Sin lugar a dudas».

Cogí el cheque de la mesa y corrí hacia el ascensor. Pero en lugar de ir al banco, giré hacia la derecha en cuanto pisé la acera y me fui directa a Umu.

Era idiota.



Jackson Sinclair tenía su propio comedor privado en el restaurante japonés más caro y exclusivo de la ciudad. Porque, cómo no.

La decoración era preciosa (una paleta de tonos neutros, iluminación tenue y muebles minimalistas acordes con la temática) y mantenerlo costaba más que mi salario anual. Casi podría jurarlo.

El cóctel que estaba a punto de tomarse se quedó congelado en el aire cuando el camarero deslizó el panel shoji. Abrió la boca. Parpadeó.

Pero yo estaba demasiado cabreada como para disfrutarlo.

Tenía el corazón a mil y me temblaban los dedos cuando estampé el cheque en su mesa.

—¿Veinte millones de dólares? ¿Es una especie de broma retorcida?

Me miró boquiabierto, enarcando un poco las cejas. Durante

todo un minuto, reinó el silencio en el comedor.

Bueno, casi del todo. Yo respiraba con dificultad, por haber ido todo el camino hecha una furia, y notaba el atronador latido del corazón en los oídos.

Jackson siguió mirándome fijamente, planeando con esos gélidos ojos azules por los míos. Hasta que, por fin, levantó la comisura de la boca.

—De acuerdo. —Su suave acento acariciaba las palabras de un modo que me encogía el estómago—. Siéntese, señorita Paquin. Hablemos.

Ya, claro. Ni de puta coña.

Yo no era alguien más de su equipo. No me podía dar órdenes.

—Le voy a pedir cita para una evaluación psicológica —dije—. La semana que viene. Que su equipo me envíe su agenda y le buscaré un hueco. Resérveme dos horas.

Volvió a hacer ese tic con la boca. No era una sonrisa. Jackson era incapaz de hacer tal cosa.

—Siéntese —repitió, señalando la silla que había frente a él.

Puse los ojos en blanco.

—Un consejo antes de que empiece el asesoramiento en sí, ya que, una vez más, queda clarísimo que lo necesita: cuando no esté en el trabajo, dar órdenes no suele dar buena impresión. Ni tratar de sobornar a la gente o pensar que puede solucionarlo todo con dinero.

Volvió a hacerlo. Lo de la boca.

—De acuerdo, ya que insiste, podemos hablar de pie.

Se levantó y se acercó a mí, deteniéndose a escasos centímetros para poder mirarme desde arriba con petulancia.

—¿Mejor así?

Me crucé de brazos y me quedé quieta en el sitio. Claro está,

tuve que echar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual, pero todavía tenía dignidad.

—Estupendo.

—No puedo decir eso por mi experiencia, por cierto.

—¿Qué?

—Todavía no me he encontrado con un problema que no se pueda resolver con dinero —dijo, justo cuando me llegó el suave aroma a limpio de su colonia. Era bastante agradable, la verdad. No le pegaba nada—. Los sobornos me han funcionado bastante bien en el pasado y, en cuanto a lo de dar órdenes a la gente…, se sorprendería.

Hubo algo en la forma en la que dijo esa última parte que provocó que se me sonrojaran las mejillas. Lo ignoré.

—Bueno, pues me temo que de esto no podrá librarse con sobornos. Mi alma no está en venta.

Inclinó la cabeza hacia un lado y me clavó esa fría mirada en el rostro.

—Todo el mundo tiene un precio, señorita Paquin. Solo tenemos que descubrir el suyo.

—Vale, ¿decirle a alguien que tiene un precio? Tampoco es nada atractivo.

—¿De verdad no va a aceptar el dinero? —preguntó, ignorando con descaro mi sabio consejo.

—De verdad que no voy a aceptar el dinero.

—¿Por qué? Admitió que era el motivo por el que hacía esto.

—También dije que no estaba dispuesta a arriesgar mi carrera.

Se encogió de hombros.

—Con veinte millones podría montar su propia agencia. Con sus propias normas. Estuve ahí, vi la dinámica entre Valerie y usted.

—Vivian.

—Vivian. Eso.

—No acordarse de los nombres de las personas también da muy mala impresión —dije—. Una clara señal de que es egocéntrico.

—Recuerdo los nombres que importan. La cuestión es, si es la que dirige las cosas, no tendrá que aguantar jefes ni sus chorradas. De hecho, será la que pague a otros para que aguanten las suyas.

—No, estoy bien. —Me di la vuelta, lista para marcharme, pero me detuve cuando, para mi sorpresa, me agarró de la manga.

—¿Qué?

Volvió a entornar los ojos, pero no con desprecio. Parecía más curiosidad que otra cosa.

—¿Cuánto para que lo deje? En serio.

Vaya. De verdad que no lo entendía, ¿no?

—Por desgracia, no soy un problema que pueda resolver con dinero.

—¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Hacer mi trabajo —dije—. Ese que esta mañana ha despreciado, lo que, por cierto, también es algo que da muy mala impresión y resulta poco atractivo.

—Su trabajo consiste en convencer a gente solitaria y desesperada de que los finales felices de cuentos de hadas son reales. He visto los anuncios, señorita Paquin. Son grotescos y toda una vergüenza. Mi desprecio estaba más que justificado.

Me indigné.

—Vale, mire. Justo por esto es por lo que tenemos que hacer su test de personalidad con usted presente. Lo de ser cínico ni siquiera aparecía en la lista.

—No soy cínico, soy realista.

—Vamos, por favor. —Puse los ojos en blanco, dando medio paso hacia delante—. Eso es lo que dicen los capullos para justificar que

son unos capullos. Además, es maleducado, ofensivo, arrogante y prepotente a más no poder. ¿Quién coño cree que es apropiado insultar el trabajo de otra persona de esa manera y en su propia cara?

Se le volvieron a curvar los labios. Esta vez con sarcasmo.

—Los anuncios actuales de Charmed insisten en el concepto de las almas gemelas, señorita Paquin. Y que utilizan cosas como el tarot para ayudar a los clientes a encontrar su «media naranja».

Me empecé a acalorar. Para que quede claro, lo del tarot se reservaba solo para los clientes que lo pedían.

—¿Y?

—¿Cree en esas chorradas? ¿Que el universo está vivo y la guía hacia la única persona a la que está destinada? ¿Por eso el índice de divorcios en este país es tan alto? ¿Porque todo el mundo en todas partes acaba encontrando a su alma gemela?

En mi vida había conocido a alguien tan terriblemente exasperante.

—Yo creo, con todo mi ser, que hay alguien ahí fuera para cada persona. Y sí, tal vez hay un poder superior que ayuda a la gente a encontrarse. ¡No lo sé! Lo que sé es que el amor romántico, las conexiones profundas y los «felices para siempre» son reales. Si no creyera en esas cosas, no me dedicaría a esto.

—Ah, entonces lo ha vivido.

No fue hasta ese momento que me di cuenta de lo cerca que estábamos el uno del otro, de lo agitada que era nuestra respiración. Tragué saliva y no me moví. Si alguien iba a recular, ese era Jackson.

—No en persona —dije. Tenía que admitir que no había tenido mucha suerte con los hombres ni con las relaciones—. Pero lo he visto.

Resopló, como mofándose de mí. Casi era una risa.

—¡Lo he visto! —insistí, aunque no tenía sentido. Seguí moviendo la boca, alimentada por mi ego dañado—. Mi mejor amiga está ahora mismo en su luna de miel de diez semanas con el amor de su vida. Y mis padres celebraron su trigésimo aniversario el mes pasado y no podrían estar más enamorados. Ahí lo tiene.

¿Sabes cuando dices algo en el fragor de una discusión y al momento te hace sentir inmadura y estúpida? Porque esos argumentos parecían más elocuentes en mi cabeza de lo que lo fueron al decirlos en alto.

Me aclaré la garganta y lo intenté de nuevo.

—También he visto muchos casos de éxito con mis clientes. —Antes de él, claro está. Cuando de verdad disfrutaba de mi trabajo y me sentía realizada.

Jackson levantó una ceja y frunció los labios como si no se pudiera creer lo infantil e ingenua que era.

Se me removió algo en lo más hondo de mi ser, y antes de poder pensármelo mejor, dije:

—Apuesto a que puedo demostrar que está equivocado.

Me arrepentí antes incluso de acabar la frase. Me arrepentí mucho más cuando él soltó una risita. Era la primera vez que lo veía sonreír del todo y… joder. Dientes blancos y rectos, unos colmillos prominentes y un encanto masculino. Por mucho que odiara admitirlo, Jackson Sinclair estaba como un tren.

Ese era el motivo por el que tantas mujeres atractivas y con éxito se habían quedado desoladas por su culpa. Bueno, eso y todo el dinero, el poder y eso de ser el soltero más codiciado de toda Norteamérica.

Pero tenía una personalidad de mierda, así que la mayor parte del tiempo era fácil olvidarse de su aspecto.

—Última oportunidad. —Ladeó la cabeza con condescendencia—.

Acepte el dinero.

No sabía si sentirme aliviada o insultada por el hecho de que no me tomara en serio lo suficiente como para aceptar mi apuesta. Mi cerebro decía que aliviada, pero mi ego gritaba: DEMUÉSTRALE QUE ESTÁ EQUIVOCADO, JODER. HAZ QUE TE SUPLIQUE PERDÓN.

—No voy a aceptar el dinero. —Formé un puño con los dedos. Sentían demasiadas tentaciones de agarrar el cheque. No me podía arriesgar.

Todavía esbozaba una sonrisa divertida mientras me estudiaba.

—Señorita Paquin, un aviso: no tengo intención de jugar limpio ni facilitarle las cosas durante los próximos treinta días. Acepte el dinero, olvídese de los datos y ahórrenos a los dos tiempo y quebraderos de cabeza.

Le dediqué una sonrisita irónica.

—Señor Sinclair, un aviso: estoy harta de sus tonterías y gran parte del motivo por el que acepté hacer esto fue por hacerle la vida tan imposible como usted ha hecho las nuestras durante los últimos ocho meses. No me da miedo.

—¿Así que se trata de eso? ¿Rechaza veinte millones de dólares por una venganza de nada? Un poco corta de miras, ¿no le parece? —Se inclinó ligeramente hacia mí cuando dijo la palabra «corta».

Yo medía uno setenta.

Él era como el abominable hombre de las nieves.

Si había alguien en ese comedor que debería sentirse acomplejado por su altura, no era yo.

Parpadeé en su dirección, despacio, con sarcasmo.

—No me importa cómo le dé la vuelta a esto, no puede comprar mi integridad.

Chasqueó la lengua.

—Como le he dicho, todo el mundo tiene un precio.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es el suyo?

—Unos trece mil millones y medio, más menos lo que fluctúe el mercado.

Hala.

—Menos de lo que creía.

Esa sonrisita de superioridad se fue ensanchando mientras me observaba, pero antes de que pudiera contraatacar, entraron dos camareros… y se quedaron parados de golpe, con los ojos como platos pasando de Jackson a mí. En su defensa diré que estábamos casi cara a cara.

Di dos pasos atrás y volví a cruzar las manos en el pecho mientras les ofrecía mi mejor sonrisa de «aquí no pasa nada».

—Discúlpennos —dijo uno de ellos—. Le pediremos al personal que llame a la puerta antes de entrar de nuevo en el comedor.

Eh, ostras, no.

—No es necesario. Yo ya me iba —dije mientras servían la comida. Tres platos de piedra repletos de caviar, calamar y un *sashimi* con una presentación exquisita.

—Antes puede comer —dijo Jackson—. En cuanto ha llegado, la comanda ha pasado a ser para dos personas.

—No, gracias. —Se me estaba haciendo la boca agua y mi estómago amenazaba con ponerse a rugir, pero lo último que quería hacer era sentarme en esa silla.

—Dijo que quería *sushi.*

—Y así es. Pero ya he cenado con usted una vez y no es una experiencia que desee repetir. Además, hay un puesto de *sushi* en el centro comercial a dos manzanas de aquí, así que no hace falta. Hasta luego.

No me quedé lo suficiente como para escuchar su respuesta.

10

Tobigote se sintió decepcionado, y con razón, por mi incompetencia cuando por fin conseguí llegar a mi suite, unos noventa minutos más tarde de su hora de cenar. Estaba hecho un ovillo sobre mi jersey y meneaba la cola irritado mientras maullaba quejándose.

—Lo siento, chiquitín. —Saltó de la cama y trotó hacia mí para ponerse en medio y molestarme lo máximo posible mientras cogía una lata de comida húmeda de su armario—. Aquí tienes.

Me miró, expectante, mientras tiraba a la basura la lata vacía, sin dejar de mover la cola.

—Venga. Yo vigilo —le garanticé, sentándome en el suelo.

Había sido así desde que tenía unos seis meses. No probaba bocado a no ser que alguien en quien confiara le cubriera las espaldas mientras comía. Ria y yo nos turnábamos cuando vivíamos juntas y, cuando ella se mudó, cada vez que me quedaba a trabajar hasta tarde, contrataba a una cuidadora de guardia. Aunque tuvimos que darle de comer juntas durante casi dos semanas para que acabara confiando en ella.

—Tendremos que pensar en un nuevo sistema, ¿no? —Le rasqué la suave espalda mientras masticaba. Tenía el presentimiento de que mi horario vespertino iba a ser un poco impredecible durante el próximo mes—. Le preguntaré al Hombre Malo si le parece bien que

Rosie venga a darte de comer.

Ella ya me había dicho que podía hacerlo, solo subiría un poco la tarifa porque el trayecto hasta allí era más largo, lo que me parecía justo.

Cuando Tobigote terminó, le di los mimos obligatorios de después de cenar hasta que se cansó de mi amor y me apartó los dedos con un gesto brusco. «Suficiente, humana».

—Vale. —Le planté un beso en la cabeza antes de ponerme de pie y quitarme la incómoda ropa de trabajo. Me moría de hambre. No solo me había saltado el desayuno, sino que para cuando llegué al puesto de *sushi,* la hora punta del almuerzo había dejado las baldas vacías. Solo habían quedado unos rollitos California rancios y un té helado sin azúcar.

Me puse unos vaqueros y una camiseta gris, y luego me solté el pelo y liberé los rizos del moño demasiado ajustado que llevaba antes de volver a recogerlos en uno mucho más flojo.

Lista.

Mucho mejor.

—Como quitarte el sujetador al final de un largo día, pero con el pelo, ¿verdad?

Tobigote maulló y yo no pude evitarlo. Es que no pude. Sabía que ya había tenido bastante, pero es que era demasiado mono, mi pequeño pastelito tontorrón.

Me subí de un salto a la cama, donde su regordeta madorablestad estaba hecho una bolita y le di más besos, molestándolo hasta más no poder. Estaba claro que tramaba mi asesinato, pero era tan mono.

—Vale. —Besito—. Adiós. —Besito—. Pórtate bien. —Besito—. El último. —Besito—. Te lo prometo. —Besito—. Te echaré de menos. —Besito.

Me puso la pata en la boca después del último y me maulló a la cara.

—Mmmvale. Lo siento. Ahora sí que me voy.

Me aparté del colchón y cogí el móvil y las llaves al salir por la puerta. Dos besitos más al aire a mi monstruito y…

—¿Con quién estaba hablando?

Solté un grito y di un respingo al tiempo que me daba un vuelco el corazón y me invadía el pánico.

—¡Deje de hacer eso! —Joder.

Jackson inclinó la cabeza e hizo un gesto con los labios como si mi angustia lo divirtiera. Salvaje.

—Lo lamento. —No parecía lamentarlo.

—¿Qué cojones hace merodeando fuera de mi habitación como un acosador?

—No estaba merodeando. Iba a cenar y he oído su voz por la puerta.

Mentira. Bensen me había dado el día anterior un plano de la planta y me había aprendido de memoria todo ese laberinto.

—El comedor está por allí. —Señalé el camino con el dedo—. En la otra punta del apartamento.

—Sé muy bien dónde está el comedor, señorita Paquin. Al fin y al cabo, esta es mi casa. ¿Estaba hablando sola de nuevo?

—No es de su incumbencia.

Comencé a andar.

Me siguió.

—Si quiere traer a algún invitado, tendrá que pasar por los canales de seguridad apropiados.

—No tengo previsto que venga ningún invitado. —Salvo…—. Aunque puede que tenga que venir una cuidadora.

—¿Para qué?

—Para Tobigote.

—¿El gato?

¿Sabes cuando estás tan harta de alguien que incluso te molesta cuando respira? Porque la forma en la que Jackson respiraba en ese momento me estaba tocando las narices.

…

Era muy posible que me estuvieran empezando a afectar el hambre y el mal humor.

—Sí —dije—. Necesito que alguien le dé de comer a tiempo cuando yo no pueda.

—Me parece bien lo de la cuidadora. Bensen puede supervisar su acceso si se lo comunica.

—Genial, gracias.

—¿Qué tal el *sushi* del centro comercial?

Me paré en seco y lo fulminé con la mirada.

—¿Por qué me está siguiendo? Hoy hemos terminado a las siete.

—No la estoy siguiendo, voy a cenar. Ya lo hemos hablado, señorita Paquin. ¿Se encuentra bien? Primero la pillo hablando sola…

—No estaba hablando sola. Hablaba con Tobigote.

—¿El gato?

Madre mía. Vale.

—Creía que había dicho que tenía cero interés en ser agradable conmigo durante el próximo mes.

—Esto apenas se puede considerar «ser agradable», visto que a ninguno de los dos nos lo parece.

Me crucé de brazos, esperando que llegara al puto fondo de la cuestión.

En lugar de eso, dijo:

—No ha respondido mi pregunta sobre el *sushi* del centro comercial.

Puse los ojos en blanco y juro que pude ver una mueca en su boca antes de que me pusiera a andar.

—¿Este es su nuevo plan? —le pregunté cuando, de nuevo, me alcanzó—. ¿Me va a incordiar hasta que abandone?

No me había dirigido la palabra después del almuerzo. En vez de eso, había esperado hasta que di por finalizada la jornada.

—Tal vez —dijo—. ¿Por qué? ¿Funcionaría?

Me sonaron las tripas cuando llegamos a las cocinas del personal y el aroma a ajo y a especias me alcanzó la nariz. También tenía que pedirle a Bensen algo de espacio en la nevera y acceso a la cocina. No podía vivir solo de comida para llevar durante el próximo mes.

—¡Aquí estás! —Una de las gemelas Harrison (Molly, creía) apareció de golpe por el arco de la cocina, con un guante de horno a cuadros en una mano—. ¿Cómo es que has tardado tanto?

—Lo siento —dijo Jackson señalándome con la cabeza—. Nuestra invitada es bastante charlatana.

Lo miré, parpadeando.

—No sabía que tenía sentido del humor.

—No tengo —dijo impasible.

—Hola, querida —me dijo Molly—. Molly Harrison. Responsable del servicio doméstico. Nos conocimos hace un par de semanas.

Le estreché la mano que me tendía con una sonrisa.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Sí, bueno, fue una noche para recordar, ¿verdad?

—Yo diría que sí. —Mabel apareció detrás de su hermana. Llevaba el otro guante de horno a cuadros—. Hola otra vez.

—Hola. Soy Jamie, por cierto —dije. No me acordaba de si tuve la ocasión de presentarme la última vez.

—Sí, claro, hemos oído hablar mucho de usted, señorita Paquin, ¿a que sí?

—Así es. Ha habido cierto revuelo por aquí desde que apareció.

—La señora Minerva también nos ha visitado un par de veces.

—Nos ha pedido que la cuidemos bien. Ha hablado con todo el personal.

—Difícil de complacer, la señora Minerva.

—Pero parece que le ha cogido cariño, así que algo ha debido de hacer bien.

Jackson resopló.

Lo ignoré.

—¿Le gustaría cenar con nosotros, querida? —me preguntó Molly con amabilidad.

—Oh, no puede —se metió Jackson. Tenía el hombro apoyado contra la pared y las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones de vestir. Seguía con la ropa de trabajo, sin la chaqueta —. Me temo que a la señorita Paquin no le parezco una buena compañía para cenar.

Las hermanas me miraron boquiabiertas como si acabara de escupir en todo su árbol genealógico.

—Vaya, menuda tontería, ¿a que sí? —La voz de Molly adquirió un tono agudo y se le tensaron los hombros de indignación.

—Es un placer estar contigo, querido. Cualquier chica sería afortunada de poder cenar contigo y no te lo creas si te dicen lo contrario.

A Jackson se le hinchó el pecho ante el cumplido y se inclinó sonriendo para darle a Mabel un beso en la rolliza mejilla.

—Gracias, Mabel.

«¿Ein?».

Enarqué las cejas al contemplar esa interacción tan inesperada. Había sido tierno, qué cosa más rara.

—Lo mantengo —afirmé—. Dijo mi nombre mal a propósito y me

preguntó con muy mala educación si era dura de oído, y todo en los primeros cinco minutos después de conocerlo.

—¡Jackson! —Molly le dio un golpecito en el brazo con el guante del horno.

—¿De verdad lo hiciste? —Mabel lo miró con el ceño fruncido.

—No es así como te enseñamos a comportarte, ¿a que no?

—Claro que no. ¿Por qué harías tal cosa?

«Como te enseñamos», había dicho. Qué interesante, a juzgar por el hecho de que nadie las había mencionado en los informes sobre la familia y la infancia de Jackson que había completado su equipo.

«Se les ha provisto de suficiente información como para encontrarme una pareja adecuada». Y un cuerno.

—¿Cómo sabe que fue a propósito? —me preguntó Jackson.

—Usted puede ser muchas cosas, señor Sinclair, y una de ellas es sin duda transparente.

Se le formaron dos líneas en el entrecejo.

—¿Qué?

—Transparente —repetí despacio—. Adjetivo. Significa fácil de comprender y, en su caso, predecible.

Hubo un largo silencio mientras Jackson me sostenía la mirada. Cuando lo asimiló, se separó con rabia de la pared.

—Cree que soy… predecible.

—Y mucho.

—Con la personalidad de un huevo duro.

Levanté un hombro.

—Sigo manteniendo eso también.

—¿Y qué significa eso exactamente? ¿Le parezco anodino?

—Y corriente. No es que sea por fuerza algo malo, es solo que sé a la perfección lo que voy a encontrarme cuando interactúo con

usted, igual que sé a la perfección lo que voy a encontrarme cuando le doy un bocado a un huevo duro. Cualquier huevo duro. Porque independientemente de la marca, todos saben en esencia igual. ¿Lo entiende?

—Ay, querida.

No estaba segura de cuál de las hermanas lo había dicho porque me negaba a ser la primera en apartar la mirada en esa competición que nos traíamos Jackson y yo. Iba a comenzar a entrecerrar los ojos en tres, dos… y ahí estaba. ¿Ves? Predecible.

—¿Y esa es su opinión profesional, señorita Paquin?

Molly se metió en la conversación antes de que pudiera responder.

—De acuerdo, vale, creo que todos deberíamos sentarnos. Y luego, después de cenar, tomar una buena taza de té relajante. ¿Qué les parece?

—Sí, sí, vamos, queridos. El cordero se está enfriando y esta conversación no puede acabar bien, ¿verdad?

—No lo creo, no —coincidió Molly, tomando a Jackson del brazo. Trató de tirar de él, pero estaba clavado en el sitio, fulminándome y retándome con la mirada.

—Como he dicho, no nos va a acompañar —soltó con rabia.

En realidad, debería haber aceptado comer con ellos. Tenía que observarlo en su hábitat natural y tomar nota de cómo actuaba, pero lo había cabreado tanto que tampoco se iba a comportar como solía hacer.

Tendría que ser en otra ocasión.

Les dediqué una sonrisa a las hermanas.

—Agradezco de corazón su oferta, pero creo que es mejor que me salte esta cena. La primera semana es un periodo de adaptación para el cliente y es importante que el señor Sinclair siga teniendo

algo de espacio y normalidad.

—De acuerdo —dijo Mabel con educación—. Tiene sentido. Pero nos acompañará la semana que viene, ¿verdad?

Entonces era habitual que comiera con ellas. Me gustaría saber a quién más solían invitar.

—Desde luego —le aseguré.

Se colgó del fuerte brazo de Jackson y lo arrastró hasta la cocina mientras murmuraba algo sobre que tenía que remover la salsa.

No fue hasta que había recorrido medio pasillo cuando me percaté de que Molly se había quedado allí parada, retorciendo con las manos el guante del horno mientras contemplaba cómo me iba.

11

¿Por qué cada vez que pasaba la noche en algún lugar cuyo contrato de alquiler no llevara mi nombre, mi cerebro se creía que el mínimo ruidito o movimiento anticipaba mi inminente y violento asesinato? ¿Tenía algo que ver con la evolución? ¿De verdad mis antepasados eran…?

Otra vez, esos pasos sigilosos fuera de la habitación.

El peine se quedó congelado en medio de mis rizos mojados y giré la cabeza hacia la puerta mientras contenía el aliento. Tobigote también lo había oído. Sacudía las orejas con la mirada clavada en la entrada.

Tras un par de segundos, alguien llamó a la puerta. Fruncí el ceño. Solo eran las diez, pero aun así. Un poco tarde para llamar a la puerta de alguien sin avisar, ¿no? A no ser que fuera Ria.

—¿Sí? —Bajé el peine.

Oí un susurro al otro lado, pero no pude entender bien lo que decía.

—¿Perdone? —grité.

—Soy Molly —volvió a susurrar, un poco más alto esta vez.

—Ah. —Me levanté y medio troté hasta la puerta para abrirla mientras me recogía los rizos en un moño. Odiaba esa sensación del pelo mojado pegándoseme en el cuello.

—Hola, querida. —Llevaba una bandeja de plata con dos tazas de té calientes y un plato de pastas.

—Hola. ¿Va todo bien?

Trató de ofrecerme su sonrisa más convincente, pero se esfumó antes de que le llegara a los ojos.

—He pensado que le podía apetecer algo de comer antes de irse a la cama.

—¿Por qué susurramos?

Meneó la cabeza como si no supiera de lo que hablaba, pero se resistió a confirmarlo con palabras.

La miré antes de hacerme a un lado.

—Adelante.

Entró arrastrando los pies y usó luego uno de ellos para empujar la puerta y cerrarla. El tono de su voz volvía a ser normal cuando dijo:

—Gracias. Siento… Ay, hola, pequeñito. —Se detuvo al ver a Tobigote, sonriendo de oreja a oreja—. Bensen no exageraba, ¿verdad? Eres un chico precioso.

Tobigote sacudió la cola con indiferencia. Sabía que era precioso. No era ninguna novedad.

—Aunque no le gustan demasiado los extraños, ¿no? —me preguntó.

—Por desgracia, no.

—Bueno, no pasa nada. —Se puso recta, alisándose el delantal con las manos—. Tampoco al señorito Sinclair. Estamos acostumbrados en esta casa. Puedes tener todo el espacio que te haga falta, señor Maguire, quédate tranquilo.

Volvió a pasarse las manos por el delantal.

Se movió nerviosa en el sitio.

Carraspeó.

—Molly —le dije.

—¿Sí, querida?

—¿Le gustaría sentarse?

—Bueno, claro. Si insiste…

Contuve una sonrisa mientras se desplomaba en el sofá y tomaba una de las tazas de porcelana, soplándola con delicadeza.

—Bueno. —Me senté a su lado—. ¿Qué tal la cena?

—Oh, bien, bien —respondió, tratando de parecer despreocupada—. Más animada de lo normal, supongo, pero eso es mejor que la alternativa, ¿verdad?

Murmuré mientras tomaba mi propia taza, enfriándola antes de dar un sorbo. Manzanilla con un toque de miel. Deliciosa.

—¿Suelen comer todos juntos?

—Cada noche. A no ser que alguno no pueda. Sobre todo Jackson, con todos esos viajes de trabajo y cenas con los clientes…

—Y las citas —añadí. Suma dos por semana durante ocho meses.

Ella vaciló, apartando la mirada.

—Bueno, esas noches seguimos contando con él en la mesa.

Enarqué las cejas.

—¿Cena dos veces?

—No… En realidad, no. —De pronto parecía muy interesada en las sutiles volutas de vapor que salían de su taza.

—Ya sabe que cualquier conversación que mantengamos las dos mientras tomamos el té es confidencial.

Eso captó su atención.

—¿En serio?

—En serio. Además, debería saber que se me da genial guardar secretos. A ver, en parte es porque tengo muy mala memoria, pero bueno.

Soltó una risita cálida y relajó los hombros.

—Ya verá cuando llegue a mi edad. Algunas mañanas me quedo mirándome los pies, tratando de recordar si me he puesto los zapatos.

Sonreí a la taza.

—Gracias por esto, por cierto. Me encanta tomar algo antes de dormir.

Ria lo había convertido en un ritual. Por lo menos una vez al mes se colaba en mi cuarto con una enorme bolsa de chuches y una botella de vino, y lo dábamos todo, charlábamos y cotilleábamos sobre cualquier cosa.

Echaba tanto de menos tenerla cerca que si pensaba demasiado en ello, se me hacía un nudo en la garganta.

No es que no me alegrara por ella, porque por supuesto que me alegraba. Era solo que… habíamos vivido juntas diez años. Tal vez por eso no me quejé al principio cuando tuve que trabajar más horas en Charmed. El apartamento estaba demasiado silencioso desde que se había mudado con Adrien. Tardé un poco en acostumbrarme.

Molly suspiró.

—Me disculpo por haber aparecido sin avisar. Para ser sincera, no debería estar aquí. El señorito Sinclair nos ha dado instrucciones muy específicas a todo el personal. Se supone que no debemos hablar sobre él con usted. En absoluto.

Ella no iba a ser la primera del personal en romper esa norma. Bensen lo había hecho el día anterior, cuando había defendido a Jackson. Así que, o bien no les daba demasiado miedo las consecuencias, o bien lo que fuera que intentaran conseguir con esas conversaciones era lo bastante importante como para arriesgarse.

Cogí un relámpago de pistacho y le di un mordisco, esperando.

—Mabel tampoco sabe que estoy aquí —siguió diciendo—. Nunca

aceptaría que traicionara así al señorito Sinclair. Me mataría si se enterara, de verdad se lo digo.

—¿Y qué hay de Jackson? ¿Se enfadaría si lo descubriera?

—Sí, supongo que sí. Pero es diferente, ¿no?

—¿Y eso por qué?

Se giró en el sofá para mirarme a la cara mientras apretaba con fuerza la taza en sus manos.

—Lo ha juzgado mal. —Lo dijo con tanta convicción que no permitía réplica. Podía verlo en sus ojos. Lo creía de todo corazón—. Y no puedo culparla por ello, de verdad —continuó diciendo—. Soy consciente de que el comportamiento de Jackson ha sido más que inadmisible, pero hay tantas cosas que no sabe… ¿Cómo iba a saberlas, en realidad?

—¿Por eso está aquí? ¿Para darme esa información?

Dejó el té que apenas había tocado en la bandeja para poder juguetear nerviosa con el delantal.

—En cierto modo. También me gustaría pedirle un favor. Bueno, dos favores.

Me terminé el pastelito, haciéndole un gesto con la cabeza para que siguiera hablando.

—Pagando, por supuesto. Estoy dispuesta a pagar por su trabajo y…

Negué deprisa con la cabeza, esperando a terminar de masticar para interrumpirla.

—Molly, no quiero su dinero.

Ella vaciló.

—No son favores pequeños.

—¿Por qué no me cuenta primero de qué se trata?

Pero antes de que pudiera expresarlo con palabras sin saltarse cualesquiera que fueran los límites morales internos que tenía, los

golpecitos de alguien llamando a la puerta resonaron en la habitación.

Molly me miró parpadeando y arrugando el entrecejo.

—¿Quién puede ser a esta hora? —susurró.

Mi corazonada se confirmó cuando, sin preguntarle, la persona al otro lado de la puerta dijo en voz baja:

—Hola, ¿señorita Paquin? Soy yo, Mabel Harrison.

Menuda sorpresa.

—¿Qué está haciendo ella aquí? ¡Me dijo que se iba a ir pronto a la cama! —susurró Molly, escandalizada por que su gemela hubiera sido capaz de tales mentiras.

Mi apuesta era que las dos hermanas estaban allí para lo mismo, pero:

—Vamos a comprobarlo, ¿no?

Me levanté para abrir la puerta mientras Molly se escabullía hacia un rincón, ocultándose.

—Hola, Mabel.

—Hola, querida —me saludó con una amplia sonrisa—. ¿Le apetece tomar algo antes de ir a la cama? Leche caliente con miel y galletitas de frambuesa.

En la bandeja circular que traía con ella había dos tazas.

Sonreí.

—Qué considerada. ¿Querría acompañarme?

No es que me hiciera falta pedírselo, viendo cómo ya me estaba empujando para pasar y entrar en la habitación.

—Bueno, si insiste.

—¡Mabel Harrison!

—¡Ah! —La espuma de leche se derramó por la bandeja de plata cuando Mabel dio un respingo—. Por todos los… ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Podría preguntarte lo mismo, ¿no?

—Miauuu —se quejó Tobigote, sacudiendo las orejas. No toleraba los gritos en su presencia.

Mabel volvió a empezar.

—Por Dios, ¿hay algún otro ser vivo acechando en esta habitación que yo deba saber?

—Solo nosotros —la tranquilicé—. Este es Tobigote. Estará tranquilo si no invade su espacio personal.

—No le gustan los extraños —aclaró Molly.

—¿Ah, no?

Molly asintió.

—No.

—Bueno, en esta casa estamos acostumbrados, ¿a que sí?

—Eso mismo he dicho yo.

Me senté en el sofá, agarré la taza que seguía humeando y me preparé para el espectáculo.

—Me habías dicho que llevabas los tés a la biblioteca —acusó Mabel a su hermana mientras apoyaba la bandeja llena de leche.

—¡Y tú me habías dicho que te ibas directa a la cama!

—Ya, bueno, no es que pudiera contarte lo que pensaba hacer, ¿no? Me habrías matado si te enterabas —dijo Mabel.

—Y tú a mí.

—Claro que sí. ¿Qué te crees que haces, contraviniendo las órdenes de Jackson?

—Bueno, no me podía quedar de brazos cruzados y dejar pasar esta oportunidad, ¿no?

—¿Y yo sí que podría hacerlo? Me pesaría en la conciencia si no lo intentaba, ¿no? Acabaría conmigo en un santiamén.

—Ese es el quid de la cuestión, ¿no? ¿Qué haría entonces él?

—No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Justo por eso estoy aquí. Merece la pena intentarlo.

—¿Y? —Mabel nos miró alternativamente a su hermana y a mí, expectante—. ¿Habéis llegado a un acuerdo?

—Aún no —dijo Molly, apoyando las palmas en las rodillas mientras se sentaba de nuevo.

—¿Y por qué no? Es bastante fácil, ¿no?

—No. Estaba a punto de hablarle de Richard y de cómo llegamos cuando has aparecido.

—¿Para qué le hace falta saber todo eso? Solo pídele el puñetero favor. El tiempo apremia, Molly. La chica solo tiene treinta días.

—Entonces ¿por qué no lo haces tú? Ya que eres tan atrevida.

—Vale, de acuerdo. —Mabel se frotó las manos con decisión antes de colocarlas en las caderas—. Señorita Paquin, necesitamos que le encuentre pareja a Jackson.

—Bueno, para eso es para lo que estoy aquí —dije.

Molly negó con la cabeza.

—No, querida. Está aquí para intentarlo, pero ya se ha rendido con él. Hemos visto cómo se han hablado antes.

—Necesitamos que quiera ayudarlo. Solo así funcionará.

Fruncí el ceño al tiempo que las miraba.

—Estoy confundida. ¿Por qué todo el mundo quiere que ese hombre tenga pareja cuando es evidente que él no podría estar menos interesado en el asunto?

—Minerva tiene sus propias razones —dijo Molly de forma brusca.

—No estamos muy contentas con cómo está manejando todo esto, pero eso no es importante ahora mismo.

—Nosotras criamos a ese chico. Mabel y yo.

—Nos contrataron dos semanas antes de que el señorito naciera y las dos estuvimos en el hospital cuando a Richard Sinclair le

dijeron que por fin tenía un heredero. Vimos cómo salió de la sala y se volvió directo al trabajo.

—Nuestros puestos han ido cambiando a lo largo de los años, pero hemos cuidado de Jackson siempre, ¿a que sí?

—Desde luego. Hemos estado ahí desde que lloró por primera vez y, créame señorita Paquin, hemos visto y oído de todo. Incluso cosas que no estaban destinadas a nuestros ojos y oídos.

—Y no podemos culparlo por cómo han salido las cosas, ¿verdad?

—Yo también me hubiera quedado con mal sabor de roca de haber estado en su lugar.

—Creo que no se dice así, Mabel.

—¿Ah, no?

—No, cielo. Se dice mal sabor de boca. «Roca» no tiene mucho sentido aquí —dijo Molly.

—Bueno, pero así la frase tiene más peso, ¿no?

—En cualquier caso, está equivocado, querida. O tal vez «confundido» sea una palabra más acertada. O tal vez… no lo sé. Explícalo tú, Mabel.

—Tiene miedo, eso es lo que pasa —dijo Mabel con descaro—. Eso es el origen de todo. Lo aterroriza que le ocurra a él. ¿Y a quién no le pasaría lo mismo?

—Pero no podemos permitir que siga así, ¿verdad? Ahora nos tiene a nosotras, pero ¿qué ocurrirá cuando ya no estemos?

—Necesita compañía —me dijo Mabel—. Alguien que lo entienda. Alguien en quien pueda confiar.

—¿Cómo si no íbamos a quedarnos tranquilas? No hay otra forma.

—Nos revolveríamos en nuestra tumba de pura preocupación. Podemos pagarle, desde luego…

—Ya lo he intentado —dijo Molly—. No va a aceptar nuestro dinero.

—Bueno, ¿y por qué no? Le estamos solicitando un servicio.

Me deslicé hacia el borde del sofá y dejé la taza en la mesa.

—Vale. Comprendo lo que están tratando de hacer por Jackson. Es evidente que se preocupan por él y todo esto me parece muy tierno, pero tengo que ser sincera: no puedo obligar a alguien a que salga con una persona si no es lo que quiere. Y desde luego que no puedo obligarlo a enamorarse.

Hubo una breve pausa mientras Molly y Mabel intercambiaban una mirada, y me dio la sensación de que se decían algo más en silencio.

—No le estamos pidiendo que lo obligue a nada, querida —dijo Mabel.

—Eso no saldría demasiado bien, ¿no? —coincidió Molly.

—No, desde luego que no.

—El chico es demasiado terco como para obligarlo a hacer algo que no quiere.

—Y no es que el amor sea algo que se pueda controlar, ¿verdad?

—Para nada. No podemos obligarlo a enamorarse, pero él tampoco puede evitar que suceda, ¿no es cierto?

Mabel asintió.

—Nadie puede. Eso es lo que tratamos de decirle.

—Lo que le pedimos es que cree la oportunidad. Encuentre a alguien que hable su idioma, que lo entienda. Alguien a quien no se pueda resistir.

Lo dijo como si fuera así de fácil. Como si no estuviera pidiendo un milagro.

Molly se movió en su asiento cuando no respondí.

—Sabemos que lo ha pasado mal tratando de que él le dé la

información que necesita. Y le aseguro que, sea cual sea el programa en el que lo obliguen a participar, no va a ir a mejor.

—Ya ha hecho todos los ajustes temporales necesarios para distorsionar los datos. Y no me haga hablar de las entrevistas que tiene previsto hacerle.

—No será capaz de obtener ninguna de las respuestas que tanto necesita. No en treinta días.

Seguir su toma y daca era como ver un partido de tenis. Ni siquiera se tomaban un descanso.

—Minerva dijo que le exigía que al menos cooperara —dije.

—Bueno, eso da igual —insistió Mabel.

—Todavía no lo conoce muy bien, señorita Paquin, pero créame, ese chico es muy ingenioso.

—Lo educamos demasiado bien como para que mienta, pero contará medias verdades, eso es así.

—Le dará lo justo como para satisfacer sus requisitos, pero se olvidará de las partes que importan de verdad.

Me crucé de brazos y me recosté de nuevo.

—De acuerdo, ¿y cómo proponen que consiga la información que me hace falta si él no me la va a dar?

Molly se sentó un poco más recta.

—Bueno, por eso estamos aquí, ¿no?

—No podemos darle la información directamente, porque eso sería traicionar su confianza, pero…

—Pero podemos orientarla —terminó de decir Molly—. ¿No es así, Mabel?

—No veo por qué no.

Entorné los ojos ante el tono cauteloso de su voz.

—Guiarme, ¿cómo exactamente?

Si todo eso de la comunicación entre gemelos no era solo un

mito, lo estaban haciendo en ese mismo momento con las miraditas que se intercambiaban.

—Como, por ejemplo —dijo por fin Mabel—, cuando a Molly le ha hecho falta una excusa para visitarla sin levantar sospechas, me ha dicho que llevaba el té a la biblioteca. La he creído, ya que no es una tarea nada inusual a esta hora. Ni en las siguientes.

Ah.

Ya veo.

—Es donde cierto señorito suele ir si ha tenido un día particularmente duro.

—O si simplemente no puede dormir.

—Lo pillo, gracias —dije cuando Molly abrió la boca, seguro que para darme más pistas.

—Bien —dijo Molly.

—Bien —coincidió Mabel.

—Entonces nuestro trabajo aquí se ha terminado, ¿no? Estamos todas de acuerdo.

Vacilé.

—No estoy segura de si… A ver, me parece muy bonito que las dos traten de ayudar, pero no quiero darles falsas esperanzas.

Podían darme toda la información correcta que quisieran y yo haría todo lo que estuviera en mi mano para aprovecharla, pero, aun así, no había ninguna garantía de que funcionara.

—Bueno, no lo sabremos hasta que lo intentemos, ¿no? —dijo Molly en voz baja.

—Y en cualquier caso, le agradecemos que nos haya escuchado, querida —dijo Mabel al tiempo que se levantaban las dos—. Disfrute del resto de las pastas. Recogeremos las bandejas por la mañana.

—Esperen.

Ambas se detuvieron, mirándome con la misma expresión de

curiosidad.

—¿Qué era lo otro? —le pregunté a Molly—. Me dijo que necesitaba dos favores.

A juzgar por el tic en la ceja de Mabel, ella tampoco lo sabía.

El rubor se extendió por las mejillas de Molly, que agachó la cabeza, recolocándose el delantal.

—Sí, ya, bueno. Solo iba a decir que… Sé que puede que no le caiga muy bien, y no la culpo por ello, pero… —Su voz se fue desvaneciendo cuando me miró a los ojos—. Le vendría muy bien un amigo. Alguien de su edad. Alguien a quien no tenga a sueldo.

Se me encogió el corazón cuando Mabel estiró el brazo para apretar la mano de su hermana. Lo querían de verdad, sobre eso no había ninguna duda.

Carraspeé con suavidad.

—Bueno, las mejores relaciones románticas se basan en una fuerte amistad, así que… si soy capaz de hacer mi trabajo, mataremos dos pájaros de un tiro.

Eso no era lo que me estaba pidiendo, pero no me gustaba hacer falsas promesas. Y decirle que intentaría ser amiga de Jackson iba a ser justo eso. No tenía ninguna intención de hacerme amiga de un hombre que me miraba a los ojos directamente y me decía que mi trabajo era inútil.

Además, estaba bastante segura de que Jackson tampoco querría hacerse amigo mío.

Molly bajó la mirada.

—No todos los niños crecen con la suerte de… —Se calló de golpe, cerrando los ojos con fuerza para intentar controlar sus emociones—. Es solo uno y en su personal somos treinta y una personas. Eche cuentas.

—Vamos, Molly —dijo Mabel—. Ya le hemos robado bastante

tiempo.

Arrastró a su hermana fuera de la habitación. Pero no antes de que Molly pudiera lanzarme una última mirada suplicante que me removió una esquina polvorienta del corazón.

12

Era la guerra.

Sabía que le había prometido a Molly y a Mabel que lo intentaría, pero también le había prometido a Jackson que le haría la vida imposible. Y no había ningún motivo por el que no pudiera hacer ambas cosas.

La mirada entornada de Jackson se clavaba en mi rostro mientras pelaba el último trocito de la cáscara del huevo duro y me lo empezaba a comer poco a poco, decidida a no romper el contacto visual.

Torció el morro.

Para que conste, él tenía salmón ahumado para comer y lo había acompañado de lo que debía de ser la salsa más picante jamás habida y por haber. Y a pesar de su fantástico sistema de ventilación, su despacho seguía siendo un espacio cerrado y el olor se quedó en el ambiente lo suficiente como para hacer que me lloraran los ojos.

Así que sí. Era oficial: era la guerra.

—¿No tiene trabajo de verdad que hacer? —le pregunté cuando me acabé el segundo huevo y aún seguía fulminándome con la mirada. No había hecho mucho más esa mañana.

—Delegué la mayoría de mis tareas importantes a los altos

directivos en anticipación a su llegada —dijo arrastrando las palabras, con un tono de despreocupación y aburrimiento que contrastaba del todo con la intensidad de su mirada—. Tras nuestra primera reunión, sospeché que podría llegar a ser problemática.

—Apenas le he dicho nada en todo el día. —Había estado demasiado ocupada organizando mis datos y preparándome para nuestra primera entrevista, perfeccionando las preguntas para asegurarme de conseguir con ellas el máximo de información posible y al mismo tiempo lograr que fueran bastante incómodas.

Puse los ojos en blanco cuando siguió con esa mirada asesina.

—Y luego es mi trabajo el que no es serio —murmuré seca antes de volver la atención al montón de papeles grapados que tenía ante mí.

«Ética del trabajo del cliente: pésima».

Seguía atenta a las notas cuando se levantó, se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones a medida y cruzó el despacho con una cuidada y fingida indiferencia.

—¿Y qué es, exactamente, en lo que ha estado trabajando con tanta diligencia toda la mañana?

Se inclinó un poco al llegar a mi mesa, envenenando el aire con su fresca colonia masculina. Por lo menos era mejor que el salmón.

—Nada de su incumbencia. —Todavía no, al menos. Lo sería al cabo de un par de días, cuando tuviéramos esa entrevista. Pero de momento, tendría que…

Apreté las muelas cuando me robó con suavidad los papeles que tenía bajo la mano que sostenía el bolígrafo.

—Ajá —se mofó Jackson—. Las temidas preguntas de la entrevista.

—Consejo previo al asesoramiento número mil…

—No necesito asesoramiento.

—… es de mala educación quitarle las cosas a la gente de la mano sin su permiso.

Mis intentos de recuperar los papeles desde la silla fueron en vano. Simplemente se apartó mientras hojeaba las páginas, echándoles un vistazo.

Estaba bastante segura de que Lao-Tse tendría algún tipo de regla fundamental en contra de permitir que tu ira se avive durante la batalla, pero yo sabía en mi fuero interno que si alguna vez hubiera tenido la desgracia de conocer a Jackson Sinclair, lo habría entendido.

Me puse de pie, taconeando con enfado contra el suelo mientras él rodeaba mi mesa.

—Devuélvamelos —le pedí cuando puso los papeles fuera de mi alcance.

—Según el contrato firmado con Charmed, tengo derecho a revisar todo el material que va a utilizar durante el próximo mes.

Me crucé de brazos.

—La mayoría de la gente lo hubiera pedido con educación.

Chasqueó la lengua.

—Señorita Paquin —dijo casi como un ronroneo, sin molestarse en apartar los ojos de la hoja—, ¡cuántas notas adicionales y preguntas añadidas!

Sabía por su tono qué sección estaba mirando. Eché los hombros hacia atrás y me puse recta mientras él me repasaba el rostro con la mirada, con una sonrisa entre juguetona y maliciosa.

—Qué pícara. —Chasqueó la lengua tres veces más—. Estas preguntas son muy exhaustivas. ¿De verdad siente tanta curiosidad sobre mi vida sexual?

Me negué a avergonzarme.

Se suponía que ese proceso era para hacerlo sentir incómodo a

él, no al revés.

—La compatibilidad sexual es un factor importante que hay que tener en cuenta cuando se busca que cualquier relación romántica sea sana y larga.

—¿Ah, sí? —se mofó, dando un paso adelante.

Incluso con mis tacones de diez centímetros, tuve que echar la cabeza hacia atrás para no dejar de mirarlo a los ojos.

—Claro que sí. —Y claro que su equipo nos había devuelto esa sección de preguntas en particular vacía por completo, excepto por el sello en rojo que rezaba «no aplicable» en la primera página.

Aun a riesgo de repetirme: «Se les ha provisto de suficiente información como para encontrarme una pareja adecuada». Y un cuerno.

Mantuvo esa sonrisa burlona y astuta mientras me repasaba el rostro con la mirada.

—¿De verdad? ¿No cree que algunas de estas preguntas y estrategias son un poco demasiado intrusivas?

—Nuestros clientes saben a lo que se enfrentan cuando contratan nuestros servicios.

Sostuvo los papeles en el aire frente a mí.

—Y usted cree que es perfectamente apropiado hacerles estas preguntas.

—No todo el mundo tiene los mismos traumas respecto a la intimidad que usted.

Alzó las cejas y aproveché la oportunidad para quitarle las hojas de la mano.

—Vale, o sea, que además de vender una milonga emocional, también se aventura en el ámbito de la psicología, ¿no?

«Toma aire».

«Toma aire y cálmate».

—El amor no es una milonga emocional. —La hostia—. Solo porque no crea en algo no significa que no sea real. Al contrario de lo que pueda pensar, señor Sinclair, usted no es un dios.

Me senté de nuevo en la mesa y cogí el boli.

Debería haber vuelto a su lado del despacho y dejarme sola. Había una gran tensión entre los dos y nuestros egos buscaban pelea. Nada bueno podía salir si seguíamos con esa discusión, y los dos lo sabíamos. Pero, en lugar de retirarse, decidió seguir adelante.

—Aun así, tal y como me dijo, no lo ha vivido nunca. —Su tono era seco. Sarcástico.

No sabía cómo conseguía sacarme tanto de quicio. No debería haberme importado que creyera que era una estafadora o un fraude o cualquier otra cosa, joder. ¿Qué más me daba? ¿Qué tenía ese hombre que convertía la parte racional y calmada de mi cerebro en un volcán en erupción?

Por el lado bueno, a juzgar por el destello de rabia en sus ojos, la falta de control racional era algo mutuo. Yo lo sacaba de quicio tanto como él a mí.

—Lo he presenciado. —Se me clavaron las uñas en la palma cuando apreté el puño en torno al bolígrafo.

Resopló con desdén, como si le acabara de decir que había visto al Yeti. No quería dejarlo correr y señaló las hojas de mi mesa.

—Entonces ¿no tendría problema en responder alguna de estas preguntas? ¿Se sentiría cómoda compartiendo abiertamente información íntima con un extraño?

Me rechinaron los dientes y me esforcé por mantener un tono de voz normal cuando le respondí:

—Desde luego que hay parte del material que es delicado. Pero no, no tendría ningún problema en hablar de ello con detalle si fuera un cliente.

Vale, puede que eso hubiera sido un pequeño, pequeñísimo farol, y Jackson me miraba como si lo supiera.

Cómo no, entrecerró los ojos.

—¿De verdad?

—Sí. —No era como si pudiera dar marcha atrás ahora.

La sonrisa engreída que lucía me parecía cada vez más irónica.

—Entonces demuéstrelo.

—No. —Volví directa a la táctica de ignorarlo, con la esperanza de que me dejara en paz.

No hizo tal cosa. El metal arañó el suelo de madera cuando Jackson arrastró su silla hasta mi mesa, colocándola un poco demasiado cerca de la mía.

Fruncí el ceño.

—¿Qué está haciendo?

Sentarse, obvio. Tan cerca como para que su enorme rodilla me rozara el muslo.

Dio un par de golpecitos firmes con los nudillos sobre el cuestionario.

—De acuerdo. Hagámoslo.

—¿Hacer qué?

—La entrevista.

Me recliné en la silla y él hizo lo mismo en la suya. Por el amor de…

—La primera entrevista no es hasta el viernes.

Apenas habíamos llegado a la mitad del miércoles.

Madre mía, apenas habíamos llegado a la mitad del miércoles. De la semana uno.

—No hay nada malo en adelantar trabajo. —Estiró el brazo para dar la vuelta a la página y, joder, qué bien olía.

Reprimí el bufido de irritación que me subía por la garganta. Si

estaba haciendo aquello para provocarme, se iba a decepcionar muchísimo.

Era fría e impasible como un témpano de hielo.

Eso era el auténtico poder: no permitir que tu oponente viera tus verdaderos sentimientos. Hacerle pensar que, dijera lo que dijera o hiciera lo que hiciera, no provocaba ningún tipo de efecto en ti.

Sobre todo cuando tu oponente no estaba acostumbrado a que la gente no mostrara interés hacia él.

Enarcó una ceja cuando me quedé callada.

—A no ser que no se sienta tan cómoda con esto como quiere hacerme creer —me provocó—. Me puedo imaginar lo incómodo que tiene que ser hacerle a alguien estas preguntas y escuchar sus respuestas.

—Creo que lo superaré.

No me daba miedo hablar de sexo. Supuse que era con eso con lo que tenía planeado torturarme, dado que estaba marcando con el pulgar la página de «Gustos sexuales, fetiches y compatibilidad».

—Estupendo. —Lo decía con demasiado sarcasmo como para sonar sarcástico de verdad—. Entonces vayamos a ello, ¿vale?

—Las preguntas no están listas y preferiría que no…

Puso los ojos en blanco y tuve que recordarme a mí misma que los témpanos de hielo no tenían arrebatos de ira explosiva ni pensaban en obtener placer asesinando a alguien por estrangulamiento. Eso lo hacían los psicópatas.

—Vale, bien —dije con calma—. Supongo que no pasará nada si completamos ahora una o dos secciones.

Pero cuando traté de volver la página, me detuvo, clavando el dedo en la que él había elegido.

—Empecemos por aquí, ya que se ha esmerado tanto con esta sección.

La hoja estaba repleta de arriba abajo de apuntes en rojo, ninguno de los cuales se suponía que tenía que ver. Todo formaba parte de ese rollo de «voy a hacer que este proceso sea lo más doloroso posible para ti» que ambos nos traíamos.

Crucé las piernas, apreté el botón del bolígrafo y alcé una ceja con curiosidad profesional.

—Parece muy ansioso por comentar sus intereses sexuales conmigo, señor Sinclair. ¿Por algún motivo en particular?

—¿Esa pregunta está en la lista?

—Puedo improvisar.

Le brillaron un instante las pupilas, justo antes de que esbozara una sonrisa sarcástica.

—Es porque creo que es una mentirosa, señorita Paquin. No me creo que sea tan indiferente a todo esto como finge ser, y el hecho de que esté ganando tiempo solo es una muestra de ello.

Una vez más, no me podía creer que ese fuera el hombre por el que me había pasado ocho meses consolando corazones rotos. Era, probablemente, el ser humano más molesto de todo el planeta. De verdad que no entendía su atractivo.

Me tragué la pulla cargada de ira que tenía en la punta de la lengua y forcé otra sonrisa educada e impasible.

—Cuando al principio le facilitamos a su equipo una versión simplificada del cuestionario sobre este tema, se nos devolvió en blanco y con un sello de «no aplicable». Me sorprende que ahora tenga tantas ganas de hablarlo.

—Se le puso un sello de «no aplicable» porque no es aplicable —replicó.

—¿Y eso por qué?

—Porque no tengo previsto tener ningún tipo de relación sexual con mi mujer.

Casi se me cae el bolígrafo. Se me aflojaron los dedos por la conmoción inicial de su comentario. Parpadeé, preguntándome si lo había escuchado bien.

—Eh… ¿en absoluto? —pregunté despacio. Eso desde luego que no lo había mencionado su equipo.

—No, si puedo evitarlo. —Una sonrisita de satisfacción le rondaba los labios. Le encantaba haberme pillado por sorpresa—. Y desde luego no de alguna manera que requiera que nuestros gustos y fantasías sexuales sean compatibles. Tendremos que tener uno o dos herederos por lo del legado familiar, pero eso es todo. Y eso se puede conseguir por métodos menos tradicionales.

Tartamudeé un segundo mientras trataba de asimilar lo que me decía. Aprovechó la oportunidad para seguir hablando.

—Tengo previsto cubrir mis necesidades sexuales fuera del matrimonio —explicó, solo por si no había entendido lo que planteaba—. Con su conocimiento y consentimiento, por supuesto. Estoy seguro de que ella también tendrá sus propias aventuras.

¿Qué…?, un momento…, ¿qué?

—¿Y cree que ella estará de acuerdo con esto?

—Tendrá que firmarlo antes de la boda, así que sí —respondió sin más—. Mis abogados ya están preparando los documentos.

Entreabrí un poco la boca; tenía el ceño tan apretado que me iba a dar dolor de cabeza.

—Estoy… confundida. ¿Va a hacer que su futura mujer firme un montón de documentos aceptando sus aventuras extramatrimoniales?

—También se conoce como matrimonio abierto. Se la animará a que ella haga lo mismo.

Vale. Para mí eso sería toda una pesadilla, pero también lo sería estar casada con alguien que no cree en el amor. Solo pensar en ello

me provocaba un escalofrío.

Pero, bueno, mientras todas las partes fueran conscientes de la situación y fuera un acuerdo consensuado… Era solo que… no se nos había comentado nada de eso, y desde luego era algo muy relevante.

—Bien —dije, recuperándome despacio—. Entonces supongo que es cierto que no es aplicable. ¿Alguna otra cosa que deba saber sobre este acuerdo que están preparando sus abogados? Tenemos que asegurarnos de que todas las potenciales parejas que le presentemos estén de acuerdo con sus requisitos. —Por muy interminables que fueran.

—Le facilitaré una copia cuando terminen.

Genial. Perfecto. Salvo por una incómoda cosita llamada curiosidad que no dejaba de picarme.

—¿Podría darme un par de ejemplos? Solo para que nuestro equipo se pueda preparar con un poco de antelación.

Volvió a torcer el morro.

—Vuelve a ganar tiempo.

—Ya hemos decidido que no es un tema relevante —dije—. Podemos pasar a otra sección.

Algo relacionado con la intimidad emocional. Lo iba a odiar casi tanto como yo detesté la forma en la que soltó una risita irónica. Acabó con mi paciencia, con la poca que me quedaba.

—Vale —solté sin querer—. Supongo que no nos vendrá mal tener esa información. Por si acaba cambiando de opinión.

—Ya me imagino. —Otra vez el tonito burlón.

Iba a hacer que se arrepintiera de cada decisión que hubiera tomado para que llegáramos a ese punto.

De todas y cada una de ellas.

Volví a darle al botón del bolígrafo, dibujé algo en un pósit en

blanco y se lo pasé.

—Empecemos por lo básico, ¿de acuerdo? —dije con tranquilidad, imitando su tono de mofa—. Dígame, señor Sinclair, ¿dónde cree que podría encontrarse el clítoris?

13

«Sentido del humor del cliente: sin señales de mejora».

Jackson Sinclair me miraba como si fuera un *jedi* e hiciera lo imposible por asesinarme con la Fuerza. ¿Sabes lo que no estaba haciendo? Señalar el clítoris en mi perfecta y anatómicamente correcta ilustración.

«Habilidad del cliente para llevar a su pareja hasta el orgasmo: probablemente necesite trabajarla y…».

—De verdad que debería dejar de hacer eso —le dije cuando me quitó el boli de la mano—. La irascibilidad es toda una *red flag* en una pareja.

—El hecho de que se crea de algún modo cualificada para dar consejos a cualquier persona sobre cómo debe comportarse me deja atónito.

Enarqué las cejas.

—¿Disculpe?

—Completamente atónito.

Me cabreó muchísimo.

—Señor Sinclair, sin el debido respeto, el hecho de que siquiera una sola de sus potenciales parejas quisiera tener una segunda cita con usted me deja a mí completamente atónita. Es usted arisco, maleducado, mucho más que arrogante y el cliente más

desagradable y poco razonable con el que he tenido la mala suerte de trabajar.

Se acercó un poco más, encorvando esos enormes hombros al arrimarse a mí.

—¿Y eso le dice la sartén al cazo?

Pequeñas motas de rabia me tiñeron las mejillas. Me mordí el labio inferior para evitar soltarle otra serie de insultos muy poco profesionales. ¿Qué tenía ese hombre que me sacaba tanto de quicio? Estaba tan cabreada que me quemaba la piel por dentro.

Eso no era normal.

Bajó la mirada a mi boca, al punto donde mis dientes apretaban mi labio, y cuando volvió a levantarla, apenas se podía apreciar el aro de azul gélido que rodeaba sus pupilas.

—Tenga una cita conmigo.

Un momento.

Me solté el labio.

—¿Qué?

—Tenga una cita conmigo —repitió.

No podía hablar en serio.

—Ni de puta coña. —El picor se extendía, llegándome hasta el pecho, la garganta y las orejas.

—¿Por qué no?

Tenía todo el cuerpo o bien teñido de motas rojas, o bien con una picazón que ansiaba rascar. Tenía que estar vacilándome. Sin lugar a dudas.

—Jamie.

Se me aceleró el corazón antes de darme un vuelco. Su acento hacía algo… no del todo desagradable al decir mi nombre.

—No sabía que ya nos tuteábamos.

—Sal a cenar conmigo.

Tragué saliva y me negué a romper el contacto visual, aunque no tenía ni idea de qué coño me estaba pasando por dentro.

—Otro consejo de tu consultora: cuando alguien te rechaza, no deberías tomártelo como una invitación para seguir insistiendo.

—Ese es el quid de la cuestión —dijo—. Sé que no me hace falta una consultora de citas y tienes la idea equivocada de que sí. No se me ocurre una mejor forma de solucionarlo.

Ah.

No quería una cita conmigo, solo quería demostrarme que estaba equivocada y librarse de todo eso del asesoramiento. Sí. Vale. Tenía mucho más sentido.

—La respuesta sigue siendo no.

—¿Por qué? ¿Porque sabes que tengo razón?

—Porque lo último que quiero hacer es volver a cenar contigo. —Ya lo habíamos hablado.

Apretó la mandíbula.

—Te propongo una cosa, señorita Paquin. Me concedes la oportunidad de demostrarte que no necesito asesoramiento, y si después sigues creyendo lo contrario, seré todo lo dócil que quieras mientras me torturas con consejos no pedidos durante los próximos veintitantos días. Atenderé todo lo que me tengas que decir y dejaré de discutir contigo. Del todo.

Hummm.

Tentador.

—¿De verdad tienes tantas ganas de saltarte el asesoramiento?

—Sí.

—¿Por qué?

Enarcó una ceja.

—¿Te gustaría ir a una cita supervisada?

No. Me imagino que me daría bastante vergüenza.

Di unos golpecitos con el pie, planteándome su propuesta.

—Antes dime algo. ¿Por qué accediste a contratar a Charmed si estás tan en contra de la idea de tener pareja?

—No accedí.

—¿Qué significa eso? ¿Cómo es que estamos aquí si no accediste a ello?

—Chantaje.

No tenía claro si hablaba en serio.

—¿Tu tía te está chantajeando?

—Sí, desde luego —dijo con otra sonrisa apagada—. Y mucho.

—¿Con qué?

—Acciones de la empresa. Cuando mi padre falleció el año pasado, se convirtió en la accionista mayoritaria.

Ahí estaba. La zanahoria de oro que había estado utilizando contra él.

Ladeé la cabeza.

—¿Tu padre le dejó las acciones a tu tía?

Eso no encajaba con lo que sabía sobre él y su familia. Tenía la impresión de que a Jackson prácticamente lo habían criado para hacerse cargo de la empresa. Había asumido el puesto de CEO mucho antes de que su padre falleciera.

—No exactamente. —Inclinó la cabeza a un lado—. En teoría, se las dejó a su gato.

No por primera vez durante esa conversación, me quedé boquiabierta.

—Fue para dejar clara su opinión —dijo Jackson, respondiendo a la pregunta que no había hecho—. Al igual que a ti, señorita Paquin, a mi padre yo también le parecía…, ¿cómo lo expresaste? Ah, sí, «muy deficiente». —Sonrió, pero más bien pareció una mueca—. Los dos os hubieseis llevado de maravilla. Me desprecias casi tanto como

me despreciaba él.

Vaya.

Puede que fuera la situación más incómoda en la que me había encontrado.

Sentí vergüenza.

—Yo no… Nunca dije que fueras… —Ni siquiera pude terminar la frase.

Me ignoró y dejó el boli sobre la mesa.

—Mi primer acuerdo con Minerva era sencillo. Solo tenía que firmar con Charmed y asistir a todas las citas a ciegas que se me organizaran; el único requisito era que lo intentara. Su tarotista afirmaba que conocería a mi mujer a través de los servicios de la agencia. Si colaboraba durante un año las acciones serían mías, independientemente del resultado. —Apretó los dientes, haciendo una pausa—. Y entonces apareciste tú.

Tenía tantísimas preguntas…

—Y ahora…

—Ahora me tengo que casar.

Pero ¿por qué?

Jackson se levantó y se puso bien la corbata.

—Estate lista para las siete. Yo me ocupo de todo lo demás.

Se me encogió el estómago.

—Todavía no he aceptado nada. Tengo más preguntas…

—Que estaré encantado de responderte durante nuestra cita. —¿Seguía funcionando el aire acondicionado? Porque estaba empezando a hacer un calor insoportable allí—. Nos va a hacer falta algo de lo que hablar, ¿no? —insistió justo cuando abrí la boca para responder.

Puede que no le faltara razón. No era como si tuviéramos algo en común. Había grandes posibilidades de que hubiera largos

silencios incómodos, así que reservarme las preguntas quizá era una buena idea.

Me crucé de brazos cuando Jackson se volvió a sentar en su mesa. Me miró entre divertido y un poco molesto mientras esperaba a que yo empezara con otra ronda de objeciones.

—Si aceptara, ¿adónde iríamos?

—A cenar.

—¿Adónde?

—A un restaurante que yo elija.

—¿Esperas que alguien vaya a una primera cita contigo sin saber nada? Querrán saber la ubicación con antelación, aunque sea por motivos de seguridad.

—Esta no sería nuestra primera cita —dijo—. Sería la segunda.

En serio, de pronto hacía muchísimo calor allí dentro. Me sudaban las rodillas.

—Eso es un tecnicismo —dije.

Se encogió de hombros como si diera igual.

—Por lo menos, tengo que saber qué me pongo. ¿Cómo hay que ir vestido?

—Tampoco te preocupes por eso.

¿De qué estaba hablando? ¿Alguna vez había tratado con una mujer de carne y hueso?

—Esto ya está yendo fatal —lo avisé.

Se frotó el labio con el nudillo, casi como si tratara de ocultar una sonrisa incipiente.

—Sígueme el rollo, ¿vale? —dijo—. Es solo una noche.

—Te concederé una hora —decidí. Ese era el tiempo que había dedicado a todas sus citas, así que me parecía justo desde el punto de vista kármico.

Hizo un gesto con la boca.

—Claro. Empezaremos con eso. Pasaré a buscarte a las siete.

Se me volvió a acelerar el pulso, algo bastante extraño. No había motivo alguno para que ocurriera eso.

—Vale. Me pondré vaqueros.

Medio esperaba que eso lo provocara y me diera algún tipo de pista sobre el código de vestimenta, pero solo empeoró las cosas.

—Ponte lo que quieras —dijo con desdén—. En cualquier caso, no los vas a llevar puestos mucho tiempo.

Y si no hubiera vuelto a torcer la boca, indicando que estaba, de hecho, tratando de hacer una broma, le habría dicho que no de inmediato y lo habría mandado a la mierda.

14

Al final los vaqueros no me duraron puestos demasiado.

La caja llegó a las cinco y media clavadas, quince minutos después de que hubiéramos vuelto al ático. Me la entregó un sospechosamente sonriente Bensen.

—Un regalo —explicó, colocando el elegante paquete en el enorme tocador.

Antes de que pudiera pedirle más explicaciones, otras seis personas que formaban parte del personal entraron una a una en la habitación, cada una sujetando un gran recipiente redondo con un precioso arreglo de rosas.

—¿Qué… está pasando? —pregunté cuando los arreglos ya decoraban varias zonas de mi suite.

Tobigote gruñó cuando una de las empleadas se acercó demasiado al sillón que ocupaba y ella de inmediato se lo pensó mejor y utilizó la mesita auxiliar que había detrás. Chica lista.

Bensen se aclaró la garganta.

—Al señorito Sinclair le gustaría hacerle saber que está muy ilusionado con la cita de esta noche.

—Bueno, eh, no es una cita de verdad —expliqué enseguida por si hubiera la más mínima posibilidad de que no lo supiera.

—Por supuesto. —De verdad que le estaba costando lo de

contener la sonrisa. De hecho, parecía a punto de estallar en carcajadas.

Noté el calor en las mejillas, lo que solo consiguió que él controlara aún menos su (totalmente fuera de lugar e innecesaria) alegría.

—Entonces, ya la dejamos para que siga a lo suyo —terminó Bensen con una leve inclinación de cabeza—. Espero de todo corazón que disfrute de su cita no cita, señorita Paquin.

Vale, bien, no hacía falta que lo dijera así. Lograba que la parte falsa de toda la historia sonara a mentira. Lo que, desde luego, no era cierto.

No fue hasta que el resto del personal fue saliendo de la suite que me percaté de sus caras. Bensen no era el único que fracasaba estrepitosamente al tratar de disimular la gracia que le hacía. Una de las chicas más jóvenes me lanzó una miradita al pasar y oí el característico sonido de una risita amortiguada en cuanto se cerró la puerta tras ellos. Enseguida la hicieron callar.

Qué extraño.

Me pasé las palmas por los vaqueros mientras miraba los arreglos de rosas frunciendo el ceño.

Me parecía todo un exceso para una cita de evaluación. Que, de nuevo, eso era justo lo que era: una cena de una hora con un cliente insoportable, solo para que pudiera reafirmarme en lo que ya sabía: que le hacía falta asesoramiento. Así podría seguir con mi diabólico plan de vengarme de él de forma despiadada y al mismo tiempo mantener mi promesa a las hermanas Harrison.

Además, desde el punto de vista profesional, se solía recomendar trabajar con los datos más precisos posible. Sería de gran utilidad saber cómo se comportaba en una cita cuando no intentaba sabotearla a propósito.

Me acerqué hasta el regalo que Bensen había traído, con un extraño remolino de sensaciones en mi interior. La caja era bastante elegante, de un lujoso terciopelo negro y con una cinta color crema anudada con buen gusto a su alrededor. Debajo del enorme lazo había un sobre con mi nombre escrito con una delicada letra cursiva.

Lo cogí y se me aceleró el corazón con una extraña emoción.

Una noche Solo déjate llevar

Puse la tarjeta a un lado, quité con cuidado la tapa y solté un grito ahogado.

Un grito ahogado que se oyó perfectamente.

Doblado con cuidado debajo de capas de papel de seda había un vestido de color rosa pálido. Un vestido de noche, en realidad, algo que quedó claro cuando levanté con cuidado la tela y vi esa caída preciosa hasta el suelo. Era, sin la más mínima duda, la prenda más asombrosa que había visto en la vida real.

Resplandecía. Había diminutos cristales cosidos a la suave tela que relucían con delicadeza cada vez que les daba la luz.

Era algo mágico.

Tenía que admitirlo: Jackson Sinclair tenía un gusto fantástico para elegir asistentes de compras. ¿Cómo habían logrado encontrar algo así con tan poca antelación?

A propósito, tenía que afeitarme las piernas. Un lado del vestido tenía una raja (muy) larga que parecía que me iba a llegar hasta la parte más alta del muslo.

—¿Qué te parece, chiquitín? —Me volví hacia Tobigote sujetándome el vestido contra los hombros para que lo viera bien—. ¿Debería ponérmelo y aceptar lo que sea que el lunático del Hombre Malo haya planeado? Sacude la cola una vez para decir sí, dos para decir no.

El brillo había logrado captar la atención de esos enormes ojos y después de un par de segundos hipnotizado, sacudió la cola en el aire una vez. Y luego dos veces.

Tres veces.

—Esa no era una opción —lo regañé, colocando con cuidado el vestido en su caja antes de quitarme los pantalones.

Era solo una noche. ¿Qué podría pasar?



Estaba desfilando frente al espejo de cuerpo entero de la pared, admirando con alegría cómo esa tela fluida bailaba sobre mis pies, cuando llamaron a la puerta.

Llegaba justo a la hora acordada.

—¡Ya voy!

Ajusté con cierta torpeza los minúsculos tirantes del vestido y comprobé las horquillas que me sujetaban el recogido informal, pero solo eran los nervios. La última vez que había tenido una cita falsa con un cliente no había salido exactamente según el plan.

Me sequé las manos en la tela brillante y me incliné para comprobar que no me había manchado de pintalabios y que no me habían caído motas de máscara bajo los ojos. Me había decidido por un maquillaje en tonos rosas y neutros, salvo por la delicada raya negra que me cruzaba los párpados y elevaba el rabillo del ojo de forma seductora.

Ah, y puede que sí o puede que no me hubiera echado un poquito del perfume de emergencia que guardaba en el bolso. No por Jackson, como es obvio. Era todo por El Vestido.

El Vestido era pura magia.

Lo adoraba más de lo que había adorado a cualquier otra cosa

inanimada en toda mi vida. Si fuera mío, me abrazaría a él cada noche hasta quedarme dormida. Cada. Noche.

Fui dando saltitos hasta la puerta, con los niveles de serotonina al máximo cada vez que captaba un destello de mi reluciente persona en una superficie reflectante. La raja del vestido era supersexi, aunque lo habría sido aún más con el calzado adecuado. No había metido nada de gala en la maleta, así que tendría que conformarme con los zapatos de tacón del trabajo.

No le hacían al Vestido la justicia etérea que se merecía, pero eran mejor que unas zapatillas.

Me detuve un instante cuando fui a abrir la puerta y me di cuenta de que todavía me temblaban los dedos. Me aclaré la garganta y respiré hondo para tranquilizarme, ya que no quería que Jackson confundiera mi emoción por El Vestido con emoción por nuestra cita no cita.

No estaba emocionada por nuestra cita no cita. Como mucho, me daba cierto pavor. Porque, como ya he dicho, la última había sido una auténtica pesadilla.

Volví a tomar aire.

—Jamie.

Parpadeé. Su voz me llegó clara desde el otro lado de la puerta. No me extrañaba que me hubiera oído hablar con Tobigote el otro día.

—¿Qué?

—Puedo oírte.

Miré ese bloque de madera con los ojos entrecerrados.

—No he dicho nada.

—Estás respirando de una forma ruidosa.

—Estoy respirando con normalidad.

—¿Tan nerviosa estás?

Apreté los dedos con más fuerza en torno a la manilla plateada de la puerta.

—Claro que no.

—No pasa nada si te pongo nerviosa.

—No me pones nerviosa —insistí mientras esa sensación extraña me volvía a subir por el pecho. ¿Qué le pasaba? Sonaba diferente.

—¿Vas a abrir la puerta o vamos a seguir toda la cita así?

Muy muy diferente.

En su voz había cierto tono ligero y juguetón. Casi de tonteo. Lo que, combinado con el vestido y las rosas, solo podía significar una cosa: esa era otra batalla de nuestra guerra particular y Jackson había sacado la artillería. Ese bárbaro desalmado estaba siendo encantador a propósito.

Lo que, a ver, si estaba tratando de demostrar que no le hacía falta un consultor de citas, supongo que tenía todo el sentido del mundo. Pero aun así. No lo iba a dejar desarmarme con tanta facilidad.

—Jamie.

—¿Sí?

—¿Puedes abrir ya la puerta, por favor?

Estaba a punto. Volví a carraspear, giré la manilla y tiré de ella con calma.

—Eres muy impaciente…, ¿sabes? —«Oh. Vaya».

«Vaaale. Ostras».

Jackson Sinclair estaba de pie fuera de la suite con un esmoquin a medida.

Con pajarita.

Lo que, bueno, estaba bien. Yo estaba bien, la pajarita estaba bien, Jackson parecía estar bien. Era todo estupendo e iba todo justo según el plan.

Me obligué al momento a mirarlo a la cara, y decidí justo en ese instante y en ese lugar que durante la hora siguiente Jackson no iba a tener cuello. Descuellado. Como Nick Casi Descuellado o algo así.

Pero bueno, como ya he dicho, todo iba bien. Solo era una estúpida cinta, anudada como un estúpido lazo, que rodeaba su estúpido cuello. No había nada especial en todo aquello.

Esbozó despacio una sonrisita malvada cuando lo miré a los ojos.

—Te has puesto el vestido —dijo con un murmullo—. Creí que me iba a costar convencerte.

—Acepté seguirte el rollo durante una hora —dije, resistiéndome a mirar hacia abajo.

La sonrisa le llegó a la comisura de los ojos.

—Estás increíble.

Sí. La verdad es que sí. El Vestido ejercía toda su magia en mí.

—Gracias —respondí en voz baja, ignorando el rubor que me subía por el cuello. Era de un atractivo tan simétrico que era agotador. Ya estaba agotada—. Aunque no tenía los zapatos adecuados.

—Ah. Tal vez esto ayude. —Metió la mano en una bolsa oscura en la que no me había fijado y sacó una caja de color caramelo—. Tendría que haber llegado con el vestido —dijo mientras metía los dedos por debajo de la tapa—. Pero no sabía qué talla tenías, ya que no te dejaste los zapatos en el fondo de la piscina.

Entonces me guiñó un ojo. Como si todo el incidente de la piscina hubiera sido algo divertido, una anécdota privada entre amigos un poco atrevida de la que podíamos reírnos.

Me dio un pequeño vuelco el corazón, pero conseguí mantener la expresión lo más neutra posible. Eso hasta que destapó la caja.

Se me desencajaron todos los músculos de la cara de pronto. Unos zapatos de tacón de color *nude* con la puntera cuadrada

abierta, tiras para atarlos y la delatora suela roja. Eran perfectos. Literalmente perfectos para El Vestido.

—¿Cómo…? Eh… —Carraspeé. De nuevo—. ¿Cómo sabes que son de mi talla?

—Tengo mis métodos. —Lo miré con los ojos entrecerrados, pero antes de poder acusarlo de nada dijo—: Te aseguro que nadie ha entrado en la suite sin tu presencia o permiso desde que te mudaste. No se ha vulnerado tu privacidad.

—Entonces ¿cómo?

—Quizá deberías dejarlo pasar para que podamos continuar con la cita.

—No.

Apretó los labios. Luego, como si fuéramos amigos de toda la vida, me dio unos golpecitos en la frente con dos nudillos.

—Se supone que es un gesto romántico, Jamie. Permíteme un poco de misterio, ¿vale?

Lo miré con recelo y luego aparté el papel de seda y eché un vistazo a la plantilla.

—No son de mi talla.

No sabía si sentirme aliviada de que no hubiera sabido mi talla de zapatos (porque eso habría sido un poco raro) o decepcionada. Eran preciosos de verdad y habrían quedado estupendos con El Vestido.

Arqueó una ceja.

—¿Qué talla tienes?

—Un ocho.

—Vale.

Volvió a meter la caja en la bolsa, la dejó junto a la puerta y estiró la mano para coger… otra exactamente igual. Había siete bolsas idénticas alineadas contra la pared a mi izquierda.

Abrí la boca de par en par.

Jackson hizo un movimiento con el dedo como si estuviera rebobinando.

—Los últimos dos minutos no cuentan. Si esta fuera una segunda cita de verdad, ya sabría tu talla.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Porque tus zapatos estarían tirados en el suelo de mi dormitorio para el final de la primera.

Me ardieron las mejillas de golpe.

—Eso es presuntuoso y muy raro. ¿Por qué habrías mirado la talla?

Levantó la bolsa como si la respuesta fuera obvia.

—Para poder hacer regalos.

No sabía qué responder a eso. Me quedé sin palabras durante unos segundos, algo que pareció hacerle mucha gracia. Me repasó los rasgos con esos ojos pálidos, que ahora se le arrugaban por la sonrisa. Luego se inclinó un poco y dijo con un tono juguetón:

—¿Sigues pensando que soy predecible, Jamie?

Vale, su idioma del amor eran los regalos. Por lo menos en lo que respectaba a hacer él los regalos. No del todo impredecible, teniendo en cuenta lo que había observado sobre su relación con el dinero.

—No estoy segura de que quieras que te responda…

Me callé de golpe cuando sucedió.

Cuando Jackson Sinclair se arrodilló frente a mí.

—¿Qué decías? —Se burló con una sonrisita de suficiencia. El puñetero engreído.

—¿Qué cojones estás haciendo? —le dije entre dientes, mirando hacia abajo y dando dos pasos atrás mientras él sacaba de forma

metódica la caja de la bolsa y después los zapatos de la caja.

—¿A ti qué te parece?

No tenía ni puta idea. Se me había quedado el cerebro trabado al verlo (con sus estúpidos y fuertes hombros y su estúpida pajarita) de rodillas. ¿Había perdido la puta cabeza?

—Levántate —le pedí.

—¿No se supone que toda esta noche es para que veas cómo suelo actuar en las citas?

—Así no es como sueles actuar en las citas.

—Ah, sí —dijo con indiferencia—. Porque tú y yo nos conocemos tan bien que sabes eso.

—Creo que hubiera salido a relucir en al menos una de las conversaciones que mantuve con todas tus potenciales parejas después de cada cita si esto fuera algo normal en ti.

—No me interesaba ninguna de esas mujeres.

Se me aceleró el pulso.

—Jackson.

Le temblaron los dedos sobre las tiras de cuero cuando dije su nombre. Un segundo después, levantó la mirada con un destello desafiante en los ojos.

—Jamie.

Tragué saliva y se me enredó la lengua sin saber qué decir. De verdad que teníamos que volver a tratarnos de usted.

Sin decir una sola palabra, le quité los zapatos de las manos y entré en la suite. Me senté en la cama y me quité los del trabajo.

—Vamos a fijar un par de límites para esta noche —decidí. Debería haberlos propuesto antes de aceptar hacer eso, pero más valía tarde que nunca—. Lo principal de esta evaluación es tu actitud y conducta general, así que vamos a mantener el contacto físico al mínimo, ¿vale? —Me puse el zapato con tiras, apenas capaz de

apreciar su elegancia de lo acelerado que tenía el pulso—. Mejor todavía, vamos un paso más allá con una regla firme: nada de contacto físico.

Por el rabillo del ojo vi que inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿No te puedo tocar durante la cita? ¿Nada de nada?

—No hay ninguna necesidad. —Seguía con los ojos clavados en los pies—. Desde un punto de vista profesional…

—Por favor —me dijo interrumpiéndome, con un tono de desdén al que ya me había acostumbrado—. Cualquier rastro de profesionalidad se esfumó en cuanto me miraste impasible a los ojos y me dijiste que tenía la personalidad de un huevo duro. No tratas así a tus otros clientes y desde luego no les hablas así. De ser el caso, ya no tendrías trabajo. No estás aquí para ayudarme de verdad y ambos lo sabemos.

Estaba otra vez de pie, paseando por el cuarto mientras yo seguía atándome la fina tira de cuero que me envolvía la pantorrilla.

—No querías mi ayuda, ¿te acuerdas? ¿Y por qué ibas a quererla cuando crees que vendo una milonga emocional?

Suspiró.

—Vamos a rebobinar otra vez. Así no es…

Lo interrumpió un suave gruñido a su izquierda.

—Ni siquiera estoy cerca —se quejó Jackson, devolviendo la mirada asesina que le estaban lanzando.

—Miauuugrrrr.

—Permíteme recordarte, Gato, que esta es mi casa y que esa es mi silla.

—MiaUUUGRR.

Jackson dio dos pasos atrás deprisa.

—¿Es así con todos los hombres? —me preguntó—. ¿Cómo puedes llevar a nadie a casa?

—No con todos —dije—. Está obsesionado con Adrien. Con él se comporta como una zorrita mimosa, ¿a que sí, chiquitín?

Tobigote reaccionó al oír su nombre, moviendo las orejas con atención. Por más que lo intentáramos, Ria y yo no comprendíamos qué es lo que tenía Adrien Cloutier que tanto le gustaba a Tobigote. Pero cada vez, cada puñetera vez, que ese hombre entraba en la habitación, era como si Ria y yo no existiéramos. Era como hierba gatera andante.

También era muy alérgico y tenía que tomar pastillas antes de cada visita, lo que solo hacía que todo fuera aún más adorable.

—¿Quién es Adrien?

Me puse de pie para probar los zapatos. Eran mucho más cómodos de lo que había esperado y taaan bonitos. Les dediqué una sonrisa, sintiendo la tentación de volver a desfilar.

Cuando levanté la mirada, Jackson me observaba con una expresión de curiosidad extraña. Se me desvaneció la sonrisa.

—¿Qué?

—Te gustan.

Parpadeé.

—¿El qué? ¿Los zapatos?

Asintió.

—Por supuesto. Son preciosos.

—¿Y el vestido?

—Probablemente sea lo más bonito que me he puesto en la vida. —Abrí hacia un lado la parte de abajo, contemplando cómo brillaba con el movimiento. Me volví a quedar embelesada—. Aunque no sé si a todo el mundo le parecería bien que un tío le mandara ropa para que se la pusiera en la primera cita, así que tal vez debas tenerlo en cuenta.

Hubo un largo silencio. Y luego:

—¿Y qué hay de ti?

Levanté de nuevo la mirada hacia él, descolocada por la curiosidad en su tono. ¿Por qué no hacía más que preguntarme si me gustaban cosas? ¿Qué más daba?

Me encogí de hombros.

—No creo que me lo pareciera, para ser sincera. Pero la mayoría de los hombres no tienen a los mejores estilistas y asistentes de compras a su servicio, así que… Creo que depende tanto de la ropa como de la persona. En cualquier caso, lo añadiré a tu expediente. Es útil saber que te gusta regalar y estoy segura de que…

—No me gusta. Por norma general.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—No me suele gustar hacer regalos. Depende, como has dicho, de la persona.

Hice una pequeña pausa, asimilándolo.

—De acuerdo. Porque el objetivo de esta noche es ver cómo te sueles comportar habitualmente —le recordé por enésima vez—. Es eso lo que voy a evaluar.

Una chispa de algo le cruzó el rostro, casi como una reacción involuntaria a una broma privada.

—Ah, vale. Sí. Entonces, bien, no dudes en añadirlo a tus observaciones.

Lo miré con evidente recelo y torció la boca como si le pareciera divertido. Entonces me tendió la mano.

—¿Nos vamos?

—Ya te he dicho que deberíamos evitar todo contacto físico en nuestra… eh, durante la evaluación.

—Eso has dicho. —No apartó la mano.

Se me aceleró el pulso cuando cruzamos la mirada. Sentí una

sensación ligera y como de aleteo en el estómago y antes de que pudiera analizarla se acercó, aún con la mano tendida y con los ojos clavados en los míos.

Cuando llegó hasta mí, enarcó una ceja a modo de sutil desafío.

«Una noche».

«Solo déjate llevar».

Tragué saliva y dejé la mente en blanco mientras movía la mano despacio, con timidez, hasta que deslicé los dedos por su palma abierta.

Se le ablandó la mirada de forma visible y se le derritió ese azul glacial cuando su enorme mano envolvió la mía. Entonces sonrió y me removió algo que tenía en lo más hondo del pecho.

—Buena chica —murmuró, tan bajo que casi ni lo oigo. No lo hubiera hecho de no haber estado tan cerca el uno del otro.

Pero lo oí.

Desde luego que lo oí.

Y desde luego no me disgustó.

Ay ay ay.

15

Algo no encajaba.

No con Jackson; sabía muy bien lo que pasaba con él. Estaba siendo todo lo amable y encantador que podía soportar ser porque de verdad que necesitaba librarse como fuera de que lo asesorara alguien a quien no respetaba y que no le caía bien.

Lo que no comprendía era mi reacción a esa falsa personalidad que había adoptado esa noche. Sabía que era mentira, era del todo consciente de que volvería a ser un imbécil insufrible en cuanto terminara la evaluación, y aun así…

Para decirlo sin rodeos, estaba experimentando un hormigueo alarmante por todo el cuerpo.

La sensación nacía en el punto en el que los cálidos y, para mi sorpresa, suaves dedos de Jackson se entrelazaban con los míos y me subía despacio por el brazo, me cruzaba el pecho y llegaba hasta la punta de los dedos de los pies.

Casi como una reacción alérgica.

Eso explicaba el hormigueo, el sutil rubor en mi piel cuando me rozó los nudillos con el pulgar y el hecho de que estaba a punto de sufrir urticaria. Pero justo cuando pensé en retirar la mano de la suya, oí ese ruido.

Habíamos tomado el ascensor hasta la azotea y Jackson me guio

hacia la puerta doble, donde esperaba Bensen con una sonrisa enigmática y un par de auriculares enormes.

«Tienes que estar de broma».

Cuanto más caminábamos, más alto se oía el taca-taca-taca-taca. Me detuve en seco, mirando a Jackson con la boca abierta. Él fingía tanta indiferencia como podía, pero una sonrisita de satisfacción le tiraba de la comisura de la boca muy a su pesar.

—¿Pasa algo? —me preguntó en ese tono. Ese tonito que me indicaba que sabía muy bien lo que estaba pensando.

Pero no iba a darle esa satisfacción.

—Nop.

Jackson me soltó la mano y un escalofrío desagradable me serpenteó por el brazo, protestando contra la súbita falta de calidez. Nunca hubiera dicho que el desdén se pudiera manifestar de una forma tan tangible. Pero, por otro lado, no había mucha gente que me desagradara tanto, así que todo aquello era nuevo para mí.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Jackson cogió unos auriculares.

—Ya lo verás.

Bensen estaba, una vez más, fracasando estrepitosamente a la hora de ocultar lo divertido que le parecía todo aquello. ¿No se suponía que los mayordomos eran, no sé, algo así como maestros del estoicismo profesional? ¿No era su rollo?

—Preferiría que me lo dijeras ahora.

En vez de eso, Jackson me colocó los auriculares en la cabeza sumiendo el mundo en un silencio inquietante. Así que así de lejos podía llegar la tecnología de cancelación de ruido, supuse. No oía nada. No hasta que encendió su micrófono.

—¿Me oyes?

Al parecer, también era muy alérgica a su voz.

Oír su voz desnuda a través de los cascos fue como si me cayera miel caliente por encima y me dejó sin respiración durante un instante.

Se dio cuenta.

El calor me cubrió las mejillas al tiempo que se le desvanecía la sonrisa y esos ojos glaciales se derretían a una velocidad alarmante. O puede que me lo estuviera imaginando todo. Me pasaba de vez en cuando.

Jackson apartó la mirada de mí, parpadeando, y carraspeó, haciendo señas a Bensen.

—Vamos. —Me volvió a ofrecer la mano—. Si no salimos ya nos lo vamos a perder.

Vacilé. ¿Por qué no me decía sin más adónde íbamos? ¿Y por qué nos hacía falta un helicóptero para llegar hasta allí?

Soltó un risita nerviosa, casi de frustración, que… la verdad, me pareció un poco erótica a través de los cascos. Tenía una voz grave exquisita. La odiaba.

—Solo vamos a un restaurante. Te juro que no te estoy secuestrando. —En cuanto abrí la boca para preguntar, dijo—: Me has dado una hora. No voy a perder el tiempo en un atasco. Por eso no vamos en coche.

Vale. De acuerdo. En eso tenía razón: el tráfico vespertino en el centro de Toronto era una auténtica pesadilla.

Arrugó la frente al ver que seguía sin darle la mano.

—¿De verdad confías tan poco en mí?

—Sí.

Hubo un momento de silencio y luego sonrió. Una sonrisa de oreja a oreja, como si fuera una noticia excelente. Para sorpresa de nadie, descubrí que también era alérgica a su felicidad. Se me aceleró el pulso cuando arrugó el rabillo de los ojos de pura

alegría.

—¿Quieres saber un secreto? —Seguía sin bajar la mano.

—Solo si es relevante para ayudarme a encontrarte una pareja adecuada. —De lo contrario, tenía muy poco interés en saber nada de él.

Juro que le brillaron los ojos cuando me miró, sonriendo con más intensidad aún.

—En cierto modo me gusta cuando eres cruel conmigo.

Enarqué las cejas casi hasta el cogote.

—¿Disculpa?

Bensen le puso una mano en el hombro y le hizo una señal que no entendí.

—Vale, tenemos que irnos.

Esta vez, no se me concedió la opción de vacilar. Deslizó los dedos entre los míos y me hizo cruzar con delicadeza la puerta doble.

Abrí la boca cuando salimos a la azotea. El helicóptero era mucho más grande de lo que esperaba. Muy negro, muy elegante y muy grande. ¿Eran así de grandes todos los helicópteros? Nunca había visto uno tan de cerca.

La risita dulce de Jackson retumbó por mis cascos y reparé en que estaba boquiabierta. La cerré de golpe y así me quedé… hasta que entramos.

«La hostia».

La cabina parecía sacada directamente de un avión privado pequeño. Tampoco había estado nunca en uno de esos, pero había visto fotos. Era muy amplio. Y lujoso. El espacio estaba totalmente cerrado y un tabique de color champán nos aislaba de los pilotos.

Hablando de champán, en la mesa había una botella esperándonos.

Jackson me metió dentro mientras seguía mirándolo todo asombrada. ¿Era algo habitual lo de los viajes de lujo en helicóptero? Porque nunca lo hubiera imaginado antes de eso.

Me hundí en el mullido asiento junto a la ventanilla, conteniendo la sonrisa lo mejor que podía. No funcionó. Estaba demasiado emocionada. No por la cita, perdón, por la evaluación, como es obvio, sino por el trayecto en helicóptero. Tenía que admitirlo: era bastante guay. Una experiencia única en la vida, eso seguro. Después de esa noche, lo más probable es que no volviera a montar en uno de esos trastos jamás.

Jackson se sentó a mi lado, aunque había un sitio buenísimo junto a la ventanilla justo al otro lado de la mesa.

—¿Es una sonrisa eso que veo, señorita Paquin?

—No, en realidad es una mueca.

Se rio entre dientes y luego se inclinó para colocarme el cinturón sobre el regazo y abrocharlo en su sitio.

Un par de cosas más que añadir a mi lista de graves alergias que no dejaba de aumentar:

La colonia que usaba.

Que obligara a mi cuerpo a estar cerca del suyo.

Su pajarita (con la que en absoluto estaba obsesionada).

Que me abrochara el cinturón de seguridad.

Era muy muy alérgica a Jackson Sinclair cuando era cortés. Incluso aunque fuera una falsa cortesía y estuviera motivada por razones ocultas no tan secretas.

Los síntomas solo empeoraron de manera significativa por el hecho de que seguía (sin necesidad alguna, debo añadir) cogiéndome de la mano. ¿Por qué seguía cogiéndome de la mano?

Pero antes de que pudiera liberarla, levantó las manos entrelazadas y me llevó los dedos hasta una pequeña marca circular

que había en el lado izquierdo de mis auriculares.

—Si aprietas el botón, activarás la función de intercomunicador y podrás hablar directamente con la tripulación. —Volvió a moverme el dedo—. Este es en el que estás ahora. Solo tú y yo. Nadie más puede oír lo que decimos. Si en algún momento me quieres silenciar, solo tienes que presionar este…

No perdí el tiempo. Se cortó la voz de golpe y sonreí.

Jackson se mordió el labio y por fin me soltó para poder reactivar su micrófono.

—¿Crees que este es un comportamiento adecuado para una segunda cita, señorita Paquin? ¿Debería tomar notas?

Encogí un hombro.

—Si he aceptado una segunda cita con alguien es razonable suponer que tiene bastante sentido del humor.

—¿Es eso lo que…?

Lo interrumpió un repentino bip, justo antes de que nos llegara la voz de la piloto a través de los auriculares para hacer un breve resumen informativo antes del vuelo.

Aunque apenas la escuché. Me subió el estómago hasta la garganta cuando empezamos a ascender y en un instante comprendí por qué Jackson había insistido en que nos diéramos prisa. La puesta de sol.

Joder. De acuerdo. Un diez a la parte de la evaluación que correspondía a la previa de la cena. Toda la escena era romántica hasta decir basta; estaba absolutamente impresionada por las vistas.

Cuando por fin conseguí apartar la mirada de los suaves naranjas y rosas que teñían el cielo, lo descubrí observándome con una sonrisita triunfante dibujada en esa arrogante boca. No solo eso, también había abierto la botella de champán y había dos delicadas copas llenas del burbujeante líquido dorado esperándonos en la

mesa.

Todo muy fluido. Casi demasiado.

Jackson cogió su copa, la inclinó hacia mí y… eh… había un montón de luz dorada del atardecer bañando la cabina y, por desgracia, combinaba demasiado bien con todo él.

No fue hasta que su sonrisita triunfante se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja que me di cuenta de que me había quedado mirándolo.

—¿Te gusta lo que ves? —bromeó mientras yo cogía mi copa.

—No seas creído, señor Sinclair —repliqué con rapidez, brindando con el borde de mi copa en la suya—. No cumples con ninguno de los criterios que busco en una pareja. Incluido el aspecto.

No pude evitar que cierta amargura se colara en mi tono en esa última parte. Sus criterios habían convertido mi vida en un infierno durante ocho meses. Y todavía no lo había superado.

Me acomodé en el asiento y volví a centrarme en el cielo pintado mientras me bebía el champán. Era agradable. Mucho mejor que cruzar las congestionadas calles de Toronto en coche. Le había salido bien la estrategia.

—Entiendo. —Y luego—: ¿Qué es lo que no te atrae exactamente de mi apariencia física?

Dicho con toda sinceridad por un hombre que era demasiado atractivo como para haber sufrido una sana cantidad de rechazos en la vida.

—Mis gustos no son relevantes para la evaluación ni para el trabajo que he venido a hacer aquí —dije.

—¿Entonces solo te gustan las mujeres?

Tuve que morderme los carrillos para evitar soltar una carcajada. Imagínate el nivel de seguridad en ti mismo que tienes que tener

para llegar de forma automática a esa conclusión en vez de tan solo aceptar que pueda haber alguien a quien no le atraigas.

¿Era «seguridad en sí mismo» la palabra adecuada?

—Como te he dicho, mis gustos no importan. Solo los tuyos.

Arrugó el ceño mientras daba un sorbo a la bebida.

—¿Y qué hay de Adrien? ¿Él cumple con tu lista de cualidades físicas preferidas?

Me tocó a mí fruncir el ceño. Eso no lo había visto venir.

—Adrien —repitió, malinterpretando mi gesto confundido—. El que le cae bien a Gato.

—Se llama Tobigote.

—No, estoy convencido de que dijiste que era Adrien.

Entorné los ojos.

—Y yo estoy convencida de que dijiste que no tenías sentido del humor.

—Eso es correcto —dijo impasible—. No me hace falta. Tengo un montón de dinero.

A punto estuvo de pillarme con esa. Casi me eché a reír. Pero no quería darle esa satisfacción, así que me tragué la carcajada con un largo sorbo de burbujas doradas.

Tendría que añadirlo después a su expediente, lo del sentido del humor sutil. A algunas personas les iba eso.

«A ti te va eso».

Por suerte, antes de poder entrar en una discusión en bucle conmigo misma, empezamos a descender despacio. Me arrimé a la ventana, tratando de ver dónde aterrizábamos.

Otra azotea, a juzgar por lo que veía.

No lo entendía. El vuelo en helicóptero había sido una pasada, pero Jackson sabía muy bien que la evaluación era sobre su comportamiento y costumbres. Con tan poco tiempo a su

disposición, hubiera hecho mejor en elegir su apartamento para tener la cita. Sobre todo sabiendo que solo íbamos a cenar.

No lo entendía… hasta que lo entendí.

Hasta que tomamos el ascensor y bajamos a la planta veintiséis y vi qué, o más bien quién, había planeado.

Me paré en seco cuando asimilé la situación, abriendo la boca de par en par. Miré a Jackson boquiabierta con los ojos como platos, sin llegar a creérmelo del todo.

—No puede ser —solté mientras su sonrisa era cada vez más triunfante—. No. Puede. Ser.

Había ganado.

El cabronazo había arrasado y yo estaba demasiado impresionada y emocionada como para enfadarme por ello.

16

Mi insana obsesión rayana en la locura por la séptima temporada de *Guerra de chefs - Edición internacional* había empezado hacía justo cuatro años y medio, y todo por culpa de Ria.

Llevaba ya tres días con un espantoso virus estomacal que me había dejado para el arrastre, reduciéndome a un bulto de vómito y sudor frío tirado en el sofá que contemplaba cómo Ria perdía el tiempo con el móvil cuando sucedió. Le dio a un vídeo de Otro Programa Más de Cocina (en serio, ¿no había ya demasiados?) en el que se servía una pata de pulpo cruda que todavía se retorcía.

En circunstancias normales, habría sentido curiosidad. Pero esas no eran circunstancias normales. Estaba a merced de un virus microscópico que consideraba que una pata de pulpo cruda que se retorcía era tan apetitosa como un queso mohoso con olor a pies.

Apenas pude llegar al baño a tiempo.

Entonces ¿por qué fue eso, de todas las experiencias posibles, lo que generó una obsesión enfermiza con esa temporada concreta de un programa de televisión que no me podría haber importado menos hasta ese momento en particular?

Por él.

Daniel Omori.

Segundos antes de que me saliera hasta el alma del estómago

vacío, había atisbado, por un instante, el hoyuelo más sexi que jamás hubiera adornado barbilla alguna, justo bajo la sonrisa juvenil más adorable que había visto en la vida.

No me pude resistir. La romántica incurable que había en mí tomó las riendas y, en cuanto pudo soportarlo mi estómago, me vi del tirón toda la temporada.

Tres veces. En el transcurso de cuatro semanas.

Era el participante más joven de aquel año, el que llevaba las de perder en cuanto a formación y experiencia, y aun así, logró ganar. Ah, y su mejor amiga y el amor de su vida era Maple, una golden retriever ciega de tres patas.

A ver…, ¿cómo no iba a enamorarme sin remedio de él?

Hasta ese mismo momento, la foto viral de él celebrando su victoria con Maple en brazos era mi fondo de pantalla del ordenador, lo que… si es así como se había enterado Jackson, también tenía que añadir «con una sorprendente capacidad de observación» a su perfil, porque era de ser muy observador haberse fijado en eso.

Sonreí a Jackson, ya pasando de controlar la expresión de mis emociones.

—¿Cómo…? Pero… ¿cómo?

Estábamos en el plató del programa, tal cual. O, lo más probable, en una recreación perfecta de él. Estaba todo: las estaciones de cocina, la mesa del jurado, la imagen de marca del programa. La única diferencia real era la enorme plancha *teppanyaki* al fondo, los dos servicios de mesa y un altísimo y muy real Daniel Omori cortando algo detrás de la barra.

Estaba aquí.

No en Tokio, dirigiendo su famosísimo restaurante.

Estaba aquí. En Toronto.

Respirando el mismo aire que yo.

Se me salía el corazón por la garganta.

Jackson hinchó el pecho, orgulloso, cuando vio mi reacción. Se irguió un poco más.

—¿Qué te parece? Mucho mejor que haya sido sorpresa, ¿no?

Sí. Claro. Desde luego. Era, sin lugar a dudas, la cosa más genial que me había pasado en la vida.

—¿Solo estamos nosotros? —pregunté en voz baja, desviando la mirada hacia los antebrazos tatuados de Daniel. Se había hecho muchos más desde la emisión del programa. Me moría de ganas de preguntarle por ellos.

—Sí. Lo tenemos para nosotros toda la noche. O, en tu caso, otros treinta y ocho minutos, ya que insistes en que nuestra cita no dure más de una hora.

Sabía que me estaba vacilando, pero no me importaba. Estaba a escasos segundos de conocer al famoso que era mi amor platónico y, por un azar del destino, llevaba un vestido que me hacía parecer una auténtica princesa. No podría ser más perfecto.

Ignorando el vacile de Jackson, me pasé las manos por la parte delantera del vestido y me ajusté los estrechos tirantes, echando miraditas nerviosas hacia la plancha *teppanyaki*. Sentí la tentación de salir corriendo al baño para comprobar cómo tenía el maquillaje y asegurarme de que no tenía nada entre los dientes.

Pero luego volví a mirar a Jackson y me lo encontré observándome con menos arrogancia y un velo de inseguridad en su gesto.

—¿Qué? —pregunté.

Vaciló un instante.

—Te gusta el programa, ¿no?

—Sí. Claro. —El programa. El hoyuelo de la barbilla y los bíceps tatuados de Daniel. Lo mismo daba—. ¿Vamos?

Me agarró del brazo haciendo que me detuviera.

—Y tienes una foto de ese tío en el ordenador… porque ganó. Y es un chef de *sushi* famoso… y te gusta el *sushi*. Eso es todo.

Parpadeé, confundida por su tono. ¿Por qué parecía que trataba de convencerse a sí mismo del razonamiento que había seguido para elegir mi fondo de pantalla?

—Eh, claro. Sip. ¿Podemos ir ya? —Lancé otra miradita de deseo hacia Daniel, agotando la poca calma que quedaba en mí.

Y. Madre. Mía.

Levantó la mirada al mismo tiempo que yo y me sonrió. Fue increíble. Increíble como para ponerme el corazón a mil. Le devolví la sonrisa, saludando con la mano…

—¡Ey! —Mi sonrisa se desvaneció cuando Jackson tiró de mi brazo, arrastrándome hacia el mismo camino por el que habíamos llegado—. ¿Adónde vamos?

—Nos marchamos —soltó, presionando con fuerza el botón del ascensor.

Hundí los hombros con todo el peso de la decepción. Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué? ¿Por qué? Acabamos de llegar.

Se ajustó la pajarita y me fijé en el tic de su mandíbula.

—Un error de cálculo.

¿Qué? Eché un vistazo al móvil.

—No, qué va. Todavía nos queda más de media hora, como has dicho.

Por mucho que lo intentara, no lograba descifrar el gesto que me gané con esa respuesta. Jackson me sostuvo la mirada mientras las puertas del ascensor se abrían… y se cerraban de nuevo. Otra vez la alergia.

Y el hormigueo.

Aparté el brazo de su mano.

—Vale. —Me rendí, pasando de nuevo las palmas de las manos por el vestido—. ¿Adónde te gustaría ir entonces?

No respondió al momento. Y luego:

—No lo tengo claro todavía.

¿Iba en serio?

—¿Qué hay de malo en este sitio? —pregunté—. Es evidente que te has tomado muchas molestias para conseguirlo. No ha tenido que ser fácil hacer que Daniel Omori estuviera aquí con tan poca antelación.

Yo había accedido a lo de la evaluación hacía menos de ocho horas. Daniel era un chef famoso que vivía en la otra punta del mundo. Lograr todo esto me parecía mucho más que imposible.

—¿Cómo narices has conseguido que llegue aquí a tiempo? —pregunté. ¿No tardaba el vuelo desde Japón como unas catorce horas o algo así?—. ¿Cómo lo has convencido?

—Dinero —dijo Jackson sin más—. La mayoría están dispuestos a hacer cualquier cosa si les ofreces lo suficiente. Y viene de Nueva York, no es para tanto.

Eso tenía todavía menos sentido. ¿Por qué trataba de quitarle importancia?

Me crucé de brazos.

—Así que te has gastado toda esa pasta en un chef famoso ¿y ahora quieres que nos marchemos sin ni siquiera llegar a probar la comida? —Algo no me cuadraba. ¿Qué era lo que no sabía?

Apretó los labios.

—Como te he dicho, un error de cálculo.

Y como estaba claro que no hablaba del tiempo, no tenía ni idea de…

—Hola, ¿estáis listos para cenar?

A juzgar por cómo giramos la cabeza de golpe, Jackson tampoco había oído a Daniel acercarse con sigilo a nosotros. Se me aceleró el pulso y se me quedó la boca seca mientras trataba de recordar qué era adecuado hacer cuando saludabas a alguien a quien acababas de conocer.

Porque, ¡madre mía!, ese acento. Era todavía más australiano y adorable en persona.

La sonrisa amable de Daniel se acentuó cuando vio mi mirada de fascinación, y ese precioso hoyuelo de la barbilla se hizo aún más profundo. Le devolví la sonrisa, intentando recuperar la conexión entre el cerebro y la boca mientras le tendía la mano.

—¡Hola! —¿Eso había sido mi voz? No sonaba como mi voz. Era unos cuatro tonos más aguda de lo que recordaba—. ¿Soy Jamie?

Nop.

Se suponía que era una afirmación. No una pregunta.

—Danny —dijo con modestia. Como si no fuera el puñetero Daniel Omori, la sensación en internet y en mi corazón. Como si el hoyuelo de su barbilla no tuviera su propia cuenta fan en Instagram con medio millón de seguidores.

—Es un placer conocerte, Danny. —De verdad que lo era. De verdad, de verdad…

Respiré hondo y se me borró la sonrisa cuando una enorme mano se deslizó con delicadeza por la parte inferior de mi espalda. No fue el gesto lo que me hizo quedarme sin aliento (aunque me había sorprendido bastante), fue la corriente eléctrica que me recorrió la columna como respuesta a ese gesto en apariencia posesivo.

Jackson separó los dedos sobre la fina tela de mi vestido, cubriendo una zona de una amplitud extraordinaria que me hizo quedarme en blanco.

Hasta tal punto que no me enteré de lo que fuera que se dijera después. Escuché las palabras, pero no las registré por la enorme cantidad de electricidad que sentí por todo el cuerpo, activada por la suave caricia del pulgar de Jackson.

¿Qué narices había sido aquello?

Pestañeé, tratando de aclarar la mente mientras Daniel hacía otra pregunta de la que tampoco me enteré.

No, en serio, pero ¿qué cojones?

¿Qué le pasaba a mi cuerpo? Notaba el sonrojo, el corazón acelerado de nuevo, y antes incluso de saber lo que estaba haciendo, presioné el hombro contra el ancho pecho de Jackson, inclinándome para apoyarme en él.

Se puso tenso cuando ocurrió, pero en cuanto fui a corregir la postura, deslizó la mano por mi cintura y me apretó contra él.

Ah, mmmmvaaale. Ese hombre era tan blando como el mármol ¿y esa electricidad de la que hablaba antes? Ahora estaba por todas partes. Me calaba hasta la piel.

Antes de que pudiera intentar, de nuevo sin éxito, poner distancia entre nuestros cuerpos, Daniel se dio la vuelta con una sonrisa amable y se puso a andar.

¿Adónde iba? ¿Nos íbamos a marchar?

La palma de Jackson me presionó un poco la cadera antes de poder preguntar y mi cuerpo siguió por instinto esa orden silenciosa, caminando despacio junto a él. Me senté en un taburete curvo mientras Daniel se colocaba detrás de la barra. Estaba pasando. Estaba pasando de verdad.

A ver, parte de mi emoción inicial se había mitigado en cierto modo, pero eso era lo que cabía esperar. Lo que no cabía esperar era que Jackson enganchara los dedos bajo el borde de mi taburete y me acercara casi medio metro a él con un solo movimiento.

—¿Qué estás haciendo? —susurré mientras le fruncía el ceño.

Ni siquiera estaba bien sentado. Tenía el cuerpo vuelto hacia mí, con las piernas abiertas con descaro para acomodar mi taburete, que de hecho estaba encajado entre sus rodillas.

—Tú eres la experta en relaciones —dijo—. ¿Qué crees que estoy haciendo?

En primer lugar:

—Yo busco parejas compatibles, no soy experta en relaciones. —Y en segundo lugar—: Si lo supiera, no te lo habría preguntado.

En tercer lugar: esos ojos eran, eh, hasta más llamativos de cerca. Tenían por lo menos cinco matices diferentes de azul invernal, superpuestos como finas esquirlas de hielo luchando por el dominio…

«Disculpa, ¿de qué cojones estás hablando? ¿Esquirlas de hielo? ¿Luchando por el dominio? ¿Estás bien?».

No. No estaba bien. Sabía lo que era estar bien y no era eso. Respirar era mucho más fácil cuando estaba bien.

—Te daré una pista —murmuró Jackson en tono sombrío. Sus pupilas se habían comido el color que las rodeaba cuando se inclinó para susurrarme al oído—: No me gusta compartir, Jamie.

La electricidad me había llegado al cerebro. No era capaz de razonar.

—Soy un hombre egoísta, muy egoísta. —Me rozó sin querer con la nariz el lóbulo de la oreja y di un respingo.

—Me aseguraré de añadirlo a tu perfil. —Se me quebró la voz.

Jackson se volvió a inclinar con una sonrisa enigmática en los labios.

—Come.

Pestañeé hacia los dos pequeños platos gemelos frente a nosotros. Los mismos que hacía un segundo estaban vacíos.

¿Cuándo había Daniel…? La leche. Me había olvidado de Daniel.

Volví a parpadear, meneando un poco la cabeza. ¿Cómo había sido eso posible? ¿Qué narices llevaba el champán?

Cogí una pequeña pieza de… no podía recordar el nombre.

—*Uni* —dijo Daniel, leyendo la duda en mi rostro. Estaba preparando una pequeña cantidad de arroz con la mano para el próximo plato.

—Está delicioso. —Apenas pude sentir el sabor.

No era el *uni*, era yo. Daniel siguió colocando varios platos elaborados con maestría frente a nosotros, explicándonos cada uno con todo detalle. Hasta entonces ya habíamos tomado unos cuantos y ni a punta de pistola hubiera sido capaz de recordar uno solo.

¿Quieres saber por qué?

Porque la rodilla de Jackson rozaba la mía por debajo de la barra, y tenía la mano colocada de forma posesiva en el respaldo de mi silla, y seguía llevando pajarita. Pero al menos ya no me susurraba cosas al oído…

Me quedé paralizada cuando me sonó la alarma, indicando que nuestra hora se había terminado. Cogí con torpeza el móvil y traté de pararlo tres veces antes de que mi inestable pulgar lograra pulsar el botón.

—Lo siento mucho —le dije a Daniel mientras me ponía roja de vergüenza.

Se quedó impasible. Después de haber estado recibiendo durante casi treinta minutos halagos poco entusiastas y distraídos sobre sus platos famosos en todo el mundo, se había sobresaltado con la alarma y por eso se le había caído una lata de caviar de la mano. Acabó bocabajo en la plancha, chisporroteando y echada a perder.

—No pasa nada.

A juzgar por el tono, sí que pasaba. No me podía creer que hubiera sido tan maleducada o que no se me hubiera ocurrido apagar la estúpida alarma antes.

Me aclaré la garganta y le ofrecí una sonrisa educada mientras él abría con cuidado la tapa de una nueva lata dorada.

—Lo lamento muchísimo —insistí—. Ha sido una grosería por mi parte. Estaba tan nerviosa y emocionada por conocerte que se me olvidó apagarla antes de sentarnos.

Jackson me presionó la rodilla con la suya. Crucé las piernas, rompiendo el contacto de forma eficaz.

Daniel me devolvió la sonrisa. Una pequeña.

—¿Ah, sí?

—No te haces una idea. —Me incliné y apoyé los antebrazos en la barra, prestándole toda mi atención. Cuando Daniel se puso un poco más recto, me obligué a sonreír más.

—¿Te gusta el programa? —preguntó.

—Se podría decir así. Mi favorita es la séptima temporada. ¿Te acuerdas del episodio en el que te llevaron a Maple por primera vez?

Le brillaron los ojos cuando asintió. Estaba funcionando.

Jackson me apretó la rodilla contra el muslo mientras se inclinaba hacia delante. Lo ignoré. Podría volver a tener toda mi atención al cabo de un minuto. Antes tenía que solucionar aquello.

—Puede que sea mi momento favorito de la televisión de todos los tiempos —dije. Fue tan tierno. Habían llevado a los familiares de los concursantes para que les dieran apoyo moral en el décimo episodio de la temporada, pero como la abuela de Daniel, la única familia que le quedaba, era demasiado mayor para cruzar medio mundo, le llevaron a Maple en su lugar. La golden retriever ciega de tres patas había entrado en el plató con cierto nerviosismo al principio… hasta que Daniel, asombrado, la llamó por su nombre

medio segundo antes de ponerse de rodillas y desplomarse sobre su pelo mientras ella no dejaba de gimotear de pura emoción.

Ah, y en el collar llevaba una carta de la abuela de Daniel, de su puño y letra.

No había nadie que no se hubiera echado a llorar allí mismo. En cualquier sitio. En cualquier lugar del mundo, lo más seguro.

A Ria y a mí se nos fue de las manos. De tanto y tan fuerte que habíamos llorado, habíamos tenido que rebobinar el vídeo tres veces para poder escuchar bien cómo leía la carta en alto.

—En mi lista de cosas que hacer una vez en la vida está comer en tu restaurante de Tokio —le dije, alentada por su reacción.

Se rio entre dientes, deslizando dos platos idénticos de *sashimi* frente a nosotros.

—*Sashimi* de toro con caviar de beluga.

En esa ocasión me obligué a prestar atención a los sabores y… sí, vale.

—Está increíble, de verdad.

—Es el caviar favorito de Maple. —Ahora era todo sonrisas.

Además, me encantaba cómo decía «caviar». Ese acento hacía que la palabra sonara exquisita.

—¿El caviar favorito de Maple?

Negó con la cabeza.

—Ahora está muy mimada. La última vez que intenté darle pienso seco ni lo tocó.

Solté una risita.

—Qué mona.

Jackson carraspeó con toda la intención, y cuando estaba a punto de introducirlo en nuestra conversación, Daniel nos señaló y preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Ah, no, no estamos juntos.

Lo dije, y luego me arrepentí de haberlo dicho. No porque no fuera verdad, sino porque no lo podría haber soltado más rápido.

Daniel nos miró primero a uno y luego al otro, despacio, con una sonrisa que mostraba confusión.

—Quiero decir que… esto no es… —Hice un gesto señalándonos a Jackson y a mí mientras trataba de dar con las palabras adecuadas —. Es, eh, soy su consultora de citas.

Eso sí que me arrepentí de decirlo.

No podía ver la cara de Jackson desde ese ángulo, pero la oscura nube de descontento que se formaba a su alrededor hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—¿Eres su consultora de citas? —Daniel soltó una carcajada incrédula y divertida—. ¿Qué significa eso?

—Eh, es hummm… es largo y aburrido de explicar. Parece más emocionante de lo que es.

—Lo dudo —dijo—. *Sashimi* de langosta con mantequilla de trufa.

Me percaté de que Jackson no había tocado los dos últimos platos. Tampoco parecía que tuviera intención de probar ese.

—Dime una cosa, ¿cuánto se parece a la película de Will Smith? —preguntó Daniel.

—*Hitch, especialista en ligues* —le recordé con una risita educada—. No mucho. En realidad trabajo para Charmed Elite. Es una agencia de…

Me callé cuando le mudó el gesto.

—No puede ser. —Se cruzó de brazos y se le iluminaron esos ojos marrones—. Uno de mis inversores conoció a su mujer por vosotros. Lleva un tiempo animándome a que me apunte. —Y luego añadió—: ¿No tendrás una tarjeta?

Eh. Sí. Sí que tenía.

Pero vacilé cuando sentí algo desagradable en las tripas.

En teoría, no era una cita de verdad. E incluso aunque lo fuera… no era como si Daniel me estuviera pidiendo los datos de contacto por motivos personales. Pedir a alguien su tarjeta porque estás interesado en sus servicios profesionales no es lo mismo que pedirle su número.

Así que no pasaba nada. Seguíamos dentro de unos límites respetables.

—No llevo ninguna. Lo siento.

Bajo la barra, la rodilla de Jackson me rozó el muslo con delicadeza. Un agradecimiento.

Me ruboricé un poco sin motivo alguno. Se me había ido la pinza.

—Bueno, entonces quédate con la mía. —Después de secarse las manos, Daniel sacó deprisa una elegante tarjeta blanca de su bolsillo trasero y la puso delante de mí.

Así, sin más, tenía el contacto directo de Daniel Omori mirándome, listo para poder utilizarlo. Ria se iba a morir cuando se lo contara.

—Llámame, ¿vale? Podemos citarnos en mi restaurante si quieres, y así lo tachas de tu lista. Janice me dijo que estáis dispuestos a volar adonde sea, ¿no?

Adonde sea. Cuando sea.

Estaba todo cubierto por la elevada cuota de inscripción que abonaban los miembros.

Cogí la tarjeta.

—Claro. Durante las próximas semanas estoy con un caso a tiempo completo, pero puedo ponerte en contacto con…

Me quedé callada cuando negó con la cabeza.

—No tengo prisa.

Vale, pero yo tampoco tenía previsto quedarme en Charmed una vez que se terminara el Inmersivo. Aunque, en ese momento, dar más excusas haría que la situación fuera incómoda y parecería que intentaba evitar que un cliente potencial contratara nuestros servicios, algo que en realidad no debería hacer.

Así que metí la tarjeta en la funda de mi móvil con una sonrisa y dije:

—Genial. Ya te llamaré.

Y cambiando de tema, Jackson no dijo una sola palabra más durante el resto de la cena.

17

Podría decirse que el trayecto de vuelta en helicóptero fue hasta más impresionante que el primero, con ese cielo oscuro y las luces de la ciudad. Por desgracia, también fue silencioso a más no poder.

Ninguno dijo nada durante todo el viaje. En lo que respecta a Jackson, lo más probable es que fuera porque la evaluación se había terminado y ya no tenía motivos para hablar conmigo.

En cuanto a mí, fue más… Bueno, en realidad no lo sabía. Me sentía rara.

En un momento dado del vuelo, la mano de Jackson rozó sin querer la mía en el reposabrazos, ¿y sabes lo que ocurrió? Se me cortó el aliento, se me encogió el estómago y se me retorció el dedo meñique como si quisiera que lo hiciera otra vez. Apenas me había tocado.

Después de eso, me pareció ver que se ponía recto de una forma que indicaba que estaba a punto de decir algo, pero por lo visto cambió de opinión. Y cuando aterrizamos, ya no podía aguantar más esa tensión. Era más que asfixiante.

—Podemos hablar de los resultados de tu evaluación mañana —dije en un tono que esperaba que sonara tranquilo y profesional en cuanto entramos al ático—. Gracias por la cena. Que descanses.

Y esa noche tenía una sintonía tan extraña con él que pude

sentir su mirada en mi espalda cuando me iba, casi como una leve caricia.

Tras entrar en mi suite, cerré con un portazo más fuerte de lo que había pretendido, haciendo que Tobigote se incorporara, vigilante.

—Lo siento —mascullé mientras me desataba la tira de los zapatos.

Bostezó antes de darse la vuelta en la cama, mirándome con expectación. Me exigía que le frotara la tripa para aceptar mi disculpa.

Solté una suave carcajada mientras desaparecía parte de la tensión que cargaba sobre los hombros.

—Dame un minuto, tengo que quitarme esto…

«Pero ¿qué narices pasa?».

Tiré de la cremallera con más fuerza, sintiendo que el brazo retorcido gemía por la tensión y la presión añadidas. La cremallera no cedía.

—Mierda. —Sacudí el brazo antes de volverlo a intentar otra vez. Y otra.

En el cuarto intento, cuando tenía los músculos en tensión y apretaba los dientes, por fin noté que cedía… para romperse del todo.

«Joder, tiene que ser una broma».

¿Cómo podía tener tan mala suerte con los vestidos caros? No podían ser todos así. Tenía que ser yo.

—Vale, necesito una estrategia —le dije a Tobigote, tratando de no entrar en pánico por lo de la cremallera rota.

A ver, era una cremallera. ¿Cuánto podía costar cambiarla?

Contuve ese nuevo ataque de ansiedad que me decía que me endeudaría por un diminuto trocito de metal, me bajé los tirantes del

vestido e intenté quitármelo. Se me quedó la tela atascada a la altura de las caderas, negándose a bajar más.

Así que lo intenté al revés, remangando con cuidado el vestido antes de tratar de sacármelo por la cabeza. Y podría haber funcionado si no hubiera cometido un minúsculo error garrafal. Me había olvidado de los zapatos de tacón. Los tenía junto a los pies, pero en lugar de apartarlos a un lado los había dejado allí mismo.

En medio.

Así que cuando distraída di un paso mientras luchaba con el vestido, cómo no, pisé uno.

Y, cómo no, me torcí el tobillo.

Y, cómo no, me tropecé hacia atrás, cayendo con todo el peso de mi cuerpo sobre el tocador que había tras de mí hasta que rayó todo el suelo de madera.

Y, cómo no, hice todo eso sin poder ver nada de nada porque la mitad del vestido seguía enrollando en mi cara.

El siniestro y escandaloso crac fue mi única advertencia, seguido de dos segundos de completo silencio, que fue suficiente para darme una falsa sensación de seguridad.

Empecé a bajar los brazos, justo antes de que algo duro y muy pesado se estrellara contra mi cabeza y se hiciera añicos.

18

«Ay».

Pestañeé contra la tela rosa cuando sentí una punzada de dolor en la coronilla. Bajé los brazos con cuidado, tirando del vestido para poder ver…

Bam. Bam. Bam.

—¿Jamie?

Dos cosas. Una, ese ruido de algo haciéndose añicos había sido el espejo del tocador. El muy grande y ahora muy roto espejo, convertido en millones de trocitos diminutos. Dos, Jackson llamó con tanta fuerza a la puerta que me pegó un susto de muerte.

Se iba a cabrear muchísimo.

—¿Sí? —dije con voz trémula, buscando a Tobigote por toda la habitación. Ya no estaba en la cama.

—¿Estás bien? ¿Qué ha sido ese ruido?

Me mordí el labio, valorando los daños. Había cristales por todas partes. Por todo mi cuerpo, en el suelo, rodeando mis pies descalzos.

—Jamie.

No sabría decir si de verdad parecía asustado o si yo le estaba atribuyendo emociones como si fuera algún tipo de mecanismo de defensa. En ese momento era mejor que estuviera asustado que

cabreado.

—Eh… estoy bien.

Una pausa.

—No parece que estés bien.

—Ah.

Eso fue todo. Eso fue todo lo que se me ocurrió responder.

—¿Puedo pasar?

—Espera, déjame… —¿Qué? ¿Cómo se supone que iba a limpiar todo eso sin ayuda? No es que pudiera caminar descalza por encima de todos esos cristales para ir a por lo necesario para limpiarlos.

Además, tampoco sabía dónde se guardaban las escobas en esa casa, pero seguro que no era en mi suite. En cualquier caso, iba a ver todo el desastre.

—Vale —dije por fin—. Entra.

La manilla ya se estaba girando antes incluso de que le acabara de dar permiso con la voz entrecortada. Jackson entró en la habitación decidido y se quedó paralizado al verme.

—Eh, de verdad que tienes que dejar de merodear por mi suite como un acosador, bicho raro.

Jackson estaba evaluando toda la situación, mirándome a mí y luego al suelo.

—Tienes cristales por el cuerpo —dijo sin inmutarse. Era una afirmación. No había ningún tipo de emoción tras esa frase.

—Ah, ya, es porque se me ha caído el espejo en la cabeza.

Le brillaron los ojos y se le tensaron los hombros.

—Creo que puede que tu casa esté tratando de asesinarme —dije con un susurro.

Pero no sonrió. No tenía sentido del humor.

Carraspeé despacio.

—Ya sabes, porque primero todo lo de la piscina y ahora esto —

expliqué—. O puede que el universo trate de decirnos que dejemos de tener citas. A ver, ya sé que no crees en todo ese rollo, pero ¿cómo lo explicas si no?

Dos citas de mentira que casi acaban en muerte de verdad.

Parecía que Jackson no me estaba escuchando. Solo se acercó despacio, con el cristal crujiendo bajo sus elegantes zapatos negros.

—¿Estás bien? —me preguntó con amabilidad cuando llegó hasta mí.

—No me podía quitar el vestido. He roto la cremallera al intentarlo. Te lo pagaré, desde luego, pero igual tenemos que acordar un plan de pago si está hecho de colmillos de mamut o algo así. En cualquier caso, acabaré devolviéndotelo…

—Jamie. —Me puso los nudillos con delicadeza debajo de la barbilla y me levantó la cabeza para poder verme bien—. ¿Estás. Bien?

Para mi sorpresa, se me formó un nudo de emoción inesperada en la garganta. No parecía capaz de deshacerlo.

—Eso creo. No estoy sangrando ni nada…

De ser así, me habría dado cuenta.

Jackson asintió, pero no bajó la mano.

—Te voy a levantar, ¿vale?

Me lo pensé, aunque no había mucho en lo que pensar. No podía moverme.

—Vale —acepté después de deliberarlo demasiado sin ninguna necesidad—. Pero ¿antes puedes ver dónde está Tobigote? Puede que esté debajo de la cama o escondido en el baño o algo así. No he visto por dónde se ha escapado.

Por cómo arrugó el entrecejo entendí que estaba a punto de replicarme, así que negué con la cabeza.

—Él primero.

—Estás siendo irracional. Déjame al menos…

Volví a negar con la cabeza.

—Tengo que asegurarme de que no está herido. Hay cristales en la cama.

Jackson apretó los labios con evidente descontento.

—De acuerdo —dijo, pero sin parecer demasiado feliz al respecto.

Más cristales crujiendo bajo sus pies mientras se acercaba a la cama y echaba un vistazo debajo. Luego en el baño. Y por último, en el vestidor.

—Hola otra vez, Gato.

Estiré el cuello.

—¿Está bien?

Jackson ladeó la cabeza.

—Físicamente sí. Pero parece bastante rabioso. Está sacando los colmillos y todo.

Ya. Claro.

—No entres. Solo… cierra la puerta despacio para que no salga hasta que limpie todo esto. —Seguro que estaba demasiado asustado como para salir de ahí en breve, pero por si las moscas.

Jackson me lanzó una mirada, frunciendo el ceño y con un gesto de confusión.

—¿Qué? —pregunté. ¿Qué había dicho?

Cerró la puerta del vestidor y se acercó de nuevo a mí, que solo podía estar ahí esperando como una inútil.

—¿Se te ha metido algo por dentro del vestido?

Una fantástica pregunta. Palpé sobre el vestido en busca de bordes afilados o pinchazos incómodos.

—Creo que no.

Entonces, con un solo movimiento fluido, me cogió en brazos

como si fuera más ligera que una pluma.

Puede que soltara un gritito ahogado.

Puede que también me pusiera un poquito roja cuando el gritito captó su atención. Durante un segundo, nuestras miradas se encontraron.

Tal vez dos segundos.

Tres.

—Me puedes dejar cerca de la puerta —dije—. Y si me dices dónde están las escobas te lo agradecería.

Me volvió a mirar confundido y con la frente arrugada, así que decidí aclarárselo.

—Tobigote se pone nervioso con la aspiradora. Será mejor utilizar la escoba hasta que se calme. Y oye, ¿no se te cansan los brazos?

Yo ya estaría agotada.

Aunque en realidad, Jackson estaba muy… mazado.

—¿Gato estará bien si lo dejamos solo un ratito? —preguntó, aún mirándome a través de esas pestañas tan tupidas.

—Sí, no va a querer salir de ahí en un buen rato, supongo.

—Bien. —Me sacó de la habitación.

—Un momento, ¿adónde vamos?

—A buscarte una escoba —respondió con indiferencia.

—Puedo ir andando.

—Ni siquiera sabes dónde está.

Torcí el gesto.

—Eso no te lo puedo discutir.

Resultó que el armario de las escobas estaba en la segunda planta del ático. Solo que no era el armario de las escobas.

Miré a Jackson con la mayor indiferencia y frialdad que pude expresar cuando me dejó en el sofá… de lo que solo podía ser su

cuarto.

—Quieta —me ordenó.

Me puse de pie en cuanto entró en el baño de la habitación. No sé lo que tenía pensado hacer, pero seguro que me arrepentía si no me escapaba a hurtadillas mientras tuviera la posibilidad.

Por desgracia, ni siquiera llegué a las escaleras.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —pregunté cuando, de nuevo, me volvió a coger en brazos—. Capacidad de seguir instrucciones sencillas: muy deficiente.

Lo miré con los ojos entornados.

—No puedes ir por ahí levantando a mujeres en brazos sin pedir antes permiso.

—Nadie se ha quejado hasta ahora.

—No sé si ya te he dicho esto, pero te juro que a veces no eres más que una enorme *red flag* andante.

Se le movió la garganta al reírse entre dientes. Ay, la pajarita.

—Deberías añadirlo a mi expediente —dijo.

Me volvió a dejar sobre el sofá de piel oscura otra vez. Pero en esta ocasión, Jackson se sentó a mi lado, invadiendo mi espacio personal.

—¿De verdad tenemos que estar tan cerca?

—¿En qué parte de la cabeza te has dado? —preguntó, inclinándose un poco más. Su aroma flotaba por todas partes y se me impregnaba en la piel.

—Justo… aquí. —Me palpé la cabeza hasta que encontré el golpe. Ya estaba empezando a salirme un bulto y había unos cuantos cristales enredados entre mis rizos, pero por lo menos no sangraba.

—¿Te duele?

Dejé los dedos quietos.

—¿Por qué? —¿Qué es lo que quería?

Torció la boca en una media sonrisa.

—De verdad que no confías nada en mí.

Ni un poquito.

—Ya hemos pasado por esto.

—Y no te impresiono. Lo más mínimo.

Fruncí el ceño mientras me volvía a pasar los dedos por el chichón. Me dolía cuando lo tocaba. Entonces, ¿por qué seguía tocándolo?

—¿Te escuchas cuando dices cosas así? —pregunté—. En serio, ¿sabes lo arrogante que pareces?

Esa media sonrisa se intensificó.

—Y eso tampoco te gusta. La arrogancia.

Dejé caer la mano. ¿Por qué actuaba de forma tan rara?

—¿Forma parte esto de lo de «hacerme la vida imposible»? —¿O seguía intentando desarmarme?

Soltó una risita y luego estiró el brazo para retirarme un trocito de cristal del pelo.

—¿Y qué tal crees que ha ido nuestra cita? —preguntó, pasando totalmente de mi pregunta.

Me encogí de hombros, un poco distraída por todas las extrañas sensaciones que me anidaban en el pecho mientras él sacaba otra esquirla, que colocó con cuidado en la mesita auxiliar que había a su izquierda.

—Tendrás que esperar a mañana para los resultados de la evaluación. —Jugueteé con la falda del vestido mientras Jackson seguía quitándome con delicadeza trocitos de cristal de mi moño medio deshecho—. ¿Tú cómo crees que ha ido?

No lo preguntaba por mí, como es obvio. No importaba lo que pensara de mí como cita. Pero era un cliente, y la opinión de un

cliente era, eh, importante.

«Claro, porque has sido taaan profesional durante todo este proceso Inmersivo. Y te has esforzado taaanto por saber su opinión».

Tuve que contenerme para que no se me notara la vergüenza. Puede que hubiera una pequeña posibilidad de que parte de mi comportamiento estuviera empezando a pasarme factura.

Jackson me miró a los ojos y torció el gesto en una sonrisita irónica.

—Como te he dicho antes, he cometido un error de cálculo.

—De verdad que no sé a lo que te refieres con eso.

Esos labios… Vale, ¿sabes qué?, de verdad que tenía que dejar de prestar tanta atención a esa boca antes de que las cosas se pusieran incómodas.

—Me refiero, señorita Paquin, a que no estoy lo que se dice acostumbrado a competir por la atención de mi cita. —Otro trocito de espejo en la mesa—. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudieras estar más interesada en conversar con Damien que conmigo. No hasta que llegamos allí, al menos.

—Se llama Daniel. —Se me estaba empezando a secar la garganta.

Otro tic en los labios. Los estaba mirando demasiado. Era muy poco apropiado.

—Vale.

Se topó con los dedos con una de las horquillas que me sujetaban el recogido, se quedó parado un instante y luego tiró. Un pequeño mechón de rizos cayó suelto sobre mi hombro. Vi cómo su mirada seguía el movimiento con la mano paralizada en el aire.

Me moví en el sofá, sintiendo un extraño calor de golpe.

—Si no estás contento con el grado de participación que hemos

tenido durante la evaluación, lo tendré en cuenta.

No es que me hiciera falta. Había aprobado de sobra.

—O… —Soltó otro montón de rizos y juro que vi un brillo fugaz en sus pupilas—. Podríamos volverlo a intentar.

Parpadeé.

—¿Quieres hacer otra evaluación?

De nuevo ese gesto en la boca.

—Una tercera cita, sí.

Se me aceleró el pulso. «Evaluación» era un término más correcto; no tenía por qué seguir diciendo «cita».

No eran citas. Charmed tenía una política muy estricta de tolerancia cero respecto a las citas con los clientes. Suponían un grave conflicto de intereses.

—Algo un poco más íntimo esta vez —siguió diciendo Jackson—. Para que podamos hablar de verdad. Así, tendrás datos más precisos con los que trabajar.

Soltó la última horquilla. Toda la melena cayó suelta.

Entreabrió los labios y entrecerró los ojos un poco. Me levanté, cohibida, con ganas de alisarla y ahuecarla para ponerla bien, pero me cogió de la muñeca antes de que pudiera tocar ni un solo rizo. No me agarraba con fuerza o violencia, pero desde luego que era un gesto… autoritario.

—Déjame que te quite todos los trocitos de cristal antes. No quiero que te cortes.

—¿Desde cuándo te importa si me hago daño?

Lo más probable es que pudiera sentir en la muñeca lo acelerado que tenía el pulso. Tal vez por eso fruncía el ceño.

—Soy un imbécil, no un monstruo. —Lo dijo con suavidad, sin un ápice de veneno en la voz. Luego me puso la mano en el regazo y volvió a concentrarse en la tarea que estaba haciendo.

Jackson Sinclair me estaba pasando los dedos con delicadeza por el pelo para que no me cortara con un trocito de cristal. ¿Qué estaba pasando? La cita se había terminado. No tenía ninguna necesidad de continuar con la farsa.

—Jamie —dijo, y yo volví a clavar los ojos sin querer en su boca —, tómate una copa conmigo mañana por la noche. Después del trabajo.

El nivel de oxígeno de la habitación se había reducido de manera considerable desde que habíamos entrado en ella.

—¿No deberías esperar hasta tener los resultados? Si apruebas, no tiene sentido hacer otra evaluación.

Chasqueó la lengua.

—Apenas hemos hablado. Los resultados estarán basados en datos incompletos y no querrás que pase eso, ¿no?

—Ya, pero ya he tenido dos citas falsas contigo hasta ahora y en ambas he terminado con lo que podrían llamarse daños físicos. Sin lugar a dudas el universo trata de decirnos algo y me dan ganas de hacerle caso.

Se rio entre dientes de nuevo.

—De acuerdo, pues digamos que esta es una cita real. Ya sabes, para así poder apaciguar al poderoso universo.

Entrecerré los ojos.

—Te estás riendo de mí.

—Ni se me ocurriría, señorita Paquin. Creo firmemente que el cosmos está conspirando para que no tengamos más citas falsas y está expresando sus quejas por medio de espantosos intentos de asesinato. Creo que eso tiene toda la lógica del mundo y por eso digo que deberíamos tener una cita de verdad, a ver si así le gusta más.

Me crucé de brazos.

—Si no te conociera, pensaría que quieres tener una cita conmigo.

—Menuda tontería. —Seguía pasándome los dedos por el pelo, aunque ya no sacaba más cristales—. Solo quiero asegurarme de que tienes todos los datos necesarios para hacer tu trabajo.

—Tú no quieres que haga mi trabajo —señalé—. Es más, durante los últimos nueve meses has hecho todo lo posible para dificultarme al máximo hacer mi trabajo.

—Otro error de cálculo.

¿Y eso qué significaba?

—¿Qué tiene que ver un error de cálculo con que no hayas hecho nuestros test de personalidad?

Suspiró.

—¿Qué te parecería si alguien te estuviera chantajeando para que participaras en citas a ciegas? ¿Le facilitarías las cosas?

Apreté los dientes. Ahí tenía razón.

—No trataba de complicarte la vida. Solo estaba… —Se quedó callado, frotándose la mandíbula con la mano—. Te pido perdón por mi comportamiento de aquella noche, pero solo quiero que sepas que tenía mis motivos. Y estoy dispuesto a asumir parte de la responsabilidad por haberte complicado la vida laboral, pero tu jefa también tiene la culpa. Yo no te obligué a trabajar todas esas horas extra, Jamie.

De nuevo, tenía razón.

Arrastré los dientes por el labio superior, reflexionando.

—Yo también lo siento —dije por fin. Era lo justo—. Estaba… quemada y frustrada, y creo que te he culpado un poco más de lo que te merecías.

Asintió.

—Te lo agradezco.

Míranos, siendo maduros y civilizados.

—Bien. —Y no sé por qué motivo, me acordé justo en ese momento de lo que me había pedido Molly.

«Le vendría muy bien un amigo. Alguien de su edad. Alguien a quien no tenga a sueldo».

Así, que tras un largo y denso silencio, durante el que cruzamos las miradas en otra competición que nos dejó sin aliento, dije:

—Oye, ¿te gustaría… tal vez quisieras que rebajáramos un poco, eh, esta hostilidad que nos traemos y quizá… podríamos intentar ser amigos o algo así?

Ese era el nivel de elocuencia al que podía llegar para expresar una idea que tenía muchas posibilidades de ser rechazada al momento.

Como era de esperar, observé un pequeño gesto de sorpresa en la ceja de Jackson.

—Quieres ser mi «amiga».

No entendí el énfasis que puso en esa palabra ni por qué entrecerró los ojos al decirla, pero dije:

—No sé. ¿Por qué no?

No respondió. No era una buena señal.

—A ver, para ser sincera, esto de odiarnos ya está empezando a cansar, ¿no crees? —Al parecer, no tenía una personalidad del todo adecuada para la venganza. Estar en una guerra emocional con otro ser humano era agotador.

No estaba segura de si iba a ser capaz de hacerlo durante todo un mes.

—Y entonces, te gustaría que fuéramos… «amigos».

Quedaba claro que le parecía una idea terrible.

—Bueno, tal vez podríamos empezar por ser un poco más civilizados.

En ese momento ya tenía los ojos tan entornados que parecían cuchillas.

—¿Te ha animado Molly a hacer esto?

Tiré de la cabeza hacia atrás.

—¿Qué? No. Claro que no. ¿Por qué ibas a… pensar que…?

Lo sabía. Me miraba como si lo supiera con certeza.

—Tal vez… —admití con un suspiro.

Jackson se apretó el puente de la nariz, indignado. Aunque también parecía como si estuviera tratando de contener una sonrisa. Antes de que pudiera echarme atrás, me lancé de lleno.

—No pasa nada, a nadie le sorprende que no tengas amigos.

Soltó una risita por lo bajo, pero seguía con los ojos cerrados.

—Joder, ¿qué voy a hacer con esas dos?

Sonreí.

—Se preocupan mucho por ti. La verdad es que es muy tierno.

Cuando por fin dejó caer la mano y abrió los ojos, relucían.

—Tengo amigos, Jamie —afirmó, con un leve rubor en las mejillas.

—Claro que sí, colega.

—De verdad —insistió.

Sonreí con más ganas, elevando las mejillas.

—Entonces ¿eso significa que no quieres ser amigo mío?

Me estudió durante un instante.

—¿Qué implicaría exactamente?

Enarqué una ceja, pero antes de que se me ocurriera una respuesta ingeniosa, dijo:

—Te he mentido. No tengo amigos. Vas a tener que guiarme durante todo el proceso.

Se me escapó una risita antes de poder evitarlo. «Mierda». A Jackson se le marcaron las arrugas de los ojos mientras

contemplaba cómo me reía.

—Creo que puedo hacer eso —dije por fin—. Ya soy tu consultora de citas, así que ¿por qué no?

—Entonces supongo que tenemos un trato.

El corazón se me puso a dar saltitos ante la idea de ser amiga de Jackson Sinclair. Era excesivo.

—Genial.

Carraspeó un poco y se puso derecho, con las palmas sobre las rodillas.

—Entonces ¿ahora qué? ¿Quieres que pasemos el rato o…?

—Sí, claro. Pero lo primero es lo primero —dije—. Como amigo, necesito de forma oficial que cumplas lo que has dicho antes y me quites la ropa.

Se puso recto. Parpadeó.

—Lo digo en serio —dije—. Estoy atrapada.

19

Jackson juró entre dientes mientras agarraba con fuerza la tela y tiraba de ella para intentar, sin éxito, bajar la cremallera rota.

—Te lo he dicho —dije—. Estoy atrapada de verdad.

Me soltó.

—Lo voy a cortar.

—¿Qué? ¡Nooo!

Bordeó la mesa de la esquina de su cuarto y cogió un par de tijeras del primer cajón.

—Date la vuelta.

Crucé los brazos por el pecho en un gesto protector.

—Desde luego que no.

—¿Por qué? ¿Qué problema hay?

—¿Has visto este vestido? No te voy a permitir acercarte a él con eso en la mano.

Me miró de arriba abajo, tomándose su tiempo.

—Ya, es una pena. —Apretó los labios—. Supongo que te tendré que comprar uno nuevo.

Se acercó a mí con grandes pasos, abriendo y cerrando las tijeras de forma amenazadora. Cuando di con la espalda en la pared, inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Prefieres que lo rompa con las manos otra vez?

El recuerdo fugaz de aquel momento consiguió que me diera un vuelco el corazón y que se prendiera una chispa de calor en mi interior. Como no respondí, desistió y lanzó las tijeras a la cama.

—Con las manos entonces.

Me arrimé más a la dura protección que me ofrecía la pared.

—No, espera. Primero dime lo que ha costado.

Frunció el ceño.

—¿Cómo voy a saberlo?

Vale. ¿En qué estaba pensando?

—Pregúntaselo a tu asistente.

Frunció aún más el ceño.

—¿Cómo va a saberlo él?

—¿No guarda las facturas para, yo que sé, enviárselas a tus contables o algo así?

—Lo haría si lo hubiera comprado él.

—¿Y no ha sido así?

—No.

—Entonces ¿quién?

—Yo.

Parpadeé primero hacia él y luego hacia el vestido.

—Un momento, ¿lo elegiste tú?

—Sí. —Y luego—: ¿No estaba claro?

Negué despacio con la cabeza.

—¿Los zapatos también?

Asintió.

—¿Qué crees que estaba haciendo en el ordenador aquella tarde?

—Tu trabajo.

Me miró con cara de disgusto.

—Era después del almuerzo, Jamie.

—Vale, ¿sabes qué? Has pasado de no tener sentido del humor a tener demasiado.

Soltó una risita haciendo un giro con el dedo.

—Date la vuelta.

Otra orden en voz baja pero firme.

Tragué saliva.

—Vale. Vamos a hablar en serio ahora que somos amigos. Tal vez no pueda pagarte de inmediato si esta cosa cuesta alrededor de lo que me estoy imaginando. Tendrás que esperar hasta que me llegue el resto del bonus cuando terminen nuestros treinta días. O tal vez un poco más dependiendo de lo que cueste reemplazar el espejo. ¿Te importa?

Cuanto más hablaba yo, más arrugaba la frente él.

—No vas a pagarme un espejo que se te ha caído en la cabeza porque no estaba bien fijado a la pared. En cualquier caso, deberías demandarme. —Me dio un golpecito con el nudillo en la sien como si fuera una cabeza hueca—. Y el vestido es un regalo. ¿Los amigos suelen pagar a sus amigos los regalos que se hacen?

—A ver, no…

—Fantástico. ¿Ahora puedo cortar el vestido para quitártelo?

En realidad, eso debería haberme tranquilizado y resuelto mis dudas. Pero en lugar de bajar los brazos y permitirle que me liberara de otro vestido como si fuera Hulk, los apreté con más fuerza en torno a mí, tratando de proteger la tela por un montón de motivos nuevos.

—De verdad que ahora no te puedo dejar tocarlo.

Jackson soltó un fuerte suspiro, aunque iba acompañado de una sonrisa a regañadientes.

—¿Y eso por qué?

Levanté la barbilla.

—Me lo ha regalado un amigo.

Sacó la lengua para humedecerse los labios, que ahora torcía, y los miré sin querer. Cambiando totalmente de tema, seguía con la pajarita puesta.

—Jamie, llevamos siendo amigos un total de unos seis minutos.

—No me importa.

—Te compraré diez nuevos. Dos en cada color.

Un momento, ¿El Vestido venía en cuatro colores más? ¿Qué colores? ¿Eran todos tonos pastel o…? ¿Sabes qué?, no.

—Este tiene un valor sentimental.

—¿Qué tal si volvemos a lo de odiarnos por un segundo? ¿Entonces me dejarás que lo rompa?

Apreté los labios y negué con la cabeza.

—Lo siento, colega. Así no es como funciona.

—Entonces no se me ocurre nada más.

Me mordí el carrillo por dentro, mirando de nuevo las tijeras.

—¿Qué tal se te da seguir instrucciones?



Nos costó ocho minutos, un montón de tacos cosquilleándome en la nuca y una serie de instrucciones muy concretas, pero Jackson consiguió cortar con cuidado por la costura de la cremallera sin dañar el vestido sin querer.

Contuve el aliento durante todo el proceso.

—Ya está —murmuró—. Hecho.

No sabía cómo de cerca estaba exactamente, pero no hacía más que contenerme para no inclinarme hacia atrás, hacia su calidez. Ese hombre era toda una estufa. Y olía de maravilla, tengo que insistir en ello. Nunca había conocido a un ser humano que oliera tan bien.

—Gracias. —Lo dije con más suavidad de lo que pretendía.

Jackson se apartó.

Lo supe porque se llevó todo el calor con él.

—Ven conmigo.

Traté de salir de esa nueva niebla mental y seguí a Jackson hasta… «Ostras».

—¿Eso es tu armario? —Era el doble de grande que mi estudio y mucho más bonito. Había tres sofás dentro. ¡Tres! Y dos lámparas de araña. ¡Dos!

Las paredes estaban repletas de trajes elegantes, baldas que llegaban hasta el techo llenas de zapatos y expositores de cristal con relojes, corbatas y gemelos.

—Toma. —Mientras estaba mirando todo boquiabierta, Jackson había cogido una sudadera enorme que ahora me tendía. Nunca lo hubiera tomado por un tío que llevara sudadera.

—Se te está cayendo el vestido, así que… —Dejó la frase en el aire para carraspear—. Mejor si te pones esto.

—Gracias.

¿Era yo o estaba haciendo todo lo posible por evitar el contacto visual?

—Entonces te… esperaré fuera —murmuró.

En cuanto me cambié (y admiré todo un poco más), volví corriendo al dormitorio de Jackson, abrazando en el pecho el vestido bien doblado.

—No sé si ya te lo han dicho, pero tu vestidor es un auténtico sueño. ¿Cuántos trajes crees que tienes? Más o menos.

Soltó una risita, quitándose la chaqueta.

—Te puedo dar el número exacto: uno de mis asistentes lleva una hoja de cálculo con… —Se quedó callado al verme. Pestañeó.

—¿Qué? —pregunté, echándome un vistazo. Su sudadera me

llegaba hasta los pies. No había nada que mirar, tal cual.

Incluso con la poca luz que había, juro que pude ver cómo se sonrojaba un poco. Durante un instante creí que podía ser rabia, pero tenía los ojos demasiado vidriosos como para eso.

No dijo nada.

Me moví en el sitio, colocándome un rizo tras la oreja, un poco cohibida. Mi cabeza decidió recordarme en ese mismo momento que a Jackson le gustaban las mujeres altas.

Parpadeó para salir del ensimismamiento en el que estaba justo antes de levantar la mirada al techo y decidir dejarla ahí. Se metió los puños en los bolsillos del pantalón (con bastante brusquedad, debo añadir) y apartó el torso de mí.

—Se está haciendo tarde —le dijo al aplique de luz que había encima de su cabeza—. ¿Sabes cómo volver a tu suite?

Vale, supongo que ya no le apetecía pasar el rato.

—Eh… sí —dije, confundida por la repentina incomodidad. Y yo que pensaba que estábamos haciendo progresos—. Memoricé todo el plano después de aquella vez que me perdí, así que… no creo que tenga problema.

Su única reacción fue un breve asentimiento con la cabeza.

Mensaje recibido.

Ignorando la extraña e inesperada punzada de decepción, me dirigí hacia la puerta doble.

—Un segundo, ¿puedo coger antes la escoba?

Estaba tan tenso que me sorprendió que no le rechinaran los hombros cuando se pasó la mano por el pelo, irritado. Sin responderme, se metió en el baño y no volvió a salir. Ni siquiera para darme la estúpida escoba.

Mucho había durado lo de ser amigos.

—Buenas noches para ti también —murmuré entre dientes.

Cuando entré en la suite ya no había cristales rotos. Lo habían limpiado todo.

20

El primer día siendo amiga de Jackson Sinclair estaba resultando ser tan inesperado como debería haberme esperado. Y no en el buen sentido.

—Jackson —lo regañé mientras seguía con los ojos clavados en la pantalla del portátil—, ya hemos hablado de esto.

Se giró un poco en la silla, todavía mirándome a la cara.

—¿Ah, sí?

No dejé de mover los dedos.

—Solo porque no tengas nada que hacer no significa que te tengas que quedar ahí sentado mirándome todo el día.

No sabía lo que le pagaban por dirigir esa empresa, pero podía decir con total seguridad que era demasiado.

—Somos amigos —dijo.

—Los amigos no se quedan ahí rondando y se miran fijamente durante todo el día.

Ladeó la cabeza con escepticismo.

—Eso no me cuadra mucho. Pero, por otro lado, no tengo ningún tipo de marco de referencia, así que podrías estar en lo cierto.

Y así, justo así, había sido toda mi mañana.

—¿Qué otras cosas no hacen los amigos? —me provocó.

Traté de ignorarlo mientras terminaba el correo electrónico para

Alice y Mitch en el que les pedía que añadieran «muy sarcástico» y «sentido del humor sutil» de inmediato al expediente de Jackson. Lo de quedarme callada no tuvo el efecto deseado.

Apreté los dientes cuando Jackson arrastró su silla por todo el despacho. Los apreté con más fuerza cuando se desplomó en ella a mi lado, invadiendo mi espacio personal con toda su calidez y su aroma embriagador. Otra vez.

Se inclinó hacia mí.

—¿Qué estás haciendo, amiga?

Yo no era una persona violenta de forma innata, pero era bastante probable que para la hora del almuerzo el despacho de Jackson se hubiera convertido en la escena de un crimen.

—Mi trabajo —dije—. Algunos tenemos que trabajar de verdad para que nos paguen.

—Pensaba que tu trabajo era prestarme atención.

¿Sabes a lo que me recordaba? Me recordaba a cuando Tobigote tenía uno de esos momentos en que solo quería arrumacos. Se sentaba en mi regazo y me maullaba a la cara exigiéndome atención.

—Ese no es mi trabajo. —Ese sí que era, en esencia, mi trabajo.

Incapaz de captar la indirecta, Jackson se inclinó todavía más para poder echar un vistazo por encima de mi hombro. Me volvieron todas las alergias de golpe: frecuencia cardiaca y temperatura corporal elevadas, piel de gallina, dificultad para respirar, náuseas.

—Vaya, qué maja —murmuró en tono de aprobación, añadiendo escalofríos y temblores a mi lista de síntomas que no dejaba de aumentar—. Estás contándoles a tus compañeros de trabajo lo divertido que te parezco.

Parecía. En pasado.

Ya había dejado de teclear.

De verdad, si mi futura pareja oliera la mitad de bien que Jackson Sinclair, lo más probable es que me pasara la mayor parte de la relación con la cara hundida en el hueco de su cuello. Sobre todo si tenía un cuello bonito.

Seguro que también le obligaría a utilizar un montón de pajaritas.

—Jamie.

«Ya que estás haciendo una lista con lo que quieres que tenga tu futuro marido, añade también la voz de Jackson. Y su acento».

—¿Y ahora qué? —Había pretendido parecer más seca y exasperada al decirlo. ¿Por qué mi voz sonaba tan aterciopelada otra vez?

—¿Qué más te gusta de mí, amiga?

Madre mía. Nunca me había arrepentido de hacerme amiga de alguien tan rápido.

—Nada de nada —respondí, conteniendo una sonrisa—. ¿Y ahora podrías volver a tu propio rincón?

—Creo que estoy bien aquí. —Se acercó más, casi empujándome.

—Jackson —le advertí.

—¿Sí, amiga?

Tuve que tragarme una carcajada.

—Te voy a matar si no paras ya.

Sonrió.

—Ah, ya entiendo, una broma entre dos colegas. Lo he visto en la televisión.

Con esa me pilló. Fue más que nada la forma de decirlo. Lo dijo con tanto entusiasmo sincero que me vine abajo y se me escapó una risita resignada mientras me presionaba los ojos con las palmas de las manos.

Jackson soltó una risa triunfante por lo bajo. Había conseguido justo lo que quería.

«Mierda».

—Te odio —dije sin convicción.

—Solo te recuerdo que te lo has buscado tú solita.

—Para que conste, no sabía que sería así.

—¿Por qué? ¿No es así como funciona la amistad?

—Por favor, para ya. —Me estaban empezando a doler las mejillas.

—¿Puedes ser más clara con tus indicaciones? De verdad que con esto estoy en terreno desconocido.

—¡Jackson! ¡Vete!

—No, ¿ves?, sigues sin ser demasiado clara.

Me derrumbé sobre la mesa y hundí la cara en los brazos mientras se me escapaba otra carcajada de resignación. Al menos un diez por ciento de mis lágrimas eran de pura frustración.

Había creado un monstruo.

Cuando por fin dejé de reírme, me puse recta otra vez y me sequé las mejillas. Seguro que se me había corrido todo el maquillaje.

—No ha sido tan gracioso —dijo Jackson con una sonrisa.

—Suelo llorar con mucha facilidad cuando me río. Y es una maldición. —Tenía una vergonzosa cantidad de maquillaje *waterproof* y ese día no lo llevaba puesto.

—¿Se me ha corrido el maquillaje? —Me giré en la silla, enseñándole la cara para que lo comprobara. Para qué estaban los amigos, si no.

Jackson deslizó los ojos por mi cara, poco a poco, suavizando un poco la sonrisa cuando me pasó el nudillo por el pómulo para secar una lágrima. La caricia fue tan leve y delicada que apenas la sentí.

Entonces ¿por qué me recorrió un hormigueo por la espalda cuando lo hizo? ¿Por qué provocó que se me encogieran los dedos de los pies?

—No, está bien. —Dejó caer la mano.

Sentí una emoción muy poco apropiada en las entrañas y me di cuenta de que me estaba inclinando hacia delante, reduciendo la ya escasa distancia entre nuestros cuerpos.

Me puse tensa, y esperaba que él no se hubiera dado cuenta.

—Gracias —murmuré mientras me volvía a poner recta. Era su puñetera colonia. Era como hierba gatera para mí. Quería restregarme en ella.

¿Era algo raro? Nunca antes había anhelado restregarme en el aroma de otra persona. Por otro lado, nunca había conocido a nadie con un olor tan increíble y embriagador.

—Jamie.

Mierda, y también me encantaba cómo decía mi nombre. Esa estúpida voz era tan seductora como su estúpida colonia.

—¿Sigue en pie lo de tomar algo esta noche? —preguntó.

¿A qué se refería con lo de «sigue»?

—Nunca dije que sí a lo de tomar una copa.

—Tampoco dijiste que no.

Torcí la boca.

—No nos hace falta una tercera evaluación. Has aprobado. Podemos cancelar lo del asesoramiento y las citas supervisadas.

Esperaba que al menos me dedicara una sonrisita de «te lo dije» (y luego, con suerte, que me dejara en paz). En cambio dijo:

—¿Qué? ¿Los amigos no pueden tomar una copa juntos?

¿Eso era todo?

¿Esa era su reacción después de decirle que no tenía que hacer todo el rollo del asesoramiento por el que llevábamos discutiendo

toda una semana?

Lo estudié con los ojos entrecerrados. Eso ya fue la guinda del pastel de su extraño comportamiento.

—¿Qué es lo que te pasa?

Se encogió de hombros, casi con demasiada despreocupación.

—Nada. ¿Por qué? ¿Y a ti qué es lo que te pasa?

—Alergias —murmuré sin pensar. Tenía la cabeza ocupada diseñando una especie de test experimental. Uno que decidí llevar a cabo en ese mismo momento.

»Pero ¿sabes qué? Según mi criterio profesional, sigo pensando que de verdad podrías sacar partido del asesoramiento. Solo porque no sea obligatorio no significa…

Arrugó la frente.

—¿Qué alergias?

«Ein».

—¿Lo has oído?

—Sí. ¿Por qué no me dijiste que tenías alergias antes de mudarte aquí? ¿Son las rosas?

¿Qué?

—No. No me refería a eso.

—¿A qué eres alérgica entonces?

—A nada.

—Jamie, vamos a vivir juntos otras tres semanas. Tal vez deberías decirme a qué eres alérgica.

—No soy alérgica a nada. —Tenía las mejillas ardiendo.

—Pero acabas de decir que…

—No me refería a eso —repetí.

—De acuerdo, entonces dime a qué te referías.

Tenía el corazón a mil.

—Nada. Es solo… Vuelve a tu sitio —dije—. No puedo pensar

cuando estás…

Por suerte, me mordí la lengua a tiempo.

Por desgracia, ya era demasiado tarde.

Vi el momento exacto en el que su mente hizo clic; contemplé ese brillo de entendimiento en sus ojos.

—Cuando estoy ¿qué?

Debí mover la garganta cuando tragué saliva porque captó su atención. Y seguro que también podía notar mi pulso acelerado en el cuello. Quizá por eso entreabrió la boca de esa manera.

—Jackson.

Volvió a mirarme a los ojos. Los suyos estaban irreconocibles, apenas les quedaba un poquito de azul.

Volví a tragar saliva.

—¿Sabes cuando has preguntado qué es lo que no hacen los amigos?

Sin respuesta.

—Porque esto estaría de lo primero en la lista. Los amigos no, eh, se sientan así de cerca.

«Hipócrita. Te estás inclinando tú más que él».

Y aun así no hice nada por corregirlo.

—¿Estás segura? —dijo Jackson en tono de broma, esbozando una leve sonrisa.

—Bastante, sí.

No se movió.

—¿Y los amigos suelen evitar las preguntas del otro como tú sigues evitando las mías?

Ese tono seductor hizo que el aire se volviera pesado. Como si no me estuviera costando ya respirar.

—No puedo ir a tomar nada contigo esta noche —dije—. Tobigote sigue cabreado por lo del incidente del espejo y le hacen

falta sus buenas cuatro horas de arrumacos para superar el trauma.

Todo mentira. Se había recuperado de toda la historia bastante rápido. A ver, se había medio sentado en mi cara mientras se lamía el culo esa mañana, pero, ya sabes, podría haber sido todo mucho peor.

—¿No se puede ocupar de los arrumacos el cuidador? —preguntó Jackson, y parecía que lo decía en serio—. Adrien, creo que dijiste que se llamaba.

Solté otra carcajada.

—Madre mía, estás obsesionado con él.

—¿No lo está todo el mundo?

—Es bastante encantador.

Jackson resopló con desdén.

—¿Sabes una cosa? La mayoría de las mujeres, y algunos hombres, dirían lo mismo sobre mí.

—Eso no me cuadra mucho.

Casi le brillaron los ojos cuando reflejaron su sonrisa. Soltó una risita.

Ostras, sí que le gustaba cuando era cruel con él. Qué rarito era.

—Adrien no es el cuidador de Tobigote —le aclaré, aunque él ya lo sabía—. Es un amigo.

Una pequeña pausa.

—¿Como tú y yo?

Se me aceleró el pulso. No. No tenía nada que ver en absoluto con eso.

—Está casado con mi mejor amiga —le expliqué, sin saber muy bien qué otra cosa responderle—. Así que es como una especie de cuñado.

—Ah. —Torció la boca con un gesto que, según trataba de convencerme mi cerebro, era de alivio—. ¿Y cómo es que Gato lo

quiere tanto?

Me encogí de hombros.

—Sé lo mismo que tú. ¿Puede ser algo relacionado con el olor? Además, Adrien lo mima muchísimo, así que el cariño ha ido aumentando con el tiempo.

Cuando estaban juntos era algo casi ridículo.

—Lo mima ¿cómo exactamente?

—¿Sabes lo mimado que está Harry, el gato calvo de tu tía? ¿Con su collar de diamantes y todo eso? —Cuando asintió dije—: Un juego de niños. No has visto nada.

Jackson soltó una carcajada.

—¿En serio?

—Al día siguiente de haberlo conocido, Adrien le compró el árbol gatuno más enorme y elaborado que hayas visto en tu vida. Tenía un trono, tal cual, y varias hamacas. —Levanté la mano cuando abrió la boca para decir algo—. Y ni siquiera he empezado todavía. Tobigote tiene su propio cuarto en el ático de Adrien desde incluso antes de que Ria y él se comprometieran. Es más grande que mi apartamento actual y mucho más bonito. También tiene un trono.

—Eso no es nada.

—Le preparan la comida en Suiza, según sus gustos personales. Hicieron falta dos semanas de pruebas para perfeccionar la receta.

—¿Y ya está? ¿Solo hace falta eso?

—Vale, ¿sabes qué? Que no lo entiendas no es culpa mía.

—¿Acaso entiendes lo que significa «mimar»? —Tenía las cejas bien apretadas, como si de algún modo lo hubiera insultado.

Eso ya fue demasiado. Levanté los ojos al techo mientras echaba un poco hacia atrás la silla.

—De acuerdo.

—¿Comida suiza, Jamie?

—Vale.

—¿Eso es para ti el sumun de la alta cocina felina?

—Estás siendo grosero. Vete ya.

Para mi sorpresa, en esa ocasión no me lo discutió. Y lo que me sorprendió aún más, arrastró la silla hasta su mesa, se sentó y empezó a teclear.

Y durante las siguientes seis horas creí que, por primera vez desde que había empezado a perseguirlo a todas partes, Jackson Sinclair estaba trabajando de verdad.

Me equivocaba.

21

—¡Sorpresa!

Con un aspecto desquiciado y con los ojos con un brillo más salvaje del que jamás hubiera creído posible en él, Jackson abrió la puerta doble para revelar…

—La. Hostia. Puta —dije con un susurro, pasmada como una idiota.

—Lo sé.

—Jackson…

—Lo sé.

—Esto es…

—Lo sé.

Miré boquiabierta el colosal… palacio. Era todo un palacio embutido en una suite vacía que había al final del pasillo donde estaba la mía.

Un palacio de cartón.

—La. Hostia. Puta —repetí. Tobigote se iba a poner como loco.

—Sí —dijo Jackson casi como un ronroneo—. Es precioso.

Yo seguía con la boca abierta.

—¿Cómo lo has…?

—Pasta.

—En menos de seis horas…

—Pasta.

—Eso es… La leche, eso es un trono. —Lo que significaba que para cuando acabara el día, Tobigote Maguire se habría sentado en tres tronos distintos, todos hechos a medida para él.

Jackson se pavoneó por la suite, todo arrogante.

—Puede que Adrenalino le haya preparado a Gato una habitación llena de juguetes y accesorios, pero si Gato se parece aunque sea un poquito a Harry, entonces seguro que le interesan más las cajas en las que vienen dichos juguetes.

—Sabes que se llama Adrien.

Jackson me miró con el ceño fruncido.

—Entonces ¿por qué me dijiste que era Tobigote?

Me apreté el puente de la nariz al tiempo que se me escapaba una carcajada. Tenía un sentido del humor muy concreto, uno que me debería haber sacado de quicio, y que cada vez, a un ritmo alarmante por cierto, me gustaba más.

—No me puedo creer… —Me quedé callada, incapaz de dar con las palabras adecuadas.

Era increíble. Había una torre del reloj (con un reloj real en funcionamiento que a la vez servía como dispensador de premios), establos (con rascadores en forma de caballo), una mazmorra (con ratones de cartón atrapados tras las barras de acero) y… muchísimo más.

¡Había incluso arte! Imágenes y formas talladas en las paredes de cartón, ventanas en arco con vidrieras y un precioso jardín de colores con ¡mariposas a pilas!

Era la hostia de mágico.

—¿De dónde has sacado el tiempo para preparar todo esto? —pregunté.

—He estado sentado en la mesa toda la tarde. ¿Qué otra cosa

iba a estar haciendo?

Lo miré parpadeando.

—Trabajar.

—No seas ridícula, Jamie.

Madre mía. De verdad que no podía con ese hombre.

Pero al mismo tiempo, a ver, ¿no era muy tierno lo que había hecho? Estaba tratando de evitar con todas mis fuerzas que eso me derritiera el corazón, pero no podía. Quería abrazarlo. No lo hice, pero quería hacerlo.

Jackson se frotó las manos.

—¿Traemos a Gato? ¿A ver qué le parece?

Levanté una mano para que se detuviera.

—Un par de preguntas antes de eso. —Aunque la verdad es que me daba un poco de miedo hacerlas—. Primero, ¿por qué aquí dentro huele a ti?

Es como si alguien lo hubiera restregado por toda la habitación.

—Ah, sí, te va a encantar esto.

Reprimí una sonrisa.

—Me dijiste que a Gato le gustaba Adrien por su olor, ¿no?

Se me paró el corazón.

—Es solo una teoría. En realidad no estamos seguras…

Movió una mano como para quitarle importancia.

—En cualquier caso, que mi olor esté asociado a todo esto seguro que sirve para ganármelo.

Crucé los brazos sobre el pecho, donde se me salía el corazón, como si eso me sirviera para protegerlo.

—¿Y lo de las fotos?

En las paredes del palacio había fotos enmarcadas de la cara de Jackson, con diferentes expresiones y de diferentes tamaños.

—Brillante, ¿verdad? Es la misma idea que lo del olor.

—Estás trastornado. Esto —agité una mano en el aire— es una locura.

Sonrió.

—¿Quieres escuchar la mejor parte?

Lo adiviné al momento. Fue el énfasis que puso en la palabra «escuchar» lo que me dio la pista.

Jackson dio dos palmadas.

«Hola, Gato. Soy Jackson Sinclair, tu humano favorito. Me quieres y te encanta mi voz. No bufas cuando estoy cerca, sobre todo en mi casa…».

Di una palmada para apagar la grabación. No podía aguantar mucho más. Eso era… Yo estaba… Todos los datos que habíamos recopilado para el perfil de Jackson eran incorrectos. Nada de eso encajaba con la información que nos había facilitado su equipo.

Era mucho más… De verdad, nunca había conocido a nadie tan…

—¿Qué te parece? —me preguntó antes de poder acabar de desarrollar mis pensamientos. Poco a poco se fue poniendo serio—. Sé que es una locura, pero… ¿te gusta?

Dio un paso hacia mí. Yo quería dar un paso atrás.

—Es… —Dejé la frase en el aire y noté cómo me latía el corazón cuando su mirada se cruzó con la mía y se suavizó—. La verdad es que… no entiendo por qué has hecho esto.

Hubo una pausa larga, densa.

—Quiero caerle bien a Gato.

Me clavé los puños en las costillas al tiempo que se me aceleraba el pulso.

—¿Y eso por qué?

—Porque sí. —Ladeó la cabeza un poco—. He decidido que me cae bien… Gato.

Cualquiera que fuera la respuesta que había elaborado mi

cerebro se murió en la garganta cuando Jackson me levantó la barbilla, acariciándome con el pulgar.

—Gato me parece interesante —murmuró, y yo estaba segura de que se me iba a salir el corazón del pecho—. Nunca antes me había odiado nadie tan abiertamente. La gente siempre finge.

Con la esperanza de que no se me quebrara la voz, dije:

—Así que… ¿solo te gusta porque no cae rendido a tus pies como el resto del mundo?

Jackson dejó caer la mano.

—No te haces una idea de lo raro, lo agradable que es, joder, ese nivel de honestidad cuando te has pasado toda la vida sin saber si la gente que estaba contigo lo hacía por ti o por tu dinero. —Tragó saliva y me miró a los ojos—. Me gusta que no aguante mis chorradas solo por mi apellido. Que se niegue a que lo compre con mi dinero.

Seguíamos hablando de Tobigote.

Sip. Sin lugar a dudas seguíamos hablando de mi gato, así que si mi corazón hubiera dejado de intentar provocarse un paro cardiaco, de verdad que se lo habría agradecido.

—¿Quieres saber el verdadero motivo por el que fui tan maleducado contigo en nuestra primera cita, Jamie? —Ahora hablaba con un tono grave, que me subía serpenteando por el cuerpo como una hiedra—. Quería ver hasta dónde podía llegar antes de que alguien por fin me mandara a la mierda.

Se me aceleró la respiración cuando me volvió a acariciar la barbilla con el pulgar y entreabrí los labios, algo que captó su mirada.

—Sesenta y siete posibles candidatas —dijo, con los ojos entornados clavados en mi boca—. Y todas y cada una de ellas querían algo de mí: dinero, estatus, conexiones. Pero ninguna me

quería a mí.

Cada vez que se me ocurría algo que decir, las palabras se evaporaban antes de llegar a mi boca.

—En esas citas podría haber salido indemne hasta de un asesinato. Me habrían ayudado a enterrar el cadáver a cambio de un anillo y una boda sin acuerdo prenupcial.

Torcí el morro.

—Qué arrogante eres.

Esos ojos pálidos se le arrugaron un poco por las comisuras.

—No son solo las mujeres —susurró—. ¿Por qué crees que Molly está tan preocupada por mi falta de amigos?

—Di por hecho que el que no tuvieras amigos se debía en gran parte a tu personalidad —dije en broma.

Se mordió el labio, que sonreía, y me recorrió otra oleada de calor.

—Te dije que me gusta cuando eres cruel conmigo. Empiezo a pensar que lo estás haciendo a propósito.

—Eso es porque tu ego no conoce límites de verdad.

Me seguía sujetando la barbilla, todavía acariciándola. Y yo se lo seguía permitiendo.

¿Por qué se lo seguía permitiendo?

Saqué la lengua para humedecerme los labios y, otra vez, eso captó su atención al momento. Esta vez se le oscureció la mirada y se le desvaneció la sonrisa.

Fui testigo de todas las señales. De todas. Los ojos vidriosos, la boca medio abierta, la inclinación.

Y aun así me pilló por sorpresa.

Aun así solté un grito ahogado cuando sus labios rozaron los míos, de una forma casi imperceptible. Aun así parpadeé asombrada cuando me recorrió un hormigueo en ese punto exacto. Pero no me

aparté.

Jackson esperó, separándose tan solo un poquito para ver si salía huyendo. Pero me quedé clavada en el sitio, del todo embelesada. Lo hizo de nuevo, un ligero roce de sus labios en los míos, y cuando cerré los ojos, él…

Oh.

Uf. Ostras.

El primer acercamiento de los labios fue suave, como probando. El segundo me arrancó un débil gemido de la garganta. Moví las manos, recorriendo los bíceps con los que me envolvía. Me apretó contra él, justo antes de que se me levantaran los pies del suelo.

Le rodeé el cuello con los brazos y cualquier mínimo de coherencia que me quedara se derritió en una masa informe cuando me recorrió los labios con la lengua. Se me escapó otro ruidito cuando abrí la boca. Me aferré a él con más fuerza, tensando todo el cuerpo mientras cobraba vida. Sabía a menta y a azúcar fundido, y cuando, con timidez, le di un lametón en la lengua, le vibró el pecho con un gemido de placer.

No podía respirar. Entre las chispas ardientes que me recorrían los pulmones y que Jackson me apretaba con fuerza contra él, me faltaba el aire. Y no parecía importarme.

¿Se suponía que así te hacían sentir los besos? Porque, la leche, lo había estado haciendo mal…

—Uy.

Abrí los ojos de golpe.

—¿Y ahora qué, Mabel? Seguro que… ¡uy!

«Mierda».

«Mierda mierda mierda mierda mierda».

Se me paró el corazón cuando me llegaron las voces. Intenté apartarme de Jackson, pero él no cedía. Además, tenía en ese

momento el labio superior atrapado entre sus dientes.

Hay que joderse.

—Fuera. ¡Fuera fuera fuera fuera! —dijo entre dientes una de las hermanas mientras yo me liberaba de los brazos de Jackson. Ese hombre parecía una puta estatua de mármol. Me había levantado más de treinta centímetros del suelo y aun así no mostraba ningún signo de haber hecho esfuerzo físico alguno.

—¡Jackson! —le solté cuando se acercó con la boca a mi mandíbula. A ver, me hizo poner los ojos en blanco hasta que casi se me dieron la vuelta, pero solo un momento… hasta que me dio un lametazo justo en ese punto que hay debajo del lóbulo de la oreja. En ese momento noté que algo se quebraba en mí—. Jackson, deberíamos, eh, tengo que… Deberíamos parar. Hay… gente ahí.

Eso fue toda la coherencia que logré reunir mientras me mordisqueaba el lóbulo de aquella manera.

Solo me abrazó con más fuerza.

—Fuera —gruñó nada contento, aunque yo estaba bastante segura de que las hermanas ya se habían ido—. Estamos ocupados.

Sonó muy ronco y un poco embriagado.

—Jackson. —Volví a intentarlo. Que hubiera sido capaz de formar la palabra ya era todo un milagro. Era muy muy muy muy bueno con la lengua. Excelente.

—Sabes a melocotón.

—Eso es… anatómicamente… imposible —dije entre jadeos.

—Díselo a tu piel —replicó antes de volver a lamerme la mandíbula.

Me contraje por dentro, con el centro de mi ser ardiendo.

—Jackson… mírame… por… favor.

A regañadientes, apartó la boca de mi cuello y me miró con esos ojos azules vidriosos. Hacía un puchero.

—Molly y Mabel… nos han visto —le expliqué, todavía tratando de recuperar el aliento.

—Vale. —Volvió a clavar los ojos en mis labios y se inclinó hacia delante.

Le tapé la boca con la mano antes de que pudiera besarme, lo que le hizo arrugar el entrecejo. Como si de verdad no entendiera cuál era el problema.

—¿Qué estás…? —Seguía jadeando, pero parecía que el oxígeno no me llegaba al cerebro—. Me has besado. ¿Por qué has hecho eso?

Ladeó la cabeza y enarcó una ceja. Yo seguía con la palma de la mano en su boca.

Poco a poco, fui asimilando lo que acababa de pasar.

Poco a poco, comencé a entrar en pánico.

—¿Por qué has…? —¿Se hacía una idea de lo que acababa de hacer? ¿Cómo algo así podría afectar a mi carrera?—. ¡Se supone que somos amigos!

Frunció el ceño al oír eso y luego me mordisqueó los dedos. Los mantuve firmes en su boca, entornando los ojos. Iba recuperando el juicio poco a poco, moviendo con pesadez los engranajes de mi cabeza.

—Bájame.

Me apretó con los brazos durante un instante de obstinación antes de dejarme con delicadeza de nuevo en la alfombra. No parecía muy contento al respecto.

—Escúchame con atención —dije, sin retirar la mano todavía. Estaba pasando muy rápido del estado de confusión inicial a uno de pánico puro y duro, que me iba calando en la piel.

—Esto, lo que sea que haya sido, no ha pasado nunca, ¿de acuerdo? Me voy a ir a mi cuarto a terminar de preparar la entrevista

de mañana y tú te vas a ir a explicarles a Molly y a Mabel que solo ha sido un malentendido y luego no vamos a volver a hablar de esto en la vida.

Después cometí el error de retirar la mano.

—No.

Me clavé los dedos en las palmas.

—No te lo estaba pidiendo.

—No voy a fingir que no nos acabamos de besar —dijo—. ¿Sabes lo que deberíamos hacer en vez de eso? Hablarlo.

—Eso me parece lo peor que podríamos hacer.

—La buena comunicación es la piedra angular de cualquier relación sana —señaló.

Me ardían las puntas de las orejas. Estaba en un lío la hostia de gordo.

—Tú y yo no tenemos una relación.

Chasqueó la lengua.

—Tenemos una relación profesional, por no mencionar una amistad que hay que cultivar y…

—Jackson.

—Me has devuelto el beso.

Me quedé callada de golpe. Con un nudo en la garganta.

Dio un paso adelante, buscando mis ojos con los suyos.

—No me has apartado, no te has retirado.

Se me trabó la lengua por un segundo como una tonta.

—No puedo… No tienes ni idea de…

Ya no solo se trataba de perder mi trabajo en Charmed. Si se corría la voz de que había besado a Jackson Sinclair, mi reputación profesional quedaría arruinada. Entraría en la lista negra.

En el sector no se bromeaba con esas cosas. Involucrarse de forma romántica con un cliente suponía un enorme conflicto

de interés. Solo sabía de dos personas a las que hubieran pillado haciendo algo así y ninguna volvió a trabajar en el sector.

Por no hablar de los cotilleos, los rumores, las etiquetas desagradables y la vergüenza general que tuvieron que soportar…

—¿Qué? —preguntó Jackson cuando me quedé callada.

Pero no podía decírselo, ¿no? Si supiera lo grave que era, le daría un montón de ventaja para utilizarla contra mí si todo eso de la amistad no funcionaba.

El protocolo decía que yo debía informar del incidente a Recursos Humanos y apartarme de la situación de inmediato. Solo que así también cabrearía a mi jefa hasta límites insospechados, y ella era un auténtico as de las relaciones públicas. También podría utilizar esto perfectamente contra mí.

No tenía ni idea de lo que hacer.

—¿Por qué… solo por qué? —¿Por qué me había besado? Habíamos avanzado tanto. No lo entendía.

—A juzgar por tu reacción, no estoy seguro de que sea el momento de…

—¡Solo dímelo! ¿En qué narices estabas pensando? —Era imposible que le gustara. No estaba segura de si le podía gustar alguien, según las conversaciones que habíamos mantenido sobre el amor y las relaciones románticas.

¿Solo era atracción? De ser así, ¿por qué narices había dado el paso, sabiendo que aún nos quedaban otras tres semanas atrapados allí juntos? ¿No se le había pasado por la cabeza lo incómodo que iba a ser?

—Vale, supongo que entonces te lo diré. —Y entonces, Jackson Sinclair, el absoluto azote de mi existencia durante los últimos ocho meses, me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—Estaba pensando que tú y yo deberíamos casarnos.

22

¡¿QUÉ?!

Los segundos de atónito silencio se convirtieron en minutos y luego en horas, probablemente. ¿Estaba de broma? Tenía que estar de broma.

Era tan sarcástico, con un humor tan sutil, que de verdad no sabía qué decir. Pero Jackson Sinclair no podía estar pidiéndome matrimonio en ese momento. La mera idea era como para reírse. Así que abrí la boca para reírme.

Pero lo que salió fue:

—¿Es una broma?

—No —dijo—. Es, eso sí, la conclusión más lúcida a la que he llegado en años. Tiene todo el sentido.

Notaba cómo me latía el corazón en la garganta.

—¿Qué?

—Procésalo como consideres y necesites.

¿De qué cojones estaba hablando?

—¿De qué cojones estás hablando?

—Piénsatelo. —Y luego se quedó en silencio. Como si el razonamiento fuera tan evidente que no necesitara más explicación.

—No nos podemos casar, Jackson. —Era increíble que tuviera que decirlo—. Apenas nos conocemos.

—Nos quedan tres semanas de Inmersivo. Eso es mucho tiempo.

La cabeza me daba vueltas.

—¿Qué tipo de acrobacias mentales…? ¿Cómo cojones crees que podríamos enamorarnos tú y yo en un periodo de tres semanas? ¿O alguna vez?

Torció el gesto, confundido.

—¿Qué tiene que ver el amor con todo esto?

Respiré hondo, tratando de centrarme.

—Te lo juro, si esto es lo que tú consideras una broma…

—No lo es.

Tenía los brazos como un peso muerto a ambos lados del cuerpo cuando levanté la mirada hacia él, sin lograr encajar las piezas. Me había pasado la mayor parte del año tratando de encontrarle una pareja a ese hombre. Dos aspirantes por semana durante ocho meses y todas cumplían cada uno de los requisitos de su larga lista de exigencias.

¿Yo? No cumplía ni uno.

Ni uno.

Era demasiado baja. Demasiado joven. Demasiado rubia.

No tenía un máster de una de las mejores universidades del país ni tenía mi propia empresa con ingresos anuales de siete cifras, nunca había competido en ninguno de los deportes que incluían su lista, no hablaba otro idioma. Y eso solo era la punta del iceberg. Ni siquiera me acercaba a lo que él buscaba en una esposa.

—Explícamelo como si fuera un niño —le dije—. Desmenuza el razonamiento paso a paso.

Jackson se metió las manos en los bolsillos y me observó durante un instante.

—Me tengo que casar —dijo—. Si quiero seguir siendo el CEO, cosa que sí que quiero, así que ya no es algo opcional. Minerva no

me está dejando otra opción.

—Vale. —Hasta ahí, lo entendía.

—El problema es que tengo cero ganas de casarme, y que me pongan entre la espada y la pared tampoco ayuda.

Solté un bufido por la nariz.

—¿Y por qué no… no sé, contratas a alguien con quien casarte? ¿No son los matrimonios de conveniencia algo habitual en los círculos donde te mueves?

No tenía ni que preguntarlo, porque era verdad. Charmed ofrecía un paquete de servicios para esos clientes, pero era todo muy discreto. No tenía la experiencia suficiente como para encargarme de esos casos, así que en realidad no sabía en qué consistían.

Ladeó la cabeza.

—Si te ofreciera cincuenta millones a cambio de un año de matrimonio de conveniencia, ¿lo harías?

—Desde luego que no.

Me dedicó una sonrisa arrebatadora.

—Cien millones.

—No.

—Doscientos.

—No.

Soltó una risita grave desde el fondo del pecho.

—Entonces esa idea no me sirve. ¿Qué más propones?

Me estaba empezando a sudar la nuca.

—No me refería a mí. Encuentra a alguien que esté dispuesta. No tiene que ser muy difícil. —No con esas sumas de dinero tan considerables—. Mejor todavía, ¿por qué no le haces esa oferta a una de las sesenta y siete mujeres que te habíamos propuesto antes de llegar a esto?

Sabía que su trato con Minerva había cambiado después de todo

el incidente de la piscina; hasta ese momento solo tenía que presentarse a las citas. Pero no era demasiado tarde. Seguro que ahora podía llegar a un acuerdo con alguna de ellas.

—Puede que no sea difícil encontrar a una mujer dispuesta a hacerlo —dijo con cautela—, pero encontrar a una mujer con la que pudiera soportar pasar tanto tiempo es casi imposible.

—Odias tenerme por aquí.

No comprendía por qué lo estaba divirtiendo tanto la conversación. No dejaba de retorcer la sonrisa con un tic.

—Te he cogido cariño. —Tic—. Al fin y al cabo somos amigos, ¿no? Se dice que los matrimonios más felices se basan en una amistad sólida.

Un argumento válido, salvo porque:

—Somos amigos desde hace un día.

—Y aun así parece toda una vida, ¿no?

Apreté los dientes contra el labio inferior. Un castigo por sonreír.

—Te odio.

—Eso dices. —Bajó la mirada a mi boca.

Sentí la súbita y retorcida tentación de humedecerme los labios y avivar lo que fuera que fuese aquel fuego que ardía en su mirada. Entonces, de pronto, me di cuenta de que tenía muchísimas ganas de que me volviera a besar.

Ni siquiera me percaté de que me había movido hasta que di con la espalda en la pared. No me había fijado en lo cerca que estábamos hasta que las puntas de sus zapatos se dieron con los míos. Tenía la mano apoyada junto a mi cuello y yo ladeaba muy ligeramente la cabeza hacia un lado, y podía sentir el calor de su aliento en la piel, pero no recordaba cómo habíamos llegado hasta ahí.

Tenía que apartarlo.

—Y luego está… esto —murmuró Jackson—. Me levantó la barbilla y se me aceleró la respiración—. Sin duda creo que deberíamos explorar esto.

—Hoy no haces más que tener unas ideas terribles —dije con la respiración entrecortada.

Me estaba acariciando otra vez. Qué confuso era todo.

—¿No sientes curiosidad? —Me rozó el labio con el pulgar y, la hostia. Sentí mariposas en el estómago—. Ha sido un beso increíble, Jamie.

«Páralo».

PÁRALO.

—Me los han dado mejores —dije con la mayor calma posible. Era una mentira descarada, con el objetivo de desalentarle de seguir tonteando. Fracasé estrepitosamente.

—Qué cruel. —Sonreía—. No me lo he creído ni por un momento, pero qué cruel.

—Madre mía, sí que eres arrogante. —Y, joder, por cómo lo dije entre susurros pareció más un halago que otra cosa. Le lancé una mirada asesina, desafiante, porque odiaba ese brillo juguetón que le suavizaba la mirada.

—Podría ser divertido, ¿no crees? —me provocó—. Tú, yo, la tensión sexual abrasadora y doce meses de un matrimonio que no quiere ninguno de los dos.

—Lo de «abrasadora» es un poco exagerado —dije justo cuando esa quemazón me alcanzó la punta de los dedos, consumiéndome por completo—. No me voy a casar contigo, Jackson. Seríamos un matrimonio falso terrible y lo sabes.

—No lo creo. Estaríamos genial juntos. Incluso me estás empezando a gustar, y a mí no me gusta nadie salvo mi personal.

—No te gusto —dije con firmeza.

—Que sí. Puede que incluso me guste que me gustes.

Incorrecto.

—Jackson, escúchame. No te gusto. Crees que sí porque no quiero tu dinero y soy un poco cruel contigo.

—No es eso para nada.

—Si cambiara de golpe y empezara a lamerte el culo y a mostrar interés en tu dinero, volverías a odiarme a muerte.

—¿Lo comprobamos? —Sonreía de un modo tan engreído que casi era lascivo—. Dime algo bonito.

—Bueno, así no va a funcionar. No si sabes lo que estamos haciendo.

Se encogió de hombros.

—Inténtalo.

—Solo quieres que te haga un cumplido.

—Puede ser. —La sonrisa le llegó a los ojos—. Pero si tu teoría es correcta, entonces al menos disminuirá parte de la atracción. Por mi parte, quiero decir. A ti te seguiré pareciendo irresistible.

Casi pico el anzuelo. La réplica ingeniosa y cruel me llegó hasta la punta de la lengua antes de que me la mordiera. Fingir que no me impresionaba era lo que nos había metido en ese lío, para empezar. Controlé las ganas de ponerle el ego en su sitio y en vez de eso pestañeé mirándolo.

Ya me estaba pareciendo una estupidez.

—Admito que no eres… poco atractivo.

Tragó saliva para contener una risita.

—Eso es bastante más generoso de lo que creía que ibas a decir, para ser sincero.

—¿Ha funcionado? ¿Ya te provoco repulsión?

—Me resultas un poquito menos atractiva que hace un minuto, así que sí.

¿Solo un poquito?

—¿Cuántos cumplidos crees que harán falta para que sientas arcadas con solo mirarme a la cara?

Jackson se apartó y apoyó ese hombro fornido contra la pared. Incluso con el traje de tres piezas era evidente que ese hombre estaba muy fuerte.

—Vamos a probar con otros cuatro —dijo—. Para ver lo que pasa.

«¿Cuatro?».

—No creo que se me ocurran… —Dejé la frase en el aire cuando se le llenaron los ojos de lujuria y solté un suspiro—. Vale, de acuerdo. Tienes… por así decirlo, una voz agradable.

—¿En serio? —bromeó Jackson—. ¡Qué repugnante!

Me mordí las mejillas y crucé las manos con delicadeza en la espalda mientras me apoyaba contra la pared. Le rocé sin querer el pecho con el hombro y él se lo tomó como una invitación para arrimarse más.

—Y no me hagas hablar de tus ojos —dije—. Porque no sabría qué decir. Son azules, lo que supongo que es mejor que, no sé, beis.

—Estás siendo demasiado amable, señorita Paquin. Se me están revolviendo las tripas.

Esbocé una sonrisa, a pesar de no querer hacerlo. Me sentía ligera, con mariposas en el estómago.

—Hueles a limpio de una forma adecuada —le dije.

—Me das asco.

Solté una risita mientras las mariposas se expandían por todo mi cuerpo, aleteando bajo mi piel.

—Aunque hay una cosa en particular en ti que me parece excepcionalmente sexi. ¿Te digo lo que es?

Se le dilataron las pupilas.

—Puede que vomite si lo haces.

Ya me había olvidado por completo del propósito del ejercicio. Me puse de puntillas y susurré:

—Siento decírtelo, señor Sinclair, pero pareces el tipo de hombre con unos antebrazos impresionantes. —Ni siquiera trató de contener la sonrisa—. Con solo imaginármelos ya siento un escalofrío por todo el cuerpo. —Bajé de nuevo a mi altura normal—. ¿Qué te ha parecido?

—Perfecto —dijo—. Puede que nunca más en la vida tenga otra erección.

Estallé en carcajadas.

—Lo más probable es que me hayas dejado flácido para el resto de mis días sin sexo, señorita Paquin. Bien hecho.

Me llevé las manos a la cara. Me estaba muriendo de risa.

—¿Sabes lo que lo empeoraría? Si me pidieras que te llevara de compras en nuestra tercera cita. Odiaría estar comprándote cosas mientras vas hablando de lo atractivos que te parecen mis antebrazos.

—¡Para ya! —dije entre carcajadas.

—Teoría confirmada con éxito. Ahora solo tenemos que ejecutarla como es debido. Le diré a Savannah que agende una cita con mis asistentes de compras para mañana.

Me sequé las lágrimas que me caían por las mejillas.

—Eso no va a pasar. Volvemos a mi plan original. Vete a hablar con Mabel y Molly, yo me voy a preparar nuestra entrevista y fingiremos que esto nunca ha ocurrido.

—No.

—¿Por qué narices dices que no? Me has dicho que querías hablarlo y eso hemos hecho.

Se encogió de hombros.

—Tú puedes fingir lo que quieras, pero yo no voy a hacerlo.

Ya no me reía.

—¿Se lo vas… a contar a la gente?

Frunció el ceño.

—No tenía previsto hacerlo. No hasta que tú y yo lleguemos a un acuerdo, al menos.

Así que, si no llegábamos a un acuerdo, ¿no se lo diría a nadie? Podría funcionar.

—Pero hablarás con las hermanas Harrison, ¿no? —pregunté. Yo también hablaría con ellas en privado en algún momento para pedirles discreción.

Menudo lío.

—Sí. Sospecho que no me quedará otra opción.

Entorné los ojos con recelo.

—¿Y qué les vas a decir?

—La verdad —soltó impasible—. Que tenía muchas ganas de besarte, así que lo hice, y que no reaccionaste con violencia como creí que podrías hacer.

—Para serte sincera, llegué a pensarlo.

Soltó una risita entre dientes.

—Si quieres, también les puedo decir que no estás interesada. Que esta atracción es solo por mi parte. —Esperó un segundo antes de añadir—: ¿Sería eso una valoración precisa?

Solo había una forma correcta de responder a esa pregunta. No tenía que vacilar, ni hacer una pausa ni pensar mi respuesta.

Pero me quedé ahí plantada, aguantándole la mirada, mientras esperaba con paciencia mi rechazo.

—Yo… nunca me voy a casar contigo.

Tras decirlo, salí a toda prisa del palacio de cartón que Jackson Sinclair le había construido a mi gato.

23

—¿Va todo bien?

Se me tensaron los hombros incluso un poco más, casi llegando hasta las orejas.

Jackson se sentó a mi lado en la pequeña sala de reuniones. En unos segundos, las notas de olor de su colonia me llegaron hasta los pulmones, aturdiéndome un poco.

Le di al botón del boli y abrí el cuadernillo de la entrevista.

—Todo va bien. ¿Por qué? —Me había mostrado cordial con él durante toda la mañana.

Empecé a notar que el calor me inundaba la piel mientras él observaba mi perfil. Mantuve la atención en las preguntas que tenía frente a mí.

—Bueno —empezó a decir con delicadeza—, son casi las doce del mediodía, llevamos juntos desde las cinco de la mañana y no me has mirado una sola vez.

Y eso lo sabía porque él ya se había encargado de mirar suficiente por los dos. Aunque no lo dije en alto, porque era consciente de que estaba canalizando mal mi irritación.

Estaba enfadada conmigo misma, no con él.

—Solo estoy cansada —dije—. Anoche no dormí bien.

Se movió en la silla como si fuera a hacerme alguna pregunta

más, pero, tras una breve pausa, solo cogió el móvil y se puso a teclear.

—¿Estás listo para empezar? —Yo seguía repasando las hojas, aunque no hacía ninguna falta. A esas alturas ya me había memorizado el cuestionario—. Y te recuerdo que, por petición de tu tía, esta sesión se grabará y la revisará…

—¿Desde cuándo?

—Desde que firmaste el contrato y accediste a ello.

—La entrevista no va a ser la estándar que autoricé para grabarse —argumentó—. Ahí hay preguntas sobre mis relaciones pasadas y mis preferencias sexuales.

—Porque tu equipo no nos facilitó dicha información y la necesitamos para poder hacer nuestro trabajo. —Mantuve un tono tranquilo y neutral, ciñéndome a los hechos. Para ser sincera, estaba de acuerdo con él. No podía ni imaginarme compartir las respuestas a alguna de esas preguntas con alguien de mi familia.

De hecho, cuanto más tiempo tenía para procesar la situación de Jackson, más desagradable me parecía. Todo ese proceso debía de haber sido muy invasivo para alguien a quien habían obligado a hacerlo en contra de su voluntad.

El consentimiento era esencial ahí. Todos nuestros otros clientes del programa Inmersivo habían aceptado que alguien los siguiera a todas partes durante catorce horas al día y observara todas sus rutinas, hábitos e interacciones. Jackson no solo no quería eso; además, lo estaban obligando a aceptar ese resultado inevitable.

Y yo estaba desempeñando un papel importante en todo aquello.

Como la noche anterior no fui capaz de dormir, tuve mucho tiempo para pensar. Y tanto pensar me había hecho sentir un montón de culpa.

—No estoy de acuerdo con que se grabe esta entrevista —dijo

sin más.

Sabía que él esperaba que yo ignorara su petición porque cuando cogí el móvil y lo puse en pausa, cambió de postura y parpadeó.

Lo que, a su vez, hizo que me sintiera todavía peor.

—¿Algún otro asunto que te preocupe? —pregunté.

Soltó un suspiro.

—Sí. Sigues sin mirarme, Jamie. ¿Es por lo de ayer? ¿Estabas…?

Lo interrumpió Savannah, que asomó la cabeza por la puerta.

—Ya ha llegado su pedido, señor.

¿Había pedido más comida? Acabábamos de almorzar… ah.

El delicioso aroma del café recién hecho invadió la sala cuando Savannah entró en ella. Dejó una maravillosa taza humeante con un líquido celestial frente a Jackson, además de un poco de nata, miel y *macarons*.

Cafeína y azúcar. Mi cerebro falto de sueño se volvió loco al verlo y me maldije a mí misma por no haber pensado en prepararme un café antes de sentarnos. El diminuto café americano que me había tomado esa mañana bien temprano ya lo tenía por los pies.

—Gracias —dijo Jackson—. Eso es todo.

Savannah desapareció con una sonrisa y yo volví a centrarme en el cuadernillo, mientras se me hacía la boca agua.

—Si no te preocupa nada más ahora mismo, podemos empezar.

En lugar de responder, Jackson deslizó la taza de la tentación hacia mí.

—Para ti.

Levanté la mirada hacia él y se me aceleró el corazón cuando la clavé en esos penetrantes ojos azules. ¿Cómo era posible que cada vez que lo miraba fuera más atractivo? ¿Acaso no tenía límite?

—Gracias —dije con voz ronca al tiempo que rodeaba la

apetecible taza con los dedos. Estaba delicioso. Intenso y oscuro, con una leve nota de cacao.

Que fuera tan considerado no ayudaba con la culpa que me estaba asfixiando.

Jackson me birló un *macaron* de color púrpura y le dio un mordisquito, esperando mientras yo me tomaba mi tiempo, saboreando los primeros sorbos del café. Ya me estaba empezando a mejorar el mal humor.

—Vale, bueno…, como hay tanta información pertinente que falta en nuestros datos originales, me gustaría que empezáramos completando eso —dije por fin, dejando la taza en la mesa—. Tendré que combinar tus respuestas con mis propias observaciones, de las que también hablaremos, para crearte un perfil nuevo y más preciso. Después de eso, podemos pasar al formulario estándar. ¿Alguna pregunta?

Negó con la cabeza.

Mientras jugueteaba con el boli, decidí salirme del guion por un momento.

—Soy consciente de que tu situación actual no es lo que se dice ideal, pero creo que… si me respondes con sinceridad, podría ayudarte de verdad. Puede que casarse no sea tan malo si encuentras a alguien que te guste, alguien con quien de verdad seas compatible, ¿me entiendes?

Me arriesgué a levantar la mirada hacia él, pero no fui capaz de descifrar su expresión.

—¿Qué te parece? —probé a decir. Era mi forma de expresar que estaba de su lado, pero no tenía claro si lo había entendido.

Al no saber qué más hacer o decir, decidí interpretar su silencio impasible como un «sí».

—Genial. —Repasé la primera pregunta de la primera página…

tres veces.

Dejé el boli en la mesa, lo volví a coger, bebí un poco de café.

—¿Vamos a empezar? —preguntó Jackson.

No. Sí. Claro. Tenía la primera reunión con Minerva al día siguiente, así que tenía que hacerlo.

Abrí la boca para articular la pregunta que llevaba un rato mirando. En vez de eso, sin querer, me volví a salir del guion.

—Esta semana me has comentado que algunos de estos temas te parecían invasivos. Si es así, si te pregunto algo que te haga sentir incómodo, entonces no tienes por qué responder.

No me hacía falta verlo para notar el cambio en su rostro, para sentir cómo ladeó la cabeza con curiosidad.

Me aclaré la garganta.

—Creía que era obligatorio que respondiera a todo —dijo.

Sí, bueno.

—Se me ha concedido el control creativo de todo el proceso y te estoy diciendo que no tienes que contestar las preguntas con las que te sientas incómodo. Trabajaré con los datos que tenga. —Después de una breve pausa, Jackson se inclinó hacia mí. De nuevo. Suspiré —. De verdad que tenemos que trabajar en lo de tu aversión a respetar el espacio personal de los demás.

—A ver qué opinas. Te daré una respuesta sincera a cualquier cosa que me preguntes.

Lo miré levantando una ceja.

—Pero…

—Pero algunas de esas secciones se dejaron en blanco por un motivo. Así que ¿qué te parece si te respondo a todo pero las privadas se quedan entre nosotros?

Maldito Jackson Sinclair y su voz seductora. Te juro que habría podido ponerme a tono con solo escucharlo hablar. Sobre todo si no

había dormido nada.

—¿Y qué se supone que hago yo con la información si no puedo utilizarla para encontrarte una esposa?

—Seguro que ya se te ocurrirá algo. —Me guiñó un ojo y sentí un torbellino de mariposas estallarme en el pecho.

Volví a clavar la mirada en el cuestionario. De forma permanente, en esa ocasión.



—De acuerdo. Última pregunta de esta sección. No apuntaste ningún instrumento en el primer formulario, pero tienes varios pianos de cola. ¿Sabes tocar?

Jackson señaló el *macaron* de fresa que había puesto frente a él. Era nuestro sistema: verde, se podía grabar; rojo, la respuesta era solo para mí.

—Sí —dijo—. Lo toco desde que tenía seis años.

Fruncí el ceño.

—¿Seguro que no quieres incluir eso? Todavía no tengo mucho con lo que trabajar con respecto a tus aficiones e intereses.

A Jackson le gustaba hacer dinero. Y luego le gustaba gastárselo.

Eso era, en esencia, todo lo que tenía.

—No es relevante. No toco para otras personas.

—De acuerdo. Vale. —Le di la vuelta a la página, solo para volver hacia atrás y asegurarme de que no me había saltado nada. ¿Ya estábamos en la sección de «Relaciones pasadas»? Qué rápido.

Jackson fue a por el *macaron* rojo en cuanto vio el título.

Suspiré.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda utilizar aunque sea una

sola pregunta de aquí?

—Lo dudo.

Lancé el boli a la mesa y estiré los brazos por encima de la cabeza. Llevábamos allí sentados más de cinco horas. Tenía todo el cuerpo agarrotado.

—Pues entonces nos la saltamos —propuse.

Solo porque no quería perder el tiempo. No porque hablar sobre la larga lista de impresionantes y exitosas exnovias de Jackson me apeteciera tanto como comerme un montón de chinchetas.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando se inclinó sobre mí para echar un vistazo al cuadernillo. Mientras estaba atento a las páginas, mis ojos rebeldes decidieron que tenían vía libre para repasar sus rasgos y lo hicieron sin pudor.

Era, sin lugar a dudas, perfecto. Incluso con la sombra vespertina cubriéndole esa mandíbula afilada y las leves ojeras bajo los ojos, era irresistible. Entendía por qué se habían derramado tantas lágrimas por él. Ahora que ya no tenía tanta rabia ni estaba tan quemada, podía entender cómo podía resultar tan destructivo.

El impulso de apartarme se enfrentaba con el que suplicaba el contacto. Quería pasarle los dedos por los pómulos, la mandíbula…, enroscarme la corbata en el puño y obligarlo a mirarme.

No hice nada de eso. Tan solo me quedé en esa zona gris intermedia como una cobarde indecisa.

Una cobarde indecisa a la que le encantaba su carrera y no podía arriesgarla por un beso.

—No quiero que se grabe ninguna de estas —murmuró Jackson con su suave acento, felizmente inconsciente de la confusión que causaba en mi ser—. De esta sección ni de las dos siguientes.

—Entonces solo nos queda… el formulario estándar…

Me quedé muda cuando me miró a los ojos. Fue como si se me

apagara el cerebro y no fuera capaz de encontrar el interruptor para ponerlo en marcha otra vez.

Alarmante.

En un montón de niveles fundamentales, era alarmante.

—Aun así, creo que deberíamos echarles un vistazo —dijo en voz baja. Como si eso, también, fuera solo para mí.

—¿Por qué?

—Puedes utilizarlo. Cuando estés… eligiendo a la siguiente candidata, puedes tener todo esto en cuenta. Es solo que no quiero meterlo en la máquina.

Estaba tan distraída que ni siquiera sabía si eso tenía sentido. En cuanto mencionó lo de emparejarlo con otra persona, formé un puño con los dedos y se me volvió a encoger el estómago como si algo en lo más profundo de mi ser gruñera de forma posesiva.

Muy alarmante.

—De acuerdo —dije, mientras esa Cosa que gruñía se hacía más grande, le salían garras y colmillos y desarrollaba la capacidad de escupir fuego—. Solo… comparte conmigo lo que quieras que tenga en cuenta para elegir a la próxima. Ya que, eh, ya has leído las preguntas.

Cuando me tembló la voz, perdí el último atisbo de profesionalidad que con tanto esfuerzo había intentado mantener. Aunque, por otro lado, teníamos la cara tan cerca el uno del otro que tampoco es que estuviéramos respetando ningún límite profesional. Tampoco en la forma en la que me miraba. Como si yo fuera algo que quisiera comerse.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó con delicadeza—. ¿Estarás cómoda si hablamos de todo esto?

—Es mi trabajo. —Me había pasado años tratando esos temas con clientes. Ese no debería ser diferente.

—A ver qué te parece esto. —Inclinó la cabeza hacia los *macarons* rojo y verde que había en la mesa, aunque sin apartar sus ojos de los míos—. Si en algún momento quieres parar, tan solo di «fresa».

Un montón de músculos al sur de mi profesionalidad se tensaron.

—¿Me estás adjudicando una palabra de seguridad?

Más tensión.

—No me importa si es tu trabajo. Si quieres parar, paramos.

—Vale —respondí con un susurro.

Y fue justo en ese momento cuando mi cerebro decidió recordarme que hacía un año que no me acostaba con nadie. Deslicé las manos por debajo de los muslos y carraspeé, para indicarle que debería empezar a hablar en vez de seguir mirándome. Captó la indirecta.

—En lo que respecta a mi historial de relaciones, dejarlo en blanco es correcto. —Hizo una pausa. Yo pestañeé—. Nunca he tenido una.

Quizá no debería haberme sorprendido.

Quizá eso debería haber tenido sentido, teniendo en cuenta lo que sabía sobre su aversión al amor romántico.

Aun así, me pilló por sorpresa y, en un instante de pánico, se me desencajó la cara. Ya había tratado con otros clientes que no habían tenido pareja en la vida, por supuesto. No era tan raro como cabría esperar. Sin embargo, esa información se facilitaba en las primeras fases del proceso.

Y, además, ninguno de esos clientes había sido el puñetero Jackson Sinclair.

—Vale. —Logré controlar mi expresión con una capacidad de reacción impresionante, dado lo cerca que estaba de mí.

En esa estúpida y atractiva cara se dibujó una estúpida y atractiva sonrisa.

—Vamos. Sé que tienes preguntas.

Un montón. Muchísimas.

Ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Crees que el amor romántico es una milonga emocional. Me cuadra.

En algún momento, había girado la silla en su dirección y él había girado la suya hacia mí. Estábamos cara a cara, con las piernas casi rozándose.

—¿Qué hay de ti? —Me rozó con suavidad la rodilla con la suya —. ¿Cuándo fue tu última relación?

—Esta entrevista no trata de mí.

—Pero me gustaría saberlo —dijo—. Si quieres contármelo.

¿Quería contárselo? Me daba la sensación de que estábamos peligrosamente cerca de cruzar otro límite profesional y no estaba segura de cuántos más podríamos cruzar sin que todo eso nos estallara entre las manos.

—Fue hace poco más de dos años —dije.

Insatisfecho con los pocos detalles que di, Jackson no dijo nada.

—No estaba listo para una relación estable, así que decidí que cada uno se fuera por su lado. —Algo sencillo y habitual. Nada muy emocionante. Oh, salvo que—: Él se comprometió con otra seis meses después, así que…

—¿No has salido con nadie desde aquello? —Parecía sorprendido de veras.

—No es que haya tenido un montón de tiempo libre en los últimos ocho, nueve meses. Y antes de eso… no sé. Supongo que no me interesó nadie.

—¿Cómo se llamaba? Tu exnovio.

—Lee.

—Lee es un idiota.

—Venga, por favor. —Solté una risita amarga.

—Lo digo en serio. —Se puso recto, un poco ofendido por mi reacción.

Puse los ojos en blanco.

—Vale. El hombre que cree que toda mi profesión es una broma y no cree en las relaciones también cree que mi ex es idiota por romper conmigo.

—Es que lo es.

Le lancé una miradita tan sarcástica que se puso hasta tenso.

—De acuerdo, mira. —Se pasó la mano por el pelo, arrimándose más a mí—. Te pido perdón por lo que dije sobre tu trabajo. En serio, fue de mala educación e inapropiado. Lo lamento. Para que quede claro, de verdad que no creo que tu profesión sea una broma.

Solté un bufido.

Solo echó más leña al fuego.

—Jamie, ayer te pedí que te casaras conmigo.

Se me aceleró el pulso.

—Eso no cuenta.

—¿Por qué?

—Porque uno, desde luego no ibas en serio. Y dos, era por conveniencia, no por amor.

Se le crispó la cara a medida que se sentía cada vez más insultado por mi certera valoración de la situación.

—Iba en serio —insistió—. Y, te repito, no tengo muy claro lo que tiene que ver el amor con el hecho de que nos casemos.

Levanté las manos.

—Tiene todo que ver. ¿Me estás vacilando? ¿Te haces una puñetera idea de lo horrible que es estar atrapado en un matrimonio

sin amor? La verdad, preferiría morirme.

Arrugó la frente.

—Preferirías morirte que casarte conmigo.

—No, a ver, no literalmente. Solo quiero decir… Ya sabes a lo que me refiero.

—No sé a lo que te refieres.

Suspiré.

—Tú y yo no queremos lo mismo. No vemos las relaciones del mismo modo. Yo amo el amor, Jackson. Tanto que lo he convertido en mi profesión. Si alguna vez me caso, será porque amo a esa persona lo suficiente como para querer compartir mi vida con ella. Eso es todo.

Es lo único que he querido desde que tuve la edad suficiente como para entenderlo. Aunque él seguía sin comprenderlo, a juzgar por cómo me miraba con el ceño fruncido.

—Vamos a continuar —probé a decir.

Había algo de obstinación en su postura que había aprendido a descifrar como que estaba dispuesto a presentar batalla hasta el final.

—No tengo claro si entiendes lo que supondría que nos casáramos.

—Así, de primeras, se me ocurre soledad, arrepentimiento, aburrimiento, insatisfacción, falta de realización. —«Perder mi carrera»—. ¿Se me pasa algo por alto?

La clara falta de entusiasmo al decirlo era para disuadirlo. Tuvo justo el efecto contrario.

Un brillo juguetón empezó a bailarle de pronto en los ojos, a juego con la boca.

—Te voy a dibujar una imagen más precisa, ¿vale? Solo para que decidas con toda la información necesaria.

—¿Si te digo que nada de lo que me digas hará que cambie de opinión, me escucharás?

—No creo.

—Vale, entonces, hagamos un trato. —Lancé el boli a la mesa, me crucé de brazos y me recosté en la silla—. Escucharé tu oferta, siempre y cuando escuches mi respuesta.

—Vale, pero vamos a hacerlo más interesante, ¿te parece? Seguiré adelante hasta que utilices tu palabra de seguridad. Si dices «fresa», me paro. Cualquier otra cosa me lo tomaré como una luz verde.

—¿Por qué no puedo decir tan solo «no»?

El poco sutil destello en su mirada me dijo todo lo que necesitaba saber.

—Lo que yo propongo puede ser mucho más divertido.

Era dominante, entonces. Entendido.

—Vale. —A mí me daba igual qué palabra utilizar para que parara, siempre y cuando lo hiciera—. Trato hecho, entonces.

¡Para qué dije nada!

24

Jackson insistió en que continuáramos la conversación en el despacho de su casa, mientras tomábamos algo. Dijo que «necesitaba tiempo para ordenar sus pensamientos y reforzar sus argumentos».

Yo le dije que menuda tontería. Sabía muy bien cuáles eran sus argumentos, solo quería cambiar de ubicación a algún sitio más cómodo y borrar mis inhibiciones con whisky, para que estuviera más dispuesta.

No pensaba dejar que funcionase. Pero eran las siete de la tarde, estaba agotada y lo de la copa no sonaba nada mal. Así que acepté.

Ese fue mi primer error.

El segundo fue dejarlo que se sentara a mi lado en el sofá, en vez de en cualquier otro sitio, de verdad, cualquier otro. Tendría que haberlo visto venir. Olía tan bien que me atontaba.

—Toma.

—¿Qué es eso? —Miré el líquido turbio que contenía el vaso que me pasaba. Tenía una impresionante capa de espuma sedosa en la parte superior.

—El mejor whisky sour del país.

En serio, de verdad, el ego de ese hombre no conocía límites. Di un sorbito con recelo.

«Mierda».

Soltó una risita, seguro que sabiendo lo que estaba pensando. No sabía si era el mejor whisky sour del país, pero desde luego sí era el mejor que yo había probado. Lo clavaba.

—Un buen punto a mi favor, ¿no? —bromeó mientras se sentaba a mi lado, demasiado cerca—. Imagínatelo, vuelves a casa tras un largo día de trabajo, agotada, y tu marido te prepara un cóctel mientras te desahogas.

No tendría un trabajo del que volver a casa si me casara con él, pero claro, bien. Asentí.

—Y si yo no estoy, estará tu personal.

Enarqué una ceja.

—Mi personal…

—De verdad que no te lo has pensado bien, Jamie. —Se giró en el sofá para mirarme a la cara, con el brazo colgando por el respaldo —. Un año de matrimonio y no tendrás que volver a mover un dedo en la vida.

Yo también me giré, así que ahora estábamos cara a cara.

—Te recuerdo que he rechazado todas tus anteriores ofertas econó…

—Si yo fuera tú dejaría de recordarme eso.

—¿Por qué?

Se inclinó para susurrar la respuesta como si fuera un secreto.

—Porque has conseguido despertar algo bastante extraño en mí. Cuanto más rechazas mi dinero, más… proclive soy a querer gastarlo en ti.

Parpadeé.

—Eso no tiene ninguna lógica.

—Lo sé. —Le dio un sorbo a la bebida—. ¿No querías una lista de mis gustos sexuales y fetiches? Ahí tienes el primero.

Mi tercer error fue preguntar:

—¿Te pone que la gente rechace tu dinero?

—No, Jamie. Me pone que tú rechaces mi dinero.

Se me colaron mariposas en el pecho. Me quedé sin oxígeno.

—Eso es… —«Absurdo. Inapropiado. Seguro que mentira»—. Para que lo sepas, los amigos no tienen fetiches relacionados con sus amigos, y si los tienen, se guardan esa información para ellos.

Ladeó la cabeza.

—¿Los amigos se besan como lo hicimos ayer?

—Pensaba que no íbamos a hablar más sobre eso.

—Dime que no te gustó y no lo volveré a mencionar nunca.

Abrí la boca. La cerré.

—Que me gustara o no no es la cuestión.

—Ah, bueno, pero en realidad sí que es la cuestión. Es mi siguiente argumento, de hecho. —Nos señaló a los dos—. Esto funciona.

—¿El qué funciona?

—Nuestros cuerpos. Está claro que se atraen.

¿Los sofocos con veintitantos son como para preocuparse? Porque últimamente estaba teniendo un montón.

—No estoy segura de que eso sea del todo preciso.

Solo fue un buen beso, «un» buen beso, en singular. No significaba que los siguientes fueran a ser de los que te dejan temblando.

Con una sonrisita burlona de oreja a oreja, Jackson se terminó el whisky, dejó el vaso vacío y me tendió la palma de la mano.

—Dame tu mano.

—Estoy bien. Los amigos no suelen cogerse de la mano.

Se rio entre dientes.

—Sígueme el rollo un segundo, por favor.

Di un sorbo al cóctel, extrañamente nerviosa, y puse los dedos en su palma.

Ese fue mi cuarto error.

Su mano envolvió la mía, provocándome un cosquilleo en la piel que no tenía nada que ver con el alcohol. Entonces hizo algo que no hubiera previsto en un millón de años.

Jackson Sinclair se llevó mi mano hacia el pecho. Hacia el corazón.

Hacia su corazón acelerado.

—Ahora, siente lo que pasa cuando hago esto. —Sin previo aviso, se inclinó y me dio un suave beso en la mejilla.

Todo mi cuerpo entró en combustión.

Su pulso se aceleró bajo mi palma.

—¿Lo notas? —Su cálido aliento me acarició la piel, provocándome un escalofrío—. Le gustas.

Me puse tensa. Parpadeé.

—Yo… ¿Disculpa?

No sabía lo que estaba diciendo. Desde luego que no entendía cómo se podía interpretar la frase «a mi corazón le gustas».

—Le gustas a todo mi cuerpo.

—Jackson… —Eso ya se pasaba de la raya. Habíamos cruzado otra línea y la verdad es que no sabía cómo íbamos a poder volver atrás.

—Utiliza la palabra de seguridad, Jamie. —Pestañeé cuando me rozó la mandíbula con los labios.

Quería utilizarla, de verdad. Por eso, de entrada, abrí la boca. Pero entonces me mordisqueó el lóbulo de la oreja justo cuando estaba a punto de articular la palabra y lo que me salió fue un gemido.

—Dila —me exigió de forma irracional—. Mándame a la mierda.

Lo habría hecho si hubiera dejado de mordisquearme la piel de esa increíble manera durante un segundo. Era tan… perturbador. Y agradable.

Muy muy muy agradable. ¿Por qué era tan agradable?

Antes incluso de percatarme de lo que había pasado, ya no tenía el vaso vacío en la mano, Jackson me había pasado ese brazo tan fuerte por la cintura y yo estaba sentada cómodamente en su regazo.

Ah, y seguía con la mano pegada a su acelerado pecho.

—¿Tan malo es? —bromeó—. ¿Tan terrible sería un año de esto, Jamie?

—Esto es… tan inapropiado.

—Ya sabes qué hacer para pararlo. —Me rozó la oreja con la nariz y me estremecí contra su cuerpo.

Debería haber insistido en tener esa conversación en su despacho. Había cometido tantos errores, uno tras otro y tan rápido…

—Sigue contándome eso de que no quieres mi dinero, para que pueda explicarte bien cuánto te mimaría si fueras mi esposa. —Me plantó un beso ardiente en el cuello y luego mordisqueó el mismo punto con los dientes—. No tendrías elección. Lo incluiría en el contrato matrimonial. No tendrías permitido decirme que no te comprara cosas.

Para que conste, no había sido mi intención desarmarlo de esa manera.

—Jackson…

—No he terminado. —Cuando se apartó para mirarme, tenía los ojos tan dilatados que parecían negros y el corazón desbocado contra mi mano. Era la hostia de excitante—. Tendrías tu propio personal, te regalaría apartamentos, ropa, acciones. Disfrutarías de

seguridad financiera para el resto de tu vida. ¿Qué más podrías querer?

—Yo… —No sabía qué decir.

—¿Ves? —Esos ojos oscuros se clavaron en mi boca—. Es un trato fantástico, así que acéptalo.

Tragué saliva.

—No.

Con un gruñido de frustración, me arrimó contra él, justo sobre su erección salvaje. Me provocó una corriente eléctrica en el cerebro.

—¿Qué más quieres?

—Nada. No me voy a casar contigo.

Yo jadeaba. Él jadeaba. No quedaba oxígeno en toda la casa.

Se humedeció los labios, se le enrojecieron las mejillas con… rabia o lujuria. No estaba segura.

—Entonces di la palabra.

—No. —Esta réplica rebelde se me escapó antes de poder evitarlo. Había algo increíblemente emocionante en no darle a Jackson justo lo que quería.

Era como estar al borde de un acantilado sin arnés. O jugando con fuego.

Su mirada era casi salvaje. Aun así, no podía contener del todo la sonrisa por mucho que lo intentara.

—¿Te gusta provocarme, Jamie?

Sin esperar la respuesta, deslizó un poco demasiado arriba la mano por mi falda, arrugando la tela.

«Ostras, vaaale».

Justo entonces, hubiera sido el séptimo momento más perfecto para detener esa espiral destructiva en la que nos habíamos metido.

—Te he hecho una pregunta. —Subió un poco más y más, desarmándome con delicadas caricias—. ¿Te gusta provocarme?

—No sé de lo que estás hablando.

—¿Ah, no?

—Hummm. —Sacudí la cabeza con inocencia, aferrándome con desesperación a su camisa. Las uñas le iban a dejar marcas permanentes en la impoluta tela.

—Decirme que tengo la personalidad de un huevo duro… Llamarme predecible… Negarte a obedecer las órdenes más sencillas…

—Te va lo de ser dominante, lo pillo —dije entre jadeos. Tenía los dedos peligrosamente cerca de descubrir lo mucho que no detestaba todo aquello.

—¿Sí?

—Normal, viendo lo maniático del control que eres.

Soltó una risita sombría.

—Eres tan cruel, joder.

Yo también me habría reído si él no hubiera elegido justo ese momento para rozar el borde de mis bragas empapadas con el dedo. Contuve el gemido que me atravesó el pecho justo a tiempo.

—Abre un poco más las piernas para mí, Jamie. Me gustaría tentarte en condiciones. —Siguió rozando la costura de mi ropa interior con los dedos, inundándome de lujuria oscura y fuego líquido.

Ahí se acababa todo. Si le hacía caso, sería una clara indicación de que quería hacerlo. Sería como decirlo sin decirlo.

—Venga. Enséñame lo buena chica que puedes llegar a ser.

«Joder».

Quién hubiera pensado que a Jackson Sinclair, precisamente, le iba lo de decir guarradas. Y lo de provocar.

Separé un poco los muslos mientras mi último atisbo de racionalidad se convertía en deseo.

—Eso es —ronroneó—. Qué gusto te va a dar cuando por fin te pueda tocar como es debido, ¿no?

Gemí cuando acercó un nudillo a mi hendidura y lo presionó sin piedad contra mi clítoris. Incluso a través de la tela de algodón, la descarga de placer fue lo bastante intensa como para que me estremeciera.

—Chisss —dijo Jackson—. Cosita ansiosa. Si nos casamos, te tendré que follar con frecuencia, ¿no?

Quería señalar que él me había dicho expresamente que no iba a tener relaciones sexuales con su mujer, pero mis palabras se convirtieron en un gemido desesperado cuando me pellizcó el clítoris por encima de las bragas.

Luego lo volvió a hacer, con más fuerza esta vez.

Solté un grito ahogado.

«Madre mía».

—Vamos a volver a repasar las normas, ¿vale? —Jugueteaba con los dedos por el interior de mis muslos, que ya estaban húmedos, dejándome una línea de fuego sobre la piel—. ¿Qué tienes que decir si quieres que deje de hacer lo que estoy haciendo?

—Fresa —logré responder.

—¿Y qué pasa si en vez de eso me dices «no»? ¿Qué ocurre si me ruegas que pare sin utilizar tu palabra especial?

Tragué saliva con los muslos temblando.

—Que seguirás haciéndolo.

—¿Estás de acuerdo con esos términos? —me provocó, besándome en la mandíbula.

No debería haber querido. No solo era un cliente, sus «términos» deberían haberme asustado y hacer que quisiera alejarme de su regazo y salir corriendo. En realidad era una enorme *red flag* andante.

Pero nunca en mi vida había estado tan excitada.

—Sí.

Se le aceleró el pecho contra mi mano y soltó un fuerte suspiro.

—Buena chica.

Pestañeé.

—¿Sabes lo que he querido saber desde la primera vez que me insultaste? —Seguía recorriéndome los muslos con los dedos, estimulando la piel sensible con ligeros roces—. A ver si lo adivinas.

No tenía la lucidez ni la coherencia suficientes ni de lejos como para hacer eso.

—Dímelo.

Se volvió a humedecer los labios y casi me desmayo.

—Me moría por saber si tu coño es tan precioso como el resto de ti.

Tenía un acento tan sexi, una voz tan grave. Me volvía loca.

Tuve que cerrar los ojos un instante para recuperar la compostura. Cuando los volví a abrir, me observaba con esa sonrisita malvada y burlona dibujada en su preciosa boca.

—¿Me lo enseñarás? —murmuró.

No podía ir en serio. Quería que… En realidad, no sabía bien lo que quería que hiciera.

—Levántate —me ordenó en voz baja.

—Podría entrar alguien.

—Le he pedido al personal que se mantenga alejado de esta ala y se han apagado las cámaras de seguridad. Ya te dije que no me gusta compartir, Jamie. Eres solo para mis ojos. Y ahora… levántate. Enséñame lo bien que se te da seguir instrucciones.

El corazón me latía con tanta fuerza que me sentía mareada. Tras unos segundos de indecisión, me levanté despacio, temblando, y me quedé de pie entre sus rodillas.

—Buena chica. —Se le movió la garganta cuando tragó saliva mientras me repasaba con la mirada. Puso la mano en el generoso bulto de sus pantalones—. Súbete la falda.

Sus órdenes estaban empezando a activar un botón muy concreto de mi subconsciente y la excitación que me provocaban no se parecía a nada de lo que hubiera experimentado hasta entonces. Hice lo que me dijo, remangando la falda con dedos temblorosos hasta que la tela me llegó a la cadera.

Jackson se apretó por encima de los pantalones con la mirada turbia y el pecho subiendo y bajando por los jadeos. Como si le afectara todo eso lo mismo que a mí. Aquello era, con toda probabilidad, lo más excitante que yo había presenciado hasta la fecha.

—Ahora… apártate las bragas a un lado y muéstrame lo preciosa que eres.

La Jamie no cachonda me iba a odiar. Me avergonzaría y renegaría de eso durante el resto de mi puta vida. Estaba segura de ello y aun así seguí adelante y lo hice.

Con la respiración entrecortada, aparté la oscura tela empapada a un lado.

Se le dilataron las pupilas.

Estaba bastante segura de que esperaba que le dijera que no, que me resistiera. Mi docilidad le arrancó un gruñido de placer del fondo del pecho y se acarició otra vez el bulto, sacando de nuevo la lengua para humedecerse los labios.

—Enséñamelo bien, Jamie. Déjame ver ese precioso clítoris.

Se nos había ido de las manos. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo ni de por qué lo hacía. Solo sabía que me estaba encantando. Había un poder real en eso, en tener a alguien mirándote… así. Puede que Jackson fuera el que daba las órdenes,

pero estaba tan indefenso como yo ante todo aquello. Parecía perdido, aturdido, del todo concentrado y distraído al mismo tiempo.

Cuando con delicadeza me separé los labios para él, gruñó, moviéndose en el sofá mientras un pequeño punto de sus pantalones hechos a medida se oscurecía con lujuria.

Yo tenía las rodillas a punto de desmoronarse.

«Como tu carrera».

Parpadeé, mientras el pánico me invadía el pecho. Pero mis pies seguían firmes en su sitio.

—Joder, sí que estás siendo una chica buena. —Su voz era grave, firme y sin aliento. Casi como si le doliera—. ¿Quieres que siga con mis argumentos mientras sigues ahí de pie fingiendo que no es todo lo que deseas? ¿O crees que te delatará tu coño?

No era capaz ni de formar una sola palabra, ya no digamos una frase entera.

—Me gustaría que me respondieras. ¿Hablamos de cuánto te mimaría si fueras mi mujer? ¿De cómo te compraría diamantes solo para poder follarte con ellos puestos? —Si se humedecía los labios una vez más me iba a dar un ataque al corazón—. Haría que fueras la envidia de todas las mujeres del mundo, Jamie, incluso en contra de tu voluntad. Y con un clítoris tan dulce… La de maneras con las que podría torturarte. Estarías tan preciosa maniatada para mí, ruborizándote y suplicando piedad con todos esos diamantes alrededor del cuello. Te volvería loca de placer.

Me contraje por dentro. Y fue evidente, por la sonrisita diabólica que me gané.

—¿Te gustaría eso? ¿Te gustaría que te atara y que estuvieras a mi merced? —Como no respondí, dijo—: ¿Y si te obligara a elegir el juguetito con el que te torturaría cada noche? ¿Y si te hiciera esperarme en la cama, tenerte al teléfono mientras te llevas al borde

del orgasmo y ruegas a tu marido que vuelva pronto de trabajar?

Otro gemido. Otra contracción. Me estaba mojando los muslos.

Se dio cuenta.

—¿Debería ofrecerte un avance de cómo serían las cosas si fueras mi esposa? ¿Qué opinas?

Cada vez que decía «esposa», se me contraía el estómago. No dejaba de decirlo con un tono posesivo y eso le encantaba al monstruito lujurioso que había despertado en mí.

Entonces se inclinó hasta que tuvo la cara a escasos centímetros de mi clítoris palpitante.

—Joder, es que mírate, abriéndote para mí. Eres preciosa por todos lados. —En su voz había suficiente fascinación y alabanza como para que me durara toda una vida—. Te estás mojando todos los muslos, preciosa. Menuda agonía.

Tenía el cerebro tan cargado de una electricidad ardiente que mi nivel de comprensión se había reducido al puto mínimo, pero estaba bastante segura de que me acababa de llamar «preciosa».

Y todavía estaba más segura de que al oírlo me había vuelto a contraer por dentro. Me abrasaba por dentro.

Jackson pasó dos nudillos por el interior de mi muslo, recogiendo la viscosa evidencia de mi lujuria.

—Lo que daría por que fuera mi esencia la que se derramara de ti de esta forma… No tienes ni puñetera idea. Se está convirtiendo a pasos agigantados en otro de mis fetiches.

La imagen me golpeó como una bola de fuego y me empezó a dar vueltas la cabeza.

—¿Qué opinas, preciosa? ¿Quieres saber lo que se siente al recibir toda una carga de mi esencia en tu coñito perfecto? —Ladeó la cabeza cuando gemí, volviendo a pasar los nudillos sobre mi piel resbaladiza—. Como sigas haciendo esos ruidos, van a ser dos

cargas, cariño. A mi polla le gustan demasiado. ¿Crees que tu precioso coñito aguantará si me lo follo dos veces en una sola noche?

Antes de que siquiera pudiera pensar en convencerme de que no, ya estaba moviendo la boca:

—Estoy tomando anticonceptivos. Me he hecho pruebas y todo eso. —Traducción: SÍ. POR FAVOR.

A él no le hizo falta responderme. Charmed exigía a sus clientes que se hicieran pruebas cada tres meses. Los resultados de Jackson figuraban en su expediente. Limpio hacía dos semanas.

—¿Y si soy un poco duro contigo? —me provocó—. ¿Crees que soportarás que te inmovilice y te folle con fuerza? ¿Podrá tu coño con ello?

Era como si fuera transparente. Estaba dándoles a todos mis botones secretos, uno por uno.

—Sí.

—Buena chica.

El poco oxígeno que había conseguido introducir en los pulmones salió de golpe cuando se metió los nudillos en la boca y se lamió mi excitación.

Y el cabrón gruñó al hacerlo, cerrando los ojos un momento como si estuviera en éxtasis.

—A puto melocotón —murmuró con voz grave, volviendo a por más.

¿Me iba a morir allí? Porque esa era la sensación que tenía.

—Joder, me muero de ganas de lamerte el clítoris. —Se recolocó mientras volvía a pasarse la lengua por los dedos, limpiándolos de nuevo. El pequeño punto que le calaba los pantalones se había extendido—. Estás toda hinchada y húmeda para mí, cariño, casi rogándome que te torture.

Perfecto.

Genial.

Entonces ¿por qué no lo estaba haciendo?

—¿Quieres eso? ¿Quieres mi lengua en tu coño, un pequeño avance de todo lo que te mimaría si fueras mi mujer?

—Mmm —dije en lugar de responder. No estaba segura del todo de seguir siendo capaz de hablar.

Jackson chasqueó la lengua.

—Tienes que responder las preguntas si quieres que te vuelva a tocar.

Tragué saliva en un intento de evitar que se me quebrara la voz al responderle.

—Sí.

—¿Sí qué, cariño? ¿Qué es lo que quieres? Dímelo.

¿En qué universo se imaginaba que sería capaz de hilar tantas frases seguidas mientras me miraba de esa manera? Traté de centrarme, de ordenar mis pensamientos para poder crear algo coherente con ellos, pero mi cuerpo quería un montón de cosas diferentes al mismo tiempo. Jackson había roto una especie de presa de perversión en mi mente que ahora barría todo mi ser.

Quería demasiadas cosas y no sabía cómo expresarlas.

«Entonces, ¿por qué no se lo muestras?».

Eso… Eso podía hacerlo.

Me mordí el interior de la mejilla y me arrodillé frente a él. Dejó escapar un suspiro al verme, con los ojos vidriosos de puro deseo.

—¿Y si en vez de eso te lo muestro? —susurré.

Me levantó la barbilla y esbozó media sonrisa con el lateral de esa boca tan preciosa.

—Puedes hacer lo que quieras. Las esposas mimadas no suelen escuchar la palabra «no» demasiado a menudo, Jamie. Más vale que

te acostumbres.

Era como si hubiera cruzado una especie de barrera invisible y pasado a una realidad alternativa en algún momento de la semana anterior. No solo era que Jackson Sinclair tratara de convencerme de que me casara con él, es que el que lo hiciera también me estaba empezando a poner.

En plan… muchísimo.

Saqué la lengua mientras recorría esos muslos fuertes con las manos. Cuando llegué a los abdominales le di un pequeño empujón. Era como intentar mover una roca. Se rio entre dientes, obedeciendo mi orden silenciosa. Cuando dio con la espalda en el sofá, me incliné y le planté un dulce e inocente besito en la base de su erección.

Se le escapó del pecho un sonido grave de puro placer. Me apartó un rizo de la frente y se deslizó para arrimarse, facilitándome el acceso.

Cogí confianza y seguí besándolo por encima de la tela, cubriendo el impresionante tamaño de su miembro hasta que llegué a ese húmedo lugar de deseo. Y entonces lo lamí.

Inhaló aire de forma brusca, con fuerza, sorprendido.

Me miró boquiabierto, arrugando el ceño como si no se pudiera creer lo que acababa de hacer. Así que me incliné de nuevo y volví a besar el mismo punto, antes de entreabrir los labios y succionar sobre la tela.

—Joder… —Echó la cabeza hacia atrás y luego, al momento, me volvió a mirar boquiabierto, como si se hubiera dado cuenta de que no quería perderse ni un solo segundo de la escena.

Busqué con los dedos la cremallera con deseo. Quería tomarlo en mi boca y chupársela hasta volverlo loco, pero… ¿y si antes lo calentaba un poco más?

Con una sonrisita traviesa, volví a pasar la boca sobre él,

dándole besitos y pequeños lametones hasta que empezó a jadear y tuvo la mirada anegada de deseo.

—Vale, basta, solo… —Se interrumpió con un sonoro gruñido cuando giré la cabeza y le arañé con los dientes todo lo largo que era su pene, provocándolo a través de la tela.

»Jodeeeer.

Cuando llegué a la punta y le presté un poquito más de atención, arqueó las caderas. Tenía los puños blancos apretados contra el sofá de terciopelo oscuro.

Ese no había sido el plan. No tenía previsto calentarlo durante tanto rato. El objetivo de hacerlo era mostrarle lo que quería, no derretirle el cerebro. Pero… ¿y si seguía hasta que explotara? ¿Cuánto podría aguantar antes de que me inmovilizara contra el sofá y me follara como si fuera una venganza implacable?

Con solo pensarlo se me contrajeron las entrañas y me subió un escalofrío hasta el pecho.

Estiré la mano hacia el cinturón y lo desabroché mientras seguía besándolo. Tenía los muslos en tensión debajo de mí y respiraba de forma entrecortada. Se quedó sin aliento cuando bajé la cremallera y luego otra vez cuando le bajé los calzoncillos y… «la hostia».

Tenía una polla preciosa.

Sip. Ya era oficial, ya sabía cómo era la polla de Jackson Sinclair, y era preciosa. Larga, gruesa, con la curvatura perfecta y coronada con una cabeza regia. Como el resto de él, también era enorme. Nunca había estado con nadie así de grande. Lo más probable es que me fuera a doler.

Con esa idea excitante en mente, la agarré con suavidad y la dirigí con delicadeza hacia mi boca. No la sujetaba, no pensaba darle ni eso. Solo un leve roce con los dedos para colocarla donde yo quería.

—Jamie.

Lo ignoré y lo besé con suavidad en ese punto sensible justo debajo del glande, luego lo acaricié con la punta de la lengua.

Suspiró con fuerza. Ya estaba goteando, qué satisfacción.

—Ya sé lo que estás haciendo. —Su voz apenas era humana, de lo grave y ronca que sonaba.

—¿Qué estoy haciendo? —pregunté como si nada, fascinada por el perlado líquido que se escurría por su mango. No quería desperdiciarlo y lo lamí, casi ronroneando cuando su salado sabor masculino me acarició la lengua.

Había perdido la cabeza por completo, tanto que ya ni me reconocía a mí misma.

Más líquido. Esta vez, fui directa a la fuente y se lo chupé de su precioso glande.

—Joder. —Se arqueó por instinto, tratando de obtener más placer en mi boca. No se lo permití, pero le lamí la hendidura que goteaba con la punta de la lengua. Eso le arrancó un sonido de placer que me llegó directamente a la parte primitiva y reptiliana del cerebro.

Las pocas reservas que me quedaban sobre lo que estábamos haciendo se rompieron en mil trocitos como un pedazo de pan seco. Empecé a darle suaves lametazos y besos con la boca abierta por toda la polla, asegurándome de atrapar hasta la última gota de la esencia que había logrado sacar de él. Cuando me centré en las bolas, se le agotó la paciencia.

—Basta. —Era una orden.

—Creía que habías dicho que podía hacer lo que quisiera —lo vacilé—. Esto es lo que quiero.

El rugido que se le escapó se convirtió en un jadeo cuando lo volví a chupar con delicadeza. Era la hostia de adictivo. Jackson

Sinclair, uno de los hombres más ricos y poderosos del mundo se estaba desmoronando frente a mí y lo único que estaba haciendo era calentarlo con suaves lametones.

—Jamie… —Estaba a punto de perder el control. Tenía las mejillas rojas; los ojos, vidriosos, y cada vez que lo lamía, expulsaba un poquito más de su líquido por mí. La experiencia más excitante de mi vida.

—Por favor, no me obligues a parar —le supliqué con delicadeza —. Me gusta saborearte así.

—Entonces abre la boca y hazlo como hay que hacerlo.

Nop. Así me parecía mucho más divertido.

—¿De verdad que es así como quieres jugar a esto? —preguntó.

Sí. Así era.

—Última oportunidad. Abre la boca. —Su voz había adquirido un peligroso tono sombrío. Me encantaba—. Incluso me correré en tu preciosa garganta como recompensa y te follaré con el doble de fuerza como castigo.

«Nop».

Lo lamí despacio antes de pasar la punta de la lengua por la vena que se asomaba y le recorría…

Con un gruñido entrecortado, Jackson me agarró del pelo y me apartó la cabeza de su polla. No me dolió, pero lo hizo con la fuerza suficiente como para hacerme temblar.

En un abrir y cerrar de ojos ya estaba sobre el sofá, inmovilizada contra los cojines como había querido. Pero en lugar de apartarme las bragas a un lado y embestirme para vengarse, me las quitó, enganchó los brazos por debajo de mis muslos, me sujetó en el sitio y empezó a darme con la lengua.

Solté un grito ahogado, arqueando la espalda por la sensación. No quería perder el tiempo. Para nada.

No me provocó con lametazos ni besos prometedores. Fue directo al clítoris y lo chupó con fuerza con esa boca ardiente, gruñendo de placer cuando consiguió lo que quería.

Enseguida me tuvo jadeando y retorciéndome contra él, entrando en una espiral de placer que me llevó al borde del orgasmo a una velocidad increíble. Necesitaba que bajara el ritmo.

—Jackson. Yo…

Su gruñido de placer vibró contra mi clítoris, haciendo que empezara a ver borroso. Me lamía y chupaba como un hombre hambriento y… tardó menos de un minuto. Grité cuando llegó el orgasmo y lo agarré del pelo con los puños bien cerrados mientras se me curvaba la espalda y el mundo no dejaba de dar vueltas.

«Hostia. Hostia puta».

Vi las estrellas. Parpadeaban y bailaban y me recorrían la piel y nunca antes en toda mi vida había sentido un orgasmo de tal intensidad. Se me estremeció todo el cuerpo al correrme. Me quedé sin aliento, se me hizo un nudo en la garganta, me sacudió un escalofrío por todo el estómago. ¿ASÍ es como se suponía que era un orgasmo? ¿Cómo cojones lo había estado haciendo mal tanto tiempo?

¿Y por qué cojones no paraba Jackson?

No bajó el ritmo, no se detuvo para respirar, ni siquiera vaciló. Siguió con los brazos enganchados a mis muslos, abriéndolos bien para poder seguir devorándome sin interrupción.

La hipersensibilidad se notó en cuestión de segundos.

—Jod-Jacks, mierda, paraparapara.

No hizo tal cosa.

Y… me encantó. Ya se había convertido en mi juego favorito.

Me follaba con la lengua, gruñendo como si lo estuviera disfrutando demasiado como para pensar en pararse. En un

momento dado, se había bajado del sofá y ahora estaba de rodillas frente a él, moviéndome las caderas para poder follarme mejor con la boca.

Intenté apartarlo, pero era como intentar mover un muro de ladrillo. Incluso arrodillado como estaba, seguía siendo tan intimidante, tan imponente, tan increíblemente poderoso y sexi.

Tenía los ojos clavados en mi rostro, disfrutando de cada pizca de placer y agonía que me infligía con la boca mientras yo no dejaba de retorcerme y gimotear para quejarme. Jugaba con mis deseos más oscuros y profundos, ya que sabía que no se iba a parar hasta que yo no utilizara la palabra de seguridad.

Muy pronto, el dolor volvió a convertirse en placer y de mis desganados intentos de apartarlo pasé a cogerlo del pelo otra vez con los puños, arrimándolo más mientras frotaba las caderas contra su boca con un deseo desvergonzado. Qué bien se le daba. Nunca había estado con un hombre que dominara tanto lo oral.

—La hostia, Jackson, esto es… Voy a… otra vez.

El hormigueo ya se iba extendiendo, estremeciendo todo mi ser mientras trataba de respirar. Fue tan intenso como el primero y me obligó a retorcer y contorsionar mis extremidades en un éxtasis insoportable.

No me podía creer lo que me había estado perdiendo. Me iba a tener que buscar juguetes mejores.

Gritaba su nombre, jadeando y temblando por las incesantes réplicas con las que me atormentaba su lengua.

Pero de nuevo, no paró. Me seguía lamiendo el coño, no dispuesto a desperdiciar ni una gota de mi orgasmo.

Volví a intentar apartarlo, en parte porque físicamente no podía aguantar la tortura y en parte porque sentirme indefensa contra esa firme forma de agarrarme me ponía todavía más cachonda. Por lo

visto, me gustaba bastante todo eso del desequilibrio de poder. Quién cojones se lo hubiera imaginado…

Me mordió el clítoris.

Lo chupó.

Lo mordió de nuevo.

Le dio golpecitos con la lengua, gruñó, y yo ya estaba perdida otra vez.

Grité, se me llenaron los ojos de lágrimas mientras se me tensaban los músculos, con cierto dolor esta vez. Era una pasada de la hostia. Incluso el dolor era increíble. Aumentaba el placer, me derretía por dentro hasta convertirme en un puro estremecimiento, hacía que me faltara el aliento y que suplicara piedad entre gritos ahogados.

Los ruegos solo lo animaron aún más. Hicieron que se volviera más hambriento e implacable, no menos. Así que, como es obvio, seguí rogando.

—Jackson, por favor. Porfavorporfavorporfavor. Joder. Por favor. No puedo. —No podía.

Y aun así, pude.

Me atravesó otro orgasmo, haciéndome llorar con más dolor, más placer y, la hostia, de verdad que esa noche me iba a morir. Por voluntad propia y por los numerosos orgasmos que la retorcida y voraz boca de Jackson Sinclair me había provocado.

Ni siquiera sentía la tentación de utilizar la palabra de seguridad. Había algo tan fascinante y placentero en todo aquello que hacía que mereciera la pena la agonía. Tal vez porque yo no era la única que estaba a merced del placer.

Jackson me devoraba como si lo necesitara. Estaba tan descontrolado como yo y eso era lo que hacía que fuera tan fascinante.

Lo miré parpadeando, tratando de enfocar la vista de nuevo. Me observaba con una concentración tan salvaje e intensa que me quedé sin aliento. Hundí los dientes en el labio inferior, tirando de él mientras empezaba a menear las caderas de nuevo.

Iba a recordar esta misma imagen cada vez que cogiera el vibrador durante los próximos… durante el resto de mi vida. Jackson Sinclair de rodillas, con los bíceps en tensión mientras se enganchaba a mis muslos para abrirme las piernas para poder lamer y chupar a placer.

Gemí su nombre, gozando del sutil efecto que ejercía en su actitud corporal. Empezó a lamer más rápido, me miraba más de cerca obligándome a abrir las piernas aún más. No tenía palabras para describir lo deseada y atractiva que me hacía sentir. Estaba embriagada.

Perdida en la sobrecogedora intensidad del momento, bajé las manos y utilicé los dedos para abrirme para él como lo había hecho antes. Lo hice sin pensar, queriendo que le gustara y haciéndole saber el placer que me estaba dando. Que podía tomar de mí todo lo que quisiera.

Perdió la puta cabeza.

Sacudió las caderas contra el sofá, empujándolo hacia atrás mientras un gruñido indómito le desgarraba los pulmones. Algo retumbó, algo se hizo añicos y él no pareció percatarse. Me empujaba con la lengua con un deseo salvaje y me empezaba a agarrar con tanta fuerza como para dejarme algún delicioso moratón en la piel. Merecía la puta pena.

—Jackson…

Se estremeció con un gruñido grave y desgarrador, cerró los ojos un instante y empezó a moverse de una forma salvaje, con más desesperación. Era tan excitante. Estaba a punto otra vez… muy

muy cerca. Solo… un poco…

Me corrí contra esa lengua ardiente con un grito entrecortado y él volvió a la carga, tensando los músculos mientras me lamía hasta dejarme sin sentido. Y luego se estremeció de nuevo contra mí, con gruñidos ahogados mientras se retorcía una y otra y otra vez.

Duró una eternidad.

Hasta que, por fin, paró y apartó la boca.

Había acabado conmigo. Ya solo era un montón de carne sin fuerzas que gemía y balbucía aturdida.

—Joder… —dijo con un suspiro, aflojando por fin las manos mientras dejaba caer la cabeza en mi estómago. Estaba jadeando—. La hostia…

Nos quedamos así unos minutos. O tal vez fueron horas. Ya no sabía la diferencia y tampoco es que me importara.

—Jamie.

—¿Mmm?

—¿Estás bien?

No. Me había hecho polvo. ¿Cómo se supone que me iba a poder acostar con otro hombre sabiendo que nunca sería, que nunca podría, estar a la altura de lo que acababa de experimentar?

Un escalofrío desagradable me recorrió los brazos y las piernas cuando Jackson se levantó, llevándose de forma egoísta todo el calor con él. Estaba demasiado dolorida y sensible como para cerrar los muslos, así que se quedaron abiertos mientras él me agarraba la cara y la volvía hacia él.

—¿Estás bien?

Lo miré con languidez, parpadeando, y me costó enfocar la vista. Tenía toda la boca y la barbilla cubiertas de mi excitación, el pelo revuelto, los ojos entornados y vidriosos.

«Qué sexi…».

—Jamie, necesito saber si estás bien.

Ahora iba, joder. Reuniendo hasta la última molécula de energía que me quedaba, me obligué a tragar saliva.

—Muy bien.

Despacio, esbozó una sonrisa arrolladora con esa retorcida y talentosa boca.

—Te ha gustado, ¿no?

—Mmm —confirmé. Era muy probable que no fuera capaz de volver a moverme o a hablar en la vida.

—Vamos, preciosa. Vamos a limpiarte.

Ya, no iba a poder moverme… oh. Daba igual. Estaba haciendo todo el trabajo por mí, cogiéndome en brazos y levantándome del sofá. Qué atento. Se lo agradecería en mi próxima vida, en cuanto recuperara la capacidad de hablar.

Iba hecha un ovillo como un gatito adormilado mientras me subía por las escaleras, abrazándome contra su pecho al tiempo que me susurraba palabras tiernas al oído.

Era una chica tan buena.

Una chica preciosa.

Lo había hecho tan bien.

Estaba tan contento conmigo.

Ahora iba a cuidar muy bien de mí.

Me lo merecía.

25

—Jamie.

Seguía con los ojos cerrados, respirando con placidez, relajada del todo.

Jackson me apartó un mechón de pelo de la cara y me acarició la sien con los dedos mientras me besaba con suavidad en el hombro. Teníamos las piernas enredadas bajo las sábanas y mi espalda estaba contra su pecho, ya que me envolvía de forma posesiva con el brazo.

No me había vestido después del baño que me dio la noche anterior, así que, a diferencia de él, estaba completamente desnuda. Era el paraíso y en cuanto abriera los ojos, se acabaría.

—Sé que estás despierta. —Otro beso suave y tierno. Este en el cuello, justo sobre mi pulso agitado.

—No lo sabes. Es solo una teoría.

La calidez de su risa me alcanzó lugares a los que no debería ser capaz de llegar. Con un suspiro hondo de satisfacción, presioné el culo contra la tremenda erección que se apreciaba bajo su chándal.

Soltó un gruñido, yo sonreí. Me mordisqueó la oreja, empujé con más fuerza y me contoneé…

En un segundo ya estaba otra vez de espaldas, riendo nerviosa mientras Jackson me inmovilizaba las muñecas, me apartaba los

muslos con las rodillas y me atacaba el cuello.

—Abre los ojos —me exigió con voz ronca—. Tenemos que hablar.

—Cinco minutos más —le supliqué en bajito.

Me concedió el deseo. Mantuve los ojos cerrados mientras me mimaba con besos tiernos por el cuello, la clavícula, el pecho, el estómago, los muslos…

—Jamie. —Justo cuando terminaron los cinco minutos. Estaba segura de ello—. Estás despatarrada y desnuda frente a mí y no tengo tanto autocontrol. Tenemos que hablar antes de que vuelva a bucear con la lengua en ese coñito dulce otra vez.

Cerré los puños en torno al suave algodón egipcio cuando su lengua trazó una excitante línea por el hueso de mi cadera, logrando que me estremeciera.

—No veo cuál es el problema —susurré.

—No tenemos tiempo. Hemos quedado con Minerva dentro de un rato.

Abrí los ojos de golpe.

«Mierda. Mierda mierda mierda mierda mierda».

—¿Qué hora es?

Había puesto la alarma. ¿Por qué no había sonado? ¡¿Dónde tenía el móvil?!

Me incorporé tan rápido que hasta me mareé un poco y empecé a ver puntitos negros. Parpadeé un par de veces tratando de enfocar.

—¿Qué hora es? —volví a preguntar. ¿Y por qué tardaba tanto en responder?

Tenía la primera reunión de seguimiento con Minerva a las nueve y por esas ventanas entraba demasiado sol. Había una claridad alarmante.

—Las ocho y media —dijo Jackson en el preciso momento en que pude volver a enfocar la vista. Apenas le presté atención con esa cara tan ridículamente preciosa. ¿Cómo era posible que estuviera más guapo esa mañana de lo que lo había estado la noche anterior? Estúpida oxitocina.

Cuando cruzamos las miradas me quedé sin aliento. Él estaba vestido y aprisionándome contra la cama y yo estaba completamente desnuda y vulnerable…

Otra vez eso del desequilibrio del poder. A mi libido le encantaba ese rollo, de verdad.

No. Era mentira. A mi libido le encantaba ese rollo con Jackson. No era lo mismo.

—Esta noche —su voz era ronca, grave y prometedora— te follaré en cuanto lleguemos a un acuerdo.

—¿Sobre? —Tenía la respiración entrecortada.

—El contrato de matrimonio que firmarás. Supongo que querrás negociar una reducción en tu compensación, dada tu aversión visceral al confort y a la seguridad financiera.

Se me paró el corazón.

—No me voy a casar contigo. Lo de anoche no cambia nada. —Lo de anoche ni siquiera debería haber pasado. Desde luego que esa noche no iba a pasar.

—Ahórratelo para las negociaciones.

No.

Ni de coña. Celebrar un matrimonio por conveniencia con Jackson Sinclair sería una idea terrible y catastrófica que no podía acabar en otra cosa que no fuera un desastre para mí. No iba a pasar.

Aparté la mirada y agarré una almohada que había detrás de mí para llevármela al pecho.

—¿Puedes cerrar los ojos un segundo?

Una pausa.

—¿En serio?

—En serio. —Tenía que vestirme y salir pitando para mi suite y sabía la pinta que iba a tener cuando me agachara para subirme la falda.

Sonrió, pero obedeció. Cerró los ojos para que pudiera salir de la cama.

—Sigue con los ojos cerrados hasta que te lo diga.

La reunión iba a tener lugar en la casa de Minerva, que estaba a unos quince minutos en coche. Tenía justo once minutos para volver corriendo a mi suite, dar de comer a Tobigote, lavarme los dientes, desenredarme el pelo revuelto por la noche de sexo, hacerme un moño semipresentable y vestirme. Era un poco justo, pero factible siempre y cuando no me distrajera.

—El matrimonio solo tiene que durar un año, pero creo que el contrato debería incluir una cláusula de plazo flexible, solo por si a Minerva se le ocurre un cambio de última hora.

Un momento, ¿dónde estaba mi ropa? Giré sobre mí misma tratando de ver dónde la había dejado Jackson… Ah, en la otomana.

—También tenemos que hablar sobre tu compensación. Se me ocurren cincuenta millones como paga base y otros cincuenta por cada hijo, de haberlos. Tú decides.

Volví a intentar agarrar el cierre del sujetador. Se me había resbalado de la mano sudada cuando Jackson dijo la palabra «hijo».

¿Eso es lo que esperaba? ¿Que sería capaz de casarme con él, tener a su hijo y luego… marcharme después de un año?

—Aunque ahí tendrás todo el poder de negociación —siguió diciendo—. Te sugiero que lo aproveches.

Me puse la falda, ignorándolo. Podríamos discutirlo cuando no

tuviera que salir corriendo.

—Me tomo tu silencio como algo positivo.

—No deberías.

Se rio entre dientes como si estuviera de broma.

—¿Puedo abrir ya los ojos?

—Adelante. —De todas formas, ya tenía media camisa puesta. Seguía concentrada en los dedos ocupados en la tarea cuando Jackson se puso de pie.

—¿Me puedes hacer un favor? No sé dónde está mi móvil, ¿puedes llamarme a un taxi?

Dio un paso para meterse justo en mi espacio personal.

—¿Para qué necesitas un taxi?

—Porque te negaste a dejarme acceder al garaje, así que dejé el coche en mi casa.

—No, quiero decir, ¿por qué no vamos juntos?

—¿Adónde?

—A casa de mi tía. No tiene sentido ir en dos coches.

¿De qué estaba hablando?

—¿Por qué ibas a venir conmigo?

—Porque ayer por la mañana me escribió un correo electrónico para pedirme que te acompañara.

—¿Qué? ¿Por qué? —Pensaba que el objetivo de la reunión era ponerla al día de cómo iba todo con sinceridad y sin tapujos. ¿Cómo se suponía que iba a hacer eso si Jackson estaba ahí, supervisándolo todo?

—Yo he desistido de intentar comprender los caprichos de Minerva —dijo—. Pero si quieres saber lo que creo, diría que su decisión viene motivada por Imogen, teniendo en cuenta que me llamó después de su lectura quincenal.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Imogen es su tarotista —me explicó Jackson.

—Ya, ya sé quién es. —No estaba perpleja por eso, pero no tenía tiempo para hablar de por qué estaba perpleja—. Vale, vamos juntos. Pero no podemos llegar tarde, así que te veo abajo dentro de…

—¿Ocho minutos?

—Ocho minutos.

Fui directa a la puerta, la abrí de un tirón y solté un grito al tiempo que me doblaba hacia delante estirando la mano para evitar el choque inminente.

—¡Ah!

El carrito negro decorado retumbó al recibir el choque de mi peso y se me quedó la cara a menos de un centímetro de la humeante cafetera, pero conseguí mantener el equilibrio justo a tiempo.

—¿Está bien, querida? —Molly, o tal vez era Mabel, me puso una mano con delicadeza en el hombro mientras su hermana me ayudaba a ponerme recta.

—Sí, lo siento. —Parpadeé mirando el carrito que casi tiro. Dos tazas, dos juegos de cubiertos, dos tapas de plata cubriendo dos platos de desayuno…

«Mierda».

Me llevé las manos a la falda, comprobando con disimulo que estuviera bien puesta, algo que tendría que haber hecho antes de abrir la puerta.

—Buenos días, Molly, Mabel. —Traté de hablar con la mayor serenidad posible, teniendo en cuenta las circunstancias. Si actuaba como si no me hubieran pillado en un comportamiento muy inapropiado y nada profesional, tal vez me creerían.

Entonces llegó él. Jackson apareció a mi espalda y decidió

acercarse lo bastante como para rozarme la espalda con su pecho. Lo vi en tiempo real: la alegría pura y sin filtros que se reflejó en la cara de las gemelas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Jackson inclinando la cabeza sobre mi hombro para mirar. Ahora se apretaba completamente contra mí.

No sabía si él se había dado cuenta de lo vidriosos y tiernos que se le estaban poniendo los ojos a Molly mientras nos observaba, pero yo desde luego sí que me había fijado. La culpa me iba a comer viva en cuanto lo asimilara.

Fue Mabel la que respondió. Parecía mantener la compostura mejor que su hermana.

—Solo algo para desayunar. Volved adentro. No pretendíamos interrumpir.

Utilizó el carrito para pastorearnos hacia el dormitorio de nuevo, interrumpiendo cada uno de mis intentos de protesta.

—Lo íbamos a dejar fuera, pero así es mucho mejor. No queremos que la comida se enfríe, ¿no? Sentaos, sentaos. Molly y yo os dejaremos tranquilos enseguida.

La distancia entre la puerta y yo aumentaba con cada paso atrás que me veía obligada a dar. Por mucho que agradeciera el gesto, de verdad, de verdad que no tenía tiempo.

—Mabel, lo siento mucho, pero tengo que…

—Siéntese.

No me dejó ninguna opción al respecto. Tan solo me agarró del hombro y me empujó para que me sentara en el sofá contra el que me había arrinconado.

—Mabel, tenemos que irnos —probó a decir Jackson. Al contrario que yo, él seguía de pie. No podría llegarle al hombro sin un taburete.

—Qué tontería. Al fin y al cabo es sábado, ¿no? —Se colocó los puños en esas caderas rollizas y lo miró con el ceño fruncido como una madre regañando a su hijo—. Lo que sea que tengáis que hacer seguro que puede esperar hasta después del desayuno. Y ahora, siéntate. —Chasqueó los dedos.

Él se sentó.

—Bien. —Tras asentir con decisión con la cabeza, se dio la vuelta y se marchó, llevándose con ella a una encandilada Molly cuando se iba.

Yo me quedé con la mirada fija en la puerta, con la culpa y la ansiedad arañándome el pecho. Era mi culpa. Yo era la responsable de ese desastre.

—Ey.

Pestañeé hacia Jackson.

—¿Ya habías hablado con ellas? —pregunté, sabiendo el poco tiempo que nos quedaba—. ¿Qué les dijiste?

—Luego. —Echó un vistazo al reloj—. Nos quedan seis minutos para llegar a la puerta. Dime qué tienes que hacer antes de irnos.

—Lavarme los dientes, la cara, vestirme, dar de comer a Tobigote, arreglarme el pelo y coger el portátil —enumeré—. Ah, y encontrar mi móvil.

—De acuerdo. —Se puso de pie y señaló el baño—. Te puedes arreglar aquí, hay artículos de sobra en los armarios que hay a la izquierda según entras. Lo más probable es que el móvil esté en mi despacho. Yo puedo ir a por él.

Un momento.

—Pero…

—Tardarías tres minutos en llegar a tu suite y otros dos en ir hasta la puerta. Y eso si no te encuentras con nadie por el camino.

Mierda.

—Pero Tobigote…

—Desayunará dos horas más tarde. Sobrevivirá. Si no quieres que el personal sepa que has pasado aquí la noche, iré corriendo a por tu ropa en cuanto me cambie. Solo dime lo que te hace falta.

Cuando vacilé, volvió a mirar el reloj.

—Vale. De acuerdo. Blusa amarilla con vaqueros claros, los dos están colgados en el armario. Ah, y ropa interior limpia, por favor. El primer cajón de la mesita de noche. —Me quede paralizada, acordándome de una cosa—. Y no… no mires en el último cajón.

Sabía que la había cagado incluso antes de que sonriera.

Sin duda alguna iba a mirar en el último cajón.

26

Lo conseguimos.

Muy justos, pero lo conseguimos.

Y, por lo visto, Imogen también. Minerva había invitado a su tarotista a la reunión, lo que significaba que la teoría de Jackson sobre por qué asistía él también no iba tan desencaminada.

—Llegáis tarde —dijo Minerva en cuanto nos llevaron hasta su despacho. Estaba sentada a un lado de una mesa cuadrada de roble, con Harry ronroneando contra su pecho. Imogen ocupaba la silla a su lado y mezclaba una baraja de cartas. No nos prestó atención.

No habíamos llegado tarde, pero no iba a discutir con ella.

—Culpa mía —dijo Jackson en cuanto fui a abrir la boca para disculparme—. Me estaba ocupando de un asunto de trabajo urgente y perdí la noción del tiempo.

Sentí un vuelco en el corazón cuando retiró una silla y me hizo un gesto para que me sentara, a la vez que me guiñaba un ojo con disimulo. La acepté y susurré «gracias», y noté algo cálido expandirse por mi pecho. No hacía falta que asumiera la culpa por mí así.

—¿En serio? —El tono de Minerva era cortante y casi sarcástico —. Porque por lo que he oído, no has trabajado mucho en toda la semana.

Jackson no dijo nada cuando se sentó a mi lado. Se me desvaneció la sonrisa.

Esa información no se la había dado yo.

—Corrígeme si me equivoco, Jamie, pero ¿el objetivo de que lo sigas de cerca por la oficina no es observar su día a día, hábitos e interacciones?

—Sí, una parte sí que es eso.

—¿Y? ¿Ha estado colaborando?

Me revolví en la silla y lancé una breve miradita a mi izquierda. Jackson estaba con el rostro impasible.

Como no respondí de inmediato, Minerva dijo:

—Voy a reformular. ¿En la última semana, Jackson ha tenido alguna entrevista en persona a la que tú hayas asistido?

Mierda. Así no es como debería empezar esa reunión.

—No —dije por fin—. Pero no pasa nada. De todas formas, he podido recopilar la información que necesito para nuestra base de datos.

A su lado, Imogen hizo una mueca con la boca. No había dicho nada, ni siquiera había levantado la mirada, desde que habíamos llegado. Solo estaba ahí sentada, mezclando y barajando las cartas.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Minerva.

Me encogí de hombros.

—Ha tenido reuniones por teléfono y he consultado los datos corporativos públicos. —Todo eso contaba—. Y lo que es más importante, he sido testigo de cómo actúa con el personal doméstico. Eso me ha dicho casi todo lo que necesito saber sobre qué clase de jefe es. Doy por hecho que gran parte de los datos que recopilaría en una semana laboral normal serían redundantes, aunque podría estar equivocada.

Podía ver por el rabillo del ojo que Jackson me observaba, pero

yo continué con la mirada clavada en su tía.

—¿Qué datos corporativos? —preguntó con curiosidad.

—En concreto, las tasas de rotación y otra información pública relacionada con la satisfacción de los empleados con el CEO. Un año antes de que Jackson asumiera el cargo, el Grupo Sinclair se enfrentaba a una brutal tasa de rotación del veintisiete por ciento, un uno por ciento más que el año anterior. Se habían notificado problemas de descontento generalizado entre los empleados con respecto a la dirección, la cultura corporativa y las oportunidades de crecimiento interno. Tras ocho meses con Jackson en el cargo, esa cifra se redujo al veinte por ciento. El año que llevó a cabo una revisión en profundidad de los equipos directivos y destituyó a las personas que tenían un impacto general negativo sobre la moral y la cultura empresarial, cayó al catorce por ciento. El año pasado logró bajarlo hasta un ocho por ciento.

Ahora los tres me miraban. Minerva con esas cejas finas enarcadas, Imogen con esa sonrisita entre cómplice y divertida aún jugueteando en sus labios pintados y Jackson, no estaba segura, la verdad. Notaba que me observaba, pero eso era todo.

Me aclaré la garganta y me puse recta.

—Al principio me cuestioné su falta de productividad en la oficina. No podía entender cómo el CEO de una compañía de inversión tan importante podía delegar todo el trabajo de un mes solo porque se sintiera un poco incómodo. Sin embargo, después de enterarme de las iniciativas que Jackson ha puesto en marcha para conservar el talento y priorizar el bienestar y la satisfacción de los empleados, diría que es impresionante. La mayor parte de las empresas tienen problemas para cubrir un mes de trabajo con su plantilla habitual, ya no digamos las responsabilidades de un CEO. Delegar las tareas de forma eficaz y asegurarse de que no hay

interrupciones en el flujo de trabajo cuando un empleado está de baja son competencias muy valiosas. No creo que sea indolencia, creo simplemente que es extremadamente bueno en su trabajo.

Empezaba a sonar a la defensiva incluso para mí. Por la forma en la que Minerva había acusado a Jackson de hacer el vago la semana anterior parecía como si lo que se cuestionara fuera su capacidad para dirigir la empresa. Puede que no lo hubiera visto trabajar de forma activa, pero los números no mentían.

Desvió su atención hacia Jackson, y ahí se quedó un buen rato, valorándolo. Me pregunté qué era lo que había visto para que enarcara las cejas de aquel modo. A menos que mi visión periférica me estuviera mintiendo, él no había apartado los ojos de mí durante todo mi discurso.

Me desconcentraba un poco. Me moría de ganas de mirarlo.

—Si me permitís. —Fue Imogen la que habló. Tenía la voz ronca, extraña y, para mi sorpresa, serena—. ¿Qué tiene todo eso que ver con lo de encontrarle una esposa?

Dejó de barajar cuando una carta se le escapó de las manos. Le dio la vuelta y la colocó al lado de otra que ya había en la mesa. Un hombre con corona sujetando una espada, una mujer con corona sujetando una copa. Desde donde estaba sentada Imogen, el hombre estaba bocabajo. Desde mi sitio, estaba boca arriba. Un chico guapetón. Con un impresionante ceño de autoridad.

Imogen volvió a hacer una mueca con la boca.

Me pasé las palmas de las manos por los vaqueros. Había algo en esa actitud burlona y enigmática que hacía que se me encogiera el estómago.

—En el fondo, Jackson es una persona cuidadora y mucho más cariñosa de lo que sugerían nuestros datos originales, aunque no tengo claro si él ve esas cualidades en sí mismo. —Si lo hacía,

entonces trataba por todos los medios de ocultarlas a la gente en la que no confiaba. Pero los hechos no mentían—. Su primer objetivo como CEO fue corregir una cultura corporativa que había resultado en un descontento generalizado entre los empleados. Todo su personal doméstico recibe un trato inmejorable y la mayoría lleva trabajando para él más de una década. Todo esto además de mi propia experiencia con él durante la última semana. Mi opinión como profesional es que es más probable que esté más a gusto en una relación en la que se reconozca y aprecie esa parte silenciosa de él como cuidador, pero que no se aprovechen de ella.

Eso último era imperativo.

—Tu propia experiencia —repitió Minerva despacio. No sabía a ciencia cierta si era una afirmación o una pregunta.

—Eso es.

—Desarróllalo.

Imogen estaba a punto de echarse a reír sola mientras sacaba carta tras carta, y eso me estaba minando la seguridad que sentía. ¿Qué narices era tan gracioso? ¿Qué estaba viendo?

—Hummm… —Parpadeé para apartar la vista de la mesa, volviendo a ordenar mis pensamientos. No tenía claro si creía en el tarot ni en nada relacionado con el ocultismo, así que su comportamiento no debería haberme molestado tanto—. La semana pasada hubo un incidente con un cristal roto —dije siendo lo más vaga posible—. La forma en la que Jackson gestionó la situación, lo rápido que se dispuso a ayudar, todo eso reafirmó mis observaciones.

Ahí estaba. Un breve resumen de lo que había ocurrido sin entrar en detalles íntimos. A Minerva no le hacía falta saber que me había sacado en brazos de la habitación y que me había quitado las esquirlas del pelo una a una.

Sentí una opresión en el pecho y se me aceleró el corazón al recordarlo, y tuve que contener una sonrisa.

Minerva no parecía satisfecha con los pocos detalles que incluía mi historia, y antes de que pudiera presionar para que contara más, traté de cambiar de tema soltando lo primero que me vino a la cabeza:

—También es mucho más divertido de lo que habíamos…

Imogen estalló en una carcajada ronca, interrumpiéndome. Murmuró algo a Minerva en un idioma que no reconocí, con un tono de puro júbilo.

Volví a mirar las cartas que había frente a ella, tratando de encontrar aunque fuera una pizca de significado. Pero lo único que veía era gente con coronas, dos perros aullando a la luna, un joven con un zurrón colgado del hombro y dos cálices de oro. No había etiquetas ni descripciones ni palabras. No tenía ni idea de lo que significaba ninguna de ellas.

—Continúa —dijo Minerva, haciendo que volviera a prestarle atención.

De pronto, me moría de ganas de que terminara esa reunión. Quería salir de allí antes de que Imogen viera un montón de cosas que yo no quería que viera. Qué humillante sería si las cartas le mostraran todos los sentimientos secretos que se suponía que no debía sentir. Madre mía, ¿y si decía algo?

No era para tanto.

Lo tenía todo bajo control.

Ese estúpido cuelgue iba a desaparecer en un abrir y cerrar de ojos.

Volví a carraspear. Cuanto antes le proporcionara a Minerva la información que necesitaba, antes podría salir corriendo de allí.

—Lo que trato de decir es que el perfil original de Jackson

contenía tantos fallos que trabajaba en contra nuestra y por eso nos estaba costando tantísimo encontrarle una pareja adecuada. Hemos preparado un nuevo perfil que se actualizará con frecuencia a medida que recopile más datos en las próximas semanas. Por el momento, nos centraremos en encontrarle a alguien compatible con lo que tenemos ahora mismo en el expediente y, lo que es más importante, a alguien que también comparta su punto de vista sobre el amor y las relaciones o que al menos esté abierta a ello.

Jackson no iba a ser feliz con alguien que creyera en los finales de cuento, las almas gemelas o cualquier otro aspecto idealizado del amor y las relaciones. Obligarlo a enamorarse no iba a funcionar. Estaría mucho mejor con una gran amiga, una cómplice con la que quisiera pasar el rato, alguien que compartiera sus creencias y no tuviera expectativas a largo plazo que no se iban a cumplir.

Que Jackson se casara con alguien que creyera en todo eso sería una auténtica pesadilla. Era encantador, atractivo, divertido, cariñoso y otras muchas cosas secretas y maravillosas. Sería muy fácil que su mujer se enamorara de él y creyera de forma estúpida y desesperada que algún día, si se esforzaba muchísimo y le mostraba lo buena que podía ser para él, él también se enamoraría.

Entonces se terminaría el contrato de un año y se vería obligada a dejarlo. O peor aún, le rogaría y suplicaría para que siguiera casada con ella y él la obligaría a firmar un acuerdo posnupcial en el que se detallara su plan de «satisfacer sus necesidades en otra parte». Porque doce meses bastaban para que el deseo y la atracción se desvanecieran. Doce meses bastaban para que él se aburriera de ella.

Él le rompería y pisotearía el corazón y ella no podría culpar a nadie que no fuera ella misma. Porque él le habría explicado bien quién era y qué quería exactamente, y cuando la gente hacía eso, se

suponía que debías escucharla.

No podías obligar a nadie a que cambiara por ti.

Yo no era idiota.

—Creo que eso es lo más importante —reiteré—. Como tiene un enfoque tan concreto y poco convencional sobre el amor, los dos tienen que tener claras cuáles son las expectativas y lo que esperan sacar de la relación. De lo contrario, los estaríamos condenando al desengaño a largo plazo. No funcionaría.

Jackson me estaba agujereando con la intensidad de su mirada. Puede que yo tuviera la vista clavada en Minerva, pero solo lo veía a él.

Era consciente de todos sus movimientos, el intenso subir y bajar de su pecho, cómo había cerrado los dedos despacio hasta formar un puño en su regazo. Aunque no podía descifrar su rostro y cada vez me estaba resultando más insoportable no mirar.

—Todo esto figura en el informe de seguimiento semanal que he preparado. La copia final se enviará por correo electrónico tanto a tu equipo como al de Jackson el lunes a primera hora. Pero hay otro tema urgente que me gustaría hablar en persona —seguí diciendo—. Sé que mi recomendación inicial fue que Jackson recibiera un asesoramiento intensivo sobre cómo comportarse en las citas. No obstante, creo que ya no está justificado ni es necesario. Hay un par de cosas que tendremos que repasar, pero son de poca importancia y se pueden tratar en menos de una hora. Sugiero encarecidamente que no demos más pasos hasta después de su primera cita.

Minerva apretó los labios, estudiándome.

—¿Y entonces qué? Habíamos hablado de citas supervisadas para asegurarnos de que él… Para que todo vaya sobre ruedas.

Una niñera. Le preocupaba que volviera a sabotear las citas.

—Puedo acompañarlo a la primera. —En realidad no quería, pero

lo haría—. Si todo va como sospecho, ya no hará falta que alguien lo siga de cerca a no ser que él mismo lo solicite. De hecho, si mi presencia sigue siendo una distracción para Jackson en la oficina, también podemos acabar con el seguimiento en la oficina una semana antes, y yo podría abandonar su piso para el…

—No.

Entonces lo miré. Su tono lo exigía.

—¿Disculpa? —dijo Minerva.

Jackson me sostuvo la mirada, entrecerrando los ojos.

—No. Quiero el asesoramiento, la supervisión y toda esta vigilancia excesiva con la que me amenazasteis cuando empezó toda esta pesadilla. No te vas de casa hasta que acaben los treinta días que acordamos.

Conmoción. Silencio.

Imogen había dejado de barajar y sacar cartas, Minerva miraba boquiabierta a su sobrino como si este hubiera invocado un rayo por arte de magia y yo apenas podía respirar. Él me lo impedía.

—¿Quieres… quieres que se quede? —preguntó Minerva.

—Me estás obligando a casarme. —No se esforzó en ocultar el amargo resentimiento que empapaba su voz cuando apartó los ojos de mí—. Y luego me estás obligando a que esté un año casado y estoy bastante seguro de que, en algún momento, me obligarás a tener un hijo que garantice el preciado linaje familiar que tanto te preocupa. Ya no tengo ni puta voz ni voto sobre el tema, así que mi única opción es, por lo menos, tratar de encontrar a una mujer con la que no quiera suicidarme. Cuanta más información tenga Jamie, más posibilidades de éxito habrá. ¿No estás de acuerdo?

Ese era el listón que se había marcado. Esa era la expectativa que tenía del matrimonio. Solo quería a alguien que no le diera ganas de suicidarse.

Aparté los ojos de él, ignorando ese dolor punzante en el pecho.

—Vamos, deja de ser tan dramático —lo regañó Minerva, quien apenas pudo evitar poner los ojos en blanco. Harry se removió en su brazo, sacudiendo las orejas—. Has llevado una vida llena de privilegios y la verdad es que no me importa qué más crees que se te debe sin que te sacrifiques a cambio. Has tenido los mejores tutores, asistido a las mejores instituciones de educación superior que se podían pagar con dinero e incluso se te ha dado todo lo material que pudieras querer. Millones de personas sacrificarían muchísimo más que un solo año de matrimonio por intercambiar su vida por la tuya. Creo que es razonable que pida que tengas un heredero y…

—Puedo tener un hijo sin…

—No vas a tener un hijo fuera del matrimonio —soltó—. Tú más que nadie deberías saber qué ocurre cuando los hombres de esta familia intentan criar a un niño sin la ayuda de una madre adecuada y cariñosa. El círculo termina contigo, Jackson. No te dejaré repetir lo que aquella zorra vanidosa y repulsiva y Richard…

—¡Yo no soy mi padre! —gritó Jackson, cortando el aire con la voz y haciéndolo vibrar. Tenía todos los músculos del cuello y la cara tensos, y los labios apretados de pura rabia.

Imogen chasqueó la lengua en tono de reproche.

—Qué traviesas —dijo en tono cantarín, sonriendo hacia la mesa.

Minerva la miró parpadeando.

—¿Disculpa?

—Las cartas —respondió Imogen. Yo no sabría decir si ella no era consciente de la tensión que reinaba en la habitación o si simplemente no le afectaba—. Quieren jugar. Empiezo a entender por qué la presencia de tu sobrino hoy aquí se ha… alentado tanto.

Minerva relajó un poco los hombros. Eso le había despertado la

curiosidad.

—¿Qué significa eso? ¿Qué dicen las cartas?

Jackson se reclinó en la silla con un fuerte suspiro y se pasó la mano por la cara como si no se pudiera creer que su vida se hubiera visto reducida a semejante tontería sin sentido. Tuve la tentación de estirar los dedos y pasárselos por el ceño para suavizárselo, así que cerré las manos formando un puño y las puse debajo de los muslos.

Imogen emitió un sonidito ambiguo que solo consiguió que Minerva quisiera conocer la respuesta con más desesperación.

—¿Qué pasa? ¿Estoy equivocada con esto?

—No quieren hablar sobre eso —dijo Imogen, apartando una baraja para coger otra—. No quieren hablar de ti. No quieren hablar de él. —Hizo una pausa, sonriendo—. Solo quieren hablar de ella.

Todos los ojos se clavaron en mí.

—¿De mí? —¿Por qué? Yo era la que tenía una energía menos interesante de toda la habitación en ese momento.

—De ti.

Una carta se salió del mazo que estaba barajando y aterrizó en mitad de la mesa. Esta tenía nombre. En gruesas letras blancas grabadas sobre un fondo negro mate, la carta gritó: MUERTE.

Ay, la leche.

—¿Te gustaría saber lo que tienen que decir?

—¿Me van a decir el poco tiempo que me queda de vida? Porque preferiría no saberlo.

Sonrió con más fuerza.

—No. Se trata de tu vida amorosa.

Eso captó la atención de Jackson. Se puso rígido durante un instante antes de obligarse a relajarse de nuevo.

—No estoy segura de que mi vida amorosa sea un tema de conversación apropiado en una reunión con un cliente —probé a

decir.

Otra carta se salió de la baraja. «Sota de espadas», ponía. Pero en la carta no había espadas. Era tan negra como la carta de la MUERTE y con unas pocas líneas grises garabateadas en la parte de atrás.

—Te interesa escucharlo —dijo—. No hay nada aquí que indique que pensarás en otra cosa cuando se te haya transmitido el mensaje. No canalizo ningún tipo de arrepentimiento. —Volvió a hacer una mueca con la boca—. No por tu parte, al menos.

—Me parece bien. —Minerva se inclinó hacia el borde de su asiento, observando las cartas. Aunque lo más probable es que su interés en que me leyeran las cartas se debiera a que quería obtener una explicación de por qué la presencia de Jackson se había «alentado» tanto.

—Puedes pedirme que pare cuando quieras —dijo Imogen—. Aunque, de nuevo, no veo aquí que eso vaya a ocurrir.

Me moví en la silla. Me empezaba a notar las rodillas sudadas.

—De acuerdo —acepté despacio. La presión de grupo y la curiosidad habían ganado.

Para ser sincera, mientras no revelara mi pequeño, diminuto, para-nada-importante encaprichamiento con Jackson, todo perfecto. Y si aquello del tarot no era un fraude, entonces quizá conseguiría alguna respuesta a por qué había tenido tan mala suerte en…

—Tu suerte ha cambiado, pero no lo ves. —Dio un golpecito en una carta sin título con la uña de color malva. Representaba a una mujer poniéndose una venda en los ojos—. El universo trata de darte justo lo que has estado pidiendo, pero lo rechazas porque, de entrada, no es lo que esperabas. Esto o bien ya ha pasado o está a punto de pasar.

Se me relajaron un poco los hombros. Era lo bastante ambiguo

como para activar mi detector de chorradas. Siempre había sospechado que el tarot estaba más relacionado con leer al cliente que con leer las cartas.

Así que asentí con educación y escuché.

—Has conocido a un hombre hace poco —siguió diciendo—. Seguro que en el último mes o así, aunque las cartas me dicen que sabías quién era desde hace bastante.

Eso… era un poco más concreto.

—Te va a hacer una propuesta… o tal vez te la haya hecho ya. No me queda muy clara la línea de tiempo. —Inclinó la cabeza hacia un lado, recorriendo las cartas que había frente a ella con esos ojos de color ámbar. No me había mirado ni una sola vez desde que había empezado, así que, o bien mi teoría sobre lo de leer al cliente era equivocada, o bien su visión periférica era excelente—. Qué interesante. Casi como si estuvieran siendo ambiguas a propósito. Lo que se me muestra de forma clara es que este hombre te hará una propuesta de algún tipo y que eso te va a llevar a todo lo que siempre has querido. Sin embargo, la presentación es… es casi como si el embalaje fuera engañoso y te desvía del camino en el que tenías puestos los ojos. No se parece a lo que tú quieres, porque no lo es…, pero te llevará hasta ello. De eso no hay ninguna duda. Las únicas dudas son las tuyas.

Tenía el corazón desbocado. Jackson estaba empezando a girar despacio todo su cuerpo hacia Imogen y juro que incluso se inclinó hacia delante en un momento dado, tratando de echar un vistazo a las cartas con disimulo.

—Si estás confundida sobre quién podría ser o si te gustaría conocer alguna señal que debas buscar cuando lo conozcas, hay un par de cosas… muy concretas que estoy canalizando. —Volvió a esbozar esa pícara sonrisa cuando me miró a los ojos. Hizo que se

me erizara el vello de la nuca—. Es alto —dijo, y se me formó un nudo en la garganta—. También oigo un acento…

Debería haberla parado en ese momento. Ahí era justo hacia donde no había querido que fuera.

Pero no dije nada. Me había quedado muda, incapaz de mover la lengua.

—También hay cierto énfasis en la comida…, en el marisco en concreto. Puede ser *sushi* o algo muy especializado dentro de ese tipo de cocina que los dos disfrutaréis juntos. Y estoy viendo una mascota. Una muy querida…, muy mimada por ese hombre. Podría ser suya o tuya. —Se detuvo un instante, desviando la mirada a mi izquierda. Sea lo que sea lo que vio la hizo sonreír de nuevo. Casi como si aquello fuera un juego para ella—. Tendrá un montón de tatuajes o puede que algún tipo de cicatriz con una forma extraña. Una docena. Quizá más.

Un momento. ¿Jackson tenía tatuajes? Ni la noche anterior ni esa mañana se había quitado la camisa, así que no estaba segura…

—También veo que la letra D es importante en cuanto a sus iniciales o… hummm, puede que una señal de algún tipo.

Fruncí el ceño. Jackson Parker Sinclair. No había una sola D en su nombre, y estaba convencida de que si hubiera tenido una docena de tatuajes, los habría…

Oh.

«Oooh».

No estaba hablando de Jackson.

27

Puede que Jackson Sinclair no tuviera tatuajes, pero Daniel Omori desde luego que sí. Los dos brazos repletos, de hecho. Tal vez hasta más. También era alto, tenía una mascota mimada, acento australiano y era un chef de *sushi.*

Ah, y sin duda sabía quién era mucho antes de conocernos. Muchísimo antes.

—No es él. —Jackson se metió en el asiento trasero de su limusina, arrimándose a mí al tiempo que cerraba la puerta tras él.

—Siempre he querido vivir en Japón. —Suspiré con melancolía. Puede que estuviera provocándolo un poquito, pero se había puesto de tan mal humor por toda aquella historia que no pude evitarlo. Jackson me frunció el ceño y yo lo miré haciendo un puchero, fingiendo que me había tragado el cuento—. ¿Tienes algún tatuaje? —pregunté.

Arrugó el entrecejo como si estuviera molesto. Vaciló un instante.

—No.

—¿Un nombre que empiece con D y que no conozca?

Apretó la mandíbula.

—Entonces tiene que ser él porque no he conocido a nadie más en el último mes que encaje con esa descripción exacta.

—No es él.

Le puse la mano en la mejilla.

—Y pensar que fuiste tú el que nos presentó… —dije con cariño, haciendo que me temblara el labio inferior. Su mirada era letal—. Danny y yo siempre te estaremos agradecidos. Por supuesto, podrás hacer un brindis en nuestra boda.

Expulsó aire caliente por la nariz. Qué bien me lo estaba pasando.

—Por encima de mi puto cadáver, Jamie.

—Ni siquiera crees en el tarot ni en nada relacionado con el ocultismo —le recordé, bajando la mano y dejando de fingir—. ¿Por qué estás tan cabreado?

—Tú crees en ello.

—Nunca he dicho que creyera en el tarot. Aunque de verdad asusta el nivel de detalle que me ha dado. Lo ha descrito a la perfección.

—No ha sido tan precisa. Por lo que sé, Omori no te ha propuesto nada que te pudiera desviar del camino que te habías propuesto seguir.

—Error. Iba a buscar otro trabajo en cuanto se acabara el Inmersivo. Si acepto a Daniel como cliente, me tendré que quedar en Charmed. Ahí lo tienes: el desvío del camino.

Él iba a cuestionar cada paso de todo ese asunto, podía verlo en cómo apretaba la mandíbula con obstinación. No es que tuviera importancia. Me daba igual a quién se refería Imogen cuando me leyó las cartas o qué datos me diera. Nunca iba a acabar con Jackson.

Quería amor, conexión, una pareja con la que compartir mi vida. Jackson necesitaba una esposa temporal que firmara un contrato, tal vez darle un hijo y que se fuera feliz cuando terminara su acuerdo.

Él no quería un «felices para siempre» y yo no me casaría sin uno.

Nos haríamos desdichados el uno al otro.

Levanté la mano cuando volvió a abrir la boca.

—No voy a discutir de esto contigo. Tenemos cosas más importantes de las que hablar.

—No sé por qué, pero lo dudo.

—¿Citas supervisadas, Jackson? ¿Un paquete de asesoramiento completo? Ahora, de pronto, ¿te parece bien todo esto?

Por primera vez desde que había salido hecho una furia del despacho de Minerva sin despedirse siquiera, relajó un poco el ceño.

—He cambiado de opinión.

—¿En serio? —Me crucé de brazos—. ¿Quieres que vaya a todas tus citas y critique cada mínimo movimiento que hagas?

—Sí —dijo sin más—. Si yo tengo que sufrirlas, entonces tú también. Además, dijiste que si me preocupaba algún aspecto en particular, me ayudarías a trabajarlo.

Estaba tramando algo. Sin duda alguna.

Se arrimó más a mí, presionándome con su enorme muslo.

—Podemos repasar luego los detalles. Pero primero, tenemos que darle de comer a Gato.

¿Tenemos?

—¿Por qué íbamos a hacer eso?

Me miró con el ceño fruncido como si acabara de preguntarle una estupidez.

—Porque todavía no ha desayunado.

No me refería a eso y él lo sabía.

—No sé qué estás tramando, pero casi seguro te puedo garantizar que terminará con un mordisco —lo avisé—. Y sangre.

Dejó escapar una sonrisita.

—Ya veremos.

Tobigote estaba sentado junto a su comedero vacío cuando abrí la puerta de mi suite, rabiando por dentro por culpa del hambre. Me soltó un gruñido en cuanto me vio, porque ¿cómo osaba hacerle eso a él?

—Hola, chiquitín. Perdona por llegar tarde…

Jackson me agarró de la muñeca en cuanto puse un pie en la suite, haciendo que me detuviera de golpe. ¿Cómo era posible que una persona generara tanta electricidad? Un pequeño roce y ya sentía su hormigueo por toda la piel.

—¿Dónde tiene la comida? —preguntó.

—Eh… en la parte de arriba del armario. Al fondo a la izquierda.

—¿Me puedo encargar yo?

Vacilé.

—A ver…, puedes intentarlo. —Pero ¿por qué querría hacer eso?

—Gracias.

Por norma general, Tobigote ya estaría entre mis pies, maullando con dramatismo por lo abandonado y hambriento que se sentía y al mismo tiempo haciendo todo lo posible para que me costara muchísimo llegar a su comedero.

Por otro lado, por norma general, Jackson Sinclair no estaría acompañándome a darle de comer.

Cuando Jackson dio un paso en su dirección dejó de sacudir la cola y soltó un gruñido de advertencia. No iba a funcionar. Jackson no iba a poder llegar hasta el armario antes de verse obligado a recular.

—Cuidado con los tobillos —le avisé.

Jackson se paró a unos dos metros de su objetivo. Y entonces, despacio, con cuidado, se agachó.

Mala decisión. Tobigote sacó los colmillos, aplanó las orejas y se le dilataron las pupilas.

Ay ay ay.

—Jackson…

—Hola, Gato.

Tobigote se quedó paralizado. Retiró los colmillos. Volvió a subir las orejas de golpe.

—Muy bien —murmuró Jackson—. Reconoces la voz, ¿no?

Me mordí el labio inferior mientras Tobigote y su única neurona trataban de encajar todas las piezas del puzle. ¿Por qué ese medio gigante agachado frente a él sonaba igual que el señor todopoderoso de su palacio? ¡No tenía sentido!

—Hagamos un trato —siguió diciendo Jackson a la vez que se atrevía a dar un paso adelante. Tobigote lo observó con recelo, pero no mostró ningún otro signo nuevo de agresión—. Voy a utilizar esta mano para abrir el armario que hay a tu lado y te lo agradeceré de todo corazón si no me arañas mientras lo hago.

Otro pasito más.

No sabía qué era más divertido, si mi gato pasmado y ojiplático o el medio gigante que caminaba como un pato y estaba a su merced. Pero sí que sabía cuál de los dos resultaba más adorable. ¿Cómo no, si estaba consiguiendo que se me saliera el corazón del pecho?

—Puedes olerme, si quieres. —Jackson estiró con cautela una mano al dar el siguiente paso, pero Tobigote no se movió.

Tardó casi un minuto que aguantó inmóvil y paciente, pero… funcionó. Abrí la boca cuando Tobigote dio un pasito vacilante hacia el frente. Y luego otro. «Pero ¿qué cojones?».

—Vamos, pequeñín. Muy bien. —Lo decía con tanta ternura y dulzura que hasta me dolía el pecho.

Se me cortó la respiración cuando Tobigote inclinó la cabeza

hacia delante, pero en lugar de clavar los dientes en el brazo de Jackson, le olisqueó los dedos con cuidado.

—Buen chico. Bien hecho. —Jackson sonrió y se me partió un poco el corazón—. ¿Ves? No soy tan malo.

Mientras Tobigote estaba ocupado tratando de descifrar por qué ese hombre sonaba y olía justo igual que su nuevo lugar favorito del mundo, Jackson estiró la otra mano, abrió el armario que le había indicado antes y consiguió sacar una pequeña lata de comida para gatos.

—Aquí está. —Mientras Tobigote observaba, le quitó la tapa con movimientos suaves, lentos y firmes.

Tobigote lo miró, intentando calcular el nivel exacto de amenaza que suponía mientras le servía el desayuno. Pero Jackson no lo presionó. En vez de eso, se sentó al lado del comedero, estiró las piernas, apoyó la espalda en los armarios de la cocina y fingió estar concentrado en la etiqueta de la lata vacía.

Tobigote siguió mirándolo con cautela, esperando a ver qué hacía. Cuando Jackson siguió sin prestarle atención, soltó un «miau» suave y curioso.

—Atún, mejillón y quinoa.

—Miau.

—Parece bastante asqueroso. ¿Por eso no te lo comes? —Jackson se volvió hacia mí—. ¿Ha probado alguna vez la carne *wagyu*?

Apreté los labios, que se esforzaban por no sonreír, y negué con la cabeza.

Levantó la lata y miró a Tobigote con el ceño fruncido.

—Esto no es *gourmet* ni nada, Gato. Adolf te ha engañado.

—Adrien —lo corregí—. Y no es por eso por lo que no come.

—¿Por qué no comes?

—Miau.

Me acerqué y me senté al lado de Jackson, mirándolos a los dos.

—Vamos, chiquitín. Yo vigilo.

Seguía dudando, todavía un poco inquieto por la presencia de Jackson. Pero, al final, ganó el hambre. Al principio empezó a comer despacio, sin apartar los ojos de la potencial amenaza. Pero una vez que quedó claro que Jackson no tenía ningún interés en robarle su atún machacado, comió más deprisa, moviendo la tupida cola con alegría.

—No me puedo creer que lo hayas conseguido —le dije a Jackson—. Es impresionante, de verdad. Aparte de Adrien, nunca antes habíamos conseguido que le cogiera cariño a un hombre. Ni siquiera a mi padre. —Y desde luego no había sido por falta de intentos.

—Que me mande una grabación con su voz. Conseguiré que Gato se obsesione con él en menos que canta un gallo.

Solté una carcajada justo cuando Tobigote saltó a mi regazo para recibir sus arrumacos obligatorios posdesayuno. Le rasqué el cuello y las orejas y le hice una serie de preguntas absurdas mientras le daba besitos en las orejas.

Muac. ¿Quién es el chico más guapo de todo el planeta? Muac. ¿Quién ha sido un chico bueno y paciente por esperar toda la mañana para desayunar? Muac. ¿Quién es el gatito más majestuoso con el palacio de gatitos más majestuoso que nunca se haya visto? Muac. Muac. Muac.

Todo iba genial hasta que, por el rabillo del ojo, vi que Jackson movía la mano. Y, joder, se me partió otro trocito de corazón.

Con un leve suspiro, extendí la palma.

—Dame la mano.

Ni siquiera intentó ocultar su emoción cuando puso su enorme

mano en la mía. Reprimí una sonrisa y acerqué sus dedos para que Tobigote pudiera olerlos de nuevo. Como no bufó ni le dio un zarpazo, dije:

—Prueba a rascarle por detrás de la oreja izquierda.

Funcionó.

Increíble, pero funcionó. Tobigote estaba dejando que lo acariciara un casi desconocido y lo único que había hecho falta era un inmenso palacio de cartón empapado del aroma de Jackson, una grabación de su voz en bucle y… ah, sí, los retratos. Cómo iba a olvidarme.

—Qué suave es.

—Mmm —coincidí. Era supersuave. Y una auténtica zorrita mimosa cuando tenía ganas de arrumacos.

—No me puedo creer que te esté dejando tocarlo.

—Y ya verás —murmuró Jackson—. Para cuando termine la semana que viene, lo tendré relajado y ronroneando en mi regazo.

Un remolino de mariposas se me abrió paso en el pecho cuando me imaginé la escena. Me quedé sin aire en los pulmones. Se me aceleró el pulso.

Tal vez no fuera tan mala idea hacerle a Daniel esa llamada que me había pedido, ya que me había dado su tarjeta y todo…

—¿Estás bien?

—¿Eh? —Mirar directamente a los ojos inquisitivos de Jackson fue un error. Solo me aceleró aún más el corazón—. Estoy bien. ¿Por qué?

—De repente te has quedado inmóvil —señaló—. Y tienes la respiración entrecortada.

¿Ah, sí?

—Solo trataba de acordarme de dónde puse la tarjeta.

Dejó de rascar a Tobigote y entrecerró los ojos peligrosamente.

Casi como un depredador clavando la mirada en su presa. Hizo que se me estremeciera el clítoris.

Me aclaré la garganta y aparté los ojos. Cuando me miraba así no podía pensar con claridad, y cuanto antes tuviéramos La Conversación, mejor.

—Oye, con respecto a lo de anoche… —Me quedé callada. ¿Por qué me quedé callada?

Mi vacilación le dejó el espacio necesario para decir:

—Me gustaría hacer el asesoramiento lo antes posible.

Claro, desde luego.

—Pero antes deberíamos… De verdad que creo…

Tenía la frase en la punta de la lengua, concisa y al grano: «No puede volver a pasar».

Eso era todo. Solo tenía que decir eso.

Si no terminaba con aquella historia en ese momento, si permitía que esa… cosa entre los dos llegara más lejos, acabaría sufriendo. Sabía lo que sentía y sabía cómo iba a acabar. Sería una idiota, una auténtica idiota, si continuaba por ese camino.

Tanto para mi bienestar emocional como para mi carrera.

Jackson esperó a que lo dijera, observándome en silencio mientras yo me esforzaba por encontrar las palabras. El silencio se prolongó y prolongó… hasta que empezó a parecer un reto.

Me humedecí los labios secos.

—Lo que trato de decir es que anoche no deberíamos haber… y que no podemos…

En esa ocasión lo iba a decir, lo juro. Pero justo cuando estaba a punto de pronunciar las palabras, un Tobigote hiperestimulado se giró en mi regazo y me clavó los dientes en la mano.

—Ay —dije sin más. Había sido, eh, bastante más fuerte que sus mordiscos habituales. Por norma general solía darme un mordisquito

juguetón o un arañazo rápido para indicarme que ya no quería más mimos.

Lo habitual no era que me hiciera sangre. Ni que gruñera de esa manera.

—¿Qué pasa? —Jackson había dejado de mover los dedos y ahora fruncía el ceño de su preciosa cara.

—Nada. Es su forma de decirnos que ya no quiere más mimos.

Jackson apartó la mano al momento y se me derritió otro poquito más el corazón. Tobigote saltó de mi regazo y se fue trotando hacia la puerta, moviendo la cola mientras se relamía, satisfecho. Era la hora de ir al palacio.

Estiré la mano mientras Jackson se levantaba.

—No sé cómo, pero te juro que con la edad, cada vez es más mimoso y gruñón. Es casi… ¿Qué estás haciendo?

Sacudió el pequeño kit de primeros auxilios que había sacado del armario de la ropa de cama antes de volver a sentarse a mi lado.

—Dame la mano.

Bum bum.

—Estoy bien.

—Estás sangrando.

—No es nada. —Era una pizquita mínima y diminuta de sangre. Como si me hubiera pinchado con un alfiler sin querer.

… Vale, puede que fuera un poco más que eso, pero no demasiado.

En cualquier caso, me tomó la muñeca con delicadeza y luego me tuve que quedar ahí sentada mientras veía cómo me limpiaba y desinfectaba con cuidado la herida, me ponía una pomada y la cubría con una gasa. Una reacción muy exagerada. Apenas necesitaba una tirita.

Pero el daño ya estaba hecho. Mientras lo observaba, se me

desbocó el corazón, noté un cosquilleo en todo mi ser y me sentí flotar.

—Ya está. —Jackson pasó el pulgar por la gasa y luego la besó —. Mucho mejor.

… La besó.

Estaba mareada, no podía respirar y juro que si no me abalanzaba sobre él y unía nuestras bocas de forma permanente para toda la eternidad, iba a estallar en un torbellino de mariposas y me iba a morir.

Aparté la mano de la suya y me puse de pie a toda prisa.

—Discúlpame un segundo.

Entré en modo de lucha o huida. Se me encendió el piloto automático. Cogí a Gato —no, perdón, Tobigote— en brazos y me fui de la suite.

Estaba metida en un buen lío.

28

Dejé a Tobigote en su palacio y me quedé allí tanto tiempo que seguro que pareció sospechoso. Pero necesitaba espacio para pensar.

Resulta que, al parecer, para mí, el lenguaje del amor que me llegaba era, sin lugar a dudas, los actos de servicio. Tenía el corazón a punto de estallar, repleto de aire, chispas, luciérnagas, calidez y… y… un montón de otras cosas que me estaban encendiendo las alarmas internas. De verdad que tenía que poner en orden mis pensamientos y recordarme un par de datos crudos y fríos.

Una parte de mí esperaba que Jackson no estuviera en mi suite cuando regresara. Una parte mucho más grande e importante sintió una alegría inmensa cuando me lo encontré en el sofá, mirando el móvil.

—Me estás confundiendo mucho —lo acusé cuando entré hecha una furia.

Ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—A esto —levanté la mano que me había curado— y a toda la ternura con la que lo has hecho. Unos niveles inaceptables de confusión.

—Me temo que vas a tener que concretar mucho más.

—¡Me has besado la mano para curármela!

—Pensaba que podría ayudar.

Bueno, pues no.

Chasqueé los dedos y lo señalé.

—¿Sabes qué? Estamos a punto de tener nuestra primera sesión de asesoramiento.

—Fantástico. —Dejó el móvil en la mesa mientras yo me dejaba caer en el sofá a su lado—. Tengo un montón de preguntas…

No le di la oportunidad de terminar. En cuanto mi culo tocó el sofá, tuve esa preciosa cara en mis manos y esa boca insufriblemente atractiva cautiva contra la mía.

El plan era sencillo: enseñarle a Jackson Sinclair una lección besándolo con tanta intensidad como para sacarle el alma de ese enorme cuerpo. Y eso es justo lo que hice. Aparté las dudas y el miedo paralizante a un lado y me deje llevar por el hambre, la necesidad, el incesante anhelo que sentía por él.

Lo deseaba con todo mi ser y no sabía qué hacer para pararlo. Era horrible y maravilloso y terrorífico, y todo era culpa suya, así que le metí la lengua en la boca para castigarlo.

Él gimió… y se acabó. Salió de su estado inicial de sorpresa y cualquier control que hubiera tenido al principio se hizo añicos con un gemido entrecortado cuando me envolvió entre sus brazos y me colocó sin esfuerzo en su regazo.

Me deshice por dentro. Ese era justo el sitio que me correspondía, a horcajadas sobre Jackson mientras me tocaba, me besaba y me susurraba sucias palabras con esa lengua tan perversa suya.

Del todo inaceptable. Le mordí el labio inferior y tiré de él.

—Lección número uno —dije entre jadeos, empujándolo cuando trató de seguir besándome. Coloqué la mano firme contra el fuerte

latido de su pecho y le clavé los ojos en esa mirada vidriosa—. Hay una enorme diferencia entre lujuria y afecto. Esto… —Lo agarré de la camisa con el puño y tiré para darle otro beso intenso y cargado de frustración antes de volver a empujarlo—. Esto es lujuria. Eso es lo que es. Tú y yo hemos tenido la inoportuna mala suerte de sentirnos atraídos por el otro y hemos sido lo bastante idiotas como para pasar a la acción.

¿Me estaba escuchando? No parecía que me estuviera escuchando.

—Deja de mirarme la boca así —solté—. Estoy hablando.

—Sé muy bien lo que es la lujuria, Jamie —le dijo a mi boca—. La estoy sufriendo mientras hablamos. —Por si hubiera dudas sobre a lo que se refería, me agarró de los muslos y tiró de mí hacia él. Estaba duro como una piedra y me agarraba con una fuerza castigadora.

Se me estremeció el clítoris.

—Así que coincides en que eso es lo que es —dije, casi incapaz de mantener la voz firme—. Solo lujuria.

Un destello de auténtica sorpresa le cruzó el rostro. Titubeó un instante y luego parpadeó para volver a centrarse.

—Por sup… sí.

Sabía que iba a responder eso, sabía que iba a decir que sí, y aun así, se me cayó el alma a los pies, se me hizo un nudo en la garganta y apreté el puño en torno a su camisa al tiempo que levantaba la mano vendada.

—Entonces esto tiene que parar.

Se quedó callado durante un segundo.

—¿Qué?

—Está la lujuria y luego está el afecto —repetí despacio—. Lo uno es solo físico. Lo alimenta la atracción y busca una única cosa:

sexo.

—Te he dicho que sé lo que es la lujur…

—El afecto es otra cosa —lo interrumpí—. El afecto tiene que ver con la conexión y la intimidad emocional. Las dos cosas son de naturaleza diferente y tienen objetivos y un impacto psicológico distintos. Mostrar un afecto real y constante a alguien que no rehúye la intimidad emocional como lo haces tú es desconcertante, Jackson.

Daba lugar a la esperanza. Al anhelo y al deseo y, al final, a una decepción demoledora.

Me miró a los ojos mientras aflojaba la fuerza con la que me agarraba de los muslos. Después de una larga pausa, preguntó:

—¿Qué parte es la que te confunde?

Yo también aflojé los dedos que tenía en su camisa. Tragué saliva.

—Todas. —Todo en él me desconcertaba—. Ya no puedes ser dulce ni tierno conmigo, ¿entendido?

—No. Explícate —me pidió—. Con detalle.

¿No había sido lo bastante clara?

—Se llaman límites —dije—. Y estoy estableciendo uno de forma oficial. Lujuria, lo acepto. Eso se pasará dentro de una semana o dos si… le damos lo que quiere. Pero cero muestras de afecto antes, durante o después.

—¿Qué quieres decir? —insistió.

«La hostia».

—Quiero decir que me puedes agarrar y follarme tan duro y salvaje como quieras, pero no te permito que me limpies después. —Le puse los dientes en el labio inferior y tiré despacio, para después lamérselo—. Quiero decir, Jackson, que me puedes atar a la cama y utilizarme como tu juguete sexual particular toda la noche, puedes dejarme marcas y moratones en la piel, pero no puedes curarme las

heridas cuando acabes. ¿Así te queda más claro?

Se le cortó el aliento de golpe cuando llegué a lo del juguete sexual y noté su pulso acelerarse contra mi puño.

—¿De verdad es eso lo que quieres de mí? —preguntó.

Lo que quería era que ese ardiente deseo que sentía por él se aliviara antes de que me consumiera entera. Y si para aliviarlo tenía que follarme, que así fuera.

—Sí.

El silencio que llegó a continuación no habría sido tan desquiciante si hubiera sido capaz de leer el leve cambio en su gesto mientras me observaba. No tenía ni idea de lo que estaba pensando.

—¿No crees que los dos nos sentiremos mejor después? —probé a decir—. Incluso aunque solo sea una vez…, ¿no crees que al menos nos quitaremos la espinita?

Esos ojos pálidos se entrecerraron y apretó los labios con disgusto. Era una expresión que reconocí al momento. Se había declarado la guerra.

Se me desbocó el corazón. Reprimí una sonrisa.

—¿Lo de anoche no te quitó la espinita, Jamie?

—Así habría sido si hubieras cumplido con tu palabra —repliqué —. Todo ese parloteo sobre agarrarme y follarme salvajemente, rellenarme con tu esencia… qué decepción.

Estaba jugando con fuego y lo sabía.

—«Decepción» —repitió Jackson con tono peligroso. Esbozó una sonrisa y se le afiló la mirada—. ¿Así describirías lo que pasó anoche?

Si le mintiera y dijera que sí, habría consecuencias.

—Sí.

Subió por mis muslos con las palmas dejándomelos en llamas y enganchó los dedos bajo la cintura de mis vaqueros. Un escalofrío

me recorrió toda la espalda.

—¿Y qué ocurrirá cuando te folle con tanta intensidad como quieres y te des cuenta de que una vez no te basta? —Pasó el pulgar por el botón de los vaqueros, desatando un estallido de chispas en mi interior—. ¿Y entonces qué?

—Entonces lo repetiremos. —La lujuria acabaría por desaparecer.

Pero cuando llegué al primer botón de su camisa, me agarró de las muñecas.

—Levántate —me ordenó.

Casi me derrito por dentro. Me puse de pie.

—Desnúdate —fue su siguiente orden.

Manipulé con torpeza y con los dedos temblorosos los botones, cremalleras y mangas hasta que me quedé de pie junto a un montón de tela, vistiendo nada más que mi ropa interior.

—Todo —me exigió Jackson cuando vacilé.

Se me encogió el estómago cuando alcancé con las manos la parte posterior del sujetador y me lo desabroché, dejándolo caer al suelo. Luego, con un suspiro trémulo, me quité despacio las bragas.

Te juro que si aquello no acababa con él empotrándome contra la cama, iba a perder la puta cabeza. Nunca había deseado tanto a nadie antes, y necesitaba pararlo. Necesitaba no estremecerme entera cuando me repasaba el cuerpo con la mirada de esa manera. Necesitaba que no se me desbocara el corazón por él y que no ronroneara por dentro cada vez que él entraba en una habitación.

—Preciosa. —Se soltó el cinturón con esa mirada oscura clavada en mi pecho—. Eres la hostia de preciosa, Jamie. Es que no puedo soportarlo, joder.

Y yo no podía soportar que me mirara así. Me iban a fallar las rodillas.

—Llamarme preciosa cuenta como afecto —dije con la voz

entrecortada—. No lo vuelvas a hacer.

Apretó la mandíbula y tragó saliva al tiempo que contenía una réplica.

—Vuelve a mi regazo. —Una orden con voz ronca y grave. Se quitó el cinturón y lo enrolló en sus enormes manos.

—Pon las manos en la espalda.

Hice lo que me dijo, colocando una rodilla a cada lado de esos muslos tan fuertes antes de entrelazar las manos en la espalda. Me ató las muñecas con facilidad y eficacia con el cinturón de cuero.

—La verdad es que serías el juguetito sexual perfecto, ¿no te parece?

Me quedé sin aire y estaba bastante segura de que él podía ver cómo se me marcaba el pulso en el cuello. Aceleró cuando enganchó un dedo por debajo de mi delicada cadena de oro y la utilizó para arrimarme a él. Como si fuera un collar. Me lamió el labio inferior. Lo mordisqueó con los dientes. Lo besó.

Me ardían las entrañas, la piel, todo.

—Bájate los pantalones —dije. Estábamos perdiendo demasiado tiempo. Necesitaba que me follara como el respirar.

Jackson hizo un gesto de reproche, como si me hubiera portado mal.

—¿Así es como los juguetitos sexuales hablan a su dueño, Jamie?

Eso… eso me provocó algo en el cerebro. Consiguió activar otro lugar profundo y oculto que había estado dormido y reprimido hasta ese mismo momento. Se me puso la piel de gallina. Me estremecí.

Volvió a tirar de la cadena y me rozó los labios con los suyos.

—Te he hecho una pregunta. —Tragué saliva, negándome a responder. Sonrió contra mi boca antes de darme un beso suave y tierno—. Ya veo.

—Estás siendo cariñoso otra vez.

Otro beso tierno.

—Por desgracia, esta norma tuya no va a valer.

—No es algo negociable.

—El afecto es uno de los aspectos que más me preocupan. Me temo que vas a tener que asesorarme sobre el tema.

Menuda mentira.

—Jackson.

Me calló la boca con un intenso beso de esos que hacen que se te retuerzan hasta los dedos de los pies. Me abrasó por dentro, incendió cada parte de mi ser. Cuando intentó apartarse, perseguí las llamas con la lengua.

Le retumbó el pecho de puro placer y cuando lo provoqué con un pequeño lametazo en la lengua, metió los dedos entre mi melena. Ya no eran delicados.

Él tampoco estaba siendo delicado ya.

Jurando entre dientes, me apretó contra su cuerpo, tan duro como para hacerme daño.

Era perfecto.

—Joder, no deberías hacerme sentir tan bien, Jamie. —Llevó la boca a mi mandíbula, a mi cuello. Me ardía todo.

¿Yo lo hacía sentir bien? ¡¿Yo?!

Se apartó y me miró, deslizando la mano entre mis muslos sin avisar. Solté un grito ahogado.

Tenía los ojos clavados en los míos mientras me pasaba los dedos por los labios, por la entrada de mi sexo, por los muslos. Por todas partes, salvo una excepción: no llegaban a tocarme el pequeño botón de nervios hipersensible que suplicaba y palpitaba por su atención.

A juzgar por su siniestra sonrisa, lo hacía a propósito.

—¿Quieres saber con qué otro aspecto tengo problemas? —Volvió a pasarme la mano por la húmeda entrada y me arrancó un suspiro trémulo y entrecortado—. ¿Recuerdas aquel diagrama que me dibujaste?

¿El qué?

—¿Qué diag…? —Ah.

Jo. «No me jodas».

Sonrió.

—¿Dónde, dónde podría estar el escurridizo clítoris?

Mierda. Me iba a calentar hasta que llorara.

—Te odio —dije entre jadeos. Suplicar no serviría de nada. Podía verlo en su mirada despiadada y malévola.

—Me hiciste un dibujo, pero nunca te molestaste en enseñarme dónde estaba.

—No. De verdad. Te odio.

Esa sonrisita de cabroncete era lo único que necesitaba para saber lo bien que se lo estaba pasando con todo aquello. Qué pedazo de monstruo.

—Como mi consultora de citas que eres, creo que estarás de acuerdo en que es tu responsabilidad asegurarte de que al menos pueda dar placer a mi futura mujer.

—Dijiste que no tenías previsto acostarte con tu mujer, ¿no te acuerdas?

No me estaba escuchando.

—¿Está aquí? —Me presionó en un punto que me hizo dar un gritito. De frustración, no de placer—. ¿O tal vez aquí?

—El karma es muy cabrón, Jackson. Ten cuidado.

—¿Eso es un sí? ¿Por fin lo he encontrado?

Dejé escapar una pequeña carcajada entre dientes. No pude evitarlo.

—Me sacas de quicio.

Llevó esos sonrientes labios a mi boca para darme otro beso tierno.

—Y a ti es facilísimo calentarte, ¿te lo habían dicho alguna vez?

Hubo un instante de silencio mientras a los dos nos costaba un poco procesar lo que acababa de preguntarme.

Él se dio cuenta primero. Reculó.

—Olvídalo.

Pero era demasiado tarde. Mi cerebro perverso ya había ideado un plan perverso y las palabras perversas ya estaban saliendo disparadas por mi perversa boca.

—Sí. Me lo habían dicho un montón de veces, un montón de hombres muy atractivos quemmmpfpfm.

Nunca antes me habían besado mientras nos reíamos los dos. Era una sensación peligrosamente buena. Como si hubiera estado besando a la gente incorrecta toda mi vida.

El supuesto pánico que debería haber hecho acto de presencia tras darme cuenta de aquello lo borraron de un plumazo los tiernos golpecitos de la lengua de Jackson. No sentía nada más que un deseo profundo y ardiente hirviendo a fuego lento en lo más hondo de mí. Ni siquiera me había percatado de que me había levantado hasta que di con el culo en el colchón y Jackson se apartó.

—Date la vuelta.

Por fin.

Por fin, por fin, por fin…

Al parecer, reaccioné demasiado despacio, así que decidió darme la vuelta él mismo. Y… sip. Estaba claro que me ponía bastante que me manejaran con cierta rudeza. Me estremecí y gemí cuando me agarró de las caderas, las colocó bien y me separó un poco más los muslos con las rodillas. Quedé del todo expuesta a él,

completamente a su merced con las manos atadas a la espalda, el culo al aire y la mitad de la cara presionada contra el colchón.

Me encantaba, joder. Por lo visto, era un poco más guarrilla de lo que me había permitido creer hasta ese momento.

—La hostia, estás chorreando, Jamie. —Me tembló el muslo cuando me rozó la piel con un dedo, recorriendo la humedad que me caía por el interior—. ¿Tantas ganas tienes de que te folle y utilice?

Hundí la cara en el edredón y amortigüé un gemido.

—Sí que eres un juguetito sexual perfecto. —Deslizó las manos por los cachetes de mi culo, separándolos—. Mira qué agujeros tan preciosos. Están rogando que se los follen, ¿verdad? Lo necesitan.

Ahogué un grito contra el edredón cuando presionó la parte gruesa de la lengua contra mi clítoris y luego, despacio, despacio, despacio, fue lamiendo hacia arriba del todo.

Hacia. Arriba. Del todo.

Luego me dio un beso muy tierno en la parte inferior de la espalda, que estaba temblando.

—Aunque hay un problemilla —murmuró en tono sombrío—. Me gusta cuidar bien de mis juguetes. Esa parte me gusta casi tanto como jugar con ellos. Si no lo hago, el proceso me parece incompleto, por así decirlo. Y de qué serviría todo el juego si no lo completamos, ¿no te parece?

Sabía muy bien adónde quería ir a parar con todo aquello y no iba a consentirlo. No iba a cambiar de opinión.

—No necesariamente —dije entre jadeos—. Yo no llego al orgasmo solo con la penetración, pero eso no significa que no sea divertido o placentero.

Una larga pausa. Y luego:

—¿Nunca te has corrido solo con la penetración?

—No. —Era algo común y juro que si estaba a punto de decirme

que sería diferente con su polla milagrosa…

—¿Así que te puedo follar todo lo que quiera y no podrás correrte hasta que lo permita?

Se me paró el corazón de golpe.

—Es… una forma de verlo.

Soltó un juramento entre dientes y luego oí el inconfundible sonido de una cremallera abriéndose. Me temblaban los músculos.

—¿Cuál es tu palabra de seguridad?

—Fresa —dije con la voz entrecortada—. ¿Y ahora podemos dejar de hablar y…?

Me quedé sin aire en los pulmones y se me tensó todo el cuerpo por la inesperada sensación de verme llena de golpe. Dolió lo justo como para que me vibrara el clítoris de placer.

No había sido delicado ni tierno y era tan grande que… que… Gemí, apretando los ojos con fuerza. Era la hostia de perfecto.

Yo no era la única que sufría la agonía. El gemido que se le escapó me retumbó en los oídos, haciendo que se me estremeciera todo. Él también había sentido placer.

—Joder. —Tenía de nuevo las manos sobre mis caderas, y me clavaba esos despiadados dedos en la piel—. Tienes un coño pequeñito, ¿no?

No. Es solo que él era enorme, pero en ese momento no tenía la capacidad de rebatírselo.

Movió las caderas, empujando hasta el fondo. Volví a gemir. ¿Cómo iba a poder con más de él? Otro medio centímetro y me ahogué. No podía hacerlo. Era demasiado grande. Era demasiado placer. Era demasiado dolor. Lo anhelaba con demasiada desesperación.

—Jackson… —Estaba sin aire, no era capaz de llevar oxígeno a mis pulmones—. No puedo… —Respira. Piensa. Tómalo—. Eres

demasiado… No puedo…

—Sí puedes. —Su tono era sombrío y agónico—. Te va a entrar hasta el último centímetro como el juguetito que eres.

La sacó, la volvió a meter con suavidad. Sacar, meter. Sacar y empujar.

No sé quién de los dos gritó más, si él o yo. Se me nubló la vista y vi estrellitas bailando de puro éxtasis. El resto de mí estaba ardiendo por completo.

La hostia.

Puta.

Jackson soltó una retahíla de juramentos con la voz entrecortada, mientras se hundía en mí hasta el fondo.

—¿Estás bien?

—Muy bien. Muy bien. —«Sigue, por favor».

—¿Sigues queriendo que sea duro?

Sí. Tanto que hasta me dolía.

—Por favor.

Apenas había pronunciado la súplica antes de que la satisficiera.

Jackson la sacó y la volvió a meter e hizo justo lo que le había pedido. Siguió agarrándome las caderas con implacable firmeza mientras me embestía una y otra y otra vez, follándome de forma salvaje hasta que una presión conocida empezó a crecer y a enroscarse en lo más hondo.

No iba a correrme, pero eso no evitaba que me provocara un placer agónico. No evitaba que soltara gritos ahogados y gimiera cada vez que me golpeaba el clítoris con las pelotas y me enviara una corriente de placer que me recorría todo el cuerpo.

Estaba en el paraíso.

Y cuanto más escandalosa era, más despiadadas e intensas eran sus embestidas. Ya no me dolía. Ya solo era una masa trémula que

gemía de puro deseo.

—Joder, Jamie. Mira qué bien te entra la polla. A tu coño le encanta.

¿Cómo era capaz de formar frases completas? Yo me estaba muriendo.

Lo único que podía hacer era seguir con las piernas abiertas y resistir la embestida, sabiendo que no me dejaría correrme enseguida. O que tal vez no me dejaría correrme, punto. Tal vez me tuviera suplicando todo el día. Con solo pensarlo me deshice de puro placer.

—Qué gusto… Joder, Jackson…

Se había estado conteniendo. Porque en cuanto dije su nombre, con ese tono almibarado en medio del éxtasis, sus movimientos se volvieron más bruscos, más arrítmicos y más erráticos.

Dejé escapar entre jadeos más gemidos, más sollozos, más lamentos y gritos y alabanzas por lo bien que me estaba follando. Nunca había sentido algo así de intenso, y no quería que se terminara.

—Joder, Jamie. Joderjoderjoderjoder… —Se calló con una última y dolorosa embestida y un gruñido gutural y profundo. Noté cada espasmo mientras su polla se derramaba dentro de mí. Gruñó y tembló durante todo el orgasmo, clavándome los dedos en la piel como si quisieran dejarme marcas permanentes.

Estaba tan tensa que me temblaba el cuerpo.

Al final, se le empezó a estabilizar la respiración y aflojó los dedos. Pero no me soltó ni salió de mí. En vez de eso, se frotó contra mí, estimulándome el clítoris hasta que solté un gemido ahogado.

—¿Qué tal? —preguntó con voz ronca—. ¿Esto te ha quitado la espinita? ¿Te desato y me marcho?

Si hacía eso, iba a llorar.

Volvió a mover las caderas y me bajó un estremecimiento por todos los muslos.

—La hostia, estás hecha para que te follen, la verdad. Mira qué bien te estás portando.

—Jackson… —Apenas era un susurro. No tenía fuerzas para hablar más alto—. Por favor.

Sabía muy bien lo que le estaba pidiendo. Su polla medio dura se retorció en mi interior, delatándolo. Le encantaba que le suplicara, el desequilibrio de poder consentido, casi tanto como a mí.

—¿No te corriste bastante anoche? —me provocó—. ¿No crees que ahora me toca a mí?

Tragué saliva, aferrándome a la última pizca de cordura que me quedaba.

—Lo siento —murmuré.

Hubo una pausa larga antes de que él dijera:

—¿Por qué dices eso?

—Porque… no sé si has terminado y debería haberlo comprobado antes de quedarme rendida. —A ver, estaba bastante segura de que había terminado, pero no al cien por cien.

Una carcajada grave y siniestra le retumbó en el pecho.

—Desde luego que he terminado. Así de bien sabes, Jamie. Me has hecho correrme como un adolescente.

Se me acaloraron las mejillas y me mordí el labio, reprimiendo otro gemido.

—Deberías incluirlo en mi expediente. —Me estaba desafiando—. Cuando elijas a mi esposa, deberías decirle que lo que más me gusta es comerte entera. Decirle que me encanta el sabor de tu coño, tanto que es en lo único en lo que podré pensar cuando «satisfaga mis necesidades».

¿Qué estaba haciendo?

¿Y por qué me hacía palpitar en torno a él?

—Decirle que si hubieras aceptado casarte conmigo te habrías despertado cada puta mañana con mi cabeza enterrada entre tus muslos. Decirle que mientras que ella tendrá que suplicarme que la toque, tú tuviste que suplicarme que parara. Hasta ese punto me siento atraído por ti, hasta ese punto me encanta comerte entera y quiero asegurarme de que lo sepa.

Volvía a estar duro de nuevo, algo que, hasta ese momento, no sabía que pudiera pasar. Apreté los puños al tiempo que salió un par de centímetros de mí para volver a entrar.

—¿Crees que lo entenderá, Jamie? ¿Que el motivo por el que no le lameré el coño es porque sé que no sabrá como tú?

La hostia. Cerré los ojos y se me aceleró el corazón. Por mera estupidez, quería creerlo. Por egoísmo, quería ser la única a la que deseara. Por lógica, sabía lo incompatibles que éramos.

Y aun así, me encantaba oírle decir eso.

La siguiente embestida fue mucho más fuerte. Podría haberme dolido si no estuviera tan húmeda y empapada de su esencia.

—Quiero volver a hacerlo, joder. Quiero atarte las muñecas a la cama y lamerte ese dulce coñito hasta que me ruegues y finjas que no quieres que siga. Me muero de putas ganas de hacerlo, Jamie.

Tensé los músculos a medida que aceleraba, follándome con más y más intensidad, hasta que a los dos nos volvió a faltar el aire.

—¿Qué tal, cariño? ¿Esa espinita de la que hablabas ya ha desaparecido?

Lo odiaba. Muchísimo.

No tenía ni idea de lo que me estaba haciendo. Lo bien que me hacía sentir. Lo confundida que estaba. La facilidad con la que se podían malinterpretar sus palabras.

—Cállate —dije entre jadeos, lo que solo consiguió que se riera.

—Joder. La hostia. Casi estoy. —Me embestía cada vez más y más rápido y daba igual lo mucho que me contrajera por dentro, no era suficiente para llegar al orgasmo. Era una auténtica agonía.

Una agonía dulce y tortuosa que me tenía a punto de las lágrimas cuando Jackson se retorció entre espasmos y gruñidos cuando se corrió de nuevo. Me encantó cada segundo.

El líquido caliente se derramó de mi interior cuando salió despacio de mí y yo gemí, protestando por ese vacío repentino. Me parecía un vacío extraño y ajeno, y quería que lo solucionara. En vez de eso, se subió la cremallera y me desató las manos.

«No». No estaba lista todavía.

—Mírate. —Me pasó la punta de los dedos por la curva del culo y soltó una risita grave y juguetona cuando me estremecí—. Dos cargas completas de mi esencia y ese coñito avaricioso tuyo sigue queriendo más. ¿Quién hubiera dicho que mi dulce chica resultaría ser una zorrita que se muere de deseo?

Con los dedos, ahora libres, apreté el edredón al tiempo que reprimía otro grito vergonzosamente sonoro. Había muchas posibilidades de que llegara al clímax si seguía hablando. Era como si tuviera el mapa de mis botones secretos y estuviera decidido a ir pulsándolos todos, uno tras otro.

Abrió el cajón de la mesita de noche y lo supe. Sí que había mirado por la mañana.

—Ponte de espaldas.

Me giré con toda la gracia que pude teniendo en cuenta lo que me temblaba todo, y se me cerraron las rodillas al ver a Jackson alzándose imponente sobre mí.

Que yo estuviera desnuda por completo mientras que él seguía vestido añadía otra capa más de vulnerabilidad que me ponía un

montón.

—¿Los juguetitos sexuales cierran las piernas antes de que acaben de utilizarlos, Jamie? —Encendió mi vibrador morado con tachuelas. Lo volvió a apagar.

Una amenaza.

Ya era oficial: se nos había ido de las manos. Estaba en terreno desconocido. Era abrumador, escalofriante y, ah, superexcitante.

—Abre las piernas —me ordenó—. Enséñame lo zorrita tan buena que eres, lo mucho que necesitas que te follen otra vez.

Se me aceleró el pulso. En terreno muy desconocido.

Aun así, obedecí y separé las piernas para él mientras observaba cómo se le oscurecían los ojos y tragaba saliva con esfuerzo.

—¿Tienes idea de lo increíble que estás con mi esencia derramándose por tus muslos, preciosa? —Volvió a encender el vibrador y se acercó—. ¿La de cosas pecaminosas que haría si pudiera tener todo un año de esto?

¿Y si el año se terminaba y no era suficiente? ¿Y si yo quería que durara toda la vida? Entonces ¿qué?

—No me voy a casar contigo. —De todas las veces que había dicho esas palabras, esa fue la vez que sonaron menos convincentes. Me temblaba la voz, era irregular, entrecortada.

—¿Estás segura de eso? —Me puso la palma de la mano sobre la rodilla derecha, obligándola a abrirse un poco más antes de frotarme la entrada con el vibrador. Gemí. Sonrió—. Tengo tres semanas para convencerte de que firmes el contrato. Para cuando acaben los treinta días puede que estés suplicando por otros doce meses con mi polla.

—¿Y entonces qué? ¿A cuánta gente puedo meter en la lista?

Frunció el ceño.

—No te sigo.

—Dijiste que animarías a tu mujer a satisfacer sus necesidades en otro lado, ¿no?

Diversos tics le recorrieron la cara con tanta rapidez que tuve que reprimir una carcajada.

—¿Y bien? —lo provoqué—. ¿Cuántos hombres más tienen permiso para atarme y…?

Abrí la boca de golpe cuando me metió el vibrador, pero no emití sonido alguno. Pestañeé, se me tensaron los dedos y si Jackson no me hubiera empujado hacia el colchón y no se hubiera colocado entre mis muslos, habría cerrado las piernas de golpe.

—Dilo otra vez.

—Hostia puta.

—Dilo otra vez.

Con el pecho agitado, parpadeé para poder enfocar su ceño fruncido. Había girado el vibrador para que el estimulador del clítoris no pudiera hacer su trabajo. Cabronazo.

—Seguro que alguno me dejaría correrme —dije jadeando—. Quizá si utilizo esa tarjeta y llamo a mi alma gem…

Estrelló los labios contra los míos, haciéndome cerrar el pico. Me castigó con la lengua, me mordió y me metió el vibrador más adentro. Gemí en su boca, contoneando las caderas. Cuando se apartó, entrecerró esos ojos de un azul gélido para mirarme.

—Por última vez, no eres para él. Y solo para que quede cristalino, no te follarás a nadie más mientras lleves mi anillo en el dedo.

Había empezado a mover la mano, sacando despacio el vibrador con tachuelas para volver a meterlo al momento. Iba a perder la puta cabeza.

—A nadie —dijo—. A nadie excepto a mí.

Seguí gimiendo, arqueando levemente la espalda. Iba demasiado

despacio. Necesitaba más.

—Serías mía, Jamie. —Giró despacio el juguete, acercando el estimulador un poquito más al clítoris—. Solo te correrías para mí, por mí.

Otro girito y se me escapó un grito entrecortado. Estaba muy cerca. Solo necesitaba que lo girara una vez más.

Jadeaba, temblaba como una hoja cuando se acercó a mí y colocó una mano junto a mi cabeza.

—¿Cuántas horas de sexo más crees que puedes soportar? —Se inclinó y me mordisqueó el labio—. ¿Lo comprobamos?

Volvió a girar el juguete.

En la dirección incorrecta.

Gemí y sentí cómo se partía en dos mi voluntad.

—No, por favor. Por favor. —No podía soportarlo más.

—Joder, pero qué guapa que estás cuando suplicas. No puedo con ello. —Me repasó la cara con los ojos, disfrutando de cada gramo de placer y sufrimiento que me estaba provocando—. ¿Quieres saber otro secreto?

No. Lo único que quería que hiciera era que girara el puto vibrador.

—Cada una de las cosas que me gusta hacer en la cama, todas de las que hemos hablado, son solo contigo. No quiero hacer nada de esto con nadie más y nunca lo he hecho. ¿Qué es lo que pasa, Jamie? ¿Qué cojones me has hecho?

No lo sabía y no podía dejar de gemir para responderle.

—Joder, qué guapa que eres… —murmuró—. ¿Quieres correrte, preciosa?

—Sí. —No sabía si en realidad había logrado decir la palabra, pero lo intenté—. Por favor… Por favor… No puedo más… Lo necesito…

Me besó justo cuando giró el juguete y se tragó cada uno de los gritos y gemidos que solté cuando las vibraciones me enviaron una ráfaga de fuego y electricidad a través del clítoris, por el pecho y por las piernas.

El orgasmo fue tan intenso que no podía dejar de temblar, no podía respirar, no veía nada más que una luz brillante y puntitos rojos. Era interminable. Duró y duró, empapándome en fuego y deseo.

Fue increíble.

Él no dejaba de besarme, incluso después de haber dejado el vibrador a un lado y de que los espasmos hubieran cesado. Y en lugar de apartarlo, le metí los dedos entre el pelo y lo agarré con fuerza como si me fuera la vida en ello mientras jugueteábamos y entrelazábamos las lenguas. Me acarició por todas partes, recorriéndome todo el cuerpo con las palmas como si no pudiera decidir qué era lo que más le gustaba.

No lo entendía. No entendía cómo era posible que deseara más de él después de aquello.

Tampoco podía parar.

Nos giramos sobre la cama, devorándonos hasta que Jackson volvió a bajarse la cremallera a tientas.

La tercera vez no me sacó la espinita. La hizo más afilada.

Estaba jodida. Tanto de forma literal como figurada, estaba bien jodida.

29

Había perdido el control de la situación, de la semana y de mí misma. Había perdido el control, punto.

Pensaba que lo había solucionado. Pensaba que si le daba a la lujuria lo que quería, acabaría por rendirse y dejarme en paz. Pero no fue eso lo que ocurrió.

Había pasado toda una semana y la «espinita» seguía allí. Se había convertido en un Goliat voraz que me consumía y estaba indefensa ante él. Jackson no dejaba de tocarme y yo no podía dejar de querer que lo hiciera, lo necesitaba, lo ansiaba. Todas las noches, todas las mañanas, y seguía sin ser suficiente.

El lunes, después de comer, apenas había cerrado la puerta de su despacho antes de que me empujara contra ella y se arrodillara. Me ordenó que estuviera «calladita como un buen juguetito» cuando me remangó la falda, me puso la pierna sobre su hombro y me comió como si fuera su último día en la Tierra y yo su última comida.

El martes, me colocó en su mesa, me ató las muñecas con el cinturón, me rodeó la boca con la corbata y me lamió y chupó las tetas hasta que me convertí en un manojo indefenso de deseo que no dejaba de retorcerse, completamente a su merced. Luego me provocó tres orgasmos tortuosos con los dedos antes de embestirme para terminar.

El miércoles, me empotró contra la pared, me levantó la falda y me folló por detrás. Dos veces.

El jueves y el viernes fue aún peor.

Ni siquiera llegamos al despacho antes de sucumbir al deseo. Lo monté en el asiento trasero de su limusina y conseguí lo que quería. No hubo ninguna cosa rara, ni palabras subidas de tono, ni ataduras ni provocaciones ni tormentos. Le rodeé el cuello con las manos, me recorrió la espalda con las palmas y fue… tierno. Besos profundos, caricias delicadas, jadeos compartidos, latidos acelerados y una cantidad alarmante de contacto visual.

El domingo todo me empezó a pasar factura.

Alice: Ey.

¿Podemos hablar un segundo?

Lo siento. Sé que es pronto

Parpadeé entrecerrando los ojos hacia la luminosa pantalla y escribí despacio una respuesta.

Jamie: Te llamo dentro de 5 m.

Bloqueé el teléfono y, muy lentamente, traté de deslizarme bajo el brazo de Jackson sin despertarlo. No lo conseguí.

Balbuceó alguna incoherencia en mi pelo y me pasó esa fuerte y pesada pierna por la cadera, inmovilizándome con eficacia.

—Tengo que hacer una llamada —susurré—. De trabajo.

—Llama desde aquí —farfulló.

—No puedo. Mi móvil solo me deja llamar con manos libres.

—¿En serio? ¿Por qué?

—La piscina.

Murmuró, pero no me soltó.

—Te compraré uno nuevo.

—Jackson.

—Estoy durmiendo. No te oigo.

Suspiré. Era difícil fingir que no estaba sonriendo, pero creo que lo conseguí.

Jamie: ¿Es un tema confidencial? Hay gente.

Alice: No. No pasa nada. Hablaré con nombres en clave para los clientes.

Carraspeé para aclararme la garganta antes de darle al botón de llamada. Contestó al momento.

—¡Ey! Perdona, ya sé que es domingo.

—Da igual. ¿Qué pasa?

—Un par de cosas. Primero, ya hemos seleccionado cuatro candidatas de acuerdo con el nuevo perfil del Destripador. Buen trabajo, por cierto. Ni siquiera Vivian pudo decir nada negativo cuando lo revisó. Y tu informe era tan detallado que creo que en realidad hasta le fastidió un poquito.

—Gracias —murmuré incómoda. No ayudaba que el cumplido hiciera que Jackson me sonriera en el pelo antes de plantarme un beso en la coronilla. Casi como si estuviera orgulloso de mí.

Teníamos que volver a tener la charla sobre el afecto. No había prestado ninguna atención.

—Quiere que para mañana por la mañana confirmes una hora y un lugar para la primera cita y también dice que tiene que ser el

miércoles de esta semana o antes. La tía del Destripador llamó para exigirlo. Creo que su nosequé espiritual le puso la fecha límite.

—Lo haré —dije, ignorando la dolorosa puñalada que me atravesó las entrañas hasta el pecho—. Primero tengo que presentarle las candidatas, pero tendrás toda la información para entonces.

Jackson ya no sonreía.

—Fantástico. Segundo, ¿conoces a un tipo que se llama Daniel Omori?

Se me paró el corazón un segundo al tiempo que Jackson se quedaba tieso a mi lado.

—¿Puedes repetirlo?

Era posible que los dos la hubiéramos entendido mal.

—Daniel Omori —repitió—. Es un célebre chef de *sushi* que trabaja en Tokio. A su restaurante acuden todos los famosos, no deja de salirme en las redes sociales.

—¿Qué pasa con él? —Me latía el pecho con fuerza contra el bíceps de Jackson. Él, mientras tanto, había dejado de respirar.

—Llamó y pidió una reunión contigo.

Me quedé en blanco. No supe qué decir o hacer durante un buen rato muy incómodo. Cuando por fin puse en marcha el cerebro otra vez, traté de zafarme del brazo de Jackson. Aunque fue inútil.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Eh, sip. Aquí estoy. —Estaba mirando al techo, así que no podía ver el gesto de Jackson, pero juro que podía sentir su mirada letal.

—¿Sabes quién es?

Me humedecí los labios, para entonces ya despierta del todo.

—Me lo han presentado.

—Vale, claro, eso parecía —dijo—. En cualquier caso, llamó y

tenía un montón de preguntas sobre el programa Inmersivo y preguntó si estabas disponible.

¿Los seres humanos podían rugir? Porque a Jackson le vibraba el pecho contra mi brazo y emitía un sonido estruendoso que parecía salido de un depredador. También estaba empezando a tensar los músculos, reduciendo de forma considerable la cantidad de aire que me llegaba mientras arrimaba mi cuerpo al suyo.

—¿Qué le dijisteis? —pregunté, haciendo como si pudiera seguir respirando sin problema.

—Yo no hablé con él, fue Vivian. Le dijo que estarías disponible el mes que viene.

No debería haber llamado desde allí. Si no hubiera estado tan adormecida, lo habría pensado mejor. Jackson presionaba la boca contra mi coronilla como si solo así pudiera mantenerse callado.

Pero antes de que pudiera decirle a Alice que la llamaría más tarde y colgar, ella dijo:

—Insiste en reunirse contigo antes, y por eso te llamo. ¿Estás disponible mañana por la noche? Está en Nueva York grabando de nuevo un anuncio, pero si estás libre no le importa coger un avión cuando termine el rodaje. Solo le hace falta saberlo ya para poder reservar el vuelo.

—¿Quiere volar a Toronto solo para hablar conmigo un par de horas?

—Eso parece. —Pareció animarse como si estuviera compartiendo un cotilleo muy jugoso—. Le propusimos una reunión virtual, pero no dejaba de insistir en la cena. Dijo que sería más fácil tratar en persona los pormenores de tu mudanza a Tokio.

La cabeza me daba vueltas tratando de encontrar una excusa para librarme de aquello.

Pero… ¿por qué? En teoría, eso no significaba nada. En teoría,

solo era una reunión de trabajo y si decidía aceptarlo como cliente, tampoco podría pasar nada entre los dos. Por no mencionar que estaría muy bien poder añadir a mi currículo otro Inmersivo. En realidad no tenía motivos para decir que no.

Salvo tal vez uno.

—Ya estoy en medio de un Inmersivo. No puedo aceptar una reunión con un cliente nuevo. —Me estaban pagando para que me centrara únicamente en el expediente Sinclair. Esa era la idea.

—Vivian va a hacer una excepción.

«Mierda».

—¿Ah, sí?

—Por lo que he entendido, Minerva lo va a permitir, así que si al Destripador le parece mal, puedes decirle que hable con ella directamente.

Lo intenté, de verdad. La única otra excusa que podía poner era que tenía previsto dimitir a final de mes, pero, como ya he dicho, añadir otro Inmersivo a mi currículo y ganarme otro bonus tampoco me vendría mal, la verdad. Por una vez tendría cierta holgura económica.

Lo que me llevaba a decir «no» eran mis sentimientos, no mi cabeza.

—Vale —dije—. Si ya se han puesto de acuerdo, entonces, claro, me reuniré con él.

—Genial. Reservaré algún sitio cerca del hotel en el que se aloje y te enviaré los datos.

Colgamos.

Seguí con los ojos clavados en el techo mientras se me aceleraba el pulso. La culpa me corroía por dentro, sin motivo alguno. Podía tener reuniones de trabajo. E incluso aunque no fuera una reunión, Jackson y yo no estábamos juntos, así que, en cualquier caso,

tampoco debería importar.

Dejé pasar un par de minutos, esperando a que él rompiera el silencio para así al menos hacerme una idea de lo que pensaba. Cuando no vi indicios de que él fuera a hablar, me volví a aclarar la garganta con suavidad otra vez.

—Bueno… Creo que nuestros planes para hoy han cambiado. Tenemos que echar un vistazo a las candidatas y comentar algunas observaciones que he hecho en las dos últimas semanas. Pero antes necesito un poco de tiempo para prepararlo.

No respondió. Tampoco me soltó.

—¿Podemos quedar sobre el mediodía? —Así tendría bastante tiempo para acabar el trabajo y poder dormir una o dos horas más. Jackson no me había dejado descansar demasiado esa última semana. Estaba agotada, también dolorida, y ya sabía por lo poco que me había movido hasta ese momento que me iban a crujir las articulaciones en cuanto intentara salir de la cama.

Aunque había merecido la pena.

Me mordí el labio inferior, concediéndole otro minuto más antes de preguntar:

—¿Te va bien a esa hora? Si no, podemos…

—¿Por qué te gusta tanto?

Me quedé muda y pestañeé. ¿Cómo se suponía que iba a responder a eso?

—¿Qué es lo que tiene?

No era capaz de recordarlo. Tampoco lograba descifrar ese nuevo matiz en su tono. Era algo nuevo.

—¿Es porque tiene perro?

No era capaz de recordarlo.

—¿Es por sus tatuajes?

No era capaz de recordarlo.

—¿Es porque es chef de *sushi*?

Seguía sin poder acordarme.

Debía de haber sido una combinación de todas aquellas cosas en algún momento, pero, por más que lo intentara, no podía recordar las razones concretas. Ni siquiera conocía al tipo. No tenía ningún sentido.

—¿De verdad crees que Imogen hablaba de él? —me preguntó.

—Tú no crees que nada de eso sea real, ¿te acuerdas? —Le recordé con delicadeza—. Dejando de lado el tarot y la espiritualidad, no crees en las almas gemelas ni en el amor romántico. Dices que son chorradas. —Estrujé el edredón con los dedos, moviendo la boca en silencio un instante—. ¿O es que has cambiado de opinión sobre ese tema?

Contuve el aliento.

Durante un par de segundos de tonta ilusión, creí que su silencio significaba que se lo estaba pensando. Puede que hasta planteándoselo. No me hacía falta que creyera lo mismo que yo ni que sintiera nada de aquello que yo estaba empezando a sentir por él. Solo necesitaba saber que existía la posibilidad, por pequeña que fuera, de que algún día él…

—No.

Fue firme. Definitivo. Sin espacio para la interpretación.

De una forma estúpida, e hilarante, se me hizo un nudo en la garganta y noté que algo se me partía en el pecho. Como si no hubiera esperado del todo esa respuesta.

La esperanza era a veces una cosa despiadada y cruel.

«Cuando la gente te dice quién es, cuando te dice lo que quiere, créetelo. Créetelo siempre».

—Entonces, no importa, ¿no? —dije.

Era oficial. Cenar con Daniel sería bueno para mí, era justo lo

que me hacía falta. Al menos, sería un recordatorio muy necesario de que ahí fuera había hombres que querían lo mismo que yo.

Esa vez Jackson no me detuvo cuando traté de zafarme de su brazo. La grieta en mi pecho se extendió y no podía culpar a nadie más que a mí. Con la cabeza gacha y apartando la mirada, recogí mi ropa en silencio y me vestí.

—Te veo a las doce.

No esperé a que me respondiera. Me marché sin más.

30

Abrí el portátil en cuanto terminé de ducharme y vestirme y me sumí en el trabajo, esperando que me distrajera. Solo que me había pasado un poco menos de una hora mirando fijamente la pantalla y lo único que había hecho fue abrir el correo electrónico de Alice y hacer clic en la primera candidata de la lista.

Miray Kaya.

Treinta y cuatro años. Exgimnasta y actual CEO de Counter Couture, la marca de ropa sostenible, vegana y *cruelty-free* más importante del país. Tenía un MBA de Cambridge con especialización en negocios sostenibles, había ganado numerosos premios de innovación y moda ética y era, con toda probabilidad, el ser humano más bello de todo el planeta. Era impresionante.

A ver, que sus fotos no parecían reales, la verdad.

En la sección de notas del consultor, Alice había escrito:

Comparte la opinión del cliente sobre la idealización del amor romántico (aunque en menor medida). Está mucho más interesada en la compatibilidad que en el amor. Valoraría un matrimonio abierto si se dieran las circunstancias adecuadas, pero preferiría mantener una relación sexual y dormir en la misma cama que la pareja principal, ya que ambas actividades promueven un fuerte vínculo entre las parejas, lo que fortalece los cimientos para educar y criar de

forma conjunta a un futuro hijo. Conoce bien el tema y le gusta hablar a fondo sobre su base científica.

Una puntuación global de compatibilidad de 90,3 según los datos disponibles. Se prevé un margen de error mayor de lo habitual debido a la información limitada/no revelada sobre la sección A del cliente: niñez y educación; relaciones interpersonales; estilo de apego; estilo de resolución de conflictos; preferencias sexuales.

En notas privadas, ponía:

Nop, las fotos no están retocadas. Lo creas o no, en realidad no le hacen justicia. Tengo una envidia enorme de su pelo/cara/cuerpo. Creo que ni siquiera el Destripador la rechazaría.

Sentí náuseas, para ser sincera. Sabía que tenía que seguir adelante y abrir el siguiente perfil, pero no me veía capaz de hacerlo. Justo por eso Charmed (y casi todas las empresas de búsqueda de parejas de cierto renombre) tenían políticas y normas tan estrictas que prohibían a sus consultores cualquier tipo de relación física o romántica con sus clientes.

Lo del conflicto de intereses era muy real. Lo estaba viviendo en ese mismo instante.

Cerré el portátil, me levanté y me puse a caminar de un lado a otro. Solo había dos finales posibles para esa historia con Jackson: que yo aceptara firmar el contrato o que él se casara con otra. No había una tercera opción.

Si yo no firmaba el contrato, nuestra pequeña aventura se terminaría al cabo de un par de semanas.

Si firmaba el contrato, se acabaría al año y yo perdería mi carrera por el camino.

Como he dicho, no había una tercera opción mágica. No me iba

a engañar a mí misma pensando que, en algún momento, Jackson cambiaría su sistema de creencias por completo y me confesaría su amor eterno. Tampoco me fiaba de que yo no me enamorara de él, y desde luego no me odiaba lo suficiente como para…

Me detuve de golpe cuando me pitó el móvil.

Número desconocido: Allá vamos.

Número desconocido: ¿Lo has conseguido?

Número desconocido: Eso creo.

Número desconocido: ¿Cómo lo sabes?

Número desconocido: Estoy en la habitación
de al lado, Molly. Puedes venir a hablar conmigo.

Molly: Bueno, pero ese no era el plan, ¿no?

Número desconocido: Chitón.

Molly: Todavía no se ha unido.

Número desconocido: Que sí.

Molly: ¿Cómo lo sabes si aún no ha dicho nada?

Número desconocido: Es todo automático, ¿no?

Lo he hecho justo como dijo el hijo de Bensen.

Molly: Creo que no ha funcionado, Mabel.
Nos lo hubiera puesto.

Mabel: Me lo ha puesto.

Molly: Entonces, ¿por qué a mí
no me ha puesto nada?

Mabel: ¿Y yo qué sé?

Molly: Llama otra vez al chico y pregúntale.

Mabel: De acuerdo.

Reprimí una sonrisa y escribí una respuesta.

Jamie: Por si sirve de algo, estoy aquí.

Mabel: Lo sabía.

Molly: Entonces ¿por qué no ha dicho
algo antes, querida?

Jamie: Lo siento. No quería interrumpir.

Pasaron unos cuantos minutos sin respuesta, aunque veía en el

chat que Mabel escribía y se paraba, escribía y se paraba.

Y entonces:

Mabel: No pasa nada. Solo queríamos saber si ya ha tenido oportunidad de visitar la biblioteca.

Jamie: No, todavía no.

Para ser sincera, se me había olvidado que lo habían comentado. Había pasado como un millón de años desde la noche en la que se presentaron por sorpresa en mi suite. Había disfrutado de tantos orgasmos como para dos vidas enteras.

Molly: Vaya, qué pena. ¿Está ocupada ahora?

Jamie: Tenemos nuevas candidatas para Jackson. Estoy repasando sus perfiles.

Mabel: Bueno, eso puede esperar, ¿no es cierto?

Molly: Estamos un poco indispuestas, ¿sabe?, y nos preguntábamos si podría hacernos un par de recados.

En la biblioteca.

Nunca había conocido a dos personas que fueran tan divertidas todo el rato. Les había cogido muchísimo cariño. Antes de que

pudiera responder, Mabel empezó a teclear otra vez.

Mabel: Me temo que es un poco urgente.
Tenemos que hacerlo todo mientras
el señorito está distraído.

Un momento. Creía que Jackson estaría en la biblioteca. ¿No era eso lo que habían estado insinuando?

Jamie: Qué está haciendo?

Molly: No hay tiempo para eso ahora, querida.
Lo primero es lo primero. Tiene que coger la llave.

Jamie: ¿Tiene llave? ¿La biblioteca?

Mabel: Jackson empezó a cerrarla con
llave cuando usted llegó a la casa.

Jamie: Lo más probable es que eso signifique que no quiere que entre.

Molly: Bueno, no tiene por qué enterarse,
¿cierto? Iríamos nosotras mismas si no
nos encontráramos tan mal.

Jamie: Sean sinceras. ¿Hasta qué punto
estaré metida en un problema si me pilla?

Molly: No lo tenemos muy claro.

Mabel: Además de Jackson, Molly y yo somos las dos únicas personas a las que les ha permitido entrar allí.

Molly: Pero no se preocupe, querida. Solo nos tiene que coger un par de libros, nada turbio.

Mabel: Estamos postradas en la cama y agotadas, ¿no es cierto, Molly?

Molly: Si no acaba conmigo la enfermedad, lo hará el aburrimiento.

Jamie: Mienten fatal.

Mabel: La llave está escondida debajo de un jarrón que hay al salir de su suite a la izquierda. Evite la zona de la cocina a toda costa.
Luego le daremos más instrucciones.



La llave maestra plateada se encontraba, de hecho, escondida debajo de un jarrón enorme, con pinta de ser irremplazable, a la izquierda de mi suite. Estaba enganchada en uno de esos collares de cordones de colores que solían hacer los niños en el parvulario. Los cordones habían perdido ya el color y estaban medio deshilachados.

Había tres nudos en tres lugares diferentes, pero no se habían hecho para remendar el cordón. En cada nudo había un colgante de plástico de color azul vivo con forma de letra: J, M y M.

Debería habérmelo tomado como una señal.

De verdad que nunca en mi vida había estado menos preparada para algo como lo que había al otro lado de aquella puerta. Por otra parte, si Molly y Mabel hubieran tratado de describírmelo, no las habría creído.

Me quedé quieta un buen rato. Había abierto la puerta, cruzado lo que desde luego tenía que ser un umbral invisible y me había quedado paralizada de golpe.

Era preciosa. En todos los sentidos de la palabra, la biblioteca de Jackson era preciosa de una forma abrumadora e impresionante.

Y no tenía el más mínimo sentido.

Lo único que en cierto modo encajaba eran las estanterías que cubrían tres de las cuatro paredes hasta el techo…, pero incluso esas estaban pintadas y repletas de dibujos. Había dibujos y pintura por todas partes. Había florecillas diminutas y estrellas y bichitos de colores vivos grabados en cada superficie de madera de la habitación.

No se parecía en nada al resto del ático.

Había color por todas partes y mucha más luz. ¿Cómo era posible que por esas ventanas entrara mucha más luz en comparación con el resto de las de la casa? Era como si hasta entonces hubiera estado arrastrando los pies bajo un cielo siempre gris y no me hubiera dado cuenta hasta encontrarme de golpe con un campo de flores en un día despejado de verano.

Y esa estancia sí que era acogedora. Había una manta roja colocada con descuido sobre un lado de un sofá de piel agrietado y hundido, una taza olvidada encima de la mesita de centro cubierta

de dibujos, un montón de libros con las esquinas dobladas desperdigados sin orden alguno.

Incluso la alfombra persa estaba descolorida y curtida por el tiempo.

Me encantaba. Todo. Era acogedor, cálido y precioso, y si hubiera sabido de su existencia, habría pasado un montón de tiempo allí en las dos últimas semanas.

¿Sabía Jackson que un grupo de niños de diferentes edades y diferentes niveles de habilidad en dibujo había vandalizado su biblioteca? Porque de no ser así, iba a montar una gorda cuando lo descubriera.

La persona que dejó la taza ni siquiera se había preocupado de utilizar un posavasos. Menudo desastre.

Jamie: ¿Qué es este sitio?

¿Era una trampa? ¿Me habían enviado allí porque necesitaban a alguien a quien culpar de todo ese desastre? Ria siempre decía que había que tener cuidado con quienes parecían más inocentes.

Molly: Es la biblioteca, querida.
Ya se lo hemos dicho.

Vale, bien, por lo menos ahora sabía de dónde sacaba Jackson ese aspecto tan particular de su sentido del humor.

Jamie: No, me refiero a los dibujos
que hay por todas partes.

Molly: Ah.

Bueno, sí, al señor Sinclair no le hacía ninguna gracia el interés de Jackson por el arte, así que tuvimos que ser creativas.

Mabel: Me temo que no nos dejó mucha opción.

Molly: No después de que rompiera todos os cuadernos de bocetos que le compramos a Jackson y nos dejara al chiquitín llorando en nuestros brazos en su quinto cumpleaños.

Miré la pantalla parpadeando.
¿Su padre había hecho eso?

Molly: Y eso no fue todo.

Mabel: Llegó a prohibir los cuadernos, lápices de colores y todo el material de dibujo y pintura en toda la casa. Incluida la zona del personal.

Molly: Pero nunca dijo nada sobre el tinte para telas, ¿no es cierto?

Mabel: No. Ni tampoco mencionó la madera ni los muebles ni los libros ni los pinceles de maquillaje.

Molly: Así que salimos y compramos todo

el tinte que pudimos, le enseñamos
a Jackson a utilizarlo y lo soltamos
en nuestros cuartos.

Mabel: Al señorito siempre se le ha dado
genial guardar secretos. Siempre.

Molly: Seguimos utilizando el bastidor
de cama que pintó, pero el resto de los
muebles se guarda a salvo en la biblioteca.

Mabel: Insistimos en que se los quedara.

Volví a mirar la estancia, prestando más atención. Era cierto, había un par de cómodas embutidas entre las estanterías, una mesita auxiliar y un pequeño tocador en el que no me había fijado cuando entré en la habitación.

Jamie: ¿Jackson hizo todo esto?

Mabel: Maravilloso, ¿no es cierto?

Me acerqué a la estantería más cercana y me arrodillé para observar los dibujos que había abajo del todo. La evolución de Jackson era evidente. Cuanto más subía, más detallados y avanzados eran los diseños.

Era muy muy bonito.

Las enormes flores pintadas con torpeza se iban convirtiendo poco a poco en intrincadas enredaderas que serpenteaban en torno a libélulas y mariposas monarca dibujadas con gran detalle. Las

estrellas gigantes de líneas temblorosas se convertían en vivos retazos de un cielo nocturno estrellado. Había bosques misteriosos con árboles animados y gnomos que hablaban. Criaturas del bosque jugando en cascadas bajo la luz de la luna.

Era magnífico. Cada centímetro de madera contaba una historia diferente y perdí la noción del tiempo que me pasé en la habitación, empapándome de todo.

Luego decidí sacar un libro al azar de la estantería y lo abrí. Solté un grito ahogado y me quedé boquiabierta.

En algún momento dado de los años siguientes, Jackson debió de conseguir hacerse con material de arte de verdad, porque no creía que se pudiera dibujar algo con ese nivel de detalle con un lápiz o bolígrafo normal. Era la hostia de mágico. Castillos y cuervos y leones y flores de lis y barcos pirata y duelos a espada dibujados sobre las letras, interactuando con los capítulos de los libros e ilustrando pasajes subrayados. Todo lo que había dibujado o pintado en la vida y mucho más se conservaba en esa habitación, grabado en cada cosa o mueble. Nunca había visto nada parecido.

Molly y Mabel habían estado calladas durante los últimos… desde que había entrado allí. Y no por casualidad, sospechaba.

Jamie: ¿Qué libros quieren que les lleve?

Mabel: Ay, jolín. No me acuerdo
del título del mío.

No pude evitar esbozar una sonrisa mientras escribía la respuesta. Claro que no se acordaba.

Jamie: ¿Sabe cómo era la cubierta

o el lomo? ¿O dónde puede estar?

Mabel: Creo que la cubierta era verde oscura. Mire a ver en la estantería pequeña que hay junto al piano infantil.

Jamie: ¿Qué piano infantil?

Desde luego, no había visto ninguno.

Mabel: Al bajar las escaleras, querida.

¿Qué escaleras? Volví a dar una vuelta por la habitación y miré debajo de algunos de los muebles más grandes, pero nada. Y justo cuando estaba a punto de preguntar, me llegó una notificación al móvil.

Molly: Pruebe a frotar la lámpara del genio.

De nuevo, ¿qué lámpara del gen…? Ah, vale. Estaba en la estantería de mi izquierda, colocada junto a un ejemplar encuadernado en cuero de *Las mil y una noches*.

Jamie: La he frotado. Sigo sin ver las escaleras.

Mabel: Inténtelo de nuevo. Frote con fuerza.

Jamie: Nada.

Molly: Puede que tenga que utilizar uno de sus deseos para que aparezcan.

Se me ensanchó la sonrisa poco a poco.

Jamie: Molly y Mabel Harrison, ¿están intentando tomarme el pelo?

Molly: Ni se nos ocurriría, querida, ¿no es cierto, Mabel?

Mabel: Desde luego.

Molly: Pruebe a abrir la tapa.

Jamie: Hecho. Aún nada.

Mabel: Ahora diga: Ábrete, sésamo.

No había ninguna duda de que me estaban tomando el pelo y la verdad es que no me importaba para nada. Era bastante divertido.

«Ábrete, sésamadremía».

Casi me tropiezo sola cuando la balda se movió, y me llevé una mano al pecho.

Porque, joder, se movió. Retrocedió como un metro y luego giró para revelar un pequeño tramo de escaleras que daba a ¡¡¡una habitación secreta!!!

Hostia puta. ¡SÍ!

Siempre, siempre, siempre había querido hacer travesuras en

una habitación secreta. Era increíble. Ria iba a flipar cuando se lo contara.

Jamie: ¡¡¡¡Madre mía!!!!

Molly: Sí, es toda una fantasía.

Mabel: Nunca fuimos capaces de seguirle
el ritmo a la imaginación de Jackson,
¿no es cierto?

Molly: Hicimos lo que pudimos, Mabel.
Eso es lo que importa.

Jamie: En serio, si me mata por colarme
aquí, díganles a mis padres
que he dicho que mereció la pena.

Mabel: lOl

Molly: Creo que no se dice así, Mabel.

Jamie: lol

Me encantaban esas dos, de verdad. Casi tanto como esa biblioteca mágica.

Me metí el móvil en el bolsillo y bajé los cinco escalones dando saltitos, con el corazón acelerado de pura emoción. Ahí abajo solo había algunas estanterías. El resto del espacio estaba salpicado con

más muebles repletos de dibujos: sillas, escritorios, mesitas de noche y, sip, ahí estaba... el piano infantil más adorable. Era monísimo.

Jamie: He encontrado el piano.

Molly: Eso fue un poco más difícil
de ocultar, ¿no es así, Mabel?

Mabel: Ni que lo digas. Tuvimos que
coordinarnos con Mikey.

Jamie: ¿Mikey? ¿Mikey, el chófer de Jackson?

Mabel: El mismo. Aunque en aquel
entonces era el chófer de Richard.

Molly: Solo podíamos dejar que
el señorito practicara cuando su
padre no estaba en casa.
Mikey nos pasaba la información.

Mabel: De no ser así, Richard nos hubiera
matado. Estaba convencido de que
la música y el arte harían del chico
un «blando», tal y como dijo él mismo.

Jamie: ¿Quién le enseñó a Jackson
a tocar el piano?

Mabel: Bensen al principio.
Luego, cuando despidieron a Bensen,
se encargó la nuera de Rahul.
Es el peluquero, querida.
Supongo que a estas alturas
ya lo ha conocido.

Algo muy desagradable se me enredó en el pecho. El motivo por el que Jackson tenía tanto personal, el motivo por el que tenía «una persona» para cada cosa, no era porque él fuera un inútil o incapaz de ser autónomo. Era porque esas personas eran «su gente». Su familia. Los tenía cerca por amor, no por necesidad.

Sentí que el corazón no me cabía en el pecho y que se me formaba un nudo esponjoso en la garganta. Viéndolo en ese momento, entendía por qué habían insistido tanto en lo de que lo había juzgado mal.

Jamie: ¿Por qué despidieron a Bensen?

Supuse que Jackson lo volvió a contratar en un momento dado, lo más seguro que cuando tuvo la edad suficiente como para vivir por su cuenta.

No me respondieron al momento, lo que me concedió tiempo para pasearme y fijarme en más cosas. Como en la foto enmarcada que Jackson guardaba en un viejo escritorio apartado en un rincón. Debía de tener doce o trece años entonces, llevaba un gorro de Papá Noel y aparato en la boca. Molly y Mabel lo abrazaban y el Grinch con sonrisa diabólica que había detrás era… un Bensen mucho más joven, estaba casi segura.

Era un auténtico tesoro y la verdad es que no me ayudaba para

nada con lo del nudo en la garganta.

Molly: ¿Ve una mesita de noche
con un cactus enorme dibujado
en un lado?

Jamie: Sí.

Molly: El libro que quiero está ahí.
En el segundo cajón.

Vale, así que no me iban a contar por qué habían despedido a Bensen y, claro, eso solo despertó aún más mi curiosidad. Abrí el cajón que había mencionado, pero no contenía libro alguno. No obstante, había un diario.

Tenía muchas páginas marcadas.

Jamie: Si eso es el diario de Jackson
no lo voy a tocar ni con un palo.

No pensaba leer los pensamientos más privados de otra persona sin su consentimiento explícito. Y tampoco quería robarlo para que lo hiciera Molly.

Molly: No es suyo, querida. Es mío.

Ah. Vale. Entonces sí.

Jamie: Vale. Ya lo tengo. Ahora
voy a buscar su libro verde, Mabel.

Molly: En realidad, ¿puede comprobar
antes un par de cosas? Quiero asegurarme
de que sea el diario correcto.

Jamie: Vale. ¿Qué quiere que compruebe?

Molly: ¿Por qué no abre la primera
página marcada?
Pero eso sí, querida, la aviso...

31

Para que conste, Molly me avisó sobre el contenido antes de que abriera el diario. Solo que… no tenía ni idea de lo duro que sería leerlo.

Por un lado, ahora sabía por qué habían despedido a Bensen y tenía una teoría bastante sólida para explicar la aversión de Jackson al amor romántico. Por otro lado, me había destrozado el corazón y todo me parecía terrible.

Habían despedido a Bensen, al pobre y maravilloso Bensen, por haber llevado a Jackson al hospital después de que «el chico apareció en la clase de música retorciéndose de dolor, incapaz de concentrarse en nada. Tardamos muchísimo tiempo en convencerlo de que nos enseñara las quemaduras de cigarro. Llevaba meses haciendo lo imposible por ocultarlas, a juzgar por algunas de las cicatrices más antiguas. Mabel se cabreó muchísimo, pero Bensen insistió en cargar con la culpa. Cree que Jackson nos necesita más a nosotras, pero yo no estoy tan segura».

Y la cosa no mejoraba.

¿Esa que se hacía llamar madre de Jackson? Un parásito superficial y egoísta que tenía una aventura tras otra tras otra tras otra, y que inculcó a Jackson desde su más tierna infancia que cualquier pareja casada que afirmara estar «enamorada» y que su

relación no era una «simple transacción» se mentía a sí misma y a todos los demás, «y si alguna vez le cuentas a Richard que me has visto con el tío Ross, me aseguraré de hablarle de tooodos esos dibujitos que has estado haciendo con Gordi Uno y Cosa Dos».

Lo había amenazado enfrente de Molly. Beatrice Sinclair solía ningunear al «servicio», como lo llamaba ella. La mayor parte del tiempo, fingía que ni siquiera estaban en la habitación.

De acuerdo con las entradas del diario, había celebrado la muerte de su marido mudándose a París. Sin decírselo a Jackson. Pero al menos lo llamaba por teléfono, ¿no? No en su cumpleaños ni en los festivos importantes, solo cuando quería algo de él (dinero), «pero al menos llamaba».

Era todo terrible.

Y de verdad que odiaba a los putos Richard y Beatrice Sinclair, los odiaba con todas mis fuerzas. La rabia se iba adueñando de mí mientras seguía leyendo el diario de Molly.

El segundo.

Había cuatro, según los últimos mensajes que había recibido de las hermanas. Cada uno estaba escondido en un sitio diferente. Se me había concedido permiso para leerlos todos, siempre que prometiera pararme cuando fuera «demasiado».

Había roto esa promesa hacía unas cien páginas. No podía parar incluso aunque supiera que tenía que ponerme a trabajar. Todavía no había preparado la reunión con… «Mierda. ¿Qué hora es?».

Cogí el móvil del suelo, toqué la pantalla y… nada. Sin batería.

«Mierda».

Me levanté de un salto, dejé los diarios en su sitio y salí a toda prisa del cuarto. Entonces me di cuenta de que no sabía cómo cerrar la puerta secreta.

Intenté volver a poner la tapa. Nada.

«Ciérrate, Sésamo». Nada.

Froté la lámpara por si las hermanas no me hubieran tomado el pelo y tuviera un sensor o algo que activara la puerta. No ocurrió nada.

«Tranquila, no pasa nada. No entres en pánico, porque si lo haces, no podrás pensar, y si no puedes pensar, no serás capaz de…».

—La orden es «diez espadas, doce mentiras» —dijo una voz masculina detrás de mí—. Pero tiene que abrir la tapa para que el genio la oiga.

Sin mirar hacia atrás, quité la tapa con indecisión y murmuré la orden. En efecto, la estantería se movió, deslizándose con suavidad hacia su sitio otra vez. Me sequé las mejillas antes de darme la vuelta, porque no quería que viera las lágrimas que aún mojaban mi piel.

Bensen estaba de pie en el arco de entrada a la biblioteca, con las manos entrelazadas de forma profesional en la espalda, tan recta como siempre.

—Gracias —dije en voz baja.

Inclinó la barbilla.

—No hay de qué.

Me moví incómoda en el sitio, jugueteando con el borde de la funda del móvil.

—¿Le va a contar que estaba aquí?

Sopesó la pregunta durante un instante.

—Antes de su llegada, se nos ordenó específicamente que informáramos de cualquier actividad sospechosa directamente al señorito.

Asentí.

—Vale. Tiene sentido.

—Contravendría sus órdenes directas si no dijera nada.

—Lo entiendo. —No era culpa suya. Solo estaba haciendo su trabajo.

—Es bastante celoso de este lugar, ¿sabe? Nadie del personal puede entrar aquí, salvo las hermanas Harrison.

—Entiendo por… Un momento. Entonces ¿cómo sabe la orden para cerrar la puerta secreta?

Esbozó una sonrisa.

—Le sorprendería saber de cuánto se entera uno en un puesto como el mío tan solo… estando presente. Además, es el nombre de un cuento que me inventé para el señorito cuando era un niño, no es algo de lo que me olvidaría con facilidad.

Mierda, iba a empezar a llorar otra vez.

—¿De verdad que nunca ha estado ahí dentro?

—Ni una sola vez. —Echó un vistazo a la habitación y juro que sus ojos, hombros, postura… todo se relajó—. Qué preciosidad. No había visto sus dibujos desde hace… Me traen un montón de recuerdos.

Y entonces, acabando por completo con la poca estabilidad emocional que me quedaba, Bensen se emocionó.

—Discúlpeme, señorita Paquin. —Se sacó un pañuelo del bolsillo de la camisa y se secó con delicadeza los ojos mientras los míos volvían a llenarse de lágrimas—. No esperaba… En cualquier caso, debemos irnos. —Volvió a doblar el pañuelo en un cuadrado perfecto y soltó un leve sollozo—. El señorito la espera en la cocina principal para su reunión. Se me había pedido que la fuera a buscar a su suite, lo que, supongo que estará de acuerdo, es justo lo que acabo de hacer.

Me sequé los ojos mientras me encaminaba hacia la puerta.

—Entonces ¿no se lo va a contar?

Bensen suspiró.

—La confabulación de las gemelas Harrison no es culpa suya, señorita Paquin, aunque le sugeriría que se lleve el móvil la próxima vez que la manden de aventuras.

—Se ha quedado sin batería —murmuré, moviendo ese ladrillo inútil en el aire.

Bensen cerró la puerta detrás de nosotros. Yo la cerré con llave.

—¿Vamos? —dijo.

Jugueteé con el collar multicolor en las manos, retorciéndolo con los dedos.

—Antes de irnos… Voy a hacer algo y no quiero que se asuste por ello.

Parpadeó.

—¿A qué se refiere…?

Le rodeé el cuello con los brazos y le di un fuerte abrazo.

—Es un buen tío, Bensen —dije con un nudo en la garganta—. De verdad.

Tras un instante de vacilación, me dio unos golpecitos en la espalda.

—Gracias, señorita Paquin. Por si sirve de algo, yo también creo que es usted una buena tía.

Fuimos por el camino largo, asegurándonos de entrar en la cocina como si llegáramos desde mi suite. No es que importara demasiado. Jackson apenas se dio cuenta cuando entramos. Tenía la cabeza agachada, las manos ocupadas y el gesto de concentración.

No sabía qué lo tenía tan concentrado. Estaba de pie detrás de una isla de cocina de dos niveles y la encimera de mármol blanco de

la parte superior no me dejaba ver lo que hacía.

Tampoco levantó la mirada cuando Bensen se excusó para marcharse, pero cuando intenté acercarme a la encimera, alzó la mano.

—Espera.

Me quedé quieta.

—Llegas tarde —dijo—. Y ahora se están desbaratando y… espera un segundo.

Levanté la barbilla, intentando ver algo por el mostrador superior.

—¿Qué estás haciendo?

Seguía concentrado en la tarea que tenía entre manos.

—La comida. Tengo hambre.

—¿Tú cocinas?

—Por norma general, no. Es tedioso, aburrido y una total pérdida de tiempo. Sin embargo… —Esbozó una sonrisa siniestra mientras daba los últimos toques a su plato—. Hoy quiero demostrar algo.

Levantó lo que al principio pensé que era una tabla de embutidos minimalista y la colocó en la encimera superior. Pero no era eso. Era una tabla de madera con *sushi. Sushi* chapucero y cortado de forma irregular.

Abrí un poco la boca cuando Jackson sonrió con orgullo hacia su creación, como si fuera la cosa más perfecta que alguien hubiera sido capaz de crear con las manos.

—¿Lo has… lo has hecho tú?

—No es tan difícil, Jamie —dijo justo cuando un trozo de arroz glutinoso se empezaba a despegar de su alga nori. Lo siguieron otros dos—. Cualquiera podría vivir de hacer esto, pero no cualquiera podría… ¿Qué cojones?

Parpadeé para apartar la vista de la tabla y me lo encontré

mirándome. Se le esfumó la sonrisa.

—¿Qué? —dije.

—¿Qué le ha pasado a tu cara?

—¿Disculpa?

Di un par de pasos torpes hacia atrás cuando rodeó la isla y se acercó a mí, con el ceño fruncido y un gesto intenso. Me cogió la cara y se la acercó para mirarla bien.

—¿Qué cojones? —repitió.

—Te huelen las manos a pescado.

—¿Has llorado? —Me pasó el pulgar por la mejilla, secando otra lágrima fantasma.

Tragué saliva.

—¿Te acuerdas de lo que te dije sobre el afecto?

—¿Por qué has llorado, Jamie?

—No es nada.

—¿Ha pasado algo?

—La gente llora sin motivo todo el rato.

—Eso es mentira. Dime lo que pasa.

—Te estás poniendo muy dramático por una tontería y te siguen oliendo las manos a pescado.

Volvió a acariciarme las mejillas con el pulgar. Despacio, en voz baja, dijo:

—Dime lo que es para que pueda solucionarlo.

¿Sabes cuando a veces consigues convencerte de que estás bien y de que todo está bajo control cuando, en realidad, apenas pendes de un hilo ajado? ¿Y entonces pasa alguna tontería o alguien dice algo del todo insignificante y te rompe por dentro?

Bueno, yo me rompí por dentro.

El pánico asomó a los ojos de Jackson cuando se me escapó el primer sollozo, a pesar de haber hecho todo lo posible por

tragármelo. Luego se me empezaron a escapar las lágrimas a borbotones y no podía pararlas por mucho que lo intentara.

Al cabo de unos segundos era un mar de lágrimas y mocos, y el pobre Jackson no tenía ni idea de lo que me pasaba. No dejaba de preguntármelo, pero yo estaba a un paso de ponerme a hiperventilar como un niño histérico, así que no podía ni balbucear una triste excusa.

Pero cuanto menos decía, más nervioso parecía ponerse él.

—Para —me exigió en un momento dado, como si le estuviera doliendo de verdad. Por desgracia para él, no era un interruptor que pudiera apagar sin más.

Cuando no obedecí, me rodeó con los brazos, me levantó y me colocó con cuidado en la encimera. Entonces, como el hombre estaba decidido a arruinarme la vida, me volvió a poner las manos en la cara y empezó a besarme las lágrimas mientras caían.

Como es obvio, eso solo empeoró, y muchísimo, las cosas.

Porque ¿cómo cojones podía ser tan tierno después de todo, de todo el maltrato y el abandono por el que sus repugnantes padres lo habían hecho pasar?

¿Cuántas veces habíamos hecho bromas sobre su falta de amigos cuando…? Si hubiera sabido la verdad, si hubiera sabido lo aislado y solo que estuvo el pobre durante tanto tiempo… Nunca le hubiera vacilado con eso.

¿Cómo era posible que un padre no permitiera que su hijo tuviera amigos? ¿Cómo podían castigarlo por intentar hacer amigos?

—Dime qué es lo que va mal.

Todo iba mal.

Había preparado *sushi* y era todo un detalle, y su padre lo había obligado a estudiar en casa cuando tenía ocho años y no lo dejaba celebrar los cumpleaños con niños de su edad y todo eso me había

dejado hecha polvo.

—Respira, cariño.

Y tenía sentido. Tenía todo el puto sentido, ¿sabes? Lo único que le importaba a su padre era el dinero. El único motivo por el que su madre lo quiso conocer fue por el dinero. Y las únicas personas que le habían demostrado algo de amor o afecto verdadero eran las que estaban a sus órdenes o a las de su padre.

¿Pensaría que no seguirían formando parte de su vida si no les pagara? ¿Creía que lo querrían menos? ¿O solo me estaba dejando llevar demasiado por mis emociones?

—Jamie. —Me presionó la frente con la suya.

Comprendía por qué Molly y Mabel estaban tan preocupadas. Era algo que me quemaba en el pecho. ¿Qué iba a hacer él cuando ellas ya no estuvieran?

—Sea lo que sea, se va a solucionar. Solo respira.

Tardé un par de minutos, pero, al final, empecé a dejar de sollozar. Al final, me dejó de temblar el cuerpo y comencé a respirar con normalidad. Al final, recuperé el control de mí misma lo bastante como para que apareciera la vergüenza. Y lo hizo con fuerza.

—L-lo siento —tartamudeé—. Ha sido… demasiado.

Me secó la mejilla con el nudillo, ignorando el hormigueo que dejaba tras de sí.

—Dime lo que ha pasado.

—Nada. —Me sorbí la nariz—. Es solo que ahora también me huele la cara a pescado, qué mal.

Esbozó una sonrisita a regañadientes, pero sonrisa al fin y al cabo. Se apartó de mí y se acercó al fregadero para lavarse las manos.

—Seguro que Damian huele todo el rato a pescado. Un daño colateral del oficio. ¿De verdad es eso lo que te quieres encontrar

cuando vuelvas a casa cada día?

Ahogué una carcajada mientras me secaba las mejillas, agradecida por haber cambiado a un tema más ligero.

—Merecerá la pena si Daniel me hace *sushi* todos los días.

—Yo puedo hacerte *sushi* todo el rato.

—Me acabas de decir que no te gusta cocinar.

—Lo odio. Es una pérdida de tiempo total. —Dejó el trapo que había utilizado para secarse las manos a un lado y se volvió a colocar entre mis rodillas, que colgaban de la encimera—. Pero si te hace feliz, lo haré.

Esas palabras provocaron que se me hinchara el corazón hasta cuatro veces su tamaño y amenazara con explotar. Entonces dijo «Lo podemos añadir al contrato» y se me deshinchó como un globo, cayéndoseme hasta los pies.

Vale.

Claro.

Volví a sorberme la nariz y me sequé las mejillas. Aparté la mirada de él, parpadeando. Tenía las emociones tan a flor de piel que la mera mención del estúpido contrato hizo que me volviera a doler el pecho.

—Jamie, por favor, solo dime lo que te pasa.

—No es nada. Solo tengo un mal día.

Cuando se me escapó otra lágrima, se inclinó y la besó. Era terrible. Estaba luchando en una batalla perdida y solo era cuestión de tiempo que le sirviera mi propio corazón en bandeja yo misma, sabiendo que lo haría pedazos.

—¿Recuerdas todo aquello que te dije sobre el afecto? —probé a decir.

—También dijiste que éramos amigos —murmuró mientras me daba otro beso tierno en la piel—. ¿No puedo consolarte cuando

estás triste?

Tragué saliva mientras intentaba con todas mis fuerzas contener el nudo de emociones que tenía en la garganta.

—Ya sé… ya sé que te crees que todo eso de la amistad entre los dos es una broma, sé que no te lo tomas para nada en serio, pero solo para que lo sepas, yo no lo veo así. —Y justo en ese momento, en ese lugar, para mí era importantísimo que entendiera eso—. Me preocupo por ti, ¿vale? —dije con la voz temblorosa—. Muchísimo. Quiero que seas feliz y te sientas realizado y… de verdad que creo que eres asombroso. Eres divertido, encantador y amable. Intentas ocultarlo, pero eres todas esas cosas y lamento haberte juzgado mal al principio. Lamento lo cruel que he sido, lo… ah, y todo aquello del disfraz. No fue para nada profesional ni agradable, y comprendo muy bien por qué actuaste como lo hiciste en aquella cita. Y nunca te di las gracias por haberme salvado la vida, aunque, a ver, podrías haberme empujado a esa piscina y no sé si te hubiera podido culpar por ello. Porque a nadie deberían obligarlo a casarse si no quiere y también siento que te esté pasando a ti, pero te prometo que, como amiga tuya que se preocupa por ti, haré todo lo que esté en mi mano para encontrarte a alguien que sea genial.

Me recorría los ojos con la mirada, con el ceño fruncido siempre presente. Abrió la boca para hablar, pero negué con la cabeza. No había acabado.

—De verdad que creo que si ella tiene el mismo sentido del humor y un estilo de vida compatible, podría no ser tan malo. Pero tiene que ver el amor romántico del mismo modo que tú, porque de otro modo, no sería justo para ella y acabaría provocando un terrible caos emocional para cuando acabara el año fijado en el contrato porque, para ser sincera, creo que es mucho más fácil enamorarse de ti de lo que crees, y tenemos que asegurarnos de hacer todo lo

que esté en nuestra mano para que no acabe roto ningún corazón… y… sabes…

Me quedé callada, al darme cuenta de lo que había dicho. Nada bueno salía de mi boca cuando empezaba a hablar sin pensar, y debería haberme callado cuando me había percatado de que estaba divagando. Por otro lado, había dicho tantísimas palabras en tan breve espacio de tiempo que era muy posible que no se hubiera…

—¿Crees que es fácil enamorarse de mí? —Lo dijo en bajito, con voz ronca.

Se me encendieron las mejillas y sentí un hormigueo en diversas zonas de la piel, haciendo que me picara. Tuve la tentación de fingir que estaba de broma, darle un puñetazo en el brazo y llamarlo «colega» para que viera que todo aquello No Era Para Tanto.

Pero ¿y si… y si era algo que necesitaba escuchar de verdad? ¿Y si parte de él creía lo contrario? ¿Y si solo le hacía falta que alguien a quien no tuviera en nómina y al que no le interesara su dinero le dijera lo fantástico y maravilloso y adorable que era?

¿Qué era más importante? ¿Eso o mi estúpido orgullo?

—Mucho —dije—. Es una auténtica locura lo fácil que es enamorarse de ti, Jackson. Por todas las razones que he mencionado y por muchas más. Mira qué considerado eres. Mira esto. —Señalé el *sushi.* Era un desastre, estaba mal cortado y se iba deshaciendo poco a poco, y me estaba matando—. ¿Sabes lo adorable que es esto?

Pero no lo miró. No apartaba los ojos de mí.

—Y ahora escúchame bien. —Lo agarré de la cara y lo arrimé a mí, presionando mi frente contra la suya. Necesitaba que prestara atención a todo lo que estaba a punto de decir—: Eres todo lo encantador que se puede ser, Jackson Sinclair. Eres perfecto tal cual eres ahora, en este momento. Estaba. Equivocada. Lo admito de

todo corazón. Estaba tan equivocada contigo que hasta me da vergüenza. ¿Y quieres saber algo más? Si alguna vez cambias de opinión sobre todo eso del amor romántico, creo que es muy importante que entiendas lo facilísimo que sería encontrar a alguien que se enamorase hasta la médula de ti para toda la vida. Hasta ese punto eres adorable, Jackson.

»Y solo para que quede bien claro, nada de esto, absolutamente nada de esto tiene que ver con cuánto dinero tienes o con tu apellido. A ver, ¡¡que le regalaste a mi gato todo un palacio de cartón!! ¡Está como loco con él! E hiciste todo eso solo para que él estuviera más cómodo contigo. Y sabes escuchar. Prestas atención. Eres considerado. Listo. Ingenioso. Divertido. Guapo. Y eso es solo la punta del iceberg, ¿no es cierto? Te conozco desde hace menos de un mes. ¡Imagina cuántas cosas maravillosas más quedan por descubrir! —Me callé un instante para recuperar el aliento, pasándole los pulgares por las mejillas como él había hecho conmigo —. Y como amiga, porque soy tu amiga, Jackson, creo que es esencial que sepas todo esto, ¿vale?

No dijo nada. Tenía los hombros en tensión y la mandíbula apretada, pero me agarraba de la cintura con delicadeza y cariño.

—Creo que eres estupendo de verdad —susurré—. Y te prometo que haré todo lo posible para encontrarte a alguien que te guste. Siento mucho que Minerva te haga pasar por todo esto y siento mucho que tu padre le dejara las acciones a su estúpido gato para empezar. Me dijiste que creías que él y yo nos habríamos llevado bien y… siento si alguna vez dije que eras muy deficiente. Fue muy cruel y para nada cierto.

Era lo que su padre le decía todo el rato, según el diario de Molly. Nada de lo que hiciera era nunca suficiente para Richard Sinclair, y las consecuencias que había tenido que sufrir por ello

habían sido crueles. Sin saberlo, había echado sal en una herida enorme y me sentía fatal por ello.

Jackson había dejado de respirar. Tenía todo el cuerpo rígido y me empecé a preguntar cuánto tiempo había pasado desde que alguien simplemente lo había… abrazado. Abrazado y acariciado del modo que todos necesitamos de vez en cuando. Él me había consolado enseguida, pero ¿cuándo fue la última vez que alguien lo consoló a él? ¿Cuándo fue la última vez que le permitió a alguien que lo consolara?

Despacio, deslicé los brazos por sus hombros y espalda. Despacio, lo arrimé hacia mí con un abrazo tierno y cerré los ojos.

—¿Recuerdas que querías asesoramiento sobre el tema del afecto? —susurré después de un rato, sonriendo en su cuello—. Bueno. Por norma general, cuando alguien te abraza así, lo habitual es querer devolver el abrazo.

Tal vez esa había sido su forma de pedir afecto. Tal vez era algo que quería pero que no sabía cómo verbalizar. Me pregunté cuáles eran los otros «aspectos que lo preocupaban».

—Otras opciones también aceptables pueden ser apartar a la persona que te está abrazando o simplemente mandarla a la mierda —propuse.

No hizo nada de eso, pero tampoco se movió.

Me envolvió la espalda con los brazos, arrimándome a él. Y cuando le planté un dulce beso en el lóbulo de la oreja, hundió la cara en el hueco de mi cuello y dejó escapar un ronroneo de placer.

Cuanto más afecto le mostraba, más parecía derretirse entre mis brazos. Era adictivo. Jugueteé con su pelo, le pasé los dedos por el cabello y le dije lo suave que era. Lo besé en la cabeza, en la mejilla y le susurré una retahíla de cumplidos al oído. No importaba cómo fuera el cumplido, lo mucho que dañara mi ego o comprometiera mis

defensas. Si se me ocurría, se lo decía.

Para cuando terminó la hora de la reunión, le había dejado a Jackson bien claro lo guapo e ingenioso que creía que era, lo increíblemente bien que me hacía sentir cuando me tocaba y lo fascinada que me tenía. También le dije que creía que era valiente. Que no había apreciado lo duro que debía de ser llevar todo el peso de una empresa sobre sus hombros y al mismo tiempo lidiar con toda la mierda por la que lo estaban haciendo pasar.

Tampoco pareció importarle. Solo me abrazó y hundió la cabeza en mi cuello mientras se lo repetía todo una y otra vez, hasta que estuve segura de que cada palabra se le había grabado para siempre en la memoria.

—Jackson, de verdad que ahora deberíamos echar un vistazo a los expedientes de las candidatas.

Se había estado comunicando sobre todo con gruñidos y ruidos sordos desde que había empezado a mimarlo hacía una hora y ese fue, de lejos, el sonido de mayor descontento que había hecho hasta el momento.

—Vamos. Tenemos que elegir para que Alice pueda cerrar la cita.

Me abrazó con más fuerza.

Suspiré.

—Esta mañana he mirado por encima uno de los perfiles. Es preciosa de verdad, muy inteligente y con éxito, y no cree en todo eso del amor. No sé nada de las otras todavía, pero creo que esta te gustará.

Con eso me gané una mirada asesina. Se echó hacia atrás para mirarme con mala cara, todo gruñón.

—No nos hace falta repasar las candidatas. Vas a firmar el contrato.

—Te aseguro que eso no va a pasar.

—Sesenta millones por un año.

—Esa cantidad de dinero es una locura. Deberías haber empezado con mucho menos.

—Setenta.

—Me gustas mucho, Jackson. Nuestro matrimonio sería un desastre. Yo me involucraría muchísimo de forma emocional. Te enfadarías conmigo.

Volví a ver ese tic suyo en la mandíbula. Le parecía fatal lo que le estaba diciendo.

—Cien millones de dólares. Tendrás tu propio chófer y personal, acceso a mi avión privado, yate, propiedades y todo lo que puedas querer. Te enseñaré a tocar el piano.

Eso último era la oferta más tentadora que me había hecho hasta el momento. Aun así:

—No, gracias.

Más tics.

—Estás siendo muy irracional.

—Soy consciente de ello.

—Nadie en su sano juicio rechazaría una cifra así por tener que fingir un poco durante solo un año.

—No quiero tu dinero.

Entrecerró los ojos.

—Y ya te he dicho que cuanto más me dices que no lo quieres, más ganas tengo de gastármelo en ti. Es muy irritante.

—«Estás siendo muy irracional» —lo imité.

No estaba de humor. Ni siquiera fingió que le hizo gracia.

—Elige a quien coño quieras para mis citas. No importa, ya que tú vas a ser la que firme el certificado de matrimonio.

Lo volví a coger de la cara.

—Jackson, escúchame. No voy a firmar un matrimonio de

conveniencia contigo. Podemos seguir siendo amigos cuando se acabe el Inmersivo, pero eso es todo.

—No lo acepto.

—Entonces vas a perder el tiempo.

No es que me estuviera escuchando. Me estudiaba con esos penetrantes ojos azules, buscando algún signo de debilidad. Entonces me dio de comer el *sushi* que había preparado (que estaba delicioso, por cierto), me mimó con besos en cierto modo agresivos y amenazas veladas, y una vez que se quedó satisfecho con todo lo que había comido y con las veces que había rechazado su propuesta de matrimonio, se encerró en su despacho.

32

Esa noche volví a colarme en la biblioteca, cuando quedó claro que Jackson no pensaba visitarme.

Por mucho que lo intentara, no se me ocurría una sola justificación para mi decisión. Sabía que estaba mal, era una violación muy grave de la privacidad y la confianza de Jackson, sabía lo mucho que se iba a enfadar si lo descubría, pero seguí adelante y lo hice de todas formas.

Después de haberme pasado tres horas mirando al techo, incapaz de dormir, salí de la cama, me puse un par de calcetines amarillos gorditos (para poder caminar a hurtadillas) y me fui despacio hasta la otra punta del ático.

Tras asegurarme de que no se colaba luz por debajo de la puerta, la abrí y entré en la habitación. Esta vez, sin el elemento sorpresa inicial, pude fijarme más en el arte, absorber más detalles, abrir más libros.

Era de lo más adorable ver cómo iban desarrollándose el talento artístico y la complejidad de los dibujos desde los libros dirigidos a niños pequeños y de secundaria hasta los libros juveniles y más allá. Me encantaban los bocetos que había hecho en las hojas, los pasajes subrayados, las notitas y comentarios (cada vez más escasos a medida que iba creciendo).

Era como poder echar un vistazo a su alma, y era tan sorprendentemente hermosa que hasta me dolía.

Cuando ya tuve mi dosis temporal de creatividad, abrí la puerta secreta, me deslicé en el cuarto y tomé dos diarios que todavía no había leído. Aunque sabía que las cosas no iban a mejorar. Aunque sabía que me iban a destrozar.

Para cuando terminé con el primero (que acababa cuando Jackson tenía diecinueve años), me dolía la garganta, tenía los ojos hinchados y estaba decidida a visitar la tumba de Richard Sinclair y escupir sobre ella.

Era tan vil, malvado y cruel que no fui capaz de sentir ni una pizca de lástima por él cuando Molly escribió lo enamoradísimo que había estado de su mujer, hasta qué punto se negaba a aceptar la realidad de las innumerables aventuras de su esposa.

Según Molly, Jackson se vio obligado a presenciar los innumerables arrebatos de ira de su padre, desquiciado por saber dónde andaría su mujer a ciertas horas de la noche. Tiraba cosas, insultaba sin piedad a cualquiera que tuviera cerca y se agarraba unas borracheras terribles que lo hacían ponerse todavía más violento.

Cuando la madre de Jackson por fin llegaba a casa, solo tenía que sonreír y esgrimir una excusa azucarada para calmar a Richard. Lo seducía hasta que se calmaba, lo besaba para mitigar su rabia y, cuando él no miraba, le decía a Jackson lo patético que le parecía su marido.

Una o dos semanas después, el ciclo se repetía.

Jackson veía cómo los amigos de su padre cotilleaban sobre las aventuras de Beatrice a sus espaldas. Veía la facilidad con la que su mujer lo manipulaba. Cómo él aceptaba todos sus caprichos y antojos. Lo destructivo que se volvía cuando creía que la iba a

perder.

Cada vez que se enteraba de otro amante de Beatrice, lo pagaba con Jackson. No podía controlar a su mujer, así que se esforzó al máximo por controlar a su hijo.

Eso es lo que era el amor romántico a los ojos de Jackson mientras crecía. Dolor. Humillación. Maltrato. Mentiras y manipulación.

Era horrible.

Estaba vacía y agotada para cuando terminé. Tanto que tuve que hacer un gran esfuerzo para guardar los diarios y volver a escondidas a mi suite en vez de quedarme en el acogedor sofá en el que había estado acurrucada.

Me quedé frita incluso antes de tocar la almohada, justo cuando estaba a punto de hacerme otra falsa promesa sobre no volver nunca jamás a la biblioteca.

33

El karma vino a por mí a la mañana siguiente en forma de un Jackson Sinclair recién afeitado y ya vestido que llamó a mi puerta a las 6:47, menos de dos horas después de que me hubiera quedado dormida.

—¿Qué estás haciendo? —dije con voz ronca, mirándolo con los ojos entornados mientras se acercaba con sigilo a mi cama.

En vez de bufar al intruso, Tobigote se levantó de donde estaba durmiendo (mi cuello), se estiró (de nuevo en mi cuello) y agitó su gorda cola, esperando (en mi cara). El criado gigante había llegado con sus caricias, eso lo complacía muchísimo.

Jackson fue de inmediato a rascarle las orejas y sonrió cuando Tobigote se inclinó para que lo tocara.

—Buenos días, bonito.

El corazón se me aceleró y dio un vuelco.

—¿Qué pasa? —pregunté otra vez, apenas logrando que mi voz sonara firme—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Te llevo al trabajo conmigo. Deberías vestirte.

Parpadeé.

—Se supone que solo te hago seguimiento en el trabajo las dos primeras semanas.

—Y yo te estoy pidiendo un día adicional. —La dulce sonrisa que

esbozó cuando Tobigote empezó a ronronear se me grabaría en la memoria para toda la eternidad. Estaba casi tan cautivado por mi gato como yo lo estaba por él—. Querías verme trabajar de verdad, así que ven a verme trabajar de verdad.

Lo cierto es que hubiera agradecido que me avisara del cambio de planes. Tal vez me habría pensado dos veces lo de colarme en la biblioteca la noche anterior y, en vez de eso, habría preferido dormir un poco.

(Eso era, como es obvio, una mentira que decidí contarme a mí misma).

Salí de la cama y arrastré los pies hasta el baño mientras iba frotándome los ojos. Me llevó unos veinte minutos vestirme, maquillarme un poco y recogerme los rizos en un moño más o menos pulcro, pero fue suficiente para que Jackson Sinclair se olvidara de mí.

Cuando salí del baño, estaba sentado en mi cama con un Tobigote con pinta de estar muy satisfecho ronroneando en su regazo.

—Eeh…

Jackson me miró con una sonrisa.

—Gruñe si lo intento abrazar, pero esto ya está bastante bien.

Me estalló el corazón.

Se hinchó, se salió del pecho y estalló en un montón de confeti en forma de corazón y con música de circo de fondo.

Era por mí. Yo era el payaso.

—Deberíamos irnos. —Estaba acabada. Cómo no, viéndolos a los dos así.

Jackson frunció el ceño como si haberle pedido que nos moviéramos fuera la cosa más loca y absurda que podría haber salido de mi boca. Así que me di la vuelta y abrí el armario donde

estaba la comida para gatos.

Tobigote se levantó de inmediato y saltó al suelo, y no tuve que mirar a Jackson para saber lo mal que le había parecido esa traición. Seguí dándole la espalda, con los brazos cruzados y la espalda encorvada, mientras observaba cómo Tobigote devoraba su desayuno.

Todo iba bien, solo tenía que volver a centrarme. Por muy escéptica que fuera respecto a las predicciones de Imogen, las empezaba a ver como algo a lo que agarrarme. Quizá Daniel no llegara como cliente. Quizá congeniáramos y… no sé, pero cualquier cosa sería mejor que el camino que estaba siguiendo en ese momento.

Estaba peligrosamente cerca de enamorarme del hombre más inalcanzable del mundo, de que me hiciera añicos el corazón y de que nunca me recuperara de ello. Nunca conseguiría olvidarme de ese hombre si me permitía enamorarme de él. Sabía que eso era una verdad fundamental e irrefutable. El agua mojaba, la Tierra era redonda y si yo, Jamie Paquin, me enamoraba de Jackson Sinclair, nunca conseguiría olvidarlo.

Ya era oficial: Daniel era mi mejor escenario posible, y como me iba a reunir con él al cabo de menos de doce horas, lo único que tenía que hacer era no enamorarme de Jackson antes de la cita.

Del todo factible.

Lo tenía controlado. Todo iba bien.

Nada iba bien. Ni una sola cosa.

Mira, sabía que la había cagado con lo de la biblioteca. Sabía que estaba mal y que me merecía algún tipo de castigo por violar la

privacidad de Jackson, pero esto… esto era muy injusto, de verdad.

Apreté los dientes, exigiendo a mi estúpido estúpido corazón que dejara de dar volteretas y permitiera que me llegara bastante oxígeno al cerebro como para poder pensar de verdad durante un puto segundo.

El problema era, cómo no, Jackson. En lugar de haberse pasado el día sentado en su despacho, habíamos saltado de sala de reuniones en sala de reuniones, con pequeñas pausas en medio para que pudiera atender llamadas y responder correos urgentes.

Me ponía la hostia lo repugnantemente competente que era dirigiendo esas reuniones. Tenía esa seguridad en sí mismo calmada y firme y escuchaba de verdad las aportaciones de sus empleados, sin importar su edad, puesto o antigüedad. De hecho, había estado en seis de esas estúpidas reuniones y no había tomado una sola decisión hasta que estuvo seguro de que nadie más tenía algo que decir sobre el tema.

Me ponía a mil. Lo odiaba.

Eché un vistazo al reloj que había detrás de Jackson por enésima vez en los últimos cinco minutos, sin darle mucha importancia. En realidad no creía que se hubiera dado cuenta.

Mientras yo me había pasado el día observándolo, él se lo había pasado ignorándome. No era una queja, así es como les pedíamos a los clientes que actuaran cuando los acompañábamos al trabajo. Si se olvidaban de que estábamos ahí, los datos eran más precisos. La cosa era que me había acostumbrado tanto a ser invisible que cuando posé la mirada en Jackson de nuevo y me lo encontré mirándome, se me aceleró el pulso.

Después de aquello ya no volví a mirar la hora.

Cuando la reunión se acabó por fin, ni siquiera me dedicó una miradita antes de salir hecho una furia de la sala, y no me dijo

una sola palabra mientras trataba de seguir el ritmo de sus pasos. Una vez que estuvimos en el ascensor privado que llevaba a su oficina, comencé a disculparme.

—Perdona. Te juro que estaba prestando atención. —Tenía cuatro hojas repletas de comentarios para demostrarlo. Cuando siguió con la mirada al frente, le tiré de la manga—. Eh, en serio, no pretendía ni mucho menos…

Apenas tuve la oportunidad de procesar el hecho de que le había dado al botón rojo de emergencias antes de que me levantara del suelo y me empujara contra el frío metal, y le rodeara la cintura con las piernas.

Estrelló los labios contra los míos, dejándome sin respiración. Y en lugar de apartarlo, en lugar de decirle que aquello tenía que parar como me había prometido a mí misma que haría, le rodeé el cuello con los brazos y le devolví el beso. Se enredaron nuestras lenguas, se chocaron nuestros dientes y todo mi ser estalló en un montón de chispas.

Me había estado mintiendo a mí misma todo el día. No quería que Daniel fuera un salvavidas. Si tenía que elegir, elegiría a Jackson una y otra y otra vez. Lo juro, si existiera la más mínima posibilidad de que él se permitiera alguna vez amarme, no volvería a mirar a otro hombre en la vida.

Se me escapó un patético gemido lastimero del pecho en cuanto se apartó. Pero ya no me quedaba energía como para preocuparme por eso.

Sentí un alivio inmediato cuando me besó con ternura en la comisura de la boca.

—Llevo todo el puto día queriendo hacer esto —murmuró, arrimando las caderas a las mías. Reprimí un gemido al sentir lo duro que estaba y noté cómo me contraía en lo más hondo de mí en

torno a la nada—. Todo el puto día, Jamie. Mientras mirabas a hurtadillas el reloj, contando los minutos que faltaban para tu cita, yo solo he sido capaz de pensar en esto.

Me estremecí cuando volvió a mover las caderas, frotándose contra mí. Tenía el pulso a mil por hora y la piel ardiendo.

—He estado a punto de llevarte a mi despacho, cerrar la puerta y obligarte a ponerte de rodillas para mí. —Se aferró con los dedos a mi piel, a modo de promesa—. Quiero que me la chupes antes de tu cita y que te tragues hasta la última gota para que si intenta besarte, puedas decirle qué es exactamente lo que probará.

«Hostia puta».

Era tan… obsceno que no sabía qué responder. Pero, «hostia puta», lo que le gustaba a mi cuerpo. Esas palabras me atravesaron como lava ardiente. El dolor en mi centro empezaba a ser insoportable.

—Me estás volviendo loco, loco de remate. ¿Quieres hablar de *red flags*? Soy la hostia de territorial contigo. —Me recorrió la mandíbula con los labios y subió hasta la oreja—. Debería haberte follado anoche. Debería haberte hecho suplicar y gritar hasta que te olvidaras de él.

—¿Por qué no lo hiciste? —Lo había estado esperando, incluso aunque sabía que no debería. Y cuanto más esperaba, más ganas me entraron de salir corriendo a la biblioteca. Lo deseaba a él. La cercanía e intimidad que habría obtenido si hubiera ido a mi cuarto.

—Tenía que terminar nuestro acuerdo con los abogados. Me llevó más tiempo del que pensaba.

Se me encogió el pecho. En esa ocasión, no pude reunir las fuerzas necesarias para discutir con él. En vez de eso, levanté la barbilla para que pudiera acceder mejor a mi cuello con la boca.

Era muy probable que al menos hubiera una cámara de

seguridad allí. Y era todavía más probable que no me importara lo más mínimo.

—¿A qué hora te tienes que ir para llegar a la cita?

—Deberías dejar de llamarla así —dije con la respiración entrecortada—. Es una reunión de trabajo.

—No vayas.

—Tengo que ir. Es una reunión de trabajo.

—Si evito que vayas, ¿me odiarás por ello?

—Seguramente, dado que es una reunión de trabajo.

—Puede que valga la pena. —Me mordisqueó la piel y luego me la lamió despacio—. Quiere follarte.

Reprimí una sonrisa.

—No se nos permite acostarnos con nuestros clientes. Es un conflicto de intereses enorme. —Llegados a ese punto, ya no importaba que lo supiera. O puede que sí, solo que a mí no me importaba.

—Crees que es tu alma gemela —argumentó.

—Yo no dije eso, fue Imogen.

—No escuchaste con demasiada atención.

—Mascota mimada, letra D, tatuajes. Estoy convencida de que me quedé con todo.

Hubo un instante de silencio antes de que apartara la cabeza.

—No solo dijo tatuajes.

Poco a poco fue dejándome de parecer divertido.

—¿Qué? ¿Qué más…? —Una cicatriz. Dijo que podía ser un montón de tatuajes o cicatrices bien visibles.

La esperanza —pura, sin filtros y absurda— se abrió camino y se me clavó en el corazón. Se me dilataron los ojos, que recorrieron su rostro, su mandíbula, su cuello.

—¿Tienes alguna? ¿Cicatriz?

No ayudaba que siempre se hubiera quedado con la ropa puesta cuando nos acostábamos. Había dado por hecho que era otro de sus fetiches, parte de ese desequilibrio de poder que nos gustaba a ambos. No se me había ocurrido hasta ese momento que pudiera haber sido por otro motivo.

Abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir… y no dijo nada.

Me bloqueé. Todos los pensamientos que se me habían agolpado en la cabeza desaparecieron de pronto y lo único que podía hacer era quedarme mirándolo, con la boca entreabierta y sin respirar.

Me pasó las manos por los muslos, con su mango de acero ardiente asomándose bajo las capas de ropa que nos separaban. Me quedé en silencio mientras él seguía luchando. A veces la gente necesitaba un poco de tiempo para verbalizar las cosas y eso estaba bien. Podía tomarse todo el tiempo que necesitara. Yo seguiría allí.

Y entonces ocurrió. Vi cómo le cambiaron los ojos cuando tomó la decisión. Respiró hondo y…

—Señor, ¿va todo bien?

«Tiene que ser una broma».

¡Había presionado el botón de emergencia hacía como unos diez minutos! No nos podían haber pillado en un momento peor ni haciéndolo a propósito.

Jackson suspiró y apoyó la frente contra la mía.

—Todo va bien.

—¿Quiere que pongamos el ascensor en marcha de nuevo, señor?

«No».

—Sí.

—Ahora mismo.

El ascensor empezó a elevarse despacio justo cuando di con los pies en el suelo. Tenía la piel de gallina por todas partes y mi cuerpo

protestaba por la falta de calor cuando él dio un paso atrás.

Era una sensación del todo desagradable.

—¿A qué hora te tienes que ir? —preguntó Jackson, recuperando la seriedad.

No quería responderle.

—Dentro de unos minutos, la verdad. Si no quiero llegar tarde.

Asintió.

—Le he pedido a un chófer que te lleve y te traiga luego. Te está esperando abajo.

El ascensor se paró con delicadeza, las puertas se abrieron y Jackson no se movió. Tenía la mirada clavada en mis ojos, y la mandíbula y el cuello en tensión, casi como si quisiera decir algo, pero no supiera qué. Entonces parpadeó, apartó la mirada de mí y se pasó la mano por la barbilla, inclinándola.

—Entonces nos vemos luego —dijo.

Se me cayó el alma a los pies y sentí la desilusión oprimirme el pecho, tanto que me dolía, cuando salió del ascensor. Las puertas empezaron a cerrarse tras él… justo antes de que una mano saliera disparada y evitara que se cerraran del todo.

En cuanto se volvieron a abrir, Jackson entró con fuerza de nuevo, me agarró la cara y me besó hasta que me tembló todo el cuerpo, me flaquearon las rodillas y me dio vueltas la cabeza.

—No es él —me susurró a los labios—. No es él. Regresa a mí, Jamie.

Y eso me dejó el cerebro hecho trizas.

34

«Regresa a mí, Jamie».

«Regresa a mí, Jamie».

«Regresa a mí, Jamie».

Eso era lo único que podía escuchar, ver, pensar.

Llevaba gran parte de una hora sentada frente a Daniel Omori y seguía con el cerebro en automático.

Todo eran sonrisas educadas, conversación educada, respuestas educadas a sus preguntas y explicaciones educadas sobre los servicios que ofrecíamos en Charmed. Actuaba por inercia, pero en realidad no estaba allí. Y no lograba volver al presente por mucho que lo intentara.

No recordaba cómo ni por qué estaba colada por ese hombre hacía solo unas semanas, porque ya no sentía nada de eso. No sentía nada en absoluto.

Nos dimos un educado apretón de manos después de cenar, nos despedimos con educación y nos prometimos educadamente seguir en contacto con respecto al programa Inmersivo. Se apuntaría en julio.

«Regresa a mí, Jamie».

¿Cómo se atrevía?

¿Cómo se atrevía Jackson a cargarme con el peso de esas

palabras sabiendo que en realidad nunca podría hacerlas suyas?

«Regresa a mí, Jamie».

¿Para qué? ¿Para que a los doce meses, cuando estuviera enamorada hasta los huesos de él y él se hubiera aburrido por completo de mí yo pudiera llorar y suplicarle lo mismo?

Cien millones de dólares me decían que no lo haría. Que me dejaría marchar y que tendría que volver a recomponerme yo sola, así que ¿cómo se atrevía?

Apenas podía respirar en el coche de vuelta. Estaba ansiosa, inquieta, nerviosa. Tampoco ayudaba lo lento que íbamos debido al tráfico. Lo que debería haber sido un trayecto de diez minutos supuso como diez años de mi vida. La impaciencia me carcomía la cordura y tuve que contenerme para no abrir la puerta del coche en medio de la carretera. Estaba convencida de que llegaría mucho antes andando.

Cuando giramos hacia la calle de Jackson, la inquietud me devoraba por dentro y salí del coche incluso antes de que se detuviera del todo. Atravesé el vestíbulo y me moví incómoda sobre los tacones mientras esperaba a que terminara el trayecto en ascensor más largo y lento de toda mi vida.

Sentía tanta puta urgencia que ni siquiera lo vi.

Ya estaba moviendo las piernas antes incluso de que las puertas cromadas se hubieran abierto por completo y me habría chocado de cabeza contra el pecho de Jackson si él no me hubiera atrapado antes entre sus brazos.

«Regresa a mí, Jamie».

Estrelló sus labios contra los míos, prendiendo fuego a todo mi mundo. Le pasé los brazos por el cuello y lo agarré del pelo mientras nuestras lenguas se entrelazaban con violencia y él me llevaba adentro. Se abrieron las puertas de golpe y se cerraron de un

portazo. Me agarraba con fuerza, me besaba con ansia, sin piedad, casi… enfadado.

No, no casi. Sin duda, estaba enfadado.

Furioso, al parecer.

Cuando se dio cuenta, me soltó. Me desplomé sobre el cojín con un grito ahogado y se me subió el estómago a la garganta por la caída imprevista. Tardé unos segundos en enfocar los rojos borrosos, los chocolates cálidos y los colores vivos que me rodeaban. Solo había un lugar en esa zona del ático que no fuera todo ángulos rectos y asépticos tonos de gris.

La biblioteca.

Cerré la boca de golpe cuando me encontré con la mirada gélida y furiosa de Jackson. Se alzaba imponente sobre el sofá en el que me había soltado, esperando a que me explicara.

«Mierda».

Antes de que pudiera incluso incorporarme (y ya no digamos hilar una excusa válida), Jackson estaba en el sofá tirándome del muslo hacia su regazo, hasta que estuve a horcajadas sobre él. Me agarraba sin piedad mientras arrimaba mis caderas hacia las suyas y tuve que ponerle una mano en el pecho para que hubiera un centímetro de distancia entre nuestras caras.

—¿Qué tal la cita? —Apretó la mandíbula, que apenas había abierto para poder hacer la pregunta.

—Era una reunión de trabajo.

—¿Vas a volver a verlo?

—Puede ser. Por trabajo. —¿Era de eso de lo que quería hablar en realidad? Me parecía que había un tema mucho más urgente que debíamos tratar—. ¿Cómo te has enterado de… esto?

—Molly no soportaba la culpa. Entonces ¿no estás enamorada sin remedio de él?

—Era una cena de trabajo.

—Eso no responde a mi pregunta.

Suspiré.

—No, Jackson. No me he enamorado sin remedio de Daniel Omori durante la reunión de trabajo de dos horas en la que hemos hablado de trabajo.

Su mirada fulminante se ablandó un poquito y también se le relajaron los hombros.

«Regresa a mí, Jamie».

—¿No deberíamos hablar del lío en el que me he metido? —pregunté.

—¿Todavía piensas que Imogen hablaba de él?

«No».

Ahora ya tenía las dos palmas sobre su pecho, una justo encima de su corazón acelerado.

—¿Eso importa?

Jackson tragó saliva mientras me estudiaba. La ira contenida en sus rasgos se había empezado a desvanecer poco a poco, dando paso a… incertidumbre, tal vez.

—Molly me ha dicho que has leído sus diarios.

Mierda. Entonces se lo había contado todo. Me mordí el labio por dentro, asintiendo.

Hizo una breve pausa.

—¿De qué te has enterado?

Cuando no respondí, dijo:

—Yo no sabía que escribía diarios, y ahora no me quiere decir dónde los esconde. No tengo ni idea de lo que sabes y necesito que me lo cuentes. Todo.

—No estoy segura de si… —Tragué saliva, vacilando de nuevo. No me parecía bien empezar a recitar todo el maltrato que sufrió

cuando era niño.

—Es lo mínimo que puedes hacer después de haberte colado aquí «dos veces» sin mi conocimiento ni mi permiso, ¿no te parece? —dijo con amargura—. La primera la puedo excusar. Sé muy bien lo astutas que pueden ser las hermanas Harrison. Parecen afables e inocentes y son lo bastante listas como para utilizarlo en su provecho. Cuando he dicho que Molly no podía soportar la culpa, me refería a que lo planeó todo y luego fingió que no podía soportar la culpa. Sabía perfectamente que nunca te iba a traer aquí y que tú nunca lo confesarías, así que nos ha obligado a mostrar nuestras cartas.

De algún modo, aquello me sorprendió y no me sorprendió al mismo tiempo. Las hermanas tenían que ser astutas para haber pasado tantos años ocultando todas esas cosas a Richard, todas relacionadas con su único hijo, nada menos.

—Sin embargo —siguió diciendo Jackson—, no te engañaron para que vinieras por segunda vez. Lo hiciste a propósito, sabiendo que si hubiera querido que entraras aquí, no habría cerrado la puerta con llave. Así que dime lo que sabes. Me he pasado toda una hora buscando esos malditos diarios, sin éxito, y ella no me quiere decir dónde están, por mucho que haya amenazado con despedirla. —Volvió a callarse un instante para echar un vistazo a su alrededor, entrecerrando los ojos con recelo y sospecha—. Seguro que se los ha llevado antes de confesar. Pequeña bruja astuta —refunfuñó.

Tenía todo el derecho del mundo a estar enfadado. Tenía todo el derecho a echarme a patadas y despedir a las gemelas. Entendía cuáles habían sido sus intenciones, pero si Jackson no había querido que supiera de su pasado, del trauma y del maltrato, estaba en todo su derecho.

—Lo siento muchísimo —dije. Y lo decía en serio—. No debería

haberme colado aquí la primera vez, y ya no digamos la segunda. —Tampoco se trataba de que me hubieran engañado para hacerlo—. Tienes razón. La puerta estaba cerrada con llave y sabía que eso significaba que no querías que entrara. Lo siento muchísimo, de verdad, Jackson.

Se quedó en silencio un buen rato.

—Ahora dime lo que sabes. Me lo debes, ¿no?

—De acuerdo —accedí, aunque el mero hecho de pensar en contarle cualquiera de esas cosas hacía que se me encogiera el estómago—. Sé… Sé que… —Dejé la frase en el aire y bajé la mirada hacia mis dedos, que habían empezado a juguetear con el impecable cuello de su camisa.

¿Por dónde se suponía que iba a empezar?

—Yo, eh…, sé que se te da bien el arte. —Nop. No. Eso ni siquiera se acercaba a la verdad. Carraspeé mientras luchaba por contener las emociones que se me iban anudando en el pecho—. Borra eso. Sé que se te da de maravilla, porque esto… —Hice un gesto abarcando todo el cuarto. Los muebles y los libros y cualquier otra cosa que tuviera un trozo de su alma grabado—. Con toda probabilidad esto es la cosa más preciosa que he visto en mi vida, Jackson.

Él era tan tan precioso. No lograba superarlo.

Tampoco era capaz de mirarlo ya.

—Sé que Richard era un monstruo y que te merecías algo mejor que a él y a Beatrice. El odio ni siquiera se acerca para empezar a describir lo que siento hacia ellos.

Tuve la tentación de decirle lo contenta que estaba de que su padre estuviera muerto, pero me pareció un poco insensible.

Mabel me había asegurado que lo habían enterrado a un poco más de profundidad de la necesaria, asegurándose así de que

llegara antes al infierno. Se lo merecía, joder.

—Sé lo desamparadas que se sintieron Mabel y Molly cuando despidieron a Bensen. Entiendo que, por mucho que lo intentara y aunque presentara pruebas, nadie hizo una mierda por protegerte. No cuando descubrieron quién era tu padre.

Era tan cruel e injusto que me daban ganas de gritar.

Richard había hecho una llamada, solo una, y echaron a Jackson del hospital y lo mandaron a casa. Los supervisores de la policía y los servicios de protección al menor ordenaron cerrar el caso y eso fue todo. Bensen lo intentó durante semanas, hasta que Richard lo demandó.

Le habían dado dos opciones: seguir gritando a la nada y arruinarse o cerrar el pico. No podía culparlo por rendirse, por elegir proteger a su propia familia, incluso aunque Molly hubiera comentado lo culpable que se seguía sintiendo.

—Sé lo mucho que lo lamento —seguí diciendo—. Me arrepiento de muchas de las cosas que te he dicho, sabiendo lo que sé ahora. Te juzgué demasiado rápido y fui muy insensible con respecto a tu situación, y de verdad que estoy enfadada conmigo misma. No me importa cuáles son los motivos de Minerva, a nadie deberían obligarlo a tener una relación o casarse en contra de su voluntad. A nadie. Y debería haberlo visto antes si no hubiera estado… Es solo que estaba muy quemada. No podía ver ni pensar con claridad, y… No te puedo culpar por lo que hiciste o por cómo actuaste. Yo también me hubiera rebelado de haber estado en tu lugar.

Por primera vez desde que habíamos empezado a hablar, me atreví a mirarlo a la cara. Seguía con la mandíbula tensa, pero tenía los ojos vidriosos. Sentí un doloroso nudo en la garganta. Le puse la mano en la mejilla y se la acaricié despacio con el pulgar. Si lloraba, me iba a venir abajo.

—No fue todo culpa tuya —logró decir en voz baja—. No tenía por qué haber sido tan capullo.

Seguí acariciándole la mejilla, y cuando puso su mano sobre la mía y giró la cabeza para besarme la palma, se me partió el corazón en dos.

—Continúa —susurró.

—Sé por qué no crees en el amor —murmuré—. Es más, lo entiendo. ¿Cómo podrías después de todo lo que viviste con tus padres?

¿Cómo podría, cuando su propia madre le había dicho a la cara que no lo amaba? ¿Que no lo habría tenido si no se hubiera visto obligada? Jackson fue un sacrificio que hizo para asegurarse el estilo de vida que quería y no le había permitido olvidarlo.

No me lo podía ni imaginar.

Sentía una gratitud y un respeto inmensos por Mabel y Molly, Bensen y Mikey, y por cualquier otra persona que lo hubiera cuidado y le hubiera demostrado amor. Todos habían hecho una piña para proteger a Jackson lo mejor posible, sobre todo después de que despidieran a Bensen.

Buena parte de sus confabulaciones aparecían en los diarios de Molly. Tenían buscas y teléfonos secretos, un tío del equipo de seguridad que les vigilaba las cámaras y varios métodos de distracción y sitios donde Jackson podía esconderse cuando su padre sufría uno de esos ataques de ira.

No es de extrañar que Jackson hubiera querido mantener a todos cerca de él.

—Sé todo eso y sé el maltrato que sufriste, pero, por favor, por favor, no me obligues a decirlo en alto. Siento haberme colado aquí y haber visto cosas que no querías que viera. Asumo toda la responsabilidad, pero… no me hagas decirlo en alto.

Puede que uno de los motivos por los que Molly no quisiera que él leyera los diarios fuera porque tenía la esperanza de que se le hubieran olvidado algunas cosas, y yo no quería recordárselas.

Tragó saliva.

—Vale, entonces hablemos sobre eso.

¿Eso? ¿El qué? ¿A qué se refería?

—Me has dicho que en el diario ponía que habían despedido a Bensen.

Asentí, observándolo con cautela.

—¿Explicaba por qué? —preguntó.

—Apareciste en las clases secretas de piano dolorido por… una herida, y te llevó al hospital.

Noté que se le contraía la mandíbula bajo mi palma.

—¿Y cuál era la herida?

Mis ojos buscaron los suyos y se me desbocó el corazón justo cuando algo encajó de golpe en mi cabeza.

—Quemaduras de cigarro —murmuré.

No dijo nada, solo me sostuvo la mirada y acercó despacio los dedos a los botones de su camisa.

Lo supe. Antes de que pudiera desabrochársela, antes de que apartara la tela para mostrarme el pecho, lo supe.

El corazón se me subió a la garganta. Despacio, dejé caer las manos. Despacio, me permití bajar la mirada. Ahí, en el lado izquierdo del pecho, estaban los circulitos de piel añada. Una docena, al menos. Marcados justo encima del corazón.

Estaban espaciados y organizados para formar la silueta perfecta de una D.

35

Algunas cicatrices se notaban más que otras, como si se hubieran superpuesto las quemaduras. Algunas eran blancas; otras, de un ligero tono rosado. Pero todas parecían estiradas, como si hubieran ido creciendo con su dueño.

Esa fue la parte que me hizo quedarme sin aliento, la prueba de que habían pertenecido a un niño. Sin pensar, estiré la mano hacia ellas. Jackson se puso tenso cuando le acaricié la piel con la punta de los dedos, pero no se apartó.

Sentía un nudo en la garganta y una losa en el corazón mientras mis dedos recorrían los puntos. ¿Cómo de horribles tuvieron que ser las quemaduras originales para que las cicatrices todavía siguieran siendo visibles? ¿Y a qué se debía esa forma tan única?

Como si me hubiera leído la mente, Jackson se aclaró la garganta.

—No es una inicial, no tiene nada que ver con el nombre de nadie. La D es por «disciplina», algo de lo que, según mi padre, carecía cuando tenía trece años.

Traté de tragarme el nudo de emociones que se me había formado en la base de la garganta e intenté parpadear para deshacerme de las lágrimas que nublaban mis ojos.

—Parecen… Tienen que haber sido muy profundas.

Después de una breve pausa, dijo:

—Me ganaba una cada vez que él creía que estaba haciendo el vago… o si había bebido demasiado y decidía que no le gustaba mi forma de respirar.

Pasé los dedos sobre las que estaban al principio de la curva. Se notaba que eran peores que las otras. Más grandes, más profundas, más marcadas.

—A veces, llegaba al final de la D antes de que hubiera tenido tiempo de que se curaran del todo, así que volvía a empezar otra vez.

Me temblaban los labios, el nudo doloroso de mi garganta no dejaba de crecer. Incluso aunque hubiera sabido qué decir, no habría sido capaz de pronunciar las palabras sin deshacerme en lágrimas. Dejé caer la mano y apreté los labios trémulos. Sentí la urgente necesidad de inclinarme y besar su dolor, pero solo haría que lo que venía a continuación fuera más difícil.

—Te dije que no estaba hablando de él.

—No creía… —Se me quebró la voz, abriendo la presa—. No tenía que… Lo siento.

Soltó un suspiro entrecortado y afiló esos ojos pálidos.

—Deja de llorar —me pidió.

—Vale. —Me llevé la manga a la cara—. Lo siento.

—Jamie. —Se le arrugó la piel de debajo del ojo izquierdo, visiblemente disgustado—. Para.

—¡Es lo que trato de hacer! —Madre mía. Si solo me diera un momento.

—No ha sido por esto por lo que te las he enseñado. —Se abrochó deprisa la camisa y frunció el ceño.

—Lo sé.

—Solo intentaba… Mierda, Jamie. —Para su completo espanto,

me dio el hipo—. Tenía un plan.

—Lo-o s-siento. —Era como un disco rayado, disculpa tras disculpa, y no me importaba.

Deslizó esa mirada, ahora ya dulce, por mi rostro hinchado, y apartó con el pulgar una lágrima rebelde que había llegado hasta mi labio inferior.

—Joder, cómo odio cuando lloras.

—Lo-o s-siento.

—Deja de hacer eso también.

—Vale.

Me concedió un minuto, secándome las lágrimas mientras caían. Cuando logré recobrar la compostura, murmuró:

—¿Ya tienes bastantes pruebas? ¿Ya puedes firmar el contrato o tengo que…?

—Vale.

—Yo… ¿Qué?

—Lo haré. Lo firmaré. —No se merecía que lo obligaran a tener una relación, y si esa era la única manera en la que podía ayudarlo de verdad, que así fuera—. Pero tengo un par de condiciones y no son negociables.

—Lo que sea —dijo con cierto tono de incredulidad—. Lo que quieras, tan solo dímelo. El acuerdo que hemos preparado establece una cantidad de doscientos millones de dólares…

—No lo haré por dinero —dije con firmeza—. Ni por nada material. Eso incluye propiedades, coches, acciones o lo que sea en lo que estés pensando para compensarme.

Arrugó la frente.

—Jamie…

—No. —Negué con la cabeza—. No voy a cambiar de opinión sobre eso. Eres mi amigo y me importas. Así que lo haré como un

favor o no lo haré.

Le dio un tic en el ojo.

—Como mi mujer…

—Solo a efectos legales. —Lo que me venía perfecto para plantear la siguiente condición—. Seré tu esposa sobre el papel durante un año exacto, hasta que esas acciones sean tuyas de forma legal.

Se le relajó la frente y me buscó la mirada con los ojos.

—Quiero los mismos límites y términos de la relación que tenías en el acuerdo original. Dormitorios separados, vidas separadas, un matrimonio abierto, todo. Seremos marido y mujer de forma legal y podemos seguir siendo amigos fuera de nuestras obligaciones contractuales, pero no te puedo ofrecer nada más que eso, Jackson.

Tragó saliva con dificultad, mientras seguía mirándome a los ojos, estudiándolos.

—Y no puedo… no puedo tener un hijo contigo. Si necesitas un heredero, entonces tendrás que buscarte a otra persona.

No dijo nada, así que carraspeé y pasé a mi última condición.

—Pero antes de todo eso, tienes que completar el programa Inmersivo y asistir a las citas que te concierte. Si para cuando termine el programa no has encontrado a nadie que te guste, firmaré el contrato.

No se me ocurría ninguna otra solución más razonable que esa. Le daba lo que necesitaba y reducía la posibilidad de que se me rompiera el corazón. Además, necesitaba tiempo para solucionar cómo gestionaría lo de casarme con un cliente sin arruinar mi reputación en el sector y sin perder toda oportunidad de que me volvieran a contratar otra vez.

Me moví en su regazo, con el pulso acelerado bajo su mirada. No ayudaba que no pudiera descifrar su expresión.

—Y también creo que… con todo eso en marcha, lo mejor sería que dejáramos de acostarnos. Tenemos que volver a ser solo amigos.

—Nunca fuimos solo amigos —dijo entre dientes.

—Vale, pero podemos serlo a partir de ahora, ¿no?

—¿Por qué? ¿Por qué quieres fijar unos límites?

—Bueno, en primer lugar, si se descubre que tú y yo nos hemos estado acostando, no solo perderé mi trabajo actual, también me meterán en la lista negra del sector. He pensado que mejor lo dejamos antes de que ocurra.

Enarcó una ceja.

—¿A qué te refieres con lo de «lista negra»?

—Me refiero a que nunca más encontraré trabajo en una empresa de búsqueda de parejas.

—Eso no va a pasar.

—Creo que no entiendes hasta qué punto es un tabú…

—Déjame reformular la frase —me interrumpió—. Nunca permitiría que ocurriera eso. —Suspiré, pero antes de poder hilar un argumento razonable, él dijo—: Ahora nos entendemos, entonces ¿por qué no podemos trasladarlo al matrimonio? Nos llevamos muy bien, el sexo es la hostia y nosotros… Esto funciona, Jamie.

—Esas son mis condiciones.

—¿Por qué?

—Porque…

—Porque ¿qué?

La hostia.

—Porque si seguimos con esto, me voy a enamorar de ti, Jackson.

Ya estaba. Lo había dicho. Lo había dejado entrever un montón de veces, pero no parecía…

—No lo harás.

Tardé un segundo en asimilarlo.

—¿Perdona?

Me clavó los dedos en los muslos y dijo con voz firme y decidida:

—No te enamorarás de mí.

Lo miré parpadeando.

—No… seguro que sí.

¿De verdad estábamos a punto de discutir por eso?

—Que no.

Sip. De verdad estábamos a punto de discutir por eso.

Lo agarré de su estúpida y adorable cara mientras entrecerraba los ojos.

—Jackson, si nos seguimos acostando, si me caso contigo y no dejas de darme muestras de afecto, «me voy a enamorar de ti».

Ni siquiera era una pregunta. Iba a ocurrir.

—No lo puedes saber seguro.

—Claro que sí. Me voy a enamorar perdidamente, hasta los huesos, con locura de ti y tú vas a acabar resentido conmigo.

—Eso no va a ocurrir nunca.

—Que sí.

—No creo que…

—Ya estoy a medio camino, ¿vale? —solté exasperada—. Tenemos que parar. Para mí nunca será solo sexo contigo. A ver, es que… ¡mira este sitio! —Le solté la cara e hice un gesto a mi alrededor, a todo lo que había creado—. ¡Mira lo hermoso que eres!

No tenía la menor oportunidad.

Ojalá él pudiera verse a través de mis ojos. No tenía otra opción que creerme.

—Será una pesadilla —dije—. Y punto. Nos casaremos, me enamoraré de ti ¿y sabes lo que pasará entonces?

Tragó saliva. Negó con la cabeza.

—Empezaré a tener esperanza, Jackson. —Podía ver con total claridad el camino que tenía por delante y estaba sumido en un montón de oscuridad, sufrimiento y desesperación—. Cada vez que me beses, tendré la esperanza de que signifique para ti lo mismo que para mí. Cada vez que me muestres cariño, tendré la esperanza de que signifique que empiezas a quererme también. Y no podré evitarlo. Así que, a menos… —Me presioné con fuerza las palmas con los dedos mientras mi estúpido corazón se aceleraba—. A menos que haya una oportunidad de que… Si no, deberíamos pararlo ya.

Se quedó en silencio tanto rato que se volvió asfixiante.

No podía soportarlo.

—¿Hay alguna posibilidad de que… si seguimos y me enamoro de ti… hay una mínima posibilidad de que alguna vez pudieras… cambiar tus sentimientos hacia mí?

No sabía cuántas veces necesitaba oír la verdad para asimilarla, pero me prometí a mí misma que aquella sería la última. Contuve el aliento, esperando. No tuve que hacerlo demasiado.

—No.

Tengo que reconocer que lo dijo con mucha delicadeza. Que me sentara como un puñetazo en el estómago no fue culpa suya, era cosa mía. Yo lo había pedido.

—De acuerdo. —Le dedique una débil sonrisa. «Idiota, idiota, idiota»—. De acuerdo. —No sé por qué lo dije dos veces. Ya me había oído la primera—. ¿Tal vez puedes…? Sé que va a sonar estúpido, pero ¿tal vez puedes decirlo? Creo que he malinterpretado algunas de las señales y necesito escuchar las palabras para asimilarlas, si te parece bien.

Tragó saliva al tiempo que vacilaba. Entendía lo ridículo e injusto que era lo que le había pedido, pero sabía que si no escuchaba yo

misma esas palabras, siempre me aferraría al «y si…».

—Nunca me voy a enamorar de ti.

Ese puñetazo no me dio en el estómago, fue directo al corazón. Me encogí de dolor.

—Jamie.

—No. No pasa nada. No te preocupes, de verdad que no tienes que explicarte. Gracias por tu sinceridad, en serio. Es solo… He malinterpretado la química que hay entre los dos y que me besaras la mano y… no es que sea culpa tuya. No podrías haber sido más claro desde el principio. Así que no pasa nada. Estaré bien.

Me sujetó la muñeca cuando traté de levantarme de su regazo. Pero ya no podía mirarlo más.

—Un momento, solo…

—No, en serio, está bien —le aseguré, asintiendo con energía. Hubiera sido mucho más convincente si no se me estuvieran derramando un montón de lágrimas por la barbilla y el cuello—. No pasa nada. Lo pillo, en serio. Está bien. Pero vamos a evitar el contacto físico innecesario mientras lo supero, ¿vale?

Despacio, a regañadientes, me soltó la muñeca.

—Sé que tienes mucho en lo que pensar, así que… Te veo luego. Y, de verdad, no te preocupes por esto. Lo superaré, me olvidaré de ti. Con un poco de tiempo, así que… sí. Vale. Te veo luego. En algún momento.

Por suerte, conseguí contener el primer sollozo hasta que la puerta estuvo cerrada y ya no podía me.

O quizá era otra mentira que decidí contarme a mí misma.

36

A las gemelas Harrison se les prohibió volver a hablar de Jackson, sus padres, su niñez o cualquier experiencia personal que pudieran haber tenido mientras trabajaban con los Sinclair. Molly me había enviado un mensaje larguísimo detallándome las nuevas órdenes (parecía bastante avergonzada por toda la historia), y no las había visto ni interactuado con ellas desde entonces.

Jackson también había estado evitándome.

No me había mirado en toda la semana, no me había hablado a no ser que yo comenzara la conversación o le preguntara directamente algo e, incluso entonces, me había dado respuestas breves, educadas e impersonales.

Ah, y Ria seguía sin cobertura, así que no pude llamarla ni contarle hasta qué punto la había cagado para cuando llegó el miércoles.

No pude contarle a mi mejor amiga cómo había tenido que quedarme ahí sentada observando al hombre del que estaba medio enamorada cenar con otra mujer. Se llamaba Lola Tan, le besó la mejilla cuando se presentaron y eso me partió el corazón en dos.

El jueves fue Abi. El viernes, Parisa.

Deseé no haberlo conocido nunca.

Deseé no haberlo conocido nunca, pero también estaba feliz por

haberlo hecho, no sé si me explico.

Era una guerra constante conmigo misma. Una parte de mí, la parte desesperada y que sufría, trataba de convencerme de que un contrato era suficiente. Que no hacía falta que él también me amara.

«Quizá es que no puede amarte a ti. Quizá con Lola o Abi o Parisa sería diferente. Si no paras esto, tendrás que ser testigo de cómo se enamora de otra persona. ¿Es eso lo que quieres? ¿Y si nunca se enamora de ti? ¿No será mejor tener un poquito de él que no tener nada en absoluto?».

Cada vez me iba sumiendo más y más en mi infierno particular y no parecía ser capaz de regresar a tierra firme.

Esa noche tenía otra cita y no sabía cómo iba a aguantarla sin venirme abajo. Traté de tragarme el montón de pena anidada en el centro de mi garganta mientras me acababa de aplicar la máscara de pestañas, pero esa maldita cosa no se movía. Estaba allí cada mañana al despertarme y estaba allí cada noche, impidiéndome dormir.

Puse la tapa de la máscara y la dejé en el cajón del tocador con un suspiro. No es que nadie se fuera a fijar en mis pestañas esa noche, pero el restaurante era lo bastante elegante como para exigir un código de vestimenta formal. Por muy agotada y cansada que estuviera, tenía que hacer el esfuerzo.

Me retorcí la melena para formar un moño bajo elegante que sujeté con horquillas y luego me puse un vestido (negro, sencillo y perfecto para mimetizarme con el fondo). Seguía un poco pálida a pesar del bronceador y el colorete, y tenía los ojos hinchados y un poco rojos, pero contra eso no podía hacer nada más.

Tampoco es que importara. Me vi obligada a observar a Jackson durante horas y horas, mientras que él no me había mirado ni una vez en toda la semana. Como si yo fuera invisible.

Me puse los zapatos de tacón, agarré el bolso de mano y respiré hondo antes de salir de mi suite.

Al menos sabía justo lo que me esperaba. Habíamos entrado en una rutina mecánica y sin emoción: Jackson me recibiría en el coche, le daría información sobre su cita mientras él consultaba el móvil o miraba por la ventanilla y ya solo tenía que aguantar una hora.

Si la cita duraba más de eso, podía irme al bar. Una ventaja que había utilizado tres veces hasta ese momento.

—Buenas noches, señorita Paquin. —Mikey me saludó haciendo un gesto con la cabeza mientras me abría la puerta del coche.

—Hola, Mikey. —Mi sonrisa parecía forzada, pero era mejor que nada—. Esta noche vamos a Rouge.

—Lo sé —dijo antes de que pudiera darle la dirección—. El señorito Sinclair se encontrará allí con usted.

Un momento, ¿qué?

—¿Dónde está ahora?

—En el restaurante. Lo llevé hace poco más de una hora.

—¿Por qué?

Mikey se encogió de hombros.

—No lo pregunté.

Qué raro. Intenté llamarlo en cuanto nos incorporamos a la carretera, pero me salió directamente el buzón de voz. Estaba empezando a hartarme de que pasara eso, para ser sincera.

Colgué con un suspiro y decidí mandarle la información sobre su cita por mensaje. Esa noche había quedado con Miray Kaya, icono de la moda sostenible y la mujer más hermosa de todo el planeta. De todas las candidatas, ella y Jackson tenían la mayor puntuación global de compatibilidad.

Tal vez por eso me doliera tanto todo aquel día.

Tan solo dos segundos después de haberle enviado el mensaje,

pasó de «enviado» a «leído». Fruncí el ceño y empecé a escribir de nuevo. Pero entonces reaccionó a mi mensaje con un emoji con el pulgar hacia abajo.

Eso fue todo. No dijo nada más.

Jamie: ¿Qué significa eso?
¿Qué parte no es de tu agrado?

Otro emoji con el pulgar hacia abajo.

¿Por qué? ¿Qué había dicho?

Jamie: ¿Podemos hablar superrápido?

Pulgar hacia abajo.

Jamie: ¿Puedes responder
con palabras de verdad?

Emoji de erizo. Emoji de dentista. Emoji de corazón roto.

Vale, le habían robado el móvil a Jackson. Deslicé la pantalla hasta encontrar el mensaje que incluía la información personal de Miray y lo borré.

Jackson: ?

Lo dejé así y me metí el móvil en el bolso. Jackson Sinclair no había utilizado un emoji en su vida. Ni siquiera estaba segura de que supiera lo que eran.

—¿Nombre?

—Sinclair. Tengo una reserva de dos mesas separadas a las… siete… —Dejé la frase en el aire, confundida por su expresión.

Con una sonrisa tensa y forzada, la recepcionista cerró de golpe la carpeta de cuero y me dijo:

—Sígame.

No tenía claro lo que había dicho o hecho para ganarme ese tono, pero tal vez solo tenía un mal día. Tal vez no tenía nada que ver conmigo.

La gente tiene derecho a tener un mal día.

Pero ¿tenía que caminar tan por delante de mí y tan rápido? Iba medio trotando para poder seguirle el ritmo. Y justo cuando estaba pensando cómo decirle algo con educación, se detuvo, se dio la vuelta y me señaló el bar.

—Teníamos mesas reservadas —dije. Ni en broma nos íbamos a sentar los tres en la barra.

—El señor Sinclair nos pidió que la lleváramos hasta él cuando llegara —dijo en tono seco—. Sus mesas estarán listas cuando lo estén ustedes.

Vale. Bien. Pero Jackson no estaba en la barra. Solo estaban la camarera y un tío desplomado sobre… «Mierda».

Corrí hacia él con el pulso acelerado cuando lo reconocí. Jackson estaba desplomado, con la mejilla contra la barra. Su chaqueta colgaba de otro taburete y estaba… estaba acariciando una figura decorativa de un erizo que había a su lado.

«Madre mía».

—¿Jackson? —susurré al acercarme.

«No estés borracho. Por favor, por favor, por favor, no estés borracho».

Joder. Estaba como una cuba. No es de extrañar que el personal

estuviera cabreado.

—¿Eres su cita o su Jamie?

Miré a la camarera parpadeando mientras se me encogía el estómago.

—¿Disculpa?

—¿Eres su cita —repitió despacio— o su Jamie?

Eh…

—Soy Jamie.

Su «cita» iba a llegar enseguida, lo que significaba que… tenía que sacarlo de allí. Pero ya.

—Soy Mallory. —Me estrechó la mano con una sonrisa enigmática en la boca.

—Mallory la dentista. —Seguía hablando con el erizo. Estaba ido.

—Estudiando para ser dentista —lo corrigió Mallory. No parecía tan cabreada por su estado como la recepcionista que me había llevado hasta allí—. Todavía no he terminado.

Vale, bien, los emojis del erizo y la dentista empezaban a cobrar un poco de sentido.

Mallory señaló a Jackson con la cabeza.

—Igual quieres sacar de aquí a tu hombre antes de que llegue su cita.

Se me encendieron las mejillas.

—No es mi hombre.

No era en lo que me tenía que centrar, pero tenía que corregir el malentendido. Era muy importante.

Sonrió.

—Siento ser yo la que te lo diga, Jamie Paquin, la buscadora de parejas más preciosa con la sonrisa más preciosa y el corazón más precioso que ha visto en su vida, pero este idiota es tu hombre.

No tenía tiempo de discutir con ella, así que le puse una mano a

Jackson en el hombro y le hablé con tanta delicadeza como pude.

—¿Jackson? Tenemos que irnos. ¿Puedes hacerme el favor de levantarte?

Con un suspiro bajo cargado de frustración, se empujó para incorporarse y se dio la vuelta.

Tenía las mejillas sonrosadas.

Tenía los ojos vidriosos.

Y estaba haciendo un puchero con la boca. Un puchero enorme. Como un niño.

—Ey —dije. ¿Me veía? Tenía los ojos clavados en medio de mi pecho, pero estaban tan vidriosos y pesados que no estaba segura —. Soy Jamie.

Parpadeaba despacio y sin cerrarlos del todo, y le costó un par de segundos responderme.

—Jamie —susurró. Entonces, justo cuando estaba a punto de pedirle de nuevo que se levantara, me pasó un brazo por la cintura, me arrimó a él y apoyó la mejilla contra mi pecho.

Mallory me miró con la ceja enarcada. «Te lo dije».

—¿Vosotros no dejáis de servir a la gente llegado un momento? —le pregunté. ¿Y ese momento no era bastante antes de que el cliente empezara a hablar con objetos inanimados?

—No si se apellidan Sinclair. No se nos permite decir que no a la gente con ese rango de renta. —Se puso recta de pronto y desvió la mirada a mi izquierda mientras se aclaraba la garganta.

«No. Nononono».

Me zafé del pegajoso abrazo de Jackson y me tropecé dando al menos cinco pasos atrás antes de poder agarrarme a la barra con la mano. Pasé por alto su mirada de confusión, me di la vuelta, bajé los hombros y esbocé la sonrisa más convincente que pude.

Se desvaneció en cuanto la vi.

Flotaba por la estancia… «flotaba». Nunca había visto a nadie caminar con tanta confianza y elegancia. Todo en su porte llamaba la atención.

Era fascinante.

Tragué un poco de saliva cuando la recepcionista la guio hacia nosotros. Necesitaba una excusa para el estado de Jackson y la necesitaba ya. Si lo dejaba tener la cita en ese estado, Vivian exigiría mi cabeza. Y lo que es más importante, no quería que hiciera o dijera nada de lo que se arrepintiera al día siguiente.

Me atreví a dar un paso al frente y tendí la mano, con la esperanza de que Miray se fijara solo en mí. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo Jackson, pero si lo miraba en ese momento, también lo haría ella. Crucé los dedos para que por lo menos siguiera en posición vertical.

—Hola, debes de ser Miray. Yo soy Jamie. —«Por favor, no mires detrás de mí».

—Hola. —Sonrió al estrecharme la mano y, joder. Los bebés, los bebés de verdad, no tenían la piel tan suave como la suya—. Es un placer conocerte, Jamie. Tu equipo me comentó que estarías… supervisando nuestra cita esta noche. ¿Es así?

Por su tono entendí que la idea le parecía un poquito estúpida, y no es que pudiera culparla, la verdad.

—Te prometo que no es tan invasivo como suena. —Las otras mujeres se habían olvidado de mi existencia enseguida. Suponía que con ella sería lo mismo—. Pero me temo que vamos a tener que reagendar la cita. Jackson no se encuentra bien y creo que no…

—Estoy bien.

Me puse tensa cuando noté su presencia tras de mí. ¿Cómo era capaz de andar siquiera?

Los ojos verde musgo de Miray se deslizaron hacia mi derecha y

arriba, arriba, arriba. Sus pestañas curvas y largas aletearon un instante antes de que apareciera otra sonrisa en esa cara en forma de corazón.

Y así, sin más, me volví invisible.

—Debes de ser Jackson —dijo como un ronroneo. Él le estrechó la mano y una pequeña y amarga parte de mí deseó que estuviera demasiado borracho como para fijarse en su belleza devastadora.

—Y tú debes de ser Miray.

Se había acordado de su nombre.

Se me encogió el estómago al observarlos. Dos personas guapísimas, con éxito, que formarían una pareja guapísima y con éxito, y tendrían más humanos guapísimos y con éxito. Todo iba como debía.

Iba a vomitar.

—¿Vamos?

Lo dijo Jackson. Con la voz un poco más ronca de lo habitual, arrastrando un poco más las palabras, pero con claridad. Nunca había visto a nadie a quien se le pasara la borrachera tan rápido. Sí que debía de tener ganas de que esa cita saliera adelante.

Miray volvió a mirarme con pocas ganas.

—Entonces ¿cómo funciona? ¿Nos acompañarás en la cena?

Se me desvaneció la sonrisa y noté un hormigueo de vergüenza en las orejas.

—Me mimetizaré con el entorno —le aseguré con calma—. Ni siquiera te darás cuenta de que estoy aquí.

Me asignaron una pequeña mesa para dos en un rincón al fondo del restaurante. Podía ver casi todas las mesas, pero solo tenía ojos

para ellos.

No sabía qué pecados había cometido en otra vida para merecerme ese nivel de tortura, pero debían de haber sido terribles. Con un dedo tembloroso, toqué la pantalla del móvil para activarlo de nuevo. Solo ocho minutos más y podría salir corriendo hacia el bar.

O solo salir corriendo. Punto.

Se iba a casar con ella. Podía verlo en la forma en la que se inclinaban el uno hacia el otro, en cómo charlaban y reían. Ella llevaba con la mano apoyada en su brazo los últimos cuatro minutos y él no había hecho nada para apartarla.

Él había confesado estar borracho cuando nos acercábamos a nuestras mesas separadas y, en lugar de haberse molestado, Miray se lo había tomado a risa. Y a juzgar por cómo le sonreía, también estaba encantada con todo lo demás.

Siete minutos.

Miray echó la cabeza hacia atrás con una carcajada por algo que Jackson había dicho y él se frotó la barbilla con timidez, riendo con ella.

—¿Le gustaría algo más de beber?

Ni siquiera había oído al camarero acercarse.

Sin apartar los ojos de Jackson y sin pensar, dije:

—Ginebra. Sola.

Menos de dos minutos después tenía la copa frente a mí, y me la bebí de un trago, encogiéndome al sentir el ardor arrollador. Sentí un hormigueo en la lengua, que luego se me quedó entumecida.

El ardor era bueno. El entumecimiento era bueno. Me distraían.

Cuatro minutos.

Hice un gesto al camarero, pidiendo otra en silencio. No fue hasta que me terminé la segunda copa cuando noté que Jackson me

estaba mirando. Se me aceleró el pulso cuando me di cuenta y mis labios se entreabrieron. Hacía tanto que no me miraba… que no me miraba de verdad. Tanto que no hablaba conmigo, que no se reía conmigo.

Lo echaba de menos.

Lo echaba tanto de menos que esa pizquita de atención que me prestó hizo que se me encogiera el pecho. Pero… ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué me estaba mirando así?

Ya no se reía. Juntaba las cejas con tristeza y no dejaba de tragar saliva al tiempo que cerraba las manos para formar un puño.

Hice lo posible por dedicarle una sonrisita reconfortante, pero me salió débil y poco convincente.

Se movió en la silla y se agarró del borde de la mesa como si fuera a ponerse de pie, pero yo estaba tan ocupada mirándolo y él tan ocupado mirándome que ninguno de los dos lo vio venir.

Ni cuando ella lo cogió de la cara.

Ni cuando la giró hacia ella.

Ni cuando se inclinó hacia delante.

37

Llegué como pude al baño privado, con un hombro magullado y medio ciega. Pero al menos había conseguido contener las lágrimas hasta que pude abrir el grifo para ahogar los sollozos que las acompañaban.

El dolor era físico. Estaba destrozada. Se me había partido el corazón en dos y me estaba desangrando.

Traté de convencerme de que era lo mejor, que debería estar feliz por él. Por fin había encontrado a alguien que le gustaba.

Tenían una muy buena puntuación de compatibilidad. Tenían estilos de vida parecidos, querían cosas parecidas, estaban de acuerdo en los temas esenciales y Miray era preciosa, tenía éxito y era muy inteligente.

Como amiga, debería alegrarme por él. Pero no era así.

De forma egoísta, no quería que estuviera con nadie más. De forma ilógica, la odiaba. De forma irracional, quería acercarme a su mesa y pedirle a Miray con educación que le quitara las manos de encima a mi hombre.

Pero por supuesto no podía hacer nada de eso. Porque al día siguiente me seguiría despertando queriendo amor, y él se despertaría sin seguir creyendo en él. Lo mejor que podía hacer por mí misma era dejarlo marchar. Me dolía el corazón, sentía un nudo

en el estómago, pero el dolor era algo temporal. No era como si fuera a seguir colgada de él dentro de quince años. No era como si me fuera a arrepentir por no hacer caso a mi instinto.

«Madre mía».

Iba a vomitar.

Todas y cada una de mis alarmas internas retumbaban, gritándome que fuera a por él. Todo aquello parecía… una equivocación de la hostia. Como si estuviera cometiendo un error inmenso y…

Toc, toc, toc.

Me quedé sin aliento de golpe y me puse recta. ¿Cuánto tiempo llevaba allí dentro?

Toctoctoc toc toc.

—¡Un segundo! —Debería haberme aclarado la garganta primero; la forma en la que se me quebró la voz había sido muy reveladora. Cerré el grifo y me sequé deprisa las lágrimas. Tenía la máscara corrida; los ojos, hinchados; las mejillas, sonrojadas, pero no podía hacer más.

Ahora solo tenía que salir a hurtadillas de allí sin toparme con Jackson.

No tenía ni idea de cuál había sido su reacción. En cuanto ella se inclinó, me puse de golpe de pie, aparté la mirada y salí corriendo de…

Toctoctoctoctoctoctoc.

Ostras, ¿qué cojones pasaba?

Con el ceño fruncido, abrí la puerta del baño… y estuve a punto de cerrarla de nuevo. Pero Jackson lo impidió con la mano justo a tiempo.

Mi corazón había pasado de estar en coma a estar desbocado, y un enjambre de abejas furiosas me picoteaba la piel. Había hecho

todo lo posible por arreglarlo, pero era bastante evidente lo que había pasado, lo tenía escrito por toda la cara.

Me repasó el rostro con la mirada, embriagada y borrosa, recopilando información, y justo cuando estaba a punto de darme la vuelta y esconder hasta dónde llegaba mi pena, me fijé en las sombras que él tenía bajo los ojos. En el gesto serio de su boca.

Me dio un vuelco el corazón.

Quería preguntarle qué estaba haciendo. ¿Dónde estaba Miray? ¿Por qué estaba allí y no con ella? ¿Y por qué me miraba como si le hubiera arruinado la vida? Pero no me salían las palabras.

No cuando esos parpadeos a medias fueron parando hasta detenerse. No cuando me cogió del brazo y me arrastró hacia un pasillo con una iluminación tenue. No cuando me recorrió con el dedo la mejilla y el cuello.

Supongo que se me habían pasado por alto una o dos lágrimas.

—Otra vez —susurró, y se me encendieron las mejillas. Era consciente de lo mucho que había llorado delante de él, pero no hacía falta señalarlo así. Pero entonces dijo—: Por mi culpa. Otra vez.

¿Qué? No, qué va. Él podía besar a quien quisiera; cómo me sentara a mí no era culpa suya.

Tragó saliva y me puso la palma de la mano en la cara. Pasó con delicadeza el pulgar por mi pómulo y añadió:

—No merezco tus lágrimas, Jamie.

Al decirlo, se me cerró la garganta y las lágrimas me asomaron a los ojos de nuevo. ¿Cómo se atrevía? Pero antes de que pudiera hilar una respuesta medio coherente para rechazar su muy incorrecta teoría sobre lo mucho que valía, dijo:

—Lo he parado. No me ha… no nos hemos besado.

La oleada de alivio fue tan instantánea y vertiginosa que me

fallaron las rodillas. Solté un suspiro y pestañeé mientras me quitaba un terrible peso del pecho.

—Qué… pena —dije en bajito—. Desde mi punto de vista profesional…

—Para. Solo… para. —Su voz ronca sonaba exasperada cuando dio un paso hacia delante—. ¿A ti te parece bien? ¿Te parece bien verme con otra? Porque yo me estoy volviendo loco, Jamie. Es horrible, joder.

—Lo que a mí me parezca no debería importar.

En ese momento, me sujetaba la cara con ambas manos, inclinándola mientras se acercaba, arrimándose a mí. Debería haberle dicho que no, haber puesto algo de distancia entre nuestros cuerpos. Pero lo había echado tanto de menos que no me sentí capaz de hacerlo. En vez de eso, me incliné como una estúpida hacia su mano.

—¿Cómo puedes soportarlo? —Había angustia y crudeza en su voz—. ¿Cómo de injusto es que tú solo estés a medio camino, pero yo ya no pueda ni respirar, Jamie?

Parpadeé, a punto de que se me parara el corazón.

—Estás borracho.

—¿Por qué no soy capaz de respirar? ¿Qué es lo que me has hecho?

—Creo que no sabes lo que estás diciendo.

—Sé muy bien lo que estoy diciendo, joder. Sé muy bien lo mucho que te echo de menos. Y joder, también sé muy bien lo mal que me siento con otras mujeres, y lo que acaba de pasar ahí ha sido la gota que ha colmado el vaso. No me importa…

FLASH.

Lo noté en las entrañas y lo supe; antes de dar un trompicón hacia atrás y girarme hacia ella, lo supe.

Allí, al final del corto pasillo, estaba Miray, móvil en mano y con la cara desencajada de pura rabia.

Lo había oído todo.

«Mierda».

38

De nuevo, sabía lo que iba a pasar. Y, de nuevo otra vez, me encogí cuando la carpeta de cuero de color carmesí cayó de golpe en la mesa de roble.

Nunca me acostumbraría a ello.

—Ábrela.

Seguí con la barbilla gacha al hacerlo y no me sorprendió para nada encontrarme la foto de la noche anterior en la que aparecíamos Jackson y yo. La prueba era irrefutable y demoledora. No tenía forma de explicar por qué estábamos tan cerca el uno del otro ni por qué lo miraba con tanto amor y aflicción y pena.

Era tan obvio que hasta dolía. Se había cruzado un límite claro entre Jackson y yo, y Vivian me iba a desollar viva por ello. No dejaba de caminar de arriba abajo, hirviendo por dentro en silencio mientras planeaba su venganza.

No la culpaba.

Si Miray cumplía sus amenazas, entonces, para el mediodía de ese mismo día esa foto ya estaría circulando entre toda la alta sociedad, y las consecuencias serían bastante feas. Involucrarse de forma física o emocional con un cliente era un sacrilegio; en materia de relaciones públicas, Vivian tenía entre manos una auténtica pesadilla y era todo culpa mía.

Ah, y como mis acciones quebrantaban de forma directa mi contrato laboral, había grandes posibilidades de que me demandaran. Tal vez por eso no decía nada. Tal vez se lo había recomendado su abogado.

Yo había tomado una mala decisión tras otra y ahora había llegado el momento de pagar las consecuencias.

Cuando por fin dejó de pasearse de un lado a otro y se dio la vuelta para lanzarme una mirada asesina, me preparé para lo que se avecinaba. Pero antes de que pudiera empezar a jurar y a gritar y a echarme la bronca, su asistente llamó a la puerta.

Habían llegado los Sinclair.

Mantuve la mirada gacha cuando Minerva entró en la sala taconeando. La bajé aún más cuando Jackson entró detrás de ella. No habíamos hablado mucho la noche anterior después de… todo. Él lo había intentado, pero yo no podía. Sabía que estaba a punto de perderlo todo, él seguía borracho y yo solo quería llorar y entrar en mi bucle de negatividad en paz. Así que me fui del restaurante y me subí a un taxi para ir a mi casa.

También puede que hubiera ignorado todas sus llamadas. Y mensajes. Y correos electrónicos. Me seguían llegando de forma regular cuando me entró el correo electrónico de Vivian a las 4:49 de la madrugada.

Había llegado a la oficina a las 5:30, tal y como me había pedido, y luego había tenido que esperar más de cuatro horas hasta que llegó hecha una furia con la carpeta.

Según los mensajes que Alice me había enviado a escondidas, Vivian había tenido reuniones con los jefes de Relaciones Públicas, Recursos Humanos y el departamento legal, una tras otra. Por lo visto, también había tratado de reunirse con los Sinclair en privado antes de hablar conmigo, pero Minerva había insistido en que yo

estuviera presente.

No habían pasado cinco minutos desde que Alice me había enviado el último mensaje para ponerme al día cuando Jackson me volvió a escribir.

Jackson: No digas nada a nadie,
sobre todo si hay abogados.
Espérame. Voy de camino.

No le había respondido entonces y ahora no era capaz de mirarlo. Si lo hacía, era muy probable que me echara a llorar de nuevo. Estaba hecha un puto lío.

—Minerva, Jackson. —El tono de Vivian era seco, profesional, y estaba cargado de rabia—. Me alegro de que hayáis podido venir. Por favor, sentaos.

Había ocho sillas repartidas en torno a la mesa, pero Jackson eligió la que había a mi izquierda, la arrimó un poco más de lo necesario y se sentó a mi lado. Me puse tensa: hombros, espalda, corazón, todo.

Notaba cómo la ira de Vivian me taladraba la cara. Como si hubiera sido yo la que había elegido el sitio de Jackson.

Se aclaró la garganta y sacó su silla.

—En primer lugar, me gustaría disculparme de corazón por todo lo que ha ocurrido. —Tenía los dedos entrelazados sobre la mesa y los labios apretados formando una fina línea de decepción—. Me avergüenza la falta de profesionalidad que han demostrado algunas personas de mi equipo y quiero garantizaros que se van a tomar las medidas apropiadas para pedir cuentas a las partes involucradas.

Vale, así que tenía previsto hablar sobre mí como si no estuviera presente. Entendido.

—De acuerdo con las acusaciones más recientes, se está llevando a cabo una investigación interna en estos momentos. Después de esta reunión, Jamie se reunirá con Recursos Humanos, así como…

—¿Qué acusaciones? —interrumpió Jackson con frialdad. No dejaba de rozarme la rodilla con la suya bajo la mesa como si tratara de comunicarse conmigo en código morse, y cada vez que yo intentaba apartar la pierna, lo arreglaba acercándose. A ese ritmo, iba a acabar totalmente pegado a mí antes de que terminara la reunión.

Vivian vaciló, pero Jackson no quería dejarlo pasar.

—¿De qué se la acusa, exactamente?

Ese tonito protector no me hacía ningún favor. Le apreté el muslo con los nudillos a modo de advertencia en silencio, pero me salió el tiro por la culata de una forma catastrófica. En cuanto tuvo la oportunidad, me agarró de la mano, entrelazó sus dedos con los míos y me dio un apretón para consolarme antes de aflojar la mano.

Si hubiera querido, podría haber apartado la mano con facilidad. En vez de eso, la dejé allí. Estaba exhausta a nivel emocional, estresada como nunca y me sentía… La verdad, me calmaba un montón. Casi como si estuviéramos en eso juntos. Un equipo.

Le devolví el apretón y, como respuesta, me acarició la piel con el pulgar.

Vivian torció el gesto cuando miró a Jackson.

—Miray me envió una foto de los dos anoche en Rouge.

—Lo sé —dijo Jackson—. Lo que me gustaría saber es de qué, exactamente, se está acusando a la señorita Paquin.

—¿Es esto? —Minerva cogió la carpeta de cuero abierta frente a nosotros, con cuidado de no molestar a Harry, que dormía todo tranquilo en su otro brazo—. Yo tampoco tengo claro qué es lo que

está haciendo mal.

Vivian tartamudeó, sin duda alguna desconcertada.

—Tenemos unas políticas muy estrictas y claras sobre el hecho de que nuestros consultores establezcan cualquier tipo de comportamiento inapropiado con nuestros clientes, y Jamie…

—Ni siquiera lo está tocando —señaló Minerva antes de apartar la carpeta a un lado.

A ver, sí…, tenía los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, en una postura de derrota y pena, pero él me agarraba la cara con las dos manos como si fuera algo valioso. Todo en nuestro lenguaje corporal y en la forma en que nos mirábamos decía a gritos «conducta inadecuada en el lugar de trabajo». No había forma de defenderlo.

—Eso es porque mi afecto por Jamie no es correspondido —dijo Jackson—. Lo más probable es que en la foto esté rechazando de nuevo otra de mis propuestas. No me acuerdo muy bien. Le he pedido tantas veces que se case conmigo que me cuesta llevar la cuenta.

¿QUÉ?

Vivian se puso pálida.

—¿Dis… disculpe?

Siguió sin inmutarse.

—Me ha rechazado siempre. Una experiencia muy desagradable. La verdad es que me ha dejado bastante tocado.

Lo miré boquiabierto. ¿De verdad estaba haciendo eso?

La sorpresa inicial de Vivian enseguida se transformó en incredulidad.

—Señor Sinclair, por muy admirable que sea que quiera proteger a Jamie, no puedo pasar esto por alto. Debería haber informado de la situación a Recursos Humanos…

—Por mi experiencia, los empleados suelen evitar informar a Recursos Humanos sobre asuntos que podrían volverse en su contra, máxime si sospechan que la dirección está buscando una excusa para despedirlos.

—Denunciar el incumplimiento de nuestras normas sobre la relación de una consultora con su cliente no es opcional, señor Sinclair. —Vivian no iba a dar marcha atrás—. El contrato laboral que Jamie firmó lo deja bien claro. Un escándalo de este calibre podría hundir la reputación de una empresa en este sector. Independientemente de si Jamie cruzó o no cruzó alguna línea, se debería haber tratado la situación de forma interna para evitar justo este resultado.

Tenía razón. Y no me gustaba nada que Jackson rebajara mi nivel de participación en todo aquello. Pero antes de poder meterme o descubrir cómo pedirle en silencio que lo dejara, Vivian dijo:

—No obstante, hay una forma de hacer… desaparecer el problema.

Algo en cómo lo dijo me chirrió en el alma como si fuera una garra en una pizarra. Entrecerré los ojos.

—¿Y cuál es? —preguntó Minerva.

—La señorita Kaya ha aceptado no hacer pública la foto… si Jackson acepta el acuerdo del que hablaron anoche en la cena.

Silencio.

Aunque vi cómo Minerva movía la boca, solo oía el silencio y el crepitar del fuego que me ardía en el pecho.

Otra vez. Lo volvían a chantajear para aceptar una relación que no quería, otra vez.

¿Qué cojones le pasaba a esa gente? ¿Qué tenían el dinero y el poder que les pudría el alma? Tenía los dedos entumecidos, o bien porque estaba apretando la mano de Jackson como si fuera mi tabla

de salvación, o bien porque él estaba apretando la mía como si yo fuera la suya.

—Miray no cumplirá ninguna de sus amenazas —dijo con calma —. Lo he solucionado.

Vivian alzó las cejas.

—Acabo de hablar con ella hace menos de una hora.

—Y yo he hablado con ella por teléfono justo un poco antes de llegar. No hará nada con la foto, porque si lo hace, yo filtraré esto.

Minerva dejó su móvil en la mesa, activó la pantalla y volvió a sentarse en la silla. Harry solo se movió un poco en sus brazos. Tuve que entrecerrar los ojos para enfocar un segundo y asegurarme de que seguía respirando.

Y entonces, sucedió.

«Vamos a aclarar las cosas —se escuchó por el altavoz esa voz ronca de Jackson arrastrando las palabras—. Estaba bien antes de conocerla. Estaba bien, pero nadie quería creérselo. Ni tú, ni Molly, ni Mabel, ni Bensen, ni Mikey, ni Rahul, ni nadie. Pero, joder, ¡yo estaba bien! ¿Y ahora? Ahora… me ha dejado hecho polvo, Minerva. De verdad que he perdido la puta cabeza. Cuando me voy a la cama, ella. Cuando me despierto, ella. Cuando parpadeo o respiro o tan solo me atrevo a existir, ella y… nunca entendí cómo Beatrice consiguió hundir las garras de esa manera en mi padre. Nunca le encontré el sentido. Convirtió a un dios en su puto perrito faldero, lo ató con una correa eléctrica y él se lo permitió, joder.

»Lo suyo era como una enfermedad. Él solo era capaz de ver lo que ella quería que viera, se creyó cada mentira que le contó y siempre que ella hacía algo que le molestaba, lo pagaba conmigo. Hasta ese punto estaba acojonado de que ella lo dejara, ni siquiera tenía valor para echarle en cara lo de sus aventuras. Ella pensaba que lo había atrapado gracias a tenerme a mí, pero para él siempre

fue al revés.

»Era la hostia de patético. Incluso de niño me daba cuenta. Y juré, juré, que eso nunca me iba a pasar a mí. Si eso era el amor, entonces todo el mundo vivía una mentira. Pero no lo era, ¿no? Era una combinación cancerosa de engaños, manipulación, avaricia y cualquier otra cosa, joder, pero no era amor. ¿Sabes por qué lo sé? Porque mi Jamie nunca me manipularía así por nada, y yo nunca, jamás, podría hacerle algo así a ella. Miray intentó besarme en nuestra cita y reaccioné de una forma muy visceral. Tuve que contenerme para no apartarla de un empujón. Nada de aquello parecía estar bien y por eso sé que lo de mis padres no era amor, porque incluso el mero hecho de pensar en estar con otra persona me pone enfermo, Minerva.

»Ya está. Ocho mil millones de personas en el mundo y mi Jamie es la elegida, joder. O ella o nadie. No aceptaré que me chantajeen ni manipulen para cometer el error más grande de mi vida, así que: que te den a ti, que les den a las acciones y que le den al legado familiar. Elijo a Jamie».

Clic.

Silencio mortal.

Estaba aturdida y llevaba sin respirar casi diez minutos, por temor a que el sonido de mis pulmones no me permitiera memorizar cada palabra de Jackson. Necesitaba con desesperación volver a escucharlo todo de nuevo de principio a fin, solo para asegurarme de que lo había entendido bien.

Jackson se aclaró la garganta mientras yo seguía mirando al vacío, pasmada, con el pulso tan acelerado como para que me diera un ataque al corazón.

—Le he advertido a Miray que si ella saca a la luz la foto, yo compartiré este audio. Al parecer no está muy dispuesta a dejar que

la gente sepa que su muestra de afecto me puso enfermo y tampoco quiere involucrarse con un hombre cuyo amor por otra mujer es por todos conocido.

No sentía nada y todo al mismo tiempo. Esta vez no lo había escuchado mal. Estaba un noventa y nueve coma nueve nueve nueve nueve por ciento segura de ello.

Vivian no decía nada y yo no me atrevía a mirarla. Ni a Minerva. Ni a Jackson. Solo podía concentrarme en la voz de él y en sentir sus dedos entrelazados con los míos.

—Si todavía no ha intentado ponerse en contacto con usted, lo hará —terminó Jackson.

—¿Algo que decir, Vivian? —dijo Minerva.

Apenas la oí, apenas registré la respuesta de Vivian ni el hecho de que las dos ya se estaban marchando. Tenía la mente ocupada… procesando.

—¿Estás bien?

Despacio, me permití levantar la vista hacia él. ¿Ya había comentado lo preciosos que eran sus ojos, tanto que hasta dolía? Podía quedarme mirándolos durante horas, memorizando hasta el último trazo de ese frío azul invernal. Eran impresionantes y exquisitos. Los amaba.

Y él me amaba a mí.

Tuve que hacer un esfuerzo para obligarme a abrir la boca y luego me di cuenta de que no tenía ni idea de por dónde empezar.

—Eh… —fue lo primero que me salió y «estabas borracho», lo segundo.

Por suerte, él sabía muy bien lo que trataba de decir.

—Como una cuba, en realidad. Ni veía cuando dejé el mensaje. Solo caminar era todo un desafío. Fue bastante angustiante.

Me habría hecho gracia si no me estuviera muriendo por dentro.

—Entonces, nada de eso iba en serio —dije.

—Incorrecto.

Muriendo, tal cual.

—Pero te arrepientes.

Se le ablandó la mirada.

—Ni un poquito.

—Le dijiste a Minerva, y cito, «que les den a las acciones» —le recordé.

—Ajá. Debido al alcohol y a la adrenalina hablé de forma atropellada y burda, pero el sentimiento estaba ahí. ¿De verdad nos tenemos que centrar ahora mismo en las acciones?

—¿Vas a renunciar a ellas sin más? ¿Después de todo?

—Como he dicho, no pensaba que sería con eso con lo que te quedarías…

—Dijiste que no podrías amarme nunca. —Esas fueron sus palabras. Me lo dijo a la cara.

El gesto divertido que lucía en la cara desapareció.

—Así fue.

Había pasado de no respirar a respirar de una forma tan entrecortada que hasta me daba vergüenza. Era todo un misterio que la habitación no estuviese ya empañada del todo.

—Vale, entonces… haz que tenga sentido.

—Mentí.

—¿Por qué?

—Pánico —dijo sin vacilar—. Puro pánico de las consecuencias si te admitía la verdad a ti o a mí mismo. No puedo… No te haces una idea de lo que era vivir en esa casa, del embrujo con el que ella lo sometía. Convertirme en cualquiera de los dos es, era, mi mayor miedo, hasta que me di cuenta de que si no me ponía las putas pilas y abría los ojos de una vez, te marcharías, encontrarías a otro y

nunca volverías la vista atrás.

Nunca en toda mi vida me había costado tanto comprender algo como en ese momento, pero estaba bastante segura de que lo había entendido casi todo.

—Vale, entonces…

—Te quiero, Jamie.

Me estalló el corazón. No podía… ostras, qué subidón.

Una sonrisa traviesa se abrió paso en la boca de Jackson cuando observó mi reacción.

—No me acuerdo de cómo o cuándo ocurrió exactamente, pero he desarrollado una cantidad inaceptable de amor por ti y estoy decidido a hacerte responsable de ello.

Un deleite, puro y arrollador, se me desató en el estómago, liberando un montón de mariposas. Sonreí y Jackson relajó la postura.

—Me has dejado hecho polvo —me regañó—. Ha sido una experiencia muy traumática. ¿Sabías que lo de sentir mariposas en el estómago se refiere a mariposas de verdad en el estómago? Y mi corazón se vuelve loco contigo. Es inquietante, como mínimo, saber cuántos años de vida me has quitado.

—Si no supusiera meterme en una lista negra, te besaría ahora mismo. —Las paredes de la sala eran de cristal esmerilado, pero Vivian había dejado la puerta abierta. Y me imaginaba que a propósito.

—Eso no va a pasar. —Torció el gesto. Tenía tantísimas ganas de besarlo—. Minerva ha hecho una llamada esta mañana. Si a estas alturas no tienes diez ofertas de empleo esperándote, las tendrás en cuanto salgamos de aquí.

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Se lo dejé bien clarito. Si no eres tú, no será nadie. Supongo que a partir de ahora hará lo que sea para que estés contenta. Ya es oficial: eres la única esperanza que le queda para garantizar un heredero para el trono Sinclair. Tanto si es ahora como dentro de diez años.

Tenía tantas preguntas.

—¿Y si no quiero tener hijos? ¿Y si no podemos tenerlos?

Volvió a encogerse de hombros como si no tuviera importancia.

—Tendrá que aceptarlo.

—¿Y qué pasa con tu trabajo? ¿Con la empresa? ¿Te va a devolver las acciones?

—No, el acuerdo original sigue en pie. Si no me caso, perderé las acciones y me despedirá.

Lo dijo con demasiada indiferencia.

—Jackson…

—Ten una cita conmigo. Una de verdad.

Me invadió una oleada de nervios.

—¿Te vas a dar por vencido? ¿Después de todo? ¿Por qué?

—Yo le pregunté lo mismo.

Desvié de golpe la mirada hacia Minerva, que entraba en la sala, sola. Ladeó la cabeza y me estudió al tiempo que se dejaba caer en una silla.

—Toda una sorpresa, ¿verdad?

Se me encendieron las mejillas y me puse recta. También yo tenía que aclarar algunas cosas con Minerva Sinclair.

—Para que quede claro, de haber estado al tanto de que se estaba chantajeando a Jackson para aceptar una relación que no quería, de haber sabido una mínima parte de lo que sé ahora, nunca hubiera estado dispuesta a participar en toda esta historia.

La reacción que me gané no fue para la que me había

preparado. En vez de parecer ofendida por mi afirmación, Minerva parecía… satisfecha.

—Bien —dijo.

Estaba claro que no me había entendido bien.

—No estoy de acuerdo con lo que estás haciendo. Creo que es del todo cruel y manipulador. Jackson no se merece eso.

Despacio, la sonrisa le llegó a la comisura de los ojos, haciéndolos brillar.

—¿Qué más? Sé sincera conmigo, no me lo suavices.

¿Estaba escuchando lo que le estaba diciendo?

—Debería darte vergüenza haberlo obligado a pasar por todo esto. Tiene todo el derecho del mundo a estar enfadado y no lo culpo por tratar de boicotear mi trabajo antes de que lo arrinconaras de nuevo. Yo hubiera reaccionado del mismo modo.

Minerva asintió con lo que solo se podía interpretar como un gesto encantado de aprobación.

—Estoy de acuerdo.

¿Qué?

—Entonces ¿le darás las acciones?

—Ah, no. Eso no pasará a menos que se case antes de que se acabe el mes que viene.

La ira me corroía por la parte alta de la espalda, impulsándome hacia delante.

—¿Por qué? Si estás de acuerdo conmigo, entonces ¿por qué lo sigues obligando a aceptar un matrimonio que no quiere?

—No se trata solo de él, ni tampoco de mí. Tengo un legado que proteger, señorita Paquin. Y las cartas dejaron el mensaje bien clarito: Jackson debe casarse…

—¡¿Y las cree?! ¿Está jugando con su vida por lo que una persona ha interpretado como un mensaje espiritual transmitido por

un montón de cartas?

Empezaba a comprender por qué a Jackson le repugnaba tanto que Charmed incluyera el tarot en su programa. Eso había sido lo que lo había metido en ese puñetero lío para empezar.

—Imogen siempre ha acertado cuando me ha leído las cartas. No tengo motivos para dudar de ella en este caso.

La miré con cautela, pensando.

—¿Hay algo que pueda decir para que cambies de opinión?

—Me temo que no. —Su tono no admitía discusión—. Sin embargo, si te hace sentir un poco mejor, he despedido a Charmed. Ya no tendrá que asistir a más citas a ciegas.

—No te quedaba más remedio —intervino Jackson con delicadeza—. No me habría presentado de todos modos.

«O ella o nadie».

La suave piel que rodeaba los ojos de Minerva se arrugó de nuevo y se le dibujó una sonrisa.

—En cualquier caso —dijo—, también me siento obligada a pedirte una disculpa, señorita Paquin. Entiendo cómo ha afectado esta experiencia a tu carrera y me gustaría que supieras que si no acabas bien con Charmed, Oscar Mijares quiere ampliar su equipo y estaría encantado de hablar contigo sobre tu posible incorporación a RUMI. —Sacó una tarjeta de visita de color azul celeste claro del bolso y me la tendió—. Llámalo cuando estés lista. Creo que te gustará escuchar lo que te quiere ofrecer.

Me quedé boquiabierta, como no podía ser de otra forma. RUMI era una empresa pequeña, pero estaba creciendo muy rápido. Con toda probabilidad encabezaba la lista de los futuros rivales de Charmed. Y lo que era mejor, se comentaba que Oscar apostaba fuerte por la cultura empresarial y era un jefe fantástico. Varios compañeros con gran talento ya se habían ido con él en el último

año, y no solo de nuestra empresa.

En lo que respectaba a un trabajo nuevo… no podía ser mejor. Aun así, no cogí la tarjeta de inmediato. No quería que creyese que con eso se ganaría mi perdón. Porque no era así.

—Vivian está hablando ahora mismo con Miray. Volverá enseguida para hablar contigo. Ha dicho que no tardaría más de quince minutos. —Levantó la mirada hacia Jackson.

Él me apretó la mano una última vez antes de soltarla.

—Escríbeme cuando termines, ¿vale?

—Vale.

Lo bueno de que Vivian rompiera la promesa de no tardar más de quince minutos y de que me dejara sola en la sala de reuniones durante casi tres horas fue que me regaló tiempo de sobra para pensar.

Un montón de tiempo para pensar.

39

La caja no dejaba de escurrírseme de las manos y tenía que empujarla una y otra vez con la rodilla.

No me había dado cuenta de la cantidad de cosas de todo tipo que había ido acumulando en los últimos años, además de toda la ropa y artículos de aseo que guardaba en mi mesa para cuando había tenido que pasarme la noche trabajando por ese cliente que era todo un incordio.

Después de hablar con Vivian, le escribí a Jackson para contarle que había dimitido. Me respondió con un solo emoji de corazón, sin mencionarme que seguía fuera del edificio, esperándome. En cuanto atravesé las puertas de cristal, se me cayó la caja de las manos.

—¿Qué haces aquí todavía? —Creí que se había ido hacía como unas cinco horas.

—No hemos terminado de hablar. —Le pasó la caja a Mikey y se volvió hacia a mí de nuevo—. ¿Estás bien?

—Eso creo. ¿Y tú? —No podía haber sido fácil para él decidir dejar su empresa y todo por lo que había trabajado tanto. Todo por una persona.

Todo por mí.

La culpa me iba a corroer el corazón en cuanto dejara de revolotear de pura alegría. Y esa sonrisita que iba esbozando poco a

poco no ayudaba. Tampoco el hecho de que, no sé cómo, volvíamos a estar cogidos de la mano.

—Estoy genial. Vamos.

Me llevó hacia la limusina y entró detrás de mí. Ya estaba a horcajadas en su regazo incluso antes de que Mikey hubiera cerrado la puerta. Y no por propia elección.

—¡Jackson! —Me sonrojé hasta el cuello. ¿No podía haber esperado otro par de minutos antes de agarrarme?

—Me he pasado toda la reunión sin tenerte en mi regazo. Mi autocontrol es limitado. —Se le oscureció la mirada cuando la posó en mi boca—. La mampara está subida, la limusina está insonorizada y le he pedido a Mikey que se vaya del coche en cuanto lleguemos al garaje. No abrirá la puerta.

Ya me estaba derritiendo contra su cuerpo y el aire era cada vez más denso.

—¿Podías haber sido un poco más descarado? —lo regañé de broma.

—No me importa. Te he echado de menos, joder. Ha sido insoportable. —Tragó saliva mientras me agarraba de la cintura con las manos, acercándome a él—. ¿Qué es lo que has hecho conmigo?

Deslicé las palmas por su pecho, dejándolas en los hombros mientras presionaba con delicadeza mi frente contra la suya.

—Yo también te he echado de menos.

Se le aceleró la respiración.

—¿Sí?

—Muchísimo.

—¿Se supone que es esto lo que se siente? Porque te juro que yo ya no puedo ni respirar, joder. No puedo pensar, no puedo… Apenas soy un ser funcional.

Lo besé en la comisura de la boca, sonriendo.

—Se supone que poco a poco se hace más fácil… Eso he oído.

—No es de extrañar que Richard se volviera loco.

Con respecto a eso…

—Jackson…, tenemos que hablar sobre las acciones.

—Ya lo he intentado. No va a cambiar de opinión.

Me humedecí los labios.

—No es eso lo que… Te dije que me casaría contigo si no encontrabas a nadie que te gustara.

—Como amiga —replicó con tristeza—. Viviendo vidas separadas y cubriendo nuestras «necesidades» en otra parte.

—Para que conste, esas fueron tus condiciones originales.

—Pero nunca se pensaron para ti.

Respiré hondo, sintiéndome cada vez más nerviosa e inquieta por dentro.

—De acuerdo, digamos, hipotéticamente, que empezamos de nuevo y establecemos nuevos términos para el acuerdo. De ser así, ¿cuáles serían tus nuevas condiciones?

Me estudió un instante en silencio. Y luego dijo:

—¿Seguro que quieres saberlas? No te van a gustar nada.

Tenía el pulso acelerado y le apretaba el cuello de la camisa con ansias.

—Empieza por las no negociables.

—No hay ninguna negociable.

Tal vez si no hubiera estado un poco distraída por la dura y palpitante erección que me presionaba el estómago, se lo habría discutido en lugar de asentir.

—Para empezar, no habrá papeleo, ni fecha de finalización predeterminada ni restricciones contractuales sobre nuestra relación como marido y mujer. —Me acarició con los nudillos por debajo de la mejilla y pestañeé—. Serías mi mujer, Jamie. En todo lo que importa,

no solo sobre el papel. Serías mía y yo sería tuyo. No estoy dispuesto a compartir.

El hormigueo que sentía en el pecho se extendió y gran parte fue a parar entre mis piernas. Cambié de postura sobre su regazo, disfrutando del gruñido grave y atormentado que le provocó la fricción.

—¿Qué más?

Soltó el aire por la nariz y echó la cabeza hacia atrás.

—Contarías con tu propio personal. Conductor, servicio doméstico, trabajadores. —Fruncí el ceño, pero antes de poder responder, dijo—: No he terminado. Si nos casamos, quiero todos los privilegios que vienen al tenerte como mujer, y eso incluye mimarte sin límites, cariño. —Hizo una mueca—. Incluso si es en contra de tu voluntad.

—Yo no…

—Antes de que termines esa frase, que sepas que tu constante resistencia a dejarme cuidarte en lo económico fue lo que nos metió en este lío para empezar. Está a punto de convertirse en uno de mis fetiches, Jamie. No iba en broma cuando te dije que había empezado a tener fantasías con comprarte diamantes, atarte y follarte hasta que no fueras ni capaz de discutírmelo.

—Es… como la tercera vez que lo comentas.

—Porque no puedo dejar de pensar en ello. Me muero de ganas de hacerlo.

La mitad inferior de mi cuerpo estaba en llamas.

—Solo mientras sepas que no es tu dinero lo que quiero.

—Me lo has dejado cristalino. Pero si llevaras un anillo, los regalos no son negociables. —Me clavó los dedos en la cintura con bastante fuerza como para dejarme una marca (ojalá)—. Hablando de fetiches, creo que es importante que sepas bien dónde te

meterás si soy tu marido, porque ahora mismo mi autocontrol pende de un hilo. No estoy seguro de que pueda contenerme.

Lo siento.

—¿Aquella semana «te estabas conteniendo»?

—¿Sabes lo que es peor? —Me agarró del cuello con las manos y casi se me derriten las bragas—. Todas estas nuevas depravaciones mías son solo por ti. Me has destrozado, Jamie, y me parece justo que lo pagues, ¿no te parece?

Cada vez me costaba más respirar. Hubiera dado cualquier cosa para que apretara los dedos, solo un poco. Solo para dejarme claro que estaba a su merced.

—Necesito que seas un poco más concreto.

Me acercó más a él con la mano que tenía en mi cuello. Me estremecí cuando me mordisqueó el labio inferior.

—No puedes tener un clítoris así de precioso y pretender que tu marido no lo adore cada noche, cariño. Incluso aunque suponga hacerte que te corras hasta que duela. —Me besó con una ternura engañosa—. Pero ya sabías eso. Hay un fetiche en particular que es algo nuevo y es mucho peor que el resto. Es una auténtica depravación, y todo porque no me has dejado mimarte como se debe después de haberte follado.

Casi me eché a reír cuando lo entendí.

—¿Los «mimos pospolvo» son tu nuevo fetiche?

Esbozó una sonrisa con esos deliciosos labios lascivos.

—Me has convertido en un pervertido, Jamie. He empezado a fantasear con darte otro puto baño. No dejo de excitarme con la idea de cubrirte de afecto y cariño sin que me digas «no». Es enfermizo. Lo de los mimos pospolvo ya no se discute.

Solté una risita entre dientes y le di un beso en la comisura de la boca.

—¿Algo más?

Se le dulcificó la mirada cuando llevó la palma de la mano a mi nuca.

—Lo que dije en el contestador lo dije de verdad…, eres mi mejor amiga.

Madre mía. Mi corazón.

—¿De verdad? —Me dolían las mejillas de tanto sonreír.

Él también sonreía.

—¿Te parece triste?

—Para nada. Ni un poquito.

—Bien. Quiero que lo de la amistad continúe.

Chasqueé la lengua, vacilándolo.

—Los amigos no torturan las partes íntimas de sus amigos, señor Sinclair. Se portan mucho mejor.

Soltó una risita.

—Si tienes alguna cosa innegociable en mente, deberías decirla ahora. Te voy a llevar arriba en cuanto lleguemos a casa y no podrás apartarme la boca de tu coño hasta que tenga suficiente. Ha sido una semana la hostia de larga.

Me revolví en su regazo.

—No sé si ya lo he mencionado, pero lo de las frases guarrillas me pone un montón.

Su sonrisita se tornó un poco más oscura.

—A mí lo que me pone es devorarte. Ocupa el primer lugar en mi lista de fetiches.

—No te haces una idea de lo que me pone —dije entre jadeos. O tal vez sí. Tal vez sabía a la perfección lo que me hacía.

—Dime tus condiciones. Necesito distraerme.

Había un tema del que teníamos que hablar que nos enfriaría de golpe.

—Niños —dije—. Tenemos que hablar sobre eso.

Como era de esperar, ese fuego de los ojos de Jackson desapareció al instante. Lo reemplazó la duda.

Me aclaré la garganta.

—Como es obvio, tu tía quiere un heredero…, pero es una decisión muy importante y necesito mucho, y cuando digo mucho me refiero a mucho, tiempo para pensármelo. Y ahora no te puedo prometer nada, ni en un sentido ni en el otro.

No vaciló.

—Vale. Me parece justo.

Solté el aire que había estado conteniendo.

—¿En serio?

—Claro. Si decides hacer esto conmigo, podemos volver a hablarlo dentro de unos años… y ver lo que nos parece a los dos.

Lo dijo con confianza, determinación y firmeza. Como si no tuviera ninguna duda de que seguiríamos juntos, tal cual estábamos entonces, al cabo de uno o dos años.

—Pero ¿y si Minerva…?

—Jamie. —Me levantó la barbilla hasta que no me quedó más remedio que mirarlo a los ojos—. O tú o nadie. Podemos hablar del resto cuando estés lista, pero nunca te obligaré a tener hijos si no quieres. No me importa con qué vaya a amenazarme Minerva después. Que le den. Que le den a la empresa. Que les den a las acciones. Somos tú y yo, ¿vale? Estamos juntos en esto.

Me inundó una oleada de alivio. Suspiré.

—Haríamos un equipo bastante bueno.

Su sonrisa fue arrolladora.

—Amigos para siempreee —dijo en broma y, para mi sorpresa, con una voz cantarina. Como un ganso. Y cuando terminé de reírme, murmuró—: Te quiero, Jamie.

Ese hombre estaba decidido a enviarme a la tumba antes de tiempo, de verdad.

—Yo también te quiero —le respondí con un susurro.

Se le aceleró la respiración y se le borró la sonrisa del rostro.

—¿Sí?

—Claro que sí.

—¿Ya has llegado hasta ese punto?

—Ya he llegado ahí.

En esa ocasión, cuando me besó, no se detuvo. No hasta llegar al ático, cerrar de una patada la puerta de su dormitorio y tenerme medio desnuda y tirada en su cama.

Y el único motivo por el que paró fue para cumplir con todas las amenazas que me había hecho sobre lo que haría con la lengua si fuera su mujer. Todas y cada una de ellas.

40

Jackson y yo tardamos otros ocho días en ultimar los términos de nuestro acuerdo no acuerdo, en parte porque insistía en ser poco razonable (¿en qué universo me iba a hacer falta un guardaespaldas privado?) y en parte porque no podíamos estar a solas en la misma habitación más de diez minutos sin que lo atacara a besos o viceversa.

Éramos insaciables. De verdad que era agotador. Me pasaba el tiempo con un treinta por ciento de los músculos doloridos en grupos aparentemente aleatorios. Pese a eso, no importaba cuántas veces lo hiciéramos, nunca parecían suficientes.

La mayor parte del servicio doméstico había aprendido a mantenerse alejado de la zona de la casa en la que estuviéramos Jackson y yo, y todas las cámaras de seguridad que había instalado antes de mi llegada estaban desconectadas.

Ah, y las hermanas Harrison estaban como locas con todo aquello. Las dos eran como bombas de relojería, pero de lágrimas. Nunca sabías cuándo alguna de ellas iba a romper a llorar desconsolada de pura alegría.

La primera vez que Jackson me dijo enfrente de Molly que me quería, ella se deshizo en un mar de lágrimas y no paró durante unos buenos treinta minutos. Estaban encantadas, no dejaban de

hornearme dulces y me ofrecían su ayuda para comprar el vestido. Ya sabes, para la boda.

… Esa de la que todavía no le había contado nada a Ria.

Me iba a matar cuando se enterara. Es decir…, al cabo de diez minutos. Pero, oye, al menos lo sabían mis padres. Al principio fueron bastante escépticos, solo hasta que Jackson desplegó todo su encanto. Esperaba que esa noche fuera parecido.

Estaba nerviosa y no dejaba de juguetear con la cremallera de la chaqueta mientras veía pasar las luces de la ciudad a toda velocidad por la ventanilla de la limusina. Cuando Jackson se dio cuenta, me cogió de la mano con delicadeza.

Me vino bien. Como siempre.

—¿Puedo preguntarte algo? —me dijo.

—Por favor. —Necesitaba distraerme.

—¿Por qué viene Gato también?

Tobigote estaba tumbado al otro lado de Jackson, ronroneando en bajito mientras mi futuro marido (¡¡¡!!!) lo acariciaba en ese punto que tenía justo detrás de la oreja izquierda.

—No ha visto a Adrien desde hace dos meses —dije—. Si cuando volvamos huele su olor…, no lo sé, la verdad. Es la vez que más tiempo han pasado separados desde que se conocen. Además, Adrien me ha pedido que lo lleve.

Ya se había tomado las pastillas para la alergia y todo. Eran una pareja de lo más ridícula.

—No sé si te lo he contado, pero Ria casi alucina cuando Adrien y Tobigote se conocieron. —Contuve una sonrisa al recordarlo.

—¿Por qué?

—Adrien y ella se detestaban. Y Tobigote… Bueno, ya lo verás. —Era de lo más extraño. Seguía sin entenderlo.

Cuando la limusina se detuvo al fin, cogí a Tobigote en brazos

(seguía sin dejar que Jackson lo cogiera) y casi corro hacia el edificio mientras los nervios y la emoción me hacían flaquear las rodillas.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron por fin, iba dando saltitos, y antes incluso de que pudiera entrar en el recibidor de la casa de Ria y Adrien, Tobigote se había zafado de mis brazos y había salido corriendo como alma que lleva el diablo. Sabía muy bien dónde estábamos. No había forma de detenerlo.

—¡¿Jamie?!

—¡Ria!

¿Dónde estaba? Entré a trompicones en el recibidor tratando de ubicar de dónde procedía su voz. Puto Adrien. Había tantas malditas plantas en su ático que no podía…

Me placó.

Llegó por mi izquierda y caí sobre la alfombra con un «puf» mientras Ria chillaba de alegría y me estrujaba hasta dejarme sin aire.

Puede que yo también chillara.

Hubo un montón de gritos.

—¡Hola! —exclamó mientras yo me reía en medio del abrazo más grande que me hubieran dado en toda mi vida. Me iba a romper un par de costillas, fijo. Pero merecía la pena.

—Holaaa. —Se me había olvidado lo bien que olía siempre. A mi mejor amiga. A hogar—. Te he echado de menos, Ree.

—Yo también te he echado de menos, cielo. —Me apretó por última vez antes de apartarse.

—La hostia, qué morena estás. —Le agarré esa cara cubierta de pecas para mirarla de cerca. Tenía la piel con el bronceado perfecto, que hacía que destacara ese trocito de color miel dorado que le atravesaba el iris izquierdo. Se me llenó el pecho de orgullo cuando sonrió. Mi mejor amiga era guapísima. La había echado muchísimo

de menos.

—El bronceado me queda genial —dijo.

—Desde luego —coincidí—. ¿Qué tal lo habéis pasado?

—Ha sido la hostia, Jams. Algunas de esas islas parecían sacadas de un sueño, y el buceo… De verdad, lo convertiría en una de mis aficiones si viviéramos en algún sitio que me permitiera hacerlo. Te llevaré el año que viene cuando tenga vacaciones, te encantará. No creía que me fuera a obsesionar tanto, pero los tiburones, Jamie. ¡Es una pasada! Ah, ¿y has probado alguna vez…? —Dejó la frase en el aire, parpadeando hacia algo tras de mí que le borró la sonrisa.

Me volví para encontrarme a Jackson de pie a unos metros, con una postura tensa y algo incómoda, como si no supiera muy bien qué hacer.

Estaba nervioso. Qué mono.

Le dediqué una sonrisa reconfortante al tiempo que se aclaraba la garganta.

—Hola, debes de ser Ria. Yo soy Jackson. —Le tendió la mano, pero como estábamos sentadas y él de pie, tuvo que doblarse un poco para hacerlo—. Jackson Sinclair.

A Ria le brillaron los ojos cuando me miró, y luego los entrecerró.

No le estrechó la mano.

Huy.

—Ree, vamos a sentarnos y charlar un momento, ¿vale? —sugerí con delicadeza.

—¿Qué está pasando? —Nos miró primero a uno y luego al otro, intentando entenderlo.

Antes de que pudiera contestar, Adrien apareció por la esquina entre un montón de plantas exóticas que no sabía ni cómo se llamaban, llevando en brazos a un ronroneante y muy mimoso

Tobigote Maguire. El promiscuo de mi gato ya estaba frotándose la cabeza por toda la barbilla de su humano favorito, con los ojos cerrados. Parecía una puta lancha motora.

—Hola, Jams —dijo Adrien, dedicándome una sonrisa con hoyuelos. Apenas pude oírlo con tanto ronroneo.

Jackson se había quedado de piedra, con la boca abierta mientras los miraba. Pobrecillo. Todo el esfuerzo que había invertido solo para poder acercarse lo justo como para tocar a Tobigote.

—En serio, ¿qué está pasando? —preguntó Ria de nuevo, esta vez susurrando.

—Te lo cuento enseguida, solo…

PRRRRRRRRRRRRRRRRRRR.

Madre mía. No podía ni oír mis pensamientos.

Después de presentarse a Adrien, Jackson me ayudó a levantarme. El gesto, el intercambio de sonrisas privadas y la cercanía de nuestros cuerpos no se le pasaron por alto a Ria. Le brillaron los ojos al comprenderlo y se le desencajó la mandíbula.

La ayudé a ponerse de pie antes de que pudiera comentar nada, le pasé el brazo por los hombros y la guie hasta la zona de estar. Seguía mirándome boquiabierta.

—En mi defensa y sobre la conversación que estamos a punto de tener, tan solo recuerda: no has tenido buena cobertura en casi dos meses —susurré.

—¿Te estás acostando con Jackson Sinclair? —replicó.

—No es tan inapropiado como suena —la tranquilicé—. Ya no es mi cliente. He dejado el trabajo.

—¿Qué?

—No te preocupes. Empiezo el nuevo la semana que viene en RUMI. Estoy bastante emocionada, la verdad. Buen sueldo, buenos beneficios laborales…, un jefe que no cree que se me deba meter en

la lista negra del sector por haberme enamorado sin querer de un cliente…

—¡¿Qué?!

No sabía por qué había estado tan nerviosa. Estaba siendo muy divertido.

—Ya, ya lo sé. Hasta nos ha enviado flores para celebrar el compromiso, y eso que todavía no he empezado a trabajar para él. Vivian no hubiera hecho eso jamás. —Le enseñé el anillo. Oro blanco, talla princesa. Mabel y Molly habían ayudado a Jackson a elegirlo—. Es bonito, ¿verdad?

—¡¿Qué?!

—No es lo que parece, te lo prometo. —Le dediqué una sonrisa tranquilizadora—. Solo nos casamos para poder salir juntos. Como esa peli de Sandra Bullock y uno de los Ryan.

—Gansling —dijo Jackson desde atrás.

—Sip. Sandra Bullock y Ryan Gansling. Salvo que lo nuestro es real. Hasta la tarotista de la tía de Jackson coincidió en que era la mejor forma de actuar. Tenemos todo listo.

—¡¿QUÉ?!

Epílogo

Un año después

Grité cuando di con la espalda sobre la cama cubierta de pétalos. Jackson se puso sobre mí al momento, agarrándome de las muñecas mientras hundía su rostro en mi cuello.

—Joder, qué guapa estás de blanco —rugió contra mi piel antes de mordisquearla—. Me dan ganas de comprarte una línea completa de vestidos de novia solo para poder follarte mientras los llevas puestos.

Asentí con un murmullo. Si algo había aprendido ese último año, era que discutir con Jackson sobre sus extravagantes regalos solo empeoraba las cosas. Casi podía garantizar que si ahora le decía que no, cuando llegáramos a casa después de la luna de miel me encontraría el ático repleto de vestidos de novia.

Mi marido era el hombre menos razonable de todo el planeta.

Y, joder, cuánto lo quería.

—Podríamos convertirlo en una tradición anual. —Empezó a remangarme la suave falda de seda, levantándola hasta la cintura. Gemí y abrí las piernas para que pudiera colocarse entre ellas—. ¿Qué opinas, señora Sinclair? Hoy hace un año que te follé cuando llevabas ese precioso vestidito de encaje que te pusiste para el

juzgado y ahora estoy a punto de hacer lo mismo. No se me ocurre una tradición más tentadora.

Sonreí hacia el techo.

—Creo que dos bodas son más que suficientes para toda una vida.

Levantó la cabeza y me miró con los ojos vidriosos por la lujuria.

—La primera no cuenta. Ni siquiera me dejaste contratar un sitio para celebrarla.

—Creo que esta lo compensa con creces, ¿no te parece? —No se me ocurría un lugar más lujoso ni ostentoso para celebrar una boda que el patio de la azotea del hotel Cloutier Toronto, buque insignia de la empresa. Los espacios para bodas del hotel se reservaban con años de antelación. Por suerte, la mujer del CEO era mi dama de honor.

Jackson frunció el ceño de esa forma tan reveladora.

—Vale. Llegaremos a un acuerdo. Sin ceremonia anual, pero no sé por qué no puedes tener un vestido de novia nuevo cada año para que te lo pueda arrancar con las manos. ¿Qué mejor forma de celebrar nuestro aniversario?

Era una pregunta real. No se daba cuenta de lo ridículo que sonaba.

—¿Te he dicho últimamente lo mucho que te quiero?

Su sonrisa me provocó un cosquilleo muy familiar. Nunca me acostumbraría a lo terriblemente guapo que era ese hombre.

—Esta misma tarde hemos pronunciado nuestros votos, pero no me importaría escucharlos de nuevo, «esposa mía».

Había un motivo por el que recalcaba tanto esa palabra. Sabía muy bien lo mucho que me ponía que me llamara así.

—Te quiero —susurré, estremeciéndome cuando me apretó contra la cama con la firme presión de sus caderas. Escucharme

decir eso era lo que lo ponía a él—. Te quiero, Jackson. Muchísimo.

Gruñó, embistiéndome mientras me clavaba la punta de los dedos en las muñecas. Me recorrió un escalofrío pensando en lo que estaba por llegar. Si lo provocaba lo suficiente, perdería el control, me inmovilizaría y me follaría sin piedad.

Como si lo necesitara.

—No me resulta ahora más fácil que antes —dije—. Te quiero incluso más de lo que te quería hace un año. Es arrollador. No sé cómo cojones gestionarlo.

¿Lo mejor de todo ese jueguecito? Lo único que tenía que hacer era decirle la verdad.

Ya no sonreía.

—Estoy tan contenta de haberme casado contigo. La mejor decisión de mi vida. Me haces tan feliz, cariño. Lo de ser tu mujer es casi una obsesión.

Otra embestida y otro gemido. Tenía los brazos y las piernas temblando.

—Sigue hablando —me ordenó con rudeza. Tenía un gesto salvaje.

—Soy tuya —dije entre jadeos—. Te pertenezco, Jackson. Estoy enamorada sin remedio de ti. Has acabado conmigo. No seré capaz de respirar sin t…

Y perdió el control.

Me besó con intensidad y de forma implacable. Y cuando traté de curvar la espalda de puro placer, se apretó contra mí con firmeza, sin dejarme espacio para moverme.

Ronroneé.

—Lo has hecho a propósito. —Me mordió el labio inferior, castigándolo—. Aquí estaba yo, pensando en follarte con delicadeza en nuestra noche de bodas, pero eso no es lo que necesitas, ¿no es

cierto, «esposa mía»?

—¿Y qué es lo que quieres tú? ¿Quieres ser delicado o dejarme algunos moratones en los que seguiré pensando la próxima vez que me ponga un vestido de novia para ti?

Le retumbó el pecho, satisfecho con mi respuesta.

—¿Cómo he tenido tanta puta suerte contigo?

Sonreí.

—Menos mal que no me dejaste ahogarme aquella primera noche, ¿eh?

—Se me pasó por la cabeza.

—Cállate —dije entre risitas—. Y aquí estamos, trece meses después. ¿Quién lo hubiera pensado?

Se le aclaró la mirada un poquito.

—El mejor año de toda mi vida.

—Lo mismo digo. Sin lugar a dudas. —Soltando otra risilla, canté —: Amigos para siempreee…

—Amigos para siempreee —me acompañó—. Te quiero, cariño. Más que a nadie, más que a nada.

Estiré el cuello y le rocé los labios con los míos al tiempo que susurraba:

—Demuéstralo. Pon a tu esposa bocabajo y dale lo que quiere.

No tuve que pedirlo dos veces.

Nota final de la autora

¡Sí! ¡Lo has conseguido! Muchas gracias por leer *Un trato con mi arrogante cliente*. Me moría de ganas de compartir la historia de Jamie después de todo el cariño que recibí por la de Ria y Adrien en *Un trato con mi diabólico jefe*. Fue toda una sorpresa, algo abrumador y, sin lugar a dudas, conmovedor. No te puedes hacer una idea de lo agradecida que estoy. Gracias, gracias, gracias. *Insertar todos los emojis de corazón*.

También te estaría muy agradecida si dedicaras un minuto a dejar una rápida reseña sobre esta historia en Amazon, Goodreads o donde quieras. Cada una contribuye en gran medida a que otras lectoras descubran el libro.

¡Te deseo el final más feliz de todos!

Hasta la próxima.

Kyra

Es un multimillonario arrogante y gruñón que hace de mi vida una pesadilla... y ahora soy su asesora sentimental a tiempo completo.

Nunca había fallado en emparejar a un cliente... hasta él.



Jackson Sinclair me ha arrastrado a ocho meses de infierno como casamentera, y tengo una lista de todos los corazones que ha roto para demostrarlo. Pero me niego a que me despidan del trabajo de mis sueños por culpa de un multimillonario irritantemente guapo y sus absurdos criterios para elegir esposa.

El plan es sencillo.

Todo lo que tengo que hacer es infiltrarme en su ático, fingir ser su

cita a ciegas y averiguar cuál es, joder, su puto problema. No pasará nada. Él no sabe cómo soy. Excepto que casi me ahogo en la enorme piscina de Satan-clair, él descubre quién soy y ahora estoy obligada a permanecer a su lado durante los próximos 30 días.

Es una pesadilla, hasta que deja de serlo. Lo odio, hasta que descubro todo lo que ha estado ocultando. Peleamos, hasta que la tensión se convierte en una tentación ardiente.

Puede que Jackson Sinclair no crea en las almas gemelas y puede que no crea en el amor, pero lo que no sabe es que por fin ha encontrado a su media naranja...

Kyra Parsi es una autora canadiense de libros románticos contemporáneos. También es una romántica empedernida con un pequeño (léase gran) problema de acumulación de libros. Pero no te preocupes, está bajo control. Lo promete.



Título original: *Failure to Match*

Primera edición: julio de 2026

© 2024, 2641198 Alberta Ltd.
Todos los derechos reservados
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Amaia Zorriqueta Ruiz, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original de Chloe Quinn
Ilustración de portada: © Chloe Quinn

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87924-56-0

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un trato con mi arrogante cliente
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Nota final de la autora
Sobre este libro
Sobre Kyra Parsi
Créditos